JUANITA LA LARGA



JUAN VALERA

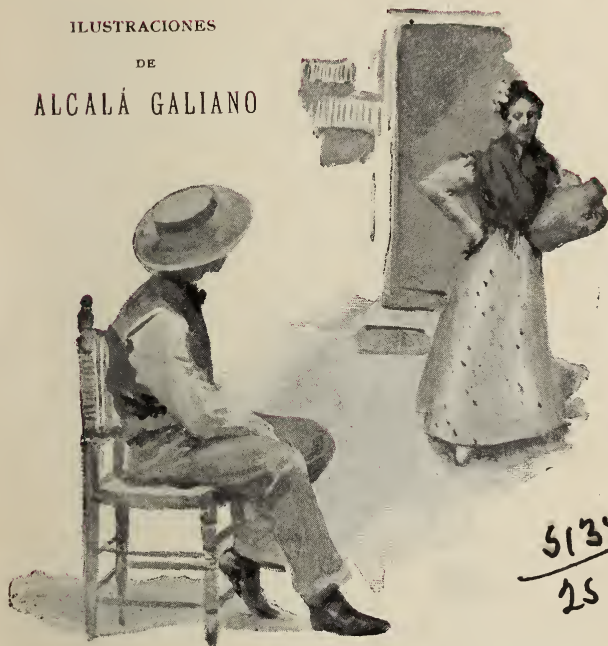
JUANITA LA LARGA

3.ª EDICIÓN

ILUSTRACIONES

DE

ALCALÁ GALIANO



MADRID
LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ
Carrera de San Jerónimo, 2

1899

Madrid: Imprenta de Ricardo Fé, calle del Olmo, núm. 4.—Teléf. 1.114

AL EXCMO. SEÑOR

MARQUÉS DE LA VEGA DE ARMIJO

Mi querido amigo: no sé si este libro es novela ó no. Le he escrito con poquísimo arte, combinando recuerdos de mi primera mocedad y aun de mi niñez, pasada en tal ó cual lugar de la provincia de Córdoba. A fin de tener libre campo en que fingir una acción, no determino el lugar en que la acción pasa é invento uno dándole nombre supuesto, pero yo creo que los usos y costumbres, los caracteres, las pasiones y hasta los lances de mi relato, han podido suceder naturalmente y tal vez han sucedido, siendo yo, en cierto modo, más bien historiador fiel y veraz que novelista rico de imaginación y de inventiva. Si no fuese porque ahora está muy en moda este género de novelas, copia exacta de la realidad y no creación del espíritu poético, yo daría poquísimo valer á mi obra. No le tiene tampoco porque eleve el alma á superiores esferas, ni porque trate de demostrar una tesis metafísica, psicológica, social, política ó religiosa. JUANITA LA LARGA *no propende á*

demostrar ni demuestra cosa alguna. Su mérito, si le tuviere, ha de estar en que divierta. Yo me he divertido mucho escribiéndola, pero no se infiere de ahí que se diviertan también los que la lean. Al contrario, es muy posible que haya agotado yo toda la diversión al escribirla y se la entregue al público, monda y lironda, como quien se come la carne y tira el hueso.

Había pensado yo, desde un principio, dedicar á usted esta novela, llamémosla así; pero las anteriores consideraciones me han hecho vacilar y me han tenido á punto de no hacer la dedicatoria. Si no enseño nada porque en la novela no hay tesis y porque no gusto de la poesía docente, y si no divierto tampoco porque todo el jugo de la diversión que en la novela había me le he sorbido al componerla ¿qué es lo que voy á dedicar que merezca ser dedicado?

A pesar de lo dicho, he persistido después en hacer la dedicatoria y la hago, fundado en dos razones.

Es la primera la persuasión en que estoy de que usted acogerá este libro, con benévola indulgencia, prescindiendo de su corto mérito, por ser muestra de mi constante amistad y de la gratitud que le debo, ya por antiguos favores, ya por otros recientes, cuando hace poco fué de nuevo jefe mío. Y es la segunda que mi libro puede considerarse como espejo ó reproducción fotográfica de hombres y de cosas de la provincia en que yo he nacido y en que usted es uno de los más ilustres magnates. Aunque las pinturas ó retratos que yo hago carezcan de gracia, entiendo que en ellos resplandece el amor con que los he hecho, lo cual no puede menos de prestarles agrado y de atraerles la simpatía de usted y del público. Por donde me inclino á esperar que usted ha de gustar de mi libro

y que también el público ha de gustar de él, si no tanto como usted, lo bastante para perdonar ó disimular las muchas faltas que en él note.

Suplico á usted, pues, que acepte mi pobre ofrenda por la buena y cariñosa intención con que se la dedico y que me crea siempre su afectísimo amigo,

q. l. b. l. m.,

JUAN VALERA





I

CIERTO amigo mío, diputado novel, cuyo nombre no pongo aquí porque no viene al caso, estaba entusiasmadísimo con su distrito y singularmente con el lugar donde tenía su mayor fuerza, lugar que nosotros designaremos con el nombre de Villalegre. Esta rica, aunque pequeña población de Andalucía, estaba muy floreciente entonces, porque sus fértiles viñedos, que aún no había destruído la filoxera, producían exquisitos vinos, que iban á venderse á Jerez para convertirse en jerezanos.

No era Villalegre la cabeza del partido judicial, ni oficialmente la población más importante del distrito electoral de nuestro amigo, pero cuantos allí tenían voto estaban tan subordinados á un grande elector, que todos votaban unánimes y,

según suele decirse, volcaban el puchero en favor de la persona que el gran elector designaba. Ya se comprende que esta unanimidad daba á Villalegre, en todas las elecciones, la más extraordinaria preponderancia.

Agradecido nuestro amigo al cacique de Villalegre, que se llamaba don Andrés Rubio, le ponía por las nubes y nos le citaba como prueba y ejemplo de que la fortuna no es ciega y de que concede su favor á quien es digno de él, pero con cierta limitación, ó sea sin salir del círculo en que vive y muestra su valer la persona afortunada.

Sin duda, don Andrés Rubio, si hubiera vivido en Roma en los primeros siglos de la Era Cristiana, hubiera sido un Marco Aurelio ó un Trajano; pero como vivía en Villalegre, y en nuestra edad, se contentó y se aquietó con ser el cacique, ó más bien el César ó el emperador de Villalegre, donde ejercía mero y mixto imperio y donde le acataban todos obedeciéndole gustosos.

El diputado novel, no obstante, ensalzaba más á otro sujeto del distrito, porque sin él no se mostraba la omnipotencia bienhechora de don Andrés Rubio. Así como Felipe II, Luis XIV, el Papa León X y casi todos los grandes soberanos, han tenido un ministro favorito y constante, sin el cual tal vez no hubieran desplegado su maravillosa actividad ni hubieran obtenido la hegemonía para su patria, don Andrés Rubio tenía también su ministro, que, dentro del pequeño círculo donde funcionaba, era un Bismark ó un Cavour. Se llamaba este personaje don Francisco López, y era secretario del

Ayuntamiento; pero nadie le llamaba sino don Paco.

Aunque había cumplido ya cincuenta y tres años, estaba tan bien conservado, que parecía mucho más joven. Era alto, enjuto de carnes, ágil y recio; con poquísimas canas aún; atusados y negros los bigotes y la barba; muy atildado y pulcro en toda su persona y traje; y con ojos zarcos, expresivos y grandes. No le faltaba ni muela ni diente, que los tenía sanos, firmes y muy blancos é iguales.

Pasaba don Paco por hombre de amenísima y regocijada conversación, salpicada de chistes, con que hacía reir sin ofender mucho ni lastimar al prójimo, y por hábil narrador de historias, porque conocía perfectamente la vida y milagros, los lances de amor y fortuna, y la riqueza y la pobreza de cuantos seres humanos respiraban y vivían en Villalegre y en veinte leguas á la redonda.

Esto en lo tocante al agrado. Para lo útil don Paco valía más: era un verdadero factotum. Como en el pueblo, si bien había dos licenciados y tres doctores en Derecho, eran abogados Peperris, ó sea de secano, todos acudían á don Paco, que, rábula y jurisperito, sabía más leyes que el que las inventó, y les ayudaba á componer ó componía cualquier pedimento ó alegato sobre negocio litigioso de algún empeño y cuantía.

El escribano era un zoquete, que había heredado la escribanía de su padre y que sin las luces y la colaboración de don Paco apenas se atrevía á redactar ni testamento, ni contrato matrimonial, de arrendamiento ó de compra-venta, ni escritura de particiones.

El alcalde y los concejales, rústicos labradores por lo común, á quienes don Andrés Rubio hacía elegir ó nombrar, le estaban sometidos y devotos, y como no entendían de reglamentos ni de disposiciones legales sobre administración y hacienda, don Paco era quien repartía las contribuciones y lo disponía todo. Cuidaba al mismo tiempo de la limpieza de la villa, de la conservación de las Casas Consistoriales y demás edificios públicos y del buen orden y abastecimiento de la carnicería y de los mercados de granos, legumbres y frutas; y era tan campechano y dicharachero, que alcanzaba envidiable favor entre los hortelanos y verduleras, quienes solían enviar á su casa, para su regalo, según la estación, ya higos almibarados, ya tiernas lechugas, ya exquisitas ciruelas claudias ó ya los melones más aromáticos y dulces.

El carnicero estaba con don Paco á partir un piñón, y de seguro que, si alguna becerrita se perniquebraba y había que matarla, lo que es los sesos, la lengua y lo mejorcito del lomo no se presentaba en otra mesa sino en la de don Paco, á no ser en la de su hija, de quien hablaremos después.

Asombrosa era la actividad de don Paco, pero distaba mucho de ser estéril. Con tantos oficios florecía él y medraba que era una bendición del cielo, y aunque había empezado en su mocedad por no poseer más que el día y la noche, había acabado por ser propietario de buenas fincas. Poseía dos hazas en el ruedo, de tres fanegas la una. La otra sólo tenía una fanega y cinco celemines; pero como allá en lo antiguo había estado el cemen-

terio en aquel sitio, la tierra era muy generosa y producía los garbanzos más mantecosos y más gordos y tiernos que se comían en toda la provincia, y en cuya comparación eran balines los celebrados garbanzos de Alfarnate. Poseía también don Paco quince aranzadas de olivar, cuyos olivos no eran ningunos cantacucos, sino muy frondosos y que llevaban casi todos los años abundante cosecha de aceitunas, siendo famosas las gordales, que él hacía aliñar muy bien, y que, según los peritos en esta materia, sobrepujaban á las más sabrosas aceitunas de Córdoba, tan celebradas ya en la *Gatomaquia* por el Fénix de los Ingenios, Lope de Vega.

Por último, poseía don Paco la casa en que vivía, donde no faltaban bodega con diez tinajas de las mejores de Lucena, un pequeño lagar, y una candiotera con más de veinte pipas, entre chicas y grandes. Para llenar las pipas y las tinajas era don Paco dueño de un hermoso majuelo, que casi tenía seis fanegas de extensión; y, aunque su producto no bastaba, solía él comprar mosto en tiempo de la vendimia, ó más bien comprar uva, que pisaba en el lagar de su casa.

Era ésta de las buenas del pueblo, con corral, donde había muchas gallinas, y con patio enlosado y lleno de macetas de albahaca, brusco, evónimo, miramelindos, don-pedros y otras flores.

Claro está que para las faenas rústicas del lagar, del trasiego del vino y de la confección del aceite, hombres y bestias entraban por una puertecilla falsa que había en el corral. En suma, la casa era

tal y tan cómoda y señoril, que si la hubiera alquilado don Paco, en vez de vivirla, no hubiese faltado quien le diese por ella 400 reales al año, limpios de polvo y paja, esto es, pagando la contribución el inquilino.

Menester es confesar que todo este florecimiento tenía una terrible contra: la dependencia de don Andrés Rubio, dependencia de que era imposible ó por lo menos dificilísimo zafarse.

Por útiles y habilidosos que los hombres sean, y por muy aptos para todo, no se me negará que rara vez llegan á ser de todo punto necesarios, singularmente cuando hay por cima de ellos un hombre de voluntad enérgica y de incontrastable poderío á quien sirven y de cuyo capricho y merced están como colgados. don Andrés Rubio había, digámoslo así, hecho á don Paco; y así como le había hecho, podía deshacerle. No le faltarían para ello persona ó personas que reemplazasen á don Paco, repartiéndose sus empleos, si una sola no era bastante á desempeñarlos todos con igual eficacia y tino.

Don Paco tenía plena conciencia de lo que debía y de lo que podía esperar y temer aún de don Andrés; de suerte que, tanto por gratitud, cuanto por prudencia previsora, le servía con la mayor lealtad y celo y procuraba complacerle siempre.

Don Paco, sin embargo, no recelaba mucho perder su elevada posición y su envidiable privanza. Además de contar con su rarísimo mérito, estaba agarrado á muy buenas aldabas.



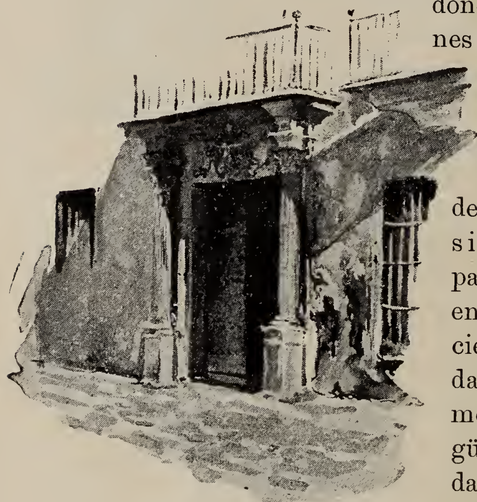
II

VIUDO hacía ya más de veinte años, tenía una hija de veintiocho, que había sido la más real moza de todo el lugar, y que era entonces la señora más elegante, empingorotada y guapa que en él había, culminando y resplandeciendo por su edad, por su belleza y por su aristocrática posición, como el sol en el meridiano.

Hacía ya diez años que ella había logrado cautivar la voluntad del más ilustre caballero del pueblo, del mayorazgo don Álvaro Roldán, con quien se había casado y de quien había tenido la friolera de siete robustos y florecientes vástagos, entre hijos é hijas.

El tal don Álvaro vivía aún con todo el aparato y la pompa que suelen desplegar los nobles lugareños.

Su casa era la mejor que había en Villalegre, con una puerta principal adornada, á un lado y á otro, de magníficas columnas de piedra berroqueña, estriadas y con capiteles corintios. Sobre la puerta estaba el escudo de armas, de piedra también, donde figuraban leones y perros, calderas, barcos y castillos y multitud de mónstruos y de otros objetos simbólicos que para los versados en la utilísima ciencia del blasón daban claro testimonio de la antigüedad y sublimidad de su prosapia.



Decían las malas lenguas, y en los lugares nunca faltan, que don Álvaro estaba atrasado, que tenía hipotecadas algunas de sus mejores fincas y que debía bastante dinero; pero yo las supongo hablillas calumniosas, porque él vivía como si nada debiese. Le servían muchos criados, constantes unos y entrantes y salientes otros; y como era aficionadísimo á la caza, no le faltaban una jauría de galgos, podencos y pachones, y dos hábiles cazadores ó escopetas negras que solían acompañarle.

En la casa había jardín, y además un desmesu-

rado corralón, donde, para mayor recreo y gala, no se encerraban sólo gallinas y pavos, sino, en apartados recintos, venados y corzos traídos vivos de Sierra Morena, y por último, amarrado á fuerte cadena de hierro, por temor á sus travesuras y



ferocidades, un enorme mono que había enviado de Marruecos un capitán de infantería, primo del señor.

Doña Inés, que así se llamaba la hija de don Paco, venerada esposa de don Álvaro Roldán, tenía también muchos costosos caprichos de varios géneros. Se vestía con lujo y elegancia no comunes en los

lugares; sustentaba canarios, loros y cotorras; era golosísima y delicada de paladar y los mejores platos de carne y los almíbares más apetitosos se comían en su mesa. El chocolate, que se elaboraba en su casa, dos veces al año, gozaba de nombradía en toda la comarca.

Como don Álvaro Roldán estaba ausente más de la mitad del tiempo, ya cazando conejos, perdices y liebres, ya en distantes monterías, ya en las ferias más concurridas de los cuatro reinos andaluces, doña Inés se quedaba sola, pero tenía para distraerse varios recursos, además del de la lectura de libros serios.

Su criada favorita, llamada Serafina, era una verdadera joya: lo que se llama un estuche. Sabía tocar la guitarra rasgueando y de punteo; cantaba como una calandria, así las melancólicas playeras, como el regocijado fandango. Su memoria era rico arsenal ó archivo de coplas, tiernas ó picantes, en que la casta musa popular no siempre merecía el mencionado calificativo con que algunos la designan.

No se entienda por esto que doña Inés gustase de conversaciones libres y escabrosas. Cuanto no era lícito y puro, en el pensamiento y en la palabra, ofendía sus oídos de austera matrona; pero en un lugar hay que sufrir tales libertades ó hay que aparentar que no se oyen. El propio don Álvaro no era nada mirado en el hablar, ni menos aún lo eran las personas que le rodeaban. Valga para ejemplo cierto mozo, de unos quince años de edad, hijo del aperador y favorito de don Álvaro, que éste tenía siempre en casa para que entretuviese á los niños.

Como el aperador era Calvo de apellido, al mozo le apellidaban Calvete. Y para que se vea lo mucho que hubo de sufrir en ocasiones la pulcritud de doña Inés, he de citar aquí un caso que de Calvete me han referido.

Antes de que cumpliese dos años el primogénito de los Roldanes, logró Calvete enseñarle á pronunciar con la mayor perfección cierto vocablo de tres sílabas, en que hay una aspiración muy fuerte. Encantado con su triunfo pedagógico, corrió por toda la casa gritando como un loco:

—¡Señor don Álvaro! ¡Ya lo dice claro! ¡El señorito lo dice claro!

Doña Inés se disgustó y rabió, pero don Álvaro quedó más encantado que Calvete y le dió en albricias un doblón de á cuatro duros, después que el niño dijo delante de él la palabreja y él admiró el aprovechamiento y la precocidad del discípulo y la virtud didáctica del maestro.

Amigas tenía pocas doña Inés porque casi todas las hidalguillas y labradoras de la población estaban muy por bajo de ella en entendimiento, ilustración, finura y riqueza.

Quien más acompañaba, por consiguiente, en su soledad á la señora doña Inés, era el cacique don Andrés Rubio, embobado con el afable trato de ella y cautivo de su discreción y de su hermosura.

Daba esto ocasión á que los maldicientes supusiesen y dijesen mil picardías. Pero ¿quién en este mundo está libre de una mala lengua y de un testigo falso? ¿Cómo la gente grosera de un lugar ha de comprender la amistad refinada y platónica de

dos espíritus selectos? El señor cura párroco era de los pocos que verdaderamente la comprendían, y así encontraba muy bien aquella amistad y acaso daba gracias á Dios de que existiese, porque redundaba en bien de los pobres y de la iglesia, á quienes doña Inés y don Andrés, puestos de acuerdo, hacían muchos presentes y limosnas.

Era el cura párroco un fraile exclaustrado de Santo Domingo, muy severo en su moral, muy religioso y muy amigo del orden, de la disciplina y del respeto á la jerarquía social. Casi siempre en sus pláticas, en sus conversaciones particulares y en los sermones que predicaba con frecuencia, porque era excelente predicador, clamaba mucho contra la falta de religión y contra la impiedad que va cundiendo por todas partes, con lo cual los ricos pierden la caridad y los pobres la resignación y la paciencia, y en unos y en otros germinan y fermentan los vicios, las malas pasiones y las peores costumbres.

El padre Anselmo, que así se llamaba el cura párroco, admiraba de buena fe á la señora doña Inés como á un modelo de profunda fe religiosa y de distinción aristocrática. Era el tipo ideal realizado de la gran señora, tal como él se la imaginaba. Ni siquiera le faltaban á doña Inés ocasiones en que ejercitar las raras virtudes del prudente disimulo para no dar escándalos, de la santa conformidad con la voluntad de Dios y de la longanimidad benigna para perdonar las ofensas. Bien sabía toda la gente del lugar los malos pasos en que don Álvaro Roldán solía andar metido. A menudo sobre todo

en las ferias, jugaba al monte y hasta al cané; y, lo que es peor, era tan desgraciado ó tan torpe que casi siempre perdía. Para consolarse apelaba á un lastimoso recurso: gustaba de empinar el codo, y aunque tenía un vino regocijado y manso, siempre era grandísimo tormento para una dama tan en sus puntos tener á su lado y como compañero á un borracho. Por último, aquel empecatado de don Álvaro, aunque tenía tan egregia y bella esposa, se dejaba llevar á menudo de las más villanas inclinaciones, y en una ó en otra de sus dos magníficas caserías alojaba con mal disimulado recato á alguna daifa, por lo común forastera, que había conocido y con quien había simpatizado, ya en esta feria, ya en la otra.

Como se ve, don Álvaro distaba mucho de ser un modelo de perfección. El padre Anselmo no ignoraba sus extravíos, contribuyendo esto á hacer más respetable á sus ojos á la prudente y sufrida señora.

Era tal la distinción aristocrática de doña Inés que, sin poder remediarlo, hasta en su padre encontraba cierta vulgar ordinariez que la afligía no poco; pero como doña Inés tenía muy presentes los mandamientos de la Ley de Dios y los observaba con exactitud rigurosa, nunca dejaba de honrar á su padre como debía, si bien procuraba honrarle desde lejos y no verle con frecuencia, á fin de no perder las ilusiones.

En suma, don Andrés el cacique era la única persona que por *naturaleza* estaba á la altura de doña Inés y era capaz de comprenderla y admirarla. Y digo por *naturaleza* porque el padre Anselmo, aun-

que por naturaleza era entendido, estaba además tan ayudado y tan ilustrado con la gracia de Dios, que comprendía como nadie el valor y las excelencias de doña Inés, y era muy digno de su trato familiar, teniendo con ella piadosísimos coloquios, en los cuales se desataba contra la abominable corrupción de nuestro siglo y contra la blasfema incredulidad que prevalece en el día y que se va apoderando de todos los espíritus.





III

Sin el menor artificio he presentado ya á mis lectores á varios de los personajes principales que han de figurar en la presente historia; pero me quedan dos todavía, de los cuales conviene dar previamente alguna noticia.

Don Paco, según hemos dicho, era un hombre enciclopédico, de variadas aptitudes y habilidades; la mano derecha del cacique y la subordinada inteligencia que hacía que en el lugar la soberana voluntad del cacique se respetase y cumpliese.

Había, sin embargo, en Villalegre otra persona, que en más pequeña esfera y en más reducidos términos, si no competía, se acercaba mucho al mérito de don Paco por la multitud de sus conocimientos y habilidades y por lo hacendosa y lista que era.

Hablo aquí de la famosísima Juana la Larga.

Imposible parece que esta mujer atinase á hacer bien tantas cosas diversas. Ella trabajaba mucho, pero no se ha de negar que con fruto. Tenía casa propia, sin lagar y sin bodega, pero en lo restante casi tan buena como la de don Paco. Carecía de olivares y de viñas, pero había hecho algunos ahorrillos que, según la voz pública, pasaban de 12.000 reales, y que iban creciendo como la espuma, porque los tenía dados á rédito á personas muy de fiar, y al 10 por 100 al año, porque como era mujer muy temerosa de Dios, de muy estrecha conciencia y muy caritativa, no quería pasar por usurera.

En sus diferentes oficios, Juana la Larga ganaba, por término medio y según los cálculos más juiciosos, sobre ocho reales al día ó dígase cerca de 3.000 cada año. Y esto sin contar las adehalas, propinas, regalos y obsequios que recibía á menudo. Bien es verdad que todo y más se lo merecía ella.

Nadie era más á propósito para dirigir una matanza de cerdos. Salaba los jamones con singular habilidad. El adobo con que preparaba los lomos antes de freirlos en manteca, era sabroso y delicadísimo, y teñía la manteca de un rojo dorado que hechizaba la vista, daba delicado perfume y despertaba el apetito de la persona más desganada cuando entraba por sus narices y por sus ojos. Sus longanizas, morcillas, morcones y embuchados dejaban muy atrás á lo mejor que en este género se condimenta en Extremadura. Y tenía tan hábil mano para todo, que hasta cuando derretía las mantecas sacaba los más saladitos y crujientes chicharrones que se han comido nunca. Así es que

los labradores ricos y otras personas desahogadas y de buen gusto se disputaban á Juana la Larga para que fuese á la casa de ellos á hacer la matanza.

En lo tocante á repostería no era nada inferior; y casi todo el año, y particularmente en tres solemnes épocas, no sabía ella cómo acudir á las mil partes á donde la llamaban: antes de Páscua de Navidad, á fin de confeccionar las chucherías y delicadezas que las personas pudientes y sibaríticas suelen entonces mandar hacer para su regalo: por ejemplo, los hojaldres y las célebres empanadas con boquerones y picadillo de tomate y cebolla que se toman por allí con el chocolate. Hacía, también como nadie, tortillas de azúcar y polvorones que se dejaban muy atrás á los tan encomiados de Morón; roscos de huevo y de vino y mucha variedad de bizcochos y de almíbares.

Si Juana no hubiera sabido tanto de otras cosas, se hubiera podido asegurar que era una especialidad maravillosa para las frutas de sartén; de modo que en los días que preceden á la Semana Santa no daba paz á la mano ni á la mente, acudiendo á las casas de los Hermanos Mayores de las cofradías, para hacer las esponjosas hojuelas, los gajorros y los exquisitos pestiños, que se deshacían en la boca, y con los cuales se regalaban los apóstoles, los nazarenos, el santo rey David y todos los demás profetas y personajes gloriosos del Antiguo y del Nuevo Testamento que figuraban en las deliciosas procesiones que por allí se estilan.

No estaba ociosa Juana ni carecía de conveniente habilidad para emplearla en la estación de la ven-

dimia. Sus arropes no tenían rival en toda aquella provincia, y lo mismo puede decirse de sus excelentes gachas de mosto. En otoño, por ser cuando se dan los mejores frutos, se castran las colmenas



y está fresca la miel, se empleaba Juana en hacer carne de membrillo y de manzana, gran variedad de turrones y ligerísimo y esponjado piñonate, cuyos gruesos y dorados granos quedaban ligados con la olorosa miel bien batida.

Fuera de esto, Juana se pintaba sola para disponer cualquier pipiripao ó banquete que debía ó quería dar algún señor del pueblo, ya con ocasión de boda ó bautizo, ya para obsequiar al diputado, al señor gobernador ó al propio obispo si venía á visitar la villa.

Y no se crea que Juana sabía sólo hacer los guisos locales, sino que también había importado y añadido á la cocina indígena no pocos platos forasteros de más ó menos remotos países, entre los cuales platos ó manjares descollaban los celebérrimos bizcochos de yema, que sólo hacían unas monjas de Écija, de cuyo secreto tradicional no se comprende por qué arte ó maña prodigiosa ella había sabido apoderarse. Confeccionaba, por último, varios platos de origen francés, cuyos nombres enrevesados habían venido á modificarse poniéndose de acuerdo con la pronunciación española. Así, por ejemplo, chuletas á la *balsamela*, lenguados

ingratines y anguilas fritas con salmorejo tártaro.

No era todo esto lo más admirable. Lo más admirable era que Juana, sobre ser la más sabia cocinera y repostera del lugar, era también su primera modista.



Casi simpre tenía una ó dos oficialas que cosían para ella, y ella cortaba vestidos, con tanto arte y primor, como Worth ó la Doucet en la capital de Francia.

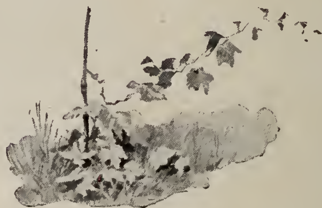
Las señoras y señoritas más pudientes y aficionadas al lujo acudían, pues, á Juana para sus trajes de empeño, cuando había que lucirlos, ya en una boda, ya en una feria ó ya en el baile que solía darse en las Casas Consistoriales el día del Santo Patrono.

Juana, por último, no era sólo sabia y operosa en las artes del deleite, sino que ejercía también, aunque no estaba examinada ni tenía título, un menester ó profesión de la más alta importancia social.

Era peritísima y agilísima para ayudar á cualquier mujer en los más duros trances de Lucina, y muchas se confiaban y se entregaban á ella porque jamás se le había desgraciado ninguna criaturita, y

porque la madre, como no fuese muy enclenque, á los seis ó siete días de salir de su cuidado estaba ya de pie, y á menudo iba á misa, y si se presentaba la ocasión, bailaba el bolero.

Con todas estas habilidades y excelencias, Juana la Larga no podía menos de ser querida y estimada en Villalegre, consiguiendo que su severa y más alta sociedad ó *high life* le hubiese perdonado un desliz ó tropiezo que tuvo en sus mocedades.





IV

En el momento en que va á empezar la acción de esta verdadera historia, Juana tendría cuarenta años muy cumplidos, si bien conservaba aún restos de su antigua belleza, que había sido notable cuando ella tenía veinte años; pero como entonces era muy pobre y no había descubierto ni mostrado sus grandes habilidades, no encontró, á pesar de su mérito, novio que le acomodase y tuvo que permanecer soltera.

A lo que se cuenta, cierto oficial de caballería que vino por aquellos lugares á comprar caballos para la remonta, y que era guapísimo y muy gracioso y divertido, se enamoró de Juana y logró enamorarla. No se sabe si le dió palabra de casamiento ó no se la dió; pero lo cierto es que el bueno del oficial tuvo que irse á la guerra civil, que ardía en las Provincias Vascongadas, y allí le mató una bala carlista que le agujereó el cráneo y se le entró en los sesos.

Juana quedó, pues, semi-viuda. Póstuma ó no póstuma, tuvo una niña preciosa á quien dieron en la pila bautismal el mismo nombre que á su madre. El vulgo añadió después al nombre el mismo epíteto, por donde esta niña, que será la principal heroína de nuestra historia, vino á ser apellidada Juanita la Larga.

Su madre la crió con gran cariño y esmero, sin recatarse y sin disimular que ella era su hija, lo cual hubiera sido en aquel lugar, donde todo se sabía, el más inútil de los disimulos. Juana crió, pues, á sus pechos á Juanita; siempre la llamaba hija, y Juanita, desde que empezó á hablar, llamaba á Juana madre á boca llena.

Esto era considerado como una gran desvergüenza entre las personas severas del lugar, que clamaban contra el escándalo y mal ejemplo; pero, poco á poco, todos se fueron acostumbrando, y al cabo de algunos años nada parecía más natural ni más justo sino que Juanita fuese hija de Juana, á la cual no faltaron tampoco defensores, ya razonables, ya fervorosos, que alababan el cariño y la devoción maternal de la madre á la hija, y que, cuando eran algo maldicientes, no dejaban de comparar á Juana con otras que pasaban por honradísimas y que hasta tenían la insolencia de presumir de casi santas. De ellas se murmuraba, con más ó menos fundamento, que habían tenido también fruto, y no de bendición, del cual se habían desprendido, ó enviándole á la inclusa ó sabe Dios ó el diablo de qué otra manera.

El epíteto de Larga dado á Juanita no era sólo

por herencia, sino que era también por conquista.

Juanita, á los diecisiete años, había espigado tanto, que era la moza más alta y más esbelta que había en el lugar. Algo de la sangre belicosa del oficial de caballería se había infundido en ella, y la crianza libre y hombruna que había recibido, había desarrollado su agilidad y sus bríos. Cuando andaba tenía un aire marcial á par que gracioso; corría como un gamo; tiraba pedradas con tanto tino que mataba los gorriones, y de un brinco se plantaba sobre el lomo del mulo más resabiado ó del potro más cerril. Y no á horcajadas, porque esto no lo consentían su decoro y su estética natural é inconsciente, sino sentada, lo cual es más difícil, hacía trotar y galopar á la bestia, espoleándola con los talones ó azotándola con el extremo del ronzal ó de la jáquima, cuando la tenía y no iba en pelo sin brida ni rienda de ninguna clase.

Los primeros años de la mocedad de Juanita habían sido algo dificultosos, porque su madre no había alcanzado aún la extraordinaria reputación de que después gozaba, ni tenía el bienestar y la riqueza de que ya hemos hablado.

Juanita no fué nunca á la miga, pero su madre le enseñó á coser y á bordar primorosamente; y el maestro de escuela, que le tomó mucho cariño, le enseñó á leer y á escribir gratis en sus ratos de ocio.

Desde que tuvo nueve años, Juanita fué de grande auxilio á su madre, que hasta mucho más tarde no se dió el lujo de tener una sirvienta.

Juanita barría y aljofifaba, fregaba los platos,

enjalbegaba algunos cuartos y la fachada de la casa, que era la más blanca y la más limpia de la población, y hasta agarraba su cantarillo é iba por agua á la milagrosa fuente del ejido, cuyo caño vertía un chorro tan grueso como el brazo de un hombre robusto, siendo tal la abundancia del agua que con ella se regaban muchísimas huertas y se hacían frondosos, amenos y deleitables los alrededores de Villalegre, contribuyendo no poco á que la villa mereciese este nombre. El agua además era exquisita por su transparencia y pureza, como filtrada por entre rocas de los cercanos cerros, y tenía muy grato sabor y muy saludables condiciones. La gente del pueblo le atribuía, por último, algunas prodigiosas cualidades, calificándola de muy *vinagrera* y de muy *triguera*. Quería significar con esto que el arriero que compraba en Villalegre vinagre de yema, por lo común muy fuerte, llenaba sólo dos tercios de la cavidad de la corambre, y la acababa de llenar por la mañanita temprano, antes de emprender su viaje, mitigando y suavizando con el agua de la fuente la fortaleza y acritud del líquido, y ganándose así desde luego un treinta y tres por ciento, aunque



vendiese el vinagre al mismo precio en que le había comprado.

Era también *triguera* el agua de la fuente, porque sus raras cualidades consentían, aunque era difícil operación y que debía hacerse con gran sigilo, que, valiéndose de una escoba de palma enana, se rociase con ella el trigo que se iba á vender, dejándole expuesto luego al sol para que se secase. Así el trigo recibía mejor sabor, y aunque por fuera



quedaba seco, guardaba por dentro algo del líquido, y se esponjaba y crecía en peso y en volumen.

Todavía esta fuente tenía otro mérito y prestaba otro notable servicio, porque además de un gran pilar en que iban á beber y bebían todas las bestias de carga y de labor y los toros, vacas y bueyes, y además de otro pilar bajo, que solía ser abrevadero del ganado lanar y de cerda, llenaba con sus cristalinas ondas un espacioso albercón cercado de muros que le ocultaban á la vista de los transeuntes, donde iban las mujeres á lavar la ropa, remangadas las enaguas hasta los muslos y metidas en el agua hasta la rodilla, como por allí es uso, aun en el

rigor del invierno. Frondosos y gigantescos álamos negros y pinos y mimbreras circundan la fuente y hacen aquel sitio umbrío y deleitoso. Al pie de los mejores árboles hay poyos hechos de piedra y de barro y cubiertos de losas, en los cuales suelen sentarse los caballeros y las señoras que salen de paseo. Casi todas las tardes se arma allí tertulia y grata conversación, siendo los más constantes el escribano, el boticario, nuestro don Paco y el señor cura quien, al toque de oraciones, recita el *Angelus Dómini*, al que responden todos quitándose el sombrero y santiguándose y persignándose.

En torno del pilar charlan las mozas que vienen por agua, cada cual con su cantarillo, y suelen hacer el papel de Rebecas con cuantos arrieros Eliaceres acuden allí para que beban, si no sus camellos, sus mulas y sus borricos. También, al lado y dentro del albercón y á poca distancia de él, donde hay un vallado ó seto vivo de zarzamoras, granados y madreselvas, que limita y defiende las huertas, y sobre el cual seto se pone á secar la ropa lavada, se extiende y dilata la tertulia democrática y popular con mucha charla, risotadas, jaleos y retozos, pues no faltan nunca zagalones y hasta hombres ya maduros que acuden por allí atraídos por las muchachas, como acuden los gorriones al trigo.

V

JUANA la Larga, según queda indicado, gracias á su constante actividad, buen orden y economía, en todo lo cual su hija le ayudaba con inteligencia y celo, había mejorado de posición y de fortuna. Tenía una criada muy trabajadora, que barría y fregaba, y bajo la dirección de las señoras guisaba también, dejando á éstas el tiempo libre para ejercer sus lucrativos oficios. El oficio principal de Juanita era coser y bordar, para lo cual había desplegado aptitud superior á la de su madre.

Juanita no tenía que emplearse en más bajas ocupaciones. Sin embargo, ora fuese por candorosa coquetería, ó sea por deseo de lucir la gallardía de su persona, deseo de que no se daba cuenta, ora porque Juanita necesitase del ejercicio corporal y de mostrar y desplegar la energía de su sana naturaleza, Juanita, aun cumplidos ya los diecisiete años, gustaba de ir por agua á la fuente del ejido, allanándose á veces, á pesar de la desahogada

posición de su madre y de ella, á ir al albercón á lavar alguna ropa, cuando la ropa era fina y temía ella, ó aparentaba temer, que manos más rudas que las suyas la estropeasen.

La verdad era que esto de ir al albercón y á la fuente, más que fatiga era recreo y solaz para Juanita, la cual divertía á las otras muchachas con sus agudos dichos y felices ocurrencias, las hacía reir á casquillo quitado y gozaba de popularidad y favor entre ellas.

Era ya Juanita una guapa moza en toda la extensión de la palabra. Las faenas caseras no habían estropeado sus lindas y bien torneadas manos, y ni el sol ni el aire habían bronceado su tez trigueña. Su pelo negro, con reflejos azules, estaba bien cuidado y limpio. No ponía en él ni aceite de almendras dulces ni blandurilla de ninguna clase, sino agua sola con alguna infusión de hierbas olorosas para lavarle mejor. Le llevaba recogido, muy alto, sobre el colodrillo, en trenza que, atada luego, formaba un moño en figura de dos triángulos equiláteros que se tocaban en uno de los vértices. Como Juanita decía que cabeza loca no quiere toca, casi siempre iba á la fuente sin pañuelo en la cabeza, luciendo así el primor y la pulcritud de su peinado y dejando ver lo bien plantada que estaba la cabeza sobre su airoso cuello, sólo sombreado por algunos ricillos menudos, que se sustraían á la cautividad en que tenía el moño los más largos cabellos. Por delante, recogido el pelo, dejaba ver la tersa frente, recta y chiquita, y sobre las sienes tenía grandes rizos sostenidos con horquillas, que

llaman por allí *caracoles*, por bajo de los cuales había una suave patillita, que no fijaba ella contra la cara con zaragatona ó pepitas de membrillo, como hacen otras muchachas, sino que dejaba flotar libremente en vagas sortijillas ó más bien alcayatas donde colgar corazones.

La misma libertad en que se había criado, y el constante ejercicio corporal, ya en útiles faenas, ya en juegos más de muchacho que de niña, habían hecho que Juanita, aunque no tenía la santa ignorancia, ni había vivido con el recogimiento que recomiendan y procuran otras madres celosas, no había pensado todavía en cosas de amor. Era buscada, requebrada y solicitada por no pocos mozos, pero, brava y arisca, sabía despedir huéspedes, imponer respeto y tener á raya á los más atrevidos.

Sólo se le conocía una inclinación que, desde la niñez, persistía en ella con constancia; pero esta inclinación, al menos por su parte, más que de afecto amoroso, tenía trazas de fraternal cariño. Quien le inspiraba, compartiéndole sin duda por menos inocente estilo, era Antoñuelo, el hijo del maestro herrador, y sobrino del cacique, quien tenía en el lugar muy humilde parentela.

Antoñuelo era un mocetón gentil y robusto, muy simpático, aunque de cortos alcances, y decidido para todo, y singularmente para admirar á Juanita, á quien consideraba y respetaba, sometiendo á ella toda su voluntad, como por virtud de fascinación ó de hechizos.



VI

Entregado don Paco á sus constantes y diversos quehaceres no sólo no había pensado en casarse por segunda vez, sino que nunca había tenido amoríos, ó al menos, si algunos había tenido, habían sido con tan maravilloso recato, que nadie se había enterado de ellos en Villalegre, lo cual es una inverosimilitud extraordinaria, porque en aquel lugar apenas había persona, y menos aún si era de tanta importancia y viso como don Paco, que pudiera hacer ó decir cosa alguna que no se supiese. Hasta los mismos pensamientos se adivinaban allí, se divulgaban y se comentaban, como el pensador no pensase con mucho disimulo y muy para dentro. Debemos, pues, creer que don Paco no había tenido amoríos, á no ser muy efímeros y livianos, y que ni siquiera, durante su larga viudez, había pensado en semejante cosa.

Tenía, sin embargo, notable aptitud y tino para conocer y admirar la belleza femenina, y hacía ya

meses que, casi sin reparar en ello y muy involuntariamente, cuando estaba de tertulia con el escribano y el boticario y con otros señores, en los poyos que había junto á la fuente, sus ojos se fijaban con morosa delectación en Juanita la Larga, que aún solía venir á llenar su cántaro y á estar allí de charla con las otras muchachas mientras que le llegaba su turno.

Indudablemente don Paco había empezado á sentir hacia Juanita viva inclinación, que era difícil de dominar; pero se le pasó bastante tiempo sin dar muestra exterior de que la sentía, anhelando acaso ocultársela á sí mismo por razones que él se daba.

Fundado en la propia modestia, que le hacía formar un pobre concepto de su persona, hallaba que con sus cincuenta y tres años, treinta y seis más que Juanita, no podía ya enamorar á la muchacha, la cual ó desdeñaría su cariño ó sólo por interés se movería á corresponderle. Pensaba luego que Juanita, aunque en aparente libertad, estaba muy vigilada por su madre, y como madre é hija vivían con cierto desahogo, no era de presumir que, si él tuviese intenciones pecaminosas, ellas cediesen, sino que en todo caso cederían *in facie Eclesiæ* y llevando al cura por delante.

La idea de casamiento aterrorizaba á don Paco, y no porque en absoluto le repugnase el estar casado, sino porque su hija, la señora doña Inés, le inspiraba un entrañable cariño, mezclado de terror, y porque ella era tan imperiosa como brava, y sin duda se pondría hecha una furia del Averno si su

padre le diese madrastra, sobre todo de tan ruín posición, y si á los siete nietos que ella le había dado, y á los que calculaba que podrían venir todavía, persistiendo ella en su actividad productora, quitase él la esperanza de heredar el majuelo, el olivar y la casa, y de gozar, en vida suya, de no poco de lo que él fuese granjeando con sus variadas artes.

Temblaba don Paco de incurrir en el enojo de su hija, y aunque temblaba principalmente por el mismo enojo, no dejaba de recelar sus malas consecuencias.

Bien conocía él que no había en el lugar una persona ni varias juntas que pudieran reemplazarle con éxito en sus diferentes empleos; pero el mundo no estaba yermo ni falto de hombres de Estado rústicos, los cuales podrían buscarse y traerse de fuera del lugar para que á él le reemplazaran. Y bien conocía también que su hija era punto menos que omnipotente, porque tenía subyugadas ambas potestades, la temporal y la espiritual.

El padre Anselmo la tenía por una santa, y por una doctora, y cuanto ella decía era para él, sin poderlo remediar, un legítimo corolario de los Evangelios y de las Epístolas. El padre Anselmo sería capaz de excomulgar á quien ella le mandase. Y en lo tocante al brazo secular, era evidentísimo que doña Inés le tenía sujeto á sus caprichos y que aplastaría con todo su peso á quien ella quisiese.

Don Paco, en esta disposición de ánimo, razonablemente motivada, aunque no hemos de negar que él era dulce, pacífico y algo débil de carácter, ade-

lantaba en su imaginación los casos futuros, y presuponiéndose ya prendado de Juanita, declarado y aceptado, veía un tropel de males que salían del corazón enfurecido de doña Inés como de nueva caja de Pandora.

Pesaban tanto en su espíritu estas consideraciones, que, notando que su afición oculta iba creciendo, procuraba ó más bien se proponía huir de la vista de Juanita, no pasar por su calle para no verla en el portal ó asomada á la ventana; y no ir á la tertulia de los poyetes, bajo los álamos, para no tener que admirarla cuando charlaba con las demás zagalonas ó con los mozos en la fuente del ejido, ó cuando subía ó bajaba gallardamente, con el cántaro apoyado en la cadera, por la cuestecilla que se extiende desde la fuente hasta el lugar.

A pesar de sus prudentes propósitos de retraimiento, una fuerza, al parecer superior á su voluntad, le llevaba á veces á pasar por delante de la casa de Juanita más de lo que era necesario; á ir á la iglesia cuando él sabía que iba ella con su madre, á misa ó á sus devociones; y á acudir á la tertulia de los poyetes casi todas las tardes.

Para Juanita, que se había pasado todo el día cosiendo y bordando en casa, era pretexto de solaz ó de paseo el ir casi al anochecer á la fuente por agua. Su madre encontraba que, en la posición algo señoril, desahogada y decorosa en que ya imaginaba hallarse, y atendido el desenvolvimiento físico de Juanita, que había llegado á transformarse de muchachuela en una magnífica y real moza, no estaba bien, y era darse poquísimo tono el ir por

agua á la fuente como la más plebeya y humilde pelafustana.

Pero á Juanita le divertía este ejercicio, y tenía una voluntad indómita. A las observaciones que su madre le hacía daba oídos de mercader; acariciaba á su madre para vencer su oposición y disipar su disgusto, y seguía yendo á la fuente á pesar de todas las observaciones.





VII

Una tarde del mes de Mayo Juanita se entretuvo en la fuente en larga y alegre conversación con otras muchachas.

Ya anochecido, subía con su cántaro lleno por la cuesta, que en aquel momento estaba sola.

La tertulia de los poyetes solía, en primavera y en verano, durar hasta las ánimas, hora en que los tertulianos se retiraban para cenar y acostarse.

Aquel día don Paco había estado haciendo esfuerzos, ó como si dijéramos, gimnasia con su voluntad para no ir á la tertulia y ver á Juanita. La lucha entre su voluntad razonable y su inclinación había durado bastante. Al fin, la voluntad sometida llevó, aunque tarde, á la tertulia de los poyetes á toda la persona de don Paco.

La pícara casualidad hizo que, al bajar don Paco, subiese Juanita, según hemos dicho.

Era ya de noche. El cielo estaba despejado, pero

sin luna. Las estrellas, si resplandecían en el éter infinito, vertían muy débil luz sobre la tierra. Acrecentaba la obscuridad, en el punto en que ambos se encontraron, algunos frondosos árboles que allí había y el alto vallado de zarzamoras y de otros arbustos que se extendía á un lado y á otro por casi todo el camino.

Juanita era muy distraída é iba además pensando



en sus travesuras de muchacha. Don Paco era también distraído. Él mismo no sabía en qué estaba pensando. Era, además, algo corto de vista. Lo cierto es que no repararon uno en otro al venir en opuestas direcciones, ni oyeron el ruido de los pasos. Chocaron, pues, y se dieron un buen empellón.

—Caramba, hombre—dijo Juanita—mire usted por dónde va y no camine á ciegas; por poco me tira el cántaro.

Don Paco, que conoció á Juanita por la voz, contestó con mucha dulzura:

—¡Perdona, hija mía. ¿Te he hecho daño?

Ella, que también conoció á don Paco en seguida, replicó riendo:

—¿Qué daño me ha de haber hecho usted? Pues qué, ¿soy yo acaso de alfeñique?

—No, hija. Bien sólida y firme me pareces. Si en algo eres de alfeñique no es por lo quebradiza, sino por lo dulce.

—Entonces seré turrón de Alicante, dulce pero duro.

—Y vaya si me ha parecido duro.

—Si advirtió usted su dureza hablará sólo de su dulzura por adivinanza.

—Pues qué, ¿no podría yo probarla?

—Ya está usted viejo, don Paco, y no podría meterle el diente.

—Pues te equivocas, que yo no estoy tan viejo, y tengo los dientes tan cabales y tan fuertes que, si se tratase de mordiscos, hasta en una piedra los daría. Pero yo no quiero emplear contigo sino más blandas y amorosas demostraciones.

—¡Ea, quite usted allá, señor don Paco! ¿Qué demostraciones ha de hacer usted, si puede ser mi abuelo?

Y como don Paco seguía plantado delante, atajándole el camino, Juanita continuó:

—Vamos, déjeme usted pasar. Si parece usted un espantajo. ¿Qué dirá la gente si le ve y le oye hablar aquí y requebrar en la obscuridad á una mocita? Capaz será de decir que ha perdido usted la chaveta y que ya no sirve para secretario del Ayuntamiento y consejero de don Andrés.

Don Paco se apartó entonces y dejó pasar á Juanita, pero en vez de dirigirse hacia la fuente, se volvió, siguiéndola, hacia el lugar.

—¿Qué hace usted, señor? ¿Por qué no va á su tertulia? Todavía están en los poyetes el señor cura, el boticario y el escribano. Váyase usted á hablar con ellos.

—Ya es tarde, pronto se volverán y desisto de ir hasta allí. Prefiero volverme charlando contigo.

—¿Y de qué hemos de charlar nosotros? Yo no sé decir sino tonterías. No he leído los libros y papeles que usted lee, y como no le hable de los guisos que mi madre hace ó de mis bordados y costuras, no sé de qué hablar á su merced.



—Háblame de lo que hablas á Antoñuelo cuando estás con él de palique.

—Yo no sé lo que es palique, ni sé si estoy ó no estoy á veces de palique con Antoñuelo. Lo que sé es que yo no puedo decir á su merced las cosas que á él le digo.

—¿Y qué le dices?

—Pues no quiere usted saber pcco. Ni el padre Anselmo, que es mi confesor, pregunta tanto.

—Algo de muy interesante y misterioso tendrá lo que dices á Antoñuelo, cuando ni al padre Anselmo se lo confiesas.

—No se lo confieso porque no es pecado, que si fuera pecado se lo confesaría. Y no se lo cuento

tampoco, porque á él no le importa nada, y á usted debe importarle menos que á él.

A todo esto, como iban á buen paso ambos interlocutores, habían ya subido la cuesta y se hallaban en el altozano, á la entrada del lugar, donde están la iglesia parroquial y las primeras casas.

—Déjeme su merced ahora—dijo Juanita,—y no venga, con perjuicio de su autoridad, acompañando á una chicuela que lleva un cántaro. ¡Pues no se enojaría poco la señora doña Inés, que tiene tantos humos, si viese á su señor padre sirviendo de escolta, no á una princesa como ella, sino á una pobrecita trabajadora!

—¿Qué había de decir? Diría que yo te estaba encomendando algún trabajo.

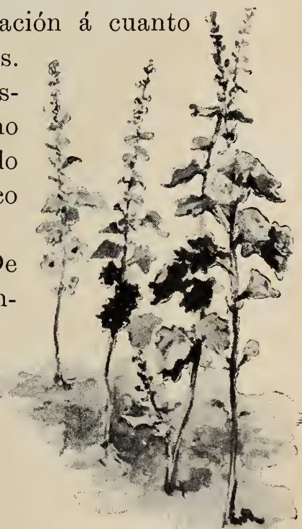
—No es esta hora ni ocasión para eso. Y por otra parte, no es á mí, sino á mi madre, á quien los trabajos se encargan. Acuda usted á ella si algo quiere encargar.

Y diciendo esto, apresuró el paso, hizo á don Paco un gesto imperativo, marcándole la calle por donde debía irse, y ella se fué por otra que formaba ángulo recto con la que don Paco debía seguir.

VIII

MUCHO caviló don Paco sobre aquel diálogo, midiendo é interpretando las palabras de Juanita.

Le había llamado abuelo, pero con amable risa. Todos los hombres, abuelos y nietos, solemos prometérnoslas felices y casi siempre nos inclinamos á dar la más favorable interpretación á cuanto dicen las mujeres que pretendemos.



No se podía dudar, por ser cuestión de una ciencia tan exacta como la aritmética, que él hubiera podido ser el abuelo de Juanita. Don Paco hacía este cálculo.

Yo tengo cincuenta y tres años. De diecisiete á cincuenta y tres van treinta y seis; á los diecinueve años bien pude yo haber tenido una hija, y esta hija bien pudo haberse casado y tener á Juanita á los diecisiete.

Después sumaba don Paco:

—Diecinueve más diecisiete, más otros diecisiete que tiene Juanita ahora, son cincuenta y tres, que es mi edad: luego, muy descansadamente, pudiera yo ser el abuelo de esa pícara muchacha.

E pur si muove—proseguía, pues era hombre erudito hasta cierto punto, sabía un poco de italiano, porque había oído cantar muchas óperas, y conocía las palabras que se atribuyen á Galileo, así como varias otras sentencias expresadas en la lengua del Dante, verbi gracia: *Chi va piano, va sano, e va lontano.*

La primera sentencia aplicada á su situación quería significar que él, á pesar de poder ser el abuelo de Juanita, quería y podía ser otra cosa muy diferente; y la segunda sentencia, que también recordaba don Paco, quería significar que él debía ir con tiento, con pies de plomo y sin precipitarse, porque no se ganó Zamora en una hora, y porque la muchacha no era muy arisca en el fondo, ni probablemente tan firme y dura de entrañas como, merced al encontrón que había tenido con ella, le constaba que era firme y dura en su juvenil superficie. Además, las esperanzas, lejos de desvanecerse, crecían en su pecho, hallándose más inverosímil abuelo que inverosímil amante. Para corroborar esta lisonjera afirmación, se contemplaba don Paco en el espejo en que solía afeitarse, el cual, aunque era pequeño, no lo era tanto que no reflejase casi toda su persona. Él exclamaba al verla, como el pastor Coridón de Virgilio ó como el Marramaquiz de Lope:

¡Pues no soy yo tan feo!

Y verdaderamente, no era feo don Paco, ni parecía viejo tampoco.

A las últimas palabras de Juanita dió don Paco una interpretación lisonjera, pero acaso más comprometida de lo que él deseaba.

Al indicarle la muchacha que hablase con su madre y que le encargase la obra de costura que ella debía hacer, ¿no estaba claro que Juanita se mostraba propicia á entrar en cierto género de relaciones, aunque no á hurto, sino á sabiendas y con beneplácito de la autoridad materna?

Como quiera que fuese, don Paco, sintiéndose prendado de Juanita, se allanaba á pasar por todo; pero se propuso, como hombre prudente, no aventurarse más de lo necesario y no soltar prenda por lo pronto.

A que él entrase en relaciones serias con Juanita y conducentes á la *buena fin*, se oponían dos consideraciones: era la primera la excesiva, sospechosa é íntima familiaridad que tenía Juanita con Antoñuelo, el hijo del herrador; y era la segunda la casi seguridad del furioso enojo de doña Inés cuando llegase á saber que él tenía un compromiso serio con Juanita. Doña Inés inspiraba á su padre terror pánico y siempre trataba de huir de su enojo como de una espada desnuda.

Su decidida afición á la muchacha saltaba, no obstante, por cima de los obstáculos, como un corcel generoso salta la valla que se le ha puesto para atajar su carrera.

En resolución, combatido don Paco por harto contrarios sentimientos, aunque se propuso no

desistir de la empresa que había formado de manera muy vaga, se propuso también proceder con la mayor cautela y ser lo más ladino que pudiese, aunque en estos negocios no le sucedía como en los negocios del municipio, y el ser ladino no era su fuerte.

Así discurriendo, pasó don Paco revista á su ropa blanca. Vió que sólo tenía media docena de camisas bastante estropeadas y con muchos zurcidos. Y como esto era muy poco para él, persona de extremado aseo, que ¡cosa rara en un pequeño lugar! se ponía ropa limpia tres veces á la semana, decidió que estaba justificadísimo el mandar que le hicieran media docena de camisas nuevas, que le hacían muchísima falta. ¿Y quién había de hacerlas mejor que Juanita, que era la costurera más hábil de Villalegre? ¿Y quién había de cortarlas mejor que su madre, la cual, lo mismo que con el mango de la sartén en la izquierda y la paleta en la diestra, era una mujer inspirada con las tijeras en la mano y con cualquiera tela extendida sobre la mesa y marcada ya artísticamente con lápiz ó con jaboncillo de sastre?

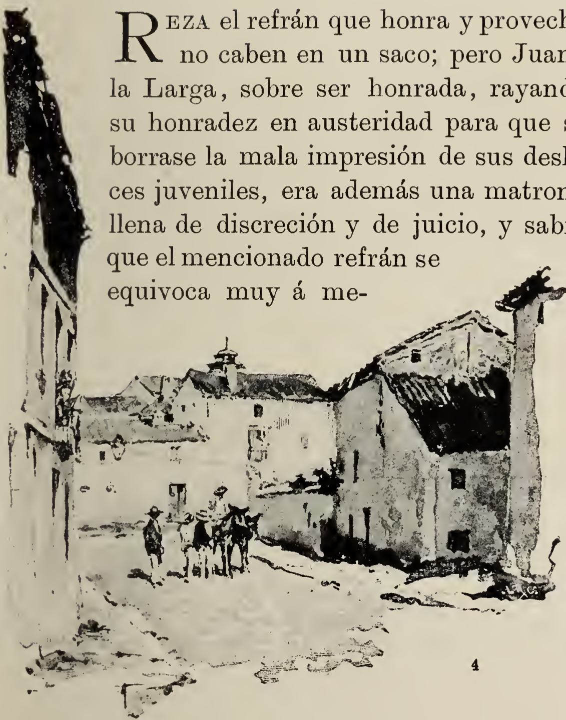
Al día siguiente, decidido ya don Paco, acudió muy de mañana á casa de Juana la Larga y le mandó hacer seis hermosas camisas de madapolán con puños y pecheras de hilo, ajustándolas á treinta reales cada una. Para ganarse la voluntad y excitar el celo de ambas Juanas, les llevó don Paco, envuelto en un pañuelo, y sin que los profanos viesen lo que llevaba, un cestillo lleno de fresas, fruta muy rara en el lugar; y para mayor esplendidez, sacó además

del bolsillo del holgado chaquetón que solía vestir de diario, nada menos que tres bollos del exquisito chocolate, que solía hacer doña Inés en su casa, y del cual había regalado á su padre una docena de bollos de á cuatro onzas cada uno.

Juana la Larga, que era muy golosa y muy aficionada á que la obsequiasen, aceptó el presente con gratitud y complacencia, pero como no era larga solamente de cuerpo, sino que lo era también de previsión, y si vale decirlo así, de olfato mental, al punto olió y caló las intenciones que don Paco traía y sobre las cuales había ya sospechado algo.



IX



Reza el refrán que honra y provecho no caben en un saco; pero Juana la Larga, sobre ser honrada, rayando su honradez en austeridad para que se borrase la mala impresión de sus deslices juveniles, era además una matrona llena de discreción y de juicio, y sabía que el mencionado refrán se equivoca muy á me-

nudo. Para ella, en el caso que se le acababa de presentar, en vez de no caber en un saco, el provecho no podía ser sin la honra y la honra tenía que producir naturalmente el provecho.

Si Juanita se dejaba camelar á tontas y á locas, se exponía á dar al traste con su reputación y á ser el blanco de las más feroces murmuraciones y á perder para siempre la esperanza de hallar un buen marido. Y todo ello por unas cuantas chucherías y regalillos de mala muerte. Mientras que si Juanita acertaba á ser rígida sin disgustar y ahuyentar al pretendiente, pero sin otorgarle tampoco el menor favor de importancia antes de que el cura diese en la iglesia el pasaporte para los favores, convirtiéndolos en actos de deber y cargas de justicia, harto posible era que don Paco se emberrenchinase hasta tal punto, que entrase por el aro rompiendo todo el tejido de dificultades que al aro pusiesen doña Inés y otras personas, y elevando á Juanita á ser legítimamente la señora del personaje más importante del lugar después de don Andrés Rubio, el cacique.

Con tales pensamientos en la mente, á par que con notable destreza y desarrollando la cinta que estaba enrollada en una carretilla, tomó Juana á don Paco las medidas convenientes. Estuvo con él más dulce que una arropía, y, aunque le dijo que no tenía que venir á su casa para probarse la primera camisa, porque cuando estuviese medio hecha ó hilvanada se la enviaría para la prueba, le convidó á que algunas noches, de nueve á once, cuando no tuviese nada mejor que hacer, viniese,

si quería, un rato de tertulia á su casa, porque ni ella ni Juanita gustaban de acostarse temprano, y aunque estaban casi siempre solas, velaban hasta las doce. Juanita cosía ó bordaba; pero como esto se hace con las manos, su lengua quedaba expedita y charlaba más que una cotorra.

—Yo—añadía Juana la Larga—no coso ni bordo de noche porque tengo perdida la vista, y así es que estoy mano sobre mano ó paso las cuentas de mi rosario y rezo. Si alguna vez está usted de humor, podemos echar juntos cuatro ó cinco manos de tute, que yo sé que á usted le agrada. Á mí me agrada también, pero mi mala suerte y mis cortos medios no me permiten jugarle más que á real cada juego. Y aun así si le da á una muy mal, bien puede perder veinte ó treinta reales en una noche, como quien no quiere la cosa.

Ya se comprende que don Paco aceptó el convite y fué de tertulia á casa de Juana: al principio de vez en cuando; al cabo de poco tiempo, todas las noches. Casi siempre jugaba al tute y perdía. Sus pérdidas podían evaluarse, una noche con otra, en una peseta diaria. Todo, no obstante, lo daba don Paco por bien empleado.

Las camisas estuvieron pronto concluídas y don Paco quedó muy satisfecho. En la vida se había puesto otras que mejor le sentasen.

No las hubiera hecho más lindas el camisero más acreditado de París. Las lustrosas pecheras no hacían una arruga; los cuellos eran derechos, á la diplomática, y los puños muy bonitos y para los botones que en el día se estilan, Juana le regaló,

en compensación de los muchos regalos que de él recibía, un par de botones preciosos de plata sobredorada que mercó en la tienda del Murciano, tienda bien abastecida, y donde, según dicen por allí, había de cuanto Dios crió y de cuanto puede imaginar, forjar, tejer y confeccionar la industria humana: naipes, fósforos, telas de seda, lana y algodón, especiería, quesos, garbanzos y habichuelas, ajonjolí, matalauva y otras semillas. Casi eran



los únicos artículos que allí faltaban las carnes de vaca y de carnero y toda la pasmosa variedad de sabrosos productos que resultan de la matanza y sacrificio de los cerdos.

Ya estuviesen hablando don Paco y Juana, ya estuviesen jugando al tute, Juanita rara vez suspendía su costura ó su bordado; pero, sin suspenderlos, solía tomar parte en la conversación del modo más agradable. Nadie venía á interrumpir esta tertulia de los tres, salvo Antoñuelo, que

escamaba mucho á don Paco y le llenaba de sobresalto y mal humor.

Crecía éste de punto, porque, mientras que don Paco estaba jugando al tute y Juana le acusaba las cuarenta, Antoñuelo se sentaba muy cerca de Juanita, en el otro extremo de la sala donde ella cosía, y ambos cuchicheaban con mucha animación y en voz tan baja, que don Paco no podía pescar ni palabra de lo que decían. Con esto se ponía como sobre áscuas y muy alborotado y triste, sin que para ocultarlo le valiese el disimulo. Entonces don Paco jugaba peor: solía tener rey y caballo del mismo palo y se le olvidaba acusar veinte, ó bien, si Juana le jugaba un oro y él tenía el as ó el tres, se le guardada y no le echaba. Así es que las noches en que venía Antoñuelo á la tertulia, sobre la desazón que daba á don Paco, le hacía perder un par de pesetas y hasta tres á veces.

Viniese ó no viniese Antoñuelo á la tertulia, Juana la Larga estaba siempre presente. Don Paco no hallaba modo de hablar á solas con Juanita, ni de abandonar á la madre é imitar á Antoñuelo, enredándose en cuchicheos con la hija.

Alguna vez que lo intentó, hablando bajo á Juanita, ésta le contestó alto, haciendo la conversación general y despojándola de todo misterio.

Bien hubiera querido don Paco, cuando Antoñuelo venía, rodear las cosas de suerte que le obligase á entretener á la madre, hablando ó jugando al tute con ella; pero Antoñuelo aseguraba que no sabía jugar al tute y daba á entender que nada tenía que decir á Juana.

Con frecuencia salía don Paco tan cargado de esta tertulia que se proponía y casi resolvía no volver á ella ó al menos ir poco á poco retirándose. Pero ya había tomado la maldita costumbre de ir, y todas las noches, si lo retardaba algo, empezaban al toque de ánimas á hormiguearle y bullirle los pies, y ellos mismos, pronunciándose y rebelándose contra su voluntad, le llevaban á escape y como por encanto en casa de ambas Juanas.



X

PRONTO notaron todos los vecinos, cundiendo la la noticia por el resto de la población, las constantes visitas nocturnas de don Paco; pero como Antoñuelo solía ir también, y entre don Paco y Juanita había tan grande desproporción de edad, la gente murmuradora lo explicó todo suponiendo que Antoñuelo era novio de Juanita y que don Paco tenía ó trataba de tener relaciones amorosas con la madre, la cual, á pesar de sus cuarenta y cinco años y de los muchos trabajos y disgustos que había pasado en esta vida, apenas tenía canas, y estaba ágil, esbelta, y aunque de pocas, de bien puestas, frescas, apretadas y al parecer jugosas carnes.

La austeridad esquiva de Juana la Larga, durante muchos años, desde que tuvo su juvenil tropiezo, no pudo en esta ocasión eximirla de la maledicencia. La gente decía que al fin se había dejado tentar y lo daba todo por hecho. Cuando veía la gente que Antoñuelo y don Paco iban á las nueve á la casa y permanecían allí hasta cerca de

las doce, no juzgaba aquella tertulia tan inocente como era en realidad y la calificaba de amor por partida doble.

Las bromas que sobre ello dieron á don Paco algunos de sus amigos le soliviantaron bastante.



Así es que, excitado, si bien no tenía derecho para pedir explicaciones, con más ó menos disimulados rodeos, y cuando Antoñuelo no estaba presente, se atrevió á pedirlas y á indagar porqué venía Antoñuelo con tanta frecuencia y de qué trataba con Juanita en sus largos apartes y cuchicheos.

Ambas Juanas, sin alterarse en lo más mínimo y como la cosa más natural y sencilla, lo explicaban todo, afirmando que Juanita y Antoñuelo eran exactamente de la misma edad, se habían criado juntos desde que estaban en pañales y podían considerarse como hermanos.

Añadían ambas que Antoñuelo era travieso, y muy tronera, que daba á su padre grandes desazones, que de él podían temerse mayores males aún, y que á Juanita ni remotamente le convenía para novio, pero que ella no acertaba á prescindir del cariño fraternal que le tenía, ni á prohibirle que viniese á verla, ni á dejar de darle buenos consejos

y amonestaciones, los cuales eran el asunto de los cuchicheos.

Don Paco aparentaba aquietarse al oir tal explicación, pero en realidad no se aquietaba; y mostrando el verdadero interés que el buen nombre de Juanita le inspiraba, insinuaba que, aunque todo fuese moral é inocentísimo, convenía, á fin de evitar el qué dirán, no recibir á Antoñuelo con tanta frecuencia.



Los sermones que predicaba don Paco, más que morales, conducentes á conservar el decoro de Juanita, no se puede decir que fueron predicados en desierto. Poco á poco dejaron de menudear las visitas de Antoñuelo; sus cuchicheos con Juanita se acortaron, y al fin cuchicheos y visitas vinieron á ser raros.

Esto dió ánimo á don Paco. Creyó notar que se prestaba dócil oído á sus cariñosas reprimendas, y se atrevió á predicar también sobre otro punto.

En extremo gustaba él de ver á Juanita charlar en la fuente ó subir la cuesta con el cantarillo en la cadera ó con la ropa ya lavada sobre la gentil cabeza, más airosa y gallarda que una ninfa del verde bosque, y más majestuosa que la propia princesa Nausicaá, que también lavaba la ropa cuando, sin desconcharse ni echar las ínfulas por el suelo, solían hacerlo las princesas, allá en los siglos de oro.

Don Paco, que tenía, según hemos apuntado ya,

entendimiento de amor y de hermosura, se quedaba extasiado contemplando el andar de la moza, que no tenía el liviano, provocativo y sucio movimiento de caderas, y los pasitos menudos que suelen tener las chulas, sino que era un andar sereno, á grandes pasos, noble y lleno de gracia, como sin duda debía de andar Diana Cazadora, ó la misma Venus, al revelarse al hijo de Anquises en las selvas que rodeaban á Cartago.

En Villalegre se gastaban corsés y hasta era Juana la Larga quien mejor los hacía; pero la indómita Juanita nunca quiso meterse en semejante apretura ni llevar aquel cilicio que para nada necesitaba ella, y que entendía que hubiera desfigurado su cuerpo. Sólo llevaba, entre el ligero vestido de percal y sobre la camisa y enaguas blancas, un justillo ó corpiño, sin hierros ni ballenas; zona que bastaba á ceñir la estrecha y virginal cintura, dejando libre lo demás, que derecho y firme no había menester de sostén ni apoyo.

En el espíritu de don Paco pudo, sin embargo, más que el deleite de ver á Juanita en la fuente ó volviendo del albercón, la idea de que, estando ya muy remotos los siglos de oro, no era posible imitar á la princesa Nausicaá sin rebajarse ó avillanarse demasiado; y así, aconsejó y amonestó tantas veces y con tan discretas razones á Juanita para que no fuese á la fuente, apoyándole siempre la madre de ella, que Juanita cedió al cabo y dejó de ir á la fuente y al albercón, retrayéndose además de otros varios ejercicios y faenas que no son propios de una señorita.

XI

Doña Inés López de Roldán distaba mucho de ser una lugareña vulgar y adocenada. Era, por el contrario, distinguidísima; y, en su tanto los méritos mirados, ó sea guardando la debida proporción pudiéramos calificarla de una princesa de Lieven ó de una madame Récamier aldeana. Su vida no pasaba ociosa sino empleada en obras casi siempre buenas y en fructuosos afanes. Su caridad para con los pobres era muy elogiada, ayudándola en este ejercicio el señor cura y el señor don Andrés Rubio. No descuidaba ella por eso el gobierno de su casa, que estaba saltando de limpia, y todo muy en orden, á pesar de los siete chiquillos que tenía, el mayor de ocho años; pero como la casa era muy grande, á los cinco mayores, entregados á una mujer ya anciana y de toda confianza, los tenía en el extremo opuesto de aquel en que estaba ella, á fin de que no turbasen con sus chillidos y gritería,

ya sus solitarias meditaciones, ya sus lecturas, ya sus interesantes coloquios con el padre Anselmo, con el cacique ó con alguna otra persona de fuste que viniese á visitarla.

A las nueve de la noche en verano y á las ocho ó antes en invierno, mandaba acostar á los niños, y desde entonces hasta las once y á veces hasta más tarde, tenía tertulia, en la cual se discreteaba, y á la cual rara vez asistía el señor Roldán, que no presumía ni podía presumir de discreto, y á quien las discreciones de su mujer pasmaban y enorgullecían, pero al mismo tiempo le excitaban al sueño.



En las horas que le dejaban libres los afanes y cuidados de la casa y aun de la administración de la hacienda, de la que suavemente había despojado á su marido, por no considerarle capaz, doña Inés solía ocuparse en lecturas que adornaban y levantaban su espíritu. Rara vez perdía su tiempo en leer novelas, condenándolas por insípidas ó inmorales y libidinosas. De la poesía no era muy partidaria tampoco, y sin plagiar á Platón, porque no sabía que Platón lo hubiese preceptuado, desterraba de su casa y familia á casi todos los poetas, como corruptores de las buenas costumbres y enemigos de la verdadera religión y de la paz que debe reinar en las bien concertadas

repúblicas; pero en cambio doña Inés leía historia de España y de otros países, y sobre todo muchos libros de devoción. El cura la admiraba tanto, al oirla hablar de teología, que mentalmente adornaba sus espaldas con la muceta y su cabeza con el bonete y la borla.



Era tan grande la actividad de doña Inés, que á pesar de tan varias ocupaciones, aún le quedaba tiempo para satisfacer su anhelo de enterarse á fondo de la historia contemporánea y local, que tenía para ella más atractivos que la historia universal ó de épocas y países remotos.

Para conocer bien esta historia contemporánea y local y ejercer sobre los hechos la más severa crítica, se valía doña Inés de diferentes medios, siendo el más importante una criada antigua, que hacía recados, que entraba y salía por todas partes y que se llamaba Crispina, émula en su favor y privanza de Serafina, la doncella.

Gracias á Crispina, estaba al corriente doña Inés de los noviazgos que había en el pueblo, de las pendencias y de los amores, de las amistades y enemistades, de lo que se gastaba en vestir en cada

casa, de lo que éste debía y de lo que aquél había dado á premio, y hasta de lo que comía ó gastaba en comer cada familia. A los que comían bien, doña Inés los censuraba por su glotonería y despilfarro, y á los que comían poco y mal, los calificaba de miserables, de hambrones y de pereciendos.

No tardó, por consiguiente, doña Inés en tener noticia de las aficiones de su padre y de sus visitas ó tertulia en casa de ambas Juanas. Muchísimo la molestó esta grosera bellaquería, que tan duramente la apellidaba; pero disimuló y se reportó durante muchos días, sin decir nada á su padre. Doña Inés estaba muy adelantada en sus concebidas esperanzas de octavo vástago, y en tan delicada situación se cuidaba mucho y procuraba no alterarse por ningún motivo, para que las dichas esperanzas no se frustraran ó se torcieran ruinmente, realizándose de un modo prematuro, con deterioro y quebranto de su salud. Pero aunque doña Inés no dijo por lo pronto nada á don Paco, se la tenía guardada, y seguía observando y averiguando por medio de Crispina, en la creencia de que era á Juana y no á Juanita á quien su padre pretendía ó cortejaba.

Esta creencia mitigaba no poco el disgusto de doña Inés, porque no podía entrar en su cabeza que su padre intentase jamás contraer segundas nupcias con Juana la Larga. Así es que lo que censuraba en éste muy ásperamente era la inmoralidad y el escándalo de unas relaciones amorosas contraídas por hombre que tenía más de medio siglo y que iba á ser pronto por octava vez abuelo. La enojaba también la condición harto plebeya del objeto de

los amores de su padre, los cuales, si no dignos de aplauso, le hubieran parecido dignos de disculpa á haber sido con alguna hidalga recatada y de suposición, como había dos ó tres en el lugar, que, según pensaba doña Inés, hubieran visto el cielo abierto, y aun se le hubieran abierto á don Paco, si él hubiera llamado á la puerta de ellas pidiendo entrada. No se cansaba, pues, doña Inés de censurar las ruines inclinaciones de su padre. Le dolía asimismo que su padre gastase tanto en obsequiar á Juana la Larga, suponiendo, según las noticias que le trajo Crispina, que gastaba mucho más de lo que gastaba.

—¿Conque juega al tute con ella?

—Sí, señora—contestaba Crispina.—Y ya por echarla de fino, ya porque está embobado y embelesado mirando á Juana con ojos de carnero á medio morir y sin atender al juego, lo cierto es que Juana le pela, ganándole diez ó doce reales cada noche. Además los regalos de don Paco llueven sin descampar sobre aquella casa; ya envía un pavo, ya una docena de morcillas, ya fruta, ya parte del chocolate que le regala su merced, hecho por el hombre que viene expresamente desde Córdoba á hacerle en esta casa.

Lo de que don Paco hubiese regalado también parte de su chocolate irritó ferozmente á doña Inés: lo consideró una verdadera profanación y casi le hizo perder los estribos; pero al fin pensó en la situación en que se encontraba, ya fuera de cuenta, y logró reportarse. Su moderación y sus cuidados no fueron inútiles.

El 29 de Junio, día de San Pedro apóstol, sintió

doña Inés desde muy de mañana los primeros dolores, y con gran facilidad y felicidad dió á luz en aquel mismo día, á un hermoso niño. La madre y el señor Roldán decidieron que había de llamarse Pedro, en honor del príncipe de los apóstoles en cuyo día había nacido y del que eran muy devotos. El señor don Andrés Rubio prometió tener al infante en sus brazos en la pila bautismal. Y como el infante fuese robustísimo, y el médico asegurase que no corría peligro su vida, retardaron su bautismo hasta mediados del mes de Julio, así porque ya estaría levantada la señora doña Inés y podría asistir á las fiestas que se hiciesen, como porque para entonces se realizaría la anunciada visita del señor obispo, el cual, á más de confirmar á todos los muchachos que no lo estuviesen, les haría la honra de bautizar al futuro Periquito.

El obispo sería hospedado en casa de los señores de Roldán los tres ó cuatro días que estuviese en Villalegre. Doña Inés, por lo tanto, pensando en los preparativos y en todos los medios que había de emplear para hacer con lucimiento recepción tan honrosa, perseveró en refrenar su ira contra Juana la Larga, á quien imaginaba seductora de su padre. Y disimulando el odio que le había tomado, no quiso dejar de valerse de ella en ocasión de tanto empeño.

Ya la había llamado el día del alumbramiento, porque bien sabía por experiencia que no había, en el mundo conocido, más hábil comadre que Juana.

Y como tampoco había por allí mujer más dis-

puesta para preparar y dirigir los festines, con tiempo comprometió á Juana á fin de que, desde dos días antes de la llegada del obispo, se viniese á su casa, sin volver á la casa propia sino para dormir, y lo preparase y dirigiese todo. Juana prometió hacerlo así y lo cumplió muy gustosa.





XII

La víspera de la llegada del obispo, que fué el 15 de Julio, víspera también de la Virgen del Carmen, Juana había trabajado ya mucho, sudando el quilo para condimentar los manjares y las golosinas, y hasta para disponer el aparato y la magnificencia que habían de desplegarse en la recepción y en el hospedaje de su señoría ilustrísima, y en el refresco y ambigú que había de darse en aquella casa á todo lo más granado é ilustre de la villa, después de terminadas las cristianas ceremonias de la confirmación y del bautismo. En ellas, doña Inés iba á dar al señor obispo más trabajo que nadie, pues tenía siete chiquillos no confirmados aún, y uno todavía *moro*, como apellidan en Andalucía á todo ser humano antes de recibir el agua sacramental que le trae al gremio de la Iglesia.

La noche del 15 de Julio hacía muchísimo calor. A eso de las nueve, don Paco, según costumbre, se fué de tertulia á casa de Juana la Larga; pero

Juana seguía trabajando aún en la de los señores de Roldán, y Juanita estaba sola con la criada, tomando el fresco en la reja de su sala baja.

La vió don Paco, y llegó á hablarle antes de dirigirse á la puerta. Juanita, después de los saludos de costumbre, dijo á don Paco, que pretendía que le abriese:

—Mi madre no ha vuelto aún. No sé cuándo volverá. Estando yo sola no me atrevo á abrir á usted la puerta y á dejarle entrar. La gente murmura ya contra nosotros, y murmuraría mil veces más si yo tal cosa hiciera. Váyase usted, pues, y perdóneme que no le reciba.

Ninguna objeción acertó á poner don Paco, convencido de lo puesta en razón que estaba Juanita. Solamente le dijo:

—Ya que no me recibes, no te vayas de la reja y habla conmigo un rato. Aunque la gente nos vea, ¿qué podrán decir?

—Podrán decir que usted no viene á rezar el rosario conmigo: podrán creer que yo interesadamente alboroto á usted y le levanto de cascos; y podrán censurar que pudiendo ser yo nietecita de usted tire á ser su novia y tal vez su amiga. Con esta suposición me sacarán todos el pellejo á túrdigas; y si llega á oídos de su hija de usted, mi señora doña Inés López de Roldán y otras hierbas, que usted y yo estamos aquí pelando la pava, será capaz de venir, aunque se halla delicada y convaleciente, y nos pelará ó nos desollará á ambos, ya que no envíe por aquí al señor cura acompañado del monaguillo, con el caldero y el hisopo del agua

bendita, no para que nos case, sino para que nos rocíe y refresque con ella, sacándonos los demonios del cuerpo.

—Vamos, Juanita, no seas mala ni digas disparates. No es tan fiero el león como le pintan. Y si tú gustases un poquito de mí, y mi conversación te divirtiese en vez de fastidiarte, no tendrías tanto miedo de la maledicencia, ni de los furores de mi hija, ni de los exorcismos del cura.

—¿Y de dónde saca usted que yo no guste de tener con usted un rato de palique? Pocas cosas encuentro yo más divertidas que la conversación de usted, y además siempre aprendo algo y gano oyéndole hablar. Yo soy ignorante, casi cerril; pero, si el amor propio no me engaña, me parece que no soy tonta. Comprendo, pues, y aprecio el agrado y el valor que tienen sus palabras.

—Entonces, ¿cómo es que no me quieres?

—Entendámonos. ¿De qué suerte de quereres se trata?

—De amor.

—Ya esa es harina de otro costal. Si el amor es como el que tiene el padre Anselmo á su breviario, como el que tiene doña Inés á sus libros devotos, ó como el que tiene usted á las leyes ó á los reglamentos que estudia, mi amor es evidente y yo le quiero á usted como ustedes quieren á esos libros. No menos que ustedes se deleitan en leerlos me deleito yo en oir á usted cuando habla.

—Pero, traidora Juanita, tú me lisonjeas y me matas á la vez. Yo no quiero instruirte, sino enamorarte. No aspiro á ser tu libro, sino tu novio.

—Jesús, María y José. ¿Está usted loco, don Paco? ¿En qué vendría á parar, qué fin que no fuera desastroso podría tener ese noviazgo? ¿No le tiemblan á usted las carnes al figurarse la estrepitosa cencerrada que nos darían si nos casáramos? Y si el noviazgo no terminase en casamiento, ¿dónde iría yo á ocultar mi vergüenza, arrojada de este pueblo por seductora de señores ancianos?

Lo de la ancianidad, tantas veces repetido, ofendió mucho á don Paco en aquella ocasión, y muy picado, y con tono desabrido, exclamó haciendo demostración de retirarse:

—Veo que presientes graves peligros. No quiero que te expongas á ellos por mi culpa. Adiós Juanita.

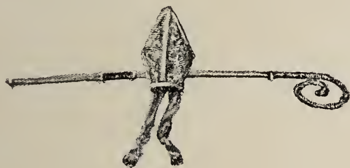
—Deténgase usted, don Paco: no se vaya usted enojado contra mí. ¿No conoce usted muy á las claras que yo le quiero de corazón y que mi mayor placer es verle y hablarle? Como soy franca y leal, procuro no retener á usted con esperanzas vanas. Mucho me pesaría de que usted me acusase un día de que yo le engañaba. Por esto digo á usted que de amor no le quiero y me parece que no le querré nunca. Pero lo que es por la amistad, debe usted contar conmigo hasta la pared de enfrente. ¿Por qué no se contenta usted con esta amistad? ¿Por qué me pide usted lo que no puedo ni debo darle? No sería flojo el alboroto que se armaría en el pueblo si usted y yo fuésemos novios y si el noviazgo se supiese.

Don Paco se atrevió á decir entonces en mala hora y con poco acierto:

—¿Pues qué necesidad hay de que nuestro noviazgo se sepa?

—Y usted ¿por quién me toma para insinuar ese sigilo, dado que sea posible? Sólo se oculta lo poco decente, y por lo tanto, yo no he de ocultar nada aunque pueda. Si me decidiese yo á ser novia de usted sería por considerarlo bueno y honrado, y en vez de ocultarlo como fea mancha, lo pregonaría y lo dejaría ver á todos con más orgullo que si enseñase una joya, jactándome de ello, en vez de andar con tapujos. Ya sabe usted mi modo de pensar. Nada más tenemos que decirnos. Ahora, lo repito, váyase usted y déjeme tranquila. Malo es siempre dar que hablar, pero dar que hablar sin motivo es malo y tonto.

Don Paco depuso el enojo, no acertó á responder á Juanita con ninguna frase concertada y se fué, despidiéndose de ella, resignado y triste.





XIII

PASARON días y vino el obispo, como se esperaba. Su señoría ilustrísima bautizó á los niños *moros* que aguardaban su venida como los padres del Limbo el santo advenimiento, y confirmó á los no confirmados, que se contaban á centenares, entre ellos no pocos harto talludos.

Doña Inés se lució dando hospedaje al señor obispo, y éste se fué del lugar muy maravillado y gozoso de la magnificencia y primor con que allí se vivía.

Libre ya doña Inés de tanta extraordinaria faena, se consagró con mayor atención al estudio de la historia contemporánea, y al cabo, auxiliada por los datos que le suministraba Crispina, y valiéndose de su rara sagacidad, vino á comprender que no era á la madre, sino á la hija, á quien cortejaba don Paco. Su furor fué entonces muy grande, pero por lo

mismo se calló aún y no atormentó á su padre con insinuaciones ni con bromas. El asunto no se prestaba á bromas ni á medios términos. La ira de doña Inés había de estallar y de manifestarse de una manera más seria, cuando estuviese completamente convencida de la locura de su padre, pues de tal la calificaba.

Don Paco, entre tanto, si bien daba ya menos pretexto á la murmuración, se sentía más enamorado que nunca de Juanita. Pensaba en sus dulces desdenes, recapacitaba sobre ellos, hacía doloroso examen de conciencia y miraba y cataba la herida de su corazón, como un enfermo contempla con amargo deleite la llaga ó el cáncer que le lastima y en el que prevé la causa de su muerte.

Toda la vida había sido don Paco el hombre más positivo y menos romántico que puede imaginarse. Aquel imprevisto sentimentalismo que se le había metido en las entrañas y se las abrasaba, le parecía tan ridículo, que, á par que le afectaba dolorosamente, le hacía reir, cuando estaba á solas, con risa descompuesta y que solía terminar en algo á modo de ataque de nervios.

Don Paco dejó, pues, de ir todas las noches en casa de ambas Juanas; ya no veía á Juanita en la fuente y sola, porque él mismo había predicado para que no fuese, y sin embargo, no acertaba á sustraerse á la obsesión que Juanita le causaba de continuo, presente siempre á los perspicaces ojos de su espíritu, así en la vigilia como en el sueño.

Por dicha, no le atormentaban los celos. Juanita zapeaba, donosa ó duramente, á cuantos mozos la

pretendían, y lo que es Antoñuelo iba ya con menos frecuencia á casa de Juanita. Según en el lugar se sonaba, andaba él muy extraviado frecuentando las tabernas en harto malas compañías, y pasando muchas noches en francachelas y jaranas. Villalegre no era el único teatro de sus proezas, sino que, á pesar de las amonestaciones y reprensiones de su padre, á menudo muy duras, se solía ir de parranda al campo ó á algunos lugares cercanos, y en dos ó tres días no parecía por su casa.

Don Paco no tenía, pues, rivales. Parecía completamente dueño del campo; pero el campo estaba tan bien atrincherado, que don Paco no lograba entrar en él y se quedaba fuera como los otros.

No desistió por eso de ir por la noche en casa de ambas Juanas, aunque no de diario.

Como de costumbre, jugaba al tute con la madre; como de costumbre, hablaba con Juanita en conversación general y Juanita hablaba igualmente y le oía muy atenta, manifestándose finísima amiga suya y hasta su admiradora; pero como de costumbre, también, las miradas ardientes y los mal reprimidos suspiros de don Paco, ó pasaban sin ser notados y eran machacar en hierro frío, ó hacían un efecto muy contrario al que don Paco deseaba, poniendo á Juanita seria y de mal humor, turbando su franca alegría y refrenando sus expansiones amistosas.

De esta suerte, poco venturosa y triunfante para don Paco, se pasaron algunos días y llegaron los últimos del mes de Julio.

Hacía un calor insufrible. Durante el día los

pajaritos se asaban en el aire cuando no hallaban sombra en qué guarecerse. Durante la noche, refrescaba bastante. En el claro y sereno cielo resplandecían la luna y multitud de estrellas que, en vez de envolverle en un manto negro, le teñían de azul con luminosos rasgos de plata y refulgentes bordados de oro.

Ambas Juanas no recibían á don Paco en la sala, sino en el patio, donde se gozaba de mucha frescura y olía á los dompedros, que dan su más rico olor por la noche; á la albahaca y á la hierbaluisa, que había en no pocos arriates y macetas, y á los jazmines y á las rosas de enredadera, que en Andalucía llaman de *pitimini*, y que trepaban por las paredes y formaban verde cortina, enredándose á las rejas de las ventanas, en los cuartos del primer piso, donde dormían Juanita y su madre.



En aquel sitio, tan encantador como modesto, era recibido don Paco. Todavía allí, á la luz de un bruñido velón de Lucena, de refulgente azofar, se jugaba al tute en una mesilla portátil, pero no con la persistencia que bajo techado. Otras distracciones, casi siempre gastronómicas, suplían la

falta del juego. Juana, que era tan industriosa, solía hacer helado en una pequeña cantimplora que tenía; pero con más frecuencia se entretenían comiendo ora piñones, ora almendras y garbanzos tostados, ora flores de maíz, que Juanita tenía la habilidad



de hacer saltar muy bien en la sartén, y ora altramuces y á veces hasta palmitos, cuando los arrieros los traían de la provincia de Málaga, porque en la de Córdoba no se crían.

Estas rústicas semicenas, dignas de ser celebradas por don Francisco Gregorio de Salas en su famoso *Observatorio*, deleitaban más á don Paco que hubieran podido deleitarle las antiguas cenas de Trimalción ó de Apicio y las modernas de la *Maison Dorée* ó del *Café Inglés* en París, pareciéndole mejor aquellos groseros alimentos que la ambrosía que comen las deidades del Olimpo, ya que Juanita, comiéndolos, les comunicaba cierta celestial ú olímpica naturaleza. Dichas chucherías, apéndices de la verdadera cena que cada uno había tomado ya en su casa antes de empezar la tertulia, probaban además, cuando las dos Juanas y don Paco se las comían sin el menor susto y sin ninguna mala resulta, que nuestros tres héroes poseían tres

estómagos de los más sanos, eficaces y potentes que hay en el mundo.

Una noche en que estaban aquellas señoras muy familiares, conversables y benignas con don Paco, se atrevió éste á ofrecer algo que pensaba en ofrecer tiempo hacía, sin acabar de decidirse por temor de que no aceptasen su obsequio.

Desechado el temor, dijo al cabo:

—De hoy en ocho días, el 4 de Agosto, habrá grandes fiestas en este pueblo. Habrá procesión, feria, velada, función de iglesia y sermón, que predicará el padre Anselmo, contando y celebrando la vida y milagros del glorioso Santo Domingo de Guzmán, nuestro patrono y abogado en el cielo. Tengo yo una pieza de tela de seda, flexible y rica, por el estilo de la de estos mantones que llaman de espumilla ó de Manila. Carece de bordados y es de color verde oscuro. Me la envió meses há de regalo mi sobrino Jacintico, que está en Filipinas empleado en Hacienda. Tiempo hay todavía de hacer con esta tela un precioso vestido de mujer. ¿Y quién le llevaría con más garbo y lucimiento que Juanita si aceptase mi presente? La tela es pintiparada para hacer el traje, y si ustedes quieren darse prisa, aún tienen tiempo de sobra.

Madre é hija dieron mil gracias á don Paco por su buena intención, mostrando repugnancia en aceptar por el *qué dirán* y sosteniendo que cuando viesen á Juanita con traje tan lujoso todo el lugar se alborotaría, adivinaría que la seda era regalo de don Paco y él y ellas darían una estruendosa campanada.

Nada contestó don Paco á tan juiciosos razonamientos; pero hizo algo más elocuente y persuasivo. Tomó de una silla un paquete que había traído recatadamente envuelto en un pañuelo, y desdoblándole mostró la tela á la luz del velón.

Ambas mujeres admiraron aquella hermosura; la calificaron de divina. Los ojos y el alma se les iban en pos de la tela. En suma, no pudieron resistir y aceptaron el obsequio. Juana quiso mostrarse más difícil y Juanita tuvo que ceder y que aceptar antes que ella.

No bien se fué don Paco, á eso de las doce, Juanita dijo á su madre:

—Yo no he sabido resistir. La tela es encantadora. Lo que más me agrada en ella es su flexibilidad, porque no tiene tiesura como otras sedas. Se ceñirá muy bien al cuerpo y se podrá dar mucho vuelo á las faldas, que formarán pliegues muy graciosos. Vamos... he caído en la tentación. ¿Qué no van á murmurar y á morder las envidiosas cuando me vean tan peripuesta y tan guapa ir á la función de iglesia el día de Santo Domingo? Porque tú, mamá, irás con tu mantilla de tul bordado, y me emprestarás ó me regalarás la otra que tienes de madroños, que me está como pintada. Varias veces la he sacado del fondo del arca y me la he probado, mirándome al espejo. Mucho van á rabiar cuando me vean tan maja las hijas del escribano, que gastan tanta fantasía como si fueran dos marquesas, aunque son dos esperpentos y van siempre mal pergeñadas.

—Sí, hija; pues si la menor está tan escuchimi-

zada que parece una lombriz de caño sucio, y la otra es tan pequeñuela y tan gorda como una bolita. Si llega á casarse, á tener hijos y á engordar más, perderá la forma de mujer y se convertirá en cochinilla de San Antón. Pero dejando esto á un lado, yo no las tengo todas conmigo. Despertaremos la más tremenda envidia y nos pondrán como un regalado trapo.

—Pecho al agua y preparémonos para la lucha. ¿Qué podrán decir de mí? ¿Que don Paco me viste? Pues yo voy á vestir á don Paco... y patas. Mira, con mis ahorrillos iré mañana á la tienda del Murciano y compraré paño de Tarrasa ó del mejor que tenga. Calcula tú cuántas varas se necesitan. Él tiene gabina, castora ó como se llame; pero su levita, aunque no se la pone más que diez ó doce veces al año, está ya desvergonzada de puro raída. Sin chistar, con mucho sigilo, vamos tú y yo á hacerle una levita nueva, según el último figurín de *La Moda Elegante é Ilustrada* que recibiste de Madrid el otro día. Como tú tienes las medidas de don Paco y eres muy hábil, la levita, sin probársela ni nada, le caerá muy bien, y ya verás con qué majestad y con qué chiste la luce en la procesión, cuando marche en ella entre los demás señores del Ayuntamiento. Así no seré yo sola, sino él también quien estrene prenda en tan solemne día.

—Pero, muchacha, eso que dices no es apagar el fuego, sino echarle leña para que arda más. Si han de murmurar como uno al verte con el vestido nuevo, murmurarán como dos al ver con levita nueva á don Paco.

—Pues que murmuren. Lo que yo me propongo al regalar la levita, además de la satisfacción que me cause el obsequiar á don Paco, es que nadie me acuse, y sobre todo que no me acuse yo misma de tener el vestido sin dar en pago algo equivalente.

Decididas así las cosas, al otro día se compró el paño. Juana cortó con segura destreza la levita y el traje de mujer, y madre é hija y dos oficialas trabajaron con tal ahinco que el 3 de Agosto, víspera del día del santo, levita y vestido de mujer estaban terminados.





XIV

Cuando aquella noche vino don Paco de tertulia le dieron la sorpresa de enseñarle la levita.

Él casi se enojó y hasta se le saltaron las lágrimas de puro agradecido.

En el patio mismo se probó la levita; le hicieron dar con ella cuatro ó cinco paseos y ambas mujeres encontraron que con la levita estaba don Paco muy airoso; y eso que no se veía todo el efecto porque no había traído la gabina sino el hongo como de costumbre, y la levita y el hongo no armonizan bien.

Animados ya los tres y de buen humor, dijo don Paco.

—No comprendo por qué gustan ustedes tanto de la soledad y están tan retraídas. La plaza, esta noche, estará animadísima. Todo el mundo habrá acudido á la verbena y á ver los fuegos, que dicen

que serán magníficos. Empezarán en punto de las once, y como habrá muchos cohetes y dos ó tres soles ó ruedas, y á lo último un gran castillo que terminará con un espantoso trueno gordo, durará la fiesta hasta después de media noche. La gente quiere que el trueno gordo estalle en el momento mismo que empiece el día del santo, y espera que el santo le oiga desde el cielo y se alegre de que sus patrocinados le saluden y feliciten. ¿Por qué no se animan ustedes y van á gozar de todo esto? Iremos juntos. Yo las acompañaré.

—Bien quisiera yo ir—contestó Juana,—pero temo que nos pongan como chupa de dómine cuando nos vean reunidos.

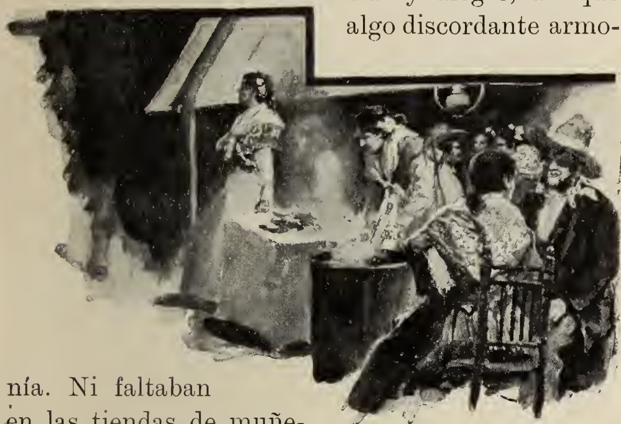
—Pues, mira, mamá, deja que nos pongan como les dé la gana; á mí me sale de adentro el ir, y no quiero andar con repulgos. Vamos allá y arda Troya. Como estamos vamos bien; sin nada en la cabeza; no tenemos más que echar á andar.

Sin hacer más reparos, los tres se fueron en seguida á la velada y feria que había en la plaza, la cual, con los muchos farolillos y candilejas que la iluminaban, parecía un ascua de oro; y por el bullicio y por la muchedumbre de gente que casi la llenaba, era un hormiguero de seres humanos.

En los balcones, en las ventanas y en las puertas de las casas, las personas de más edad y fuste estaban sentadas en sillas.

Las jóvenes se paseaban ó se paraban á contemplar las tiendas de mercaderes ambulantes que se extendían por la plaza y por dos ó tres calles de las que en la plaza desembocan.

Las tiendas á las que se agolpaba más gente eran las de juguetes y muñecos. Apenas había chicuelo que no fuese obsequiado por sus padres ó por los amigos de sus padres con un pito, con una trompeta ó con un tambor. Y como casi todos desplegaban en seguida su capacidad musical en los instrumentos que les habían mercado, el aire resonaba con marcial y alegre, aunque algo discordante armonía. Ni faltaban en las tiendas de muñecos trompas merinas, siempre-tiesos, sables y fusiles de madera y de latón, y especialmente Santos Domingos de diversos tamaños, todos de barro cocido y pintado de vivísimos colores. Estas imágenes eran las que más se vendían, porque el santo inspiraba en el pueblo devoción fervorosa.



El ambiente estaba embalsamado por el aroma del aceite frito de más de quince buñolerías donde gitanas viejas y mozas freían y despachaban de continuo esponjados buñuelos, que unas personas se comían allí mismo con aguardiente ó con choco-

late, y otras se los llevaban á su casa ensartados todos en un largo, flexible y verde junco.

Ni faltaban allí tampoco puestos de exquisitas frutas; pero los que más atraían la atención de los chicuelos, eran los de almecinas, ya que, además del gusto de comérselas, proporcionaban la diversión de ejercitar la puntería tirando al blanco. Cada muchacho que compraba almecinas, compraba también un canuto de caña, cerbatana por donde, después de haberse comido la poca y negra carne de la fruta, disparaba soplando el huesecillo redondo y duro. Estos proyectiles corrían silbando por el aire como las balas en una reñida batalla, salvo que eran mucho más inocentes, pues apenas hacían daño, si por una maldita y rara casualidad no acertaban á darle á alguien en un ojo, pues entonces bien podían dejarle tuerto. Caso tan lastimoso, sin embargo, rara vez ocurre, y por consiguiente, la muchedumbre se paseaba tranquila en medio de aquel feroz tiroteo.

Había, por último, en la feria nocturna siete ú ocho mesillas de turrón y hasta tres confiterías, donde lo que con más abundancia se despachaba eran las yemas, los roscos de huevo y las batatas enconfitadas.

Se cuenta que cuando algún galán campesino, que presume de muy rumboso, quiere obsequiar á su novia ó á la muchacha á quien va acompañando, se dirige al confitero y le pide yemas ó batatas.

—¿Cuánto quiere usted?—dice el confitero poniendo en uno de los platillos del peso la pesa de cuarterón.

—Eche usted *jierro*—responde el galán.

El confitero pone la pesa de media libra.

—Eche usted más *jierro*—repite varias veces el galán, y el confitero va echando casi todas las pesas: pero siempre la muchacha, llena de exquisita delicadeza, y con los más modestos remilgos, alega la dificultad que hay en trasladar á casa tanta balumba y pesadumbre de confites y asegura que no se los podrá comer en una ó dos semanas y que se



pondrán agrios, secos ó rancios. En fin, ella está tan elocuente, que el galán, aunque al principio se resiste llamando á la muchacha dama de la media almendra, al cabo se deja convencer, pero no de repente, sino poquito á poco; y según va entrando el convencimiento en su ánimo y ella sigue hablando, él la interrumpe á trechos diciendo al confitero:

—Quite usted *jierro*.

Y de esta suerte acaba por no quedar en el platillo de las pesas más que la de cuarterón y á veces la de dos onzas.

Para que no careciese la velada de ningún atractivo, hubo en ella también una banda de música

militar, que se había conservado desde la época en que hubo milicianos nacionales, gracias á los desvelos y esfuerzos de don Andrés Rubio, que había sido comandante de la milicia. Los ocho músicos de que constaba la banda vestían aún, cuando iban á tocar de ceremonia, el antiguo uniforme de la extinguida institución defensora de nuestras libertades. Eran los músicos menestrales ó jornaleros de los más listos; no tocaban mal, y siempre el Municipio les pagaba un buen estipendio: seis y hasta ocho reales á cada uno. De este modo se libertaba Villalegre del tributo á que estaba sometida en lo antiguo, haciendo venir de la ciudad vecina, siempre que había función, á los músicos, á quienes apellidaban en el lugar *traga-lentejas*.

Don Paco paseó á sus amigas por toda la feria, dando no poco que murmurar, según habían previsto.

Como ellas eran más finas que los jornaleros, ninguno se acercaba á hablarles, y como estaban en más humilde posición que las ricas labradoras, propietarias é hidalgas, la aristocracia las desdeñaba. El nacimiento ilegítimo de Juanita hacía mayor este aislamiento. Juanita no tenía ya una amiga. Entre los mozos, como había desdeñado á muchos, los pobres no se le acercaban por ofendidos ó por tímidos, y los ricachos, que si ella hubiera sido fácil hubieran porfiado por visitarla en su casa, temían desconcharse ó rebajarse acompañándola en público. Antoñuelo era el único galán que aún se complacía en acompañar á Juanita; pero Antoñuelo andaba entonces muy extraviado y se hallaba

ausente en una de sus correrías por los lugares cercanos.

Las mozas que solían ir por agua á la fuente del ejido, y los arrieros, pastores y porquerizos que acudían á dar agua al ganado, considerando que desde que Juanita dejó de ir allí se daba tono de señora, no se atrevían ya ni á saludarla.

Toda la noche, ó sea hasta que los fuegos terminaron, que fué ya cerca de la una, madre é hija permanecieron en la plaza, y hubieran estado sin otro acompañante que don Paco, si don Pascual, el maestro de escuela, no se hubiera unido también á ellas.

Era don Pascual un solterón de más de sesenta años, delicado de salud, flaco y pequeño de cuerpo, pero inteligente y dulce de carácter.

Desde que Juanita tuvo seis años don Pascual, prendado de su despejo y de su viveza, se había esmerado en enseñarle á leer y escribir, algo de cuentas y otros conocimientos elementales.

Juanita había tenido en el maestro de escuela un admirador constante y útil, porque había sido para ella, á falta de aya, ayo gratuito y celosísimo.

Ella, en cambio, hacía mucho honor á su maestro, pues tomando sus lecciones en horas de asueto y cuando la escuela estaba desierta de muchachos, salió discípula tan aventajada, que avergonzaba á casi todos los que á la escuela asistían.

Nadie sabía mejor que ella el Catecismo de Ripalda y el Epítome de la gramática. Nadie conocía mejor las cuatro reglas.

Había aprendido también Juanita algo de geografía y de historia; y ya, cuando apenas tenía nueve

años, recitaba con mucha gracia varios antiguos romances y no pocas fábulas de Samaniego.

Tiempo hacía que don Pascual no visitaba á Juanita ni á su madre.

Primero las frecuentes visitas de Antoñuelo le habían espantado. Después le retrajo más de ir en casa de las dos Juanas el saber que tanto las frecuentaba don Paco. Tal vez supuso el bueno del maestro que Antoñuelo y don Paco bastaban en aquella casa, y que si él iba estaría de non y sería un estorbo.

Aquella noche pasó por acaso don Pascual cerca de Juanita, y ésta se dirigió á él diciéndole:

—Buenas noches, maestro. ¿Qué le hemos hecho á usted, que tan caro se vende y que nos tiene tan olvidadas?

Fueron tantas las cordiales zalamerías de la muchacha, que la preocupación de que él pudiera ser estorbo se le borró por completo del magín, y acompañó á ambas mujeres durante toda la velada, siendo el cuarto personaje del grupo.

Ya paseaban los cuatro, ya se sentaban en los bancos de piedra que hay en la plaza. Siempre estaban ó iban en medio las dos mujeres, y alternando, á un lado y á otro, ambos galanes.

Ellos quisicron obsequiarlas con confites, pero ninguna de las dos consintió tamaño despilfarro. Para que don Paco no lo tomase á desaire, dejó Juana que le comprase un buen puñado de cacahuetes y cotufas que se echó en el bolsillo y que se iba comiendo. Juanita, que gustaba mucho de las castañas, como la Amarilis de Virgilio, se avino á que

don Pascual le comprase un cuarterón de pilongas, que también se iba comiendo sin el menor melindre.

A don Pascual le bastó con una que ella le dió como fineza, porque, como don Pascual no tenía dientes, no la podía roer ni mascar y la tuvo hora y media en la boca, tratando en balde de ablandarla, y recordando que sin duda por eso, así como por su baratura, se llaman las castañas pilongas, caramelos de cadete.

Agradablemente pasaron, pues, la velada, y fueron de los que más gozaron en ella, sin perdonar los fuegos, con los que la velada terminó, y que estuvieron espléndidos.

Los galanes ya cerca de la una, acompañaron á ambas Juanas hasta la puerta de su casa.

Cada mochuelo á su olivo; como suele decirse. Todos en el lugar se retiraron á dormir y trataron de dormir profundamente y deprisa, á fin de estar listos y bien apercibidos, desde muy temprano, para las magníficas fiestas que había de haber el día siguiente.



XV



Desde el amanecer empezó á solemnizarse el 4 de Agosto de manera estruendosa: con repique general de campanas.

Multitud de gente, así de la villa como de no pocos lugares cercanos, circulaba por la vía pública; acudía á la plaza, donde seguía la feria como en la noche antes, ó se agolpaba en la carrera por donde había de ir la procesión, saliendo de la iglesia de Santo Domingo, que era la parroquia, y volviendo á entrar en ella después de haber dado gentil paseo por las calles prin-



cipales. Estas habían sido bien barridas y alfombradas luego de juncia y gayomba. Aguardando ver pasar la procesión se hallaban muchas personas en las puertas, ventanas y balcones, pendientes de cuyas rejas y barandas lucían vistosas colgaduras de damasco encarnado, verde y amarillo, ó de colchas de algodón estampado con enormes floripondios y orladas de rizados y cándidos faralaes.

La población toda estaba de gala. Los hombres, bien afeitados, pues la víspera quedaron abiertas las barberías y afeita que afeita hasta muy dadas las doce. Los señores más importantes y ricos, cuantos recibían el tratamiento de don, estaban de levita y castora, y hasta con frac dos ó tres, el escribano entre ellos. Los jornaleros, de camisa limpia y con sus mejores ropas, si eran jóvenes, iban en cuerpo, pero con chivata ó larga vara de membrillo, oliva ó fresno; y si eran ya mayores de edad, con capa, para el conveniente decoro, por ser por allí la capa el traje de etiqueta, del que no se puede prescindir aunque se achicharre ó derrita el humano linaje, como era entonces el caso, porque el sol hacía chirivitas.

Las mujeres de todas las clases sociales habían sacado sus trapitos de cristianar para adornarse aquel día. Ninguna iba con la cabeza descubierta. Todas, si no tenían mantilla, llevaban mantones de lana ligera, ó bien pañuelos que denominan allí *seáticos,* ó sea de percal lustrosísimo, que imita la seda. Las damas pudientes, ya provectas, vestían trajes negros ú oscuros de tafetán, de sarga malagueña ó de alepín ó de cúbica; y las señoritas, sus

hijas, iban con trajes de muselina ó de otras telas aéreas y vaporosas, pero ninguna sin mantilla, ora de tul bordado, ora de blonda catalana ó manchega. Sobre la pulidez y el aseo del peinado, y como matorral al pie de enhiesta torre, relucían, junto á las peinetas de carey, las moñas de jazmines, la albahaca y otras yerbas de olor, y las rosas y los claveles rojos, amarillos, blancos y disciplinados.

Las flores abundaban en Villalegre, gracias á la fuente del ejido, cuyas milagrosas propiedades ya hemos elogiado, y gracias también á otros caudalosos veneros, que brotan entre rocas al pie de la inmediata sierra, y á varias norias y á no pocos pozos de agua dulce, con los cuales se riegan huertos, macetas y arriates.

Por entre los hierros de las cancelas que había en las mejores casas se veían los floridos patios, en algunos de los cuales los naranjos y las acacias prestaban grata sombra. Las plantas enredaderas trepaban por las paredes y formaban tupido cortinaje en las ventanas del primer piso.

En el centro del patio, ó refrescaba el ambiente un surtidor que caía en roja taza de bruñido jaspe ó se levantaba gran pirámide de tiestos, formando compacta masa de flores y verdura.

Las libélulas y las inquietas mariposas revoloteaban en torno y las avispas y las abejas zumbaban buscando miel.

El territorio ó término de Villalegre confina con la campiña, donde todas son tierras de pan llevar ó baldíos incultos, sin huertas, ni olivares, ni viñedos. Si algo verdea por aquellos campos es tal cual me-

lonar en las hondonadas. Todo lo demás es en aquella estación pajizo, ya sembrado, ya barbecho, ya rastrojos, los cuales arden como yesca y suelen quemarse para fecundar el suelo. Las plantas que se elevan más por allí y dan mayor sombra son las pitas. Son las más leñosas y arborescentes los cardos y los girasoles. Así es que en los hogares se guisa con cierto producto animal, que no sólo da calor, sino perfume, salvando por el aire una ó dos leguas de distancia, de suerte que las poblaciones se huelen mucho antes de llegar á ellas, y aun de columbrarse en el horizonte sus campanarios.

Los gorriones, los jilgueros, las golondrinas y otras cien especies de pintados y alegres pajarillos salen á la campiña con el alba, á coger semillas, cigarrones y otros bichos con que alimentarse: pero todos anidan en el término de Villalegre, y vuelven á él, después de sus excursiones, para guarecerse en sus sotos y umbrías, para beber en sus cristalinos arroyos y acequias, y para regocijar aquel oasis con sus chirridos, trinos y gorjeos.



Aquel día, que era en extremo caloroso, ó no habían salido las aves á merodear ó habían vuelto tempranito, y trinando y piando, mientras que arrullaban tórtolas y palomas, hacían salva y música



la Santo Patrono, así en los alrededores como dentro de la misma villa.

Para mayor ornato y esplendor se habían erigido en ella seis triunfales arcos de lozano y verde follaje.

La procesión salió en buen orden de la iglesia á las ocho en punto de la mañana. Rompían la marcha el sacristán y los monaguillos que llevaban el estandarte, la manga de la parroquia y dos cruces de plata, á uno y otro lado de la manga. Después, muchísima cera, esto es, multitud de hombres con velas encendidas caminaban en dos hileras. A trechos aparecían conducidas en andas hasta seis imágenes de santos, todas policromas, de barro ó de madera. La quinta imagen era la de Santo Domingo. Su cara, severa y hermosa. Sobre su inspirada frente relucía una estrella de plata sobredorada. Con su mano derecha echaba el Santo bendiciones. A sus pies había un perro, muy bien figurado, que llevaba entre los dientes una antorcha, al parecer encendida, con la cual, según el sueño de Santa Juana de Asas, abrasaba é ilustraba el mundo en amor y en conocimiento de Dios. Continuaban luego las dos filas de hombres con velas ardiendo, y por último, venía una bella efigie de la Virgen, que estaba sobre los cuernos de la luna, la cual luna era de plata, lo mismo que la corona que llevaba la Santísima y Celestial Señora.

Era su manto de raso azul celeste, todo él bordado también de plata, y que había costado un dineral. Tenía la Virgen en el brazo izquierdo, apoyado contra el corazón, á un precioso niño Je-

sús, con la bola del mundo, que ostentaba la cruz en lo más alto. En la mano derecha llevaba la Virgen el escapulario del Carmen.

Iban delante de la Virgen con dalmáticas é incensarios dos diáconos que por allí llaman *jumeones*.

En mitad de los *jumeones* descollaba el hermano mayor de la cofradía con túnica de seda azul sobre el frac, y empuñando larga pértiga de plata. Este hermano mayor era nada menos que el marido de doña Inés y yerno de don Paco, el ilustre don Alvaro Roldán, uno de cuyos antepasados había costeado la imagen de la Virgen, así como la de Santo Domingo, obras ambas de Montañés, según se jactaban de ello los naturales de Villalegre.

En pos de la Virgen, revestido de riquísima capa pluvial, aparecía el padre Anselmo, y en torno de él varios capellanes, así indígenas como forasteros, con roquetes y sobrepellices, sueltos algunos de ellos, y otros seis sosteniendo los argentinos varales del magnífico palio, debajo del cual se contoneaba con la debida prosopopeya el ya mencionado cura párroco.

Inmediatamente marchaban los individuos del Ayuntamiento, con el alcalde á la cabeza, el cual llevaba bengala con puño y borlas de oro. El secretario don Paco estaba al lado del alcalde, con su levita nueva, elegantísimo, y excitando la envidia de otros señores, cuyas levitas ó fraques eran viejos, fuera de moda y algunos muy pelados, y ya que no con remiendos y rasgones, con picaduras de polilla, zurzidos chapuceros y tal cual lamparón ó mancha

de pringue ó aceite, no menos conspícua que las que notó y censuró el Cid en el hábito del monje don Bermudo.

El cacique, don Andrés Rubio, brillaba en la procesión por su ausencia.

Cercado de una caterva de muchachos, se mostraba luego el hombre más forzudo del lugar, con la bandera del Santo, cuya asta era larguísima. La bandera estaba hecha de retazos cuadrados de tafetán de diversos y vivísimos colores. Y era la gala que aquel jayán, cuando había para ello espacio bastante, porque el paño de la bandera tenía lo menos cuatro varas en cuadro, revolotease la bandera girándola en torno, paralela al suelo, de modo que, agachándose los muchachos y hasta algunos hombres y mujeres, eran por ella cobijados y benditos. Esta operación del revoloteo y del cobijo iba siempre acompañada de un precipitado redoble de tambor, tocado por un tamborilero hasta cierto punto eclesiástico y consagrado á aquel menester.

No cerraba la procesión ninguna tropa de veras, porque en el pueblo, desde que se había extinguido la milicia nacional, no había soldados. Sólo había dos guardias civiles. Sin embargo, en lugar de los traga-lentejas, que solían venir en lo antiguo de una ciudad cercana, iban los músicos municipales casi siempre tocando, y vistiendo aún el uniforme de la extinguida milicia.

No contentos con esto los del lugar, y considerando y sabiendo, más ó menos confusamente, que el santo patrono había tenido algo de guerrero, quisieron que aquella pompa fuese más militar, y

tuvieron una felicísima idea. Á los soldados romanos que salen allí en las procesiones de Semana Santa, les pusieron en el pecho cruces de terciopelo carmesí, y los convirtieron de perseguidores de Cristo en perseguidores de herejes y de judíos, enemigos de Cristo; y á los judíos que salen también en Semana Santa, los dejaron judíos aunque de otra época, ó bien los trasformaron en herejes de los que los amigos del santo habían metido en costura. Los soldados romanos estaban vestidos con mucha propiedad, porque en el pueblo había un santo nacido en él, el cual santo perteneció á la Legión Tebana; y como en compañía de una de sus canillas, hallada en las catacumbas, vino de Roma su imagen, el traje que llevaba sirvió de modelo para hacer los de los soldados romanos.

En cuanto al traje de los judíos, era tan fantástico que podía valer para cualquier época, si bien tenía el inconveniente de ser tan rico y primoroso, que sólo los señoritos más acaudalados del pueblo le podían costear; así es que había pocos judíos, muchos menos que soldados romanos; mas no por eso se sometían del todo, sino que de vez en cuando se enredaban á trancazos con los cruzados, armando muy graciosas escaramuzas ó simulacros de pelea, con los cuales el pueblo se reía y era como el sainete ó parte cómica de la procesión.

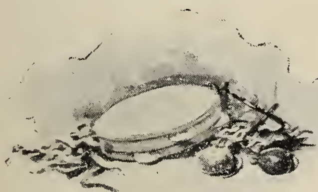
Debemos advertir que estos judíos ó herejes, tan elegantes en el vestir, gastaban ciertas espantosas carátulas, con enormes narices, á veces como berengenas, amoratadas y llenas de berrugas, porque los judíos de los tiempos antiguos eran más feos

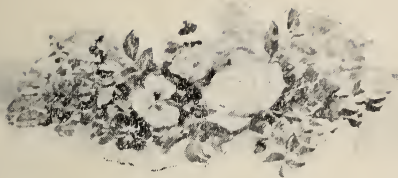
que los de ahora, si bien entonces tenían la mar de dinero cuando se vestían con tanto lujo.

La devota muchedumbre no veía pasar la procesión en reverente y mustio silencio, sino con alborozo y algazara, prorrumpiendo en nutridos y sonoros vivas, entre los cuales se oían á veces proposiciones candorosamente heterodoxas y aun un poco blasfemas de puro entusiastas, como por ejemplo: ¡Viva nuestro glorioso Patriarca, que joroba á todos los demonios! ¡Viva nuestro Santo Patrono, que achica á todos los otros santos!

Para colmo de devoción y muestras de júbilo, varios mozos tenían escopetas y trabucos, y disparaban tiros sin bala ni perdigones, pero con mucha pólvora y muy apretada por el taco, á fin de que retumbase más el tronido.

En suma, la procesión no dejó nada que desear. El público quedó muy satisfecho.





XVI

A las diez se cantó la misa mayor con órgano, que le hay allí muy bueno, y no sucede lo que en Tocina y en otros lugares de la Andalucía Baja, donde dicen que á falta de órgano tocan la guitarra en la iglesia. De esto no respondemos. Puede que sea calumnia. Lo contamos porque lo hemos oído contar.

La Virgen estaba ya de nuevo ocupando su camarín en el altar mayor, cuyo retablo, todo de madera tallada y dorada, subía hasta la cumbre del ábside, y era caprichoso y atrevido desate del estilo churrigueresco: complicado laberinto de retorcidos tallos, colosal hojarasca, frutas, armas, monstruos simbólicos y rosetones, por los cuales asomaban sus infantiles y aladas cabezas los ángeles y los serafines.

A la derecha y sobre otro altar, estaba ya también en su nicho el Santo Patrono.

Ambos altares resplandecían con muchísimas

velas y hachones ardiendo; y ramilletes de flores y festones y guirnaldas de arrayán, laurel y limonero los engalanaban.

Las paredes del templo, si bien blanqueaban sin mácula por el reciente enjalbiego, se veían en parte cubiertas de rojo damasco, aunque el damasco era poco, y era más el filipichín que le remeda.



A ambos lados del altar de Santo Domingo admiraban los fieles multitud de ex-votos, claro testimonio de la potencia milagrosa de su celestial abogado. Allí piernas, ojos, brazos y hasta niños completos, y bastantes tablitas pintadas al óleo, donde el milagro se representaba, y por medio de un largo letrero escrito al pie quedaba explicado.

La multitud llenaba el templo. En el centro las mujeres, de rodillas ó sentadas en el suelo, se abanicaban casi todas. El movimiento de los abanicos de diversos colores alegraba la vista. Alrededor estaban los hombres de pie. Sólo ocupaban algunos escaños de nogal los señores del Ayuntamiento y el cacique don Andrés, que vino á la iglesia, aunque no á la procesión.

Las miradas de los asistentes se fijaban con pasmo en el pecho del cacique, donde aquel día brillaba por vez primera la placa de oro, diamantes y rubíes, y la lustrosa banda de una gran cruz que el gobierno acababa de concederle en premio de sus eminentes servicios.

Ambas Juanas, que tampoco habían estado en la procesión, porque la habían visto pasar por delante de su casa, sita en la carrera, aparecieron en la iglesia cuando ya empezaba la misa. Involuntario y general murmullo de admiración se escapó entonces del pecho de los hombres. Las mujeres refunfuñaron de cólera y envidia. La madre iba delante abriéndose paso con los codos. Detrás venía la hija; hecha un sol, con su lindo vestido de seda chinesca, su mantilla de madroños, su alta peineta de concha y un montón de claveles junto á la peineta. Como el vestido era alto, Juanita no llevaba pañuelo y mostraba toda la gallardía y esbeltez de su talle. Parecía la señora principal, la reina de aquella función, y apenas podían comprender sus compatricios que fuese ella la misma moza que hacía poco iba con un cántaro por agua á la fuente. Era marcial y decidido su paso, pero al mismo tiempo, majestuoso y modesto.



En la mano, que en vez de emplearse en humildes y rudos trabajos domésticos, se diría que había

estado conservada entre algodones, como delicada joya, tenía un pericón que manejaba con mucha gracia.

El asombro que causó su entrada en la iglesia bien se puede decir que durante tres ó cuatro minutos turbó el orden y la tranquilidad que allí reinaban. El maestro de escuela, hombre leído y que sabía de memoria el romancero, recordó á este propósito, hablando á la oreja á un concejal, el efecto que hizo entrada semejante, en la ermita de San Simón, de cierta niña sevillana, alborotando hasta á los monagos y á los sacristanes, quienes,

en vez de decir amén,
decían, amor, amor.

Tan disparatado triunfo no cogió de susto á doña Inés. Ya tenía ella averiguada la transformación de Juanita de zagalona rústica en algo que presumía de dama, y ya sabía, merced á las investigaciones de Crispina, que Juanita iba á lucir aquel día un maravilloso traje de lo más á la moda y señoril que se había visto nunca en aquel lugar y en muchas leguas á la redonda. El éxito sobrepujó, no obstante, todos los presentimientos y temores de doña Inés. Aunque todavía estaba guapa, á pesar de los ocho vástagos que había tenido, se sintió en el fondo del alma muy inferior á Juanita en hermosura; no dejó de notar, con profunda mortificación, que Juanita estaba vestida con mejor gusto que ella; y hasta en la distinción, aunque doña Inés se preciaba de muy distinguida, tuvo recelos de que Juanita le llevase ventaja. Apenas se daba cuenta la señora de Roldán

del arte ó de la adivinación con que una chicuela que se había criado entre pillería andrajosa y casi en medio de la calle, como vaca sin cencerro, se había hecho sujeto capaz de tan repentina elegancia.

Como Juana la Larga iba tan engreída y tan ufana con el asombroso esplendor y con la rara belleza de su niña, no buscó para ponerse con ella de rodillas un sitio muy apartado, sino el mejor y más visible. Ambas mujeres fueron á plantificarse en un pequeño claro, inmediato á los escaños en que estaban el Ayuntamiento y don Paco y don Andrés; claro que el respeto y la humildad de otras mujeres habían contribuído á formar, y en cuyo límite, no distante, se hallaba doña Inés López de Roldán, la cual tomó aquella intrusión por desaforado atrevimiento, y ardió en sed de imponerle pronto y severo castigo.

Al efecto, había ya prevenido al padre Anselmo, y le tenía muy sobrexcitado contra Juanita y contra su madre.

El padre Anselmo distaba mucho de ser malo y de ser ignorante. Sabía no poco de teología dogmática y de moral; y poseía notable despejo y prodigiosa facundia; pero era terco, persistente en las opiniones que una vez aceptaba, y desconocedor de los asuntos mundanos. Doña Inés además le tenía sorbidos los sesos. Doña Inés le infundía una veneración y un cariño alambicadamente espirituales, que la convertían para él en oráculo. Era el devoto afecto que se filtra y se cuela á menudo en el virtuoso corazón de los ancianos: amor sin deseo y sin vicio; lo que hasta llamándose platonismo

escandalizaría, al mismo que lo siente; lo que es tan sutil, tan etéreo y tan limpio como aquel semi-divino sentir que describe y pinta con rasgos luminosos el conde Baltasar Castiglione en las últimas aúreas páginas de su *Cortesano.*

El padre Anselmo jamás había leído este libro y no había caído ni podía caer en que sentía inclinación tan dulce; pero, sin tener conciencia de ello, reverenciaba á doña Inés como si fuera ángel ó santa. Estaba ciego para todos los defectos y pecados de ella, y no veía ó no creía ver en ella sino virtudes: la prudencia, la caridad, el recogimiento y la piedad religiosa. Para el padre Anselmo era doña Inés modelo de casadas y de madres de familia y dechado ejemplar de señoras distinguidas y doctas.

En todo cuanto le dijo acerca de Juanita no advirtió otro intento que el de evitar ó reprimir el escándalo y el mal ejemplo que en el lugar se estaban ya dando.

Influído por estas ideas, había preparado el sermón que predicó aquel día y que versaba, con aplicación á las circunstancias, sobre el mismo tema que él gustaba de tratar siempre: sobre la corrupción de nuestro siglo y sobre sus síntomas ominosos, que son alternativamente efectos y causas. Porque la falta de religión hace que se hunda la moralidad, como edificio cuyos cimientos se socavan, mientras que el excesivo regalo y el esmerado atildamiento del cuerpo apartan á las almas de toda seria meditación y las distraen de los bienes eternos, moviéndolas diabólicamente hacia

lo temporal y caduco y abrasándolas en el infernal apetito de poseerlo y de gozarlo. De aquí la ambición, la codicia y la lascivia, red que Satanás nos tiende, cebo con que nos atrae y anzuelo con que nos pesca y nos lleva consigo para devorarnos. La incredulidad y la heregía nacen de la molicie y del lujo, y por la ambición y la codicia cunden, se propagan y lo inficionan todo.

El padre ilustró su doctrina con citas históricas. Los albigenses, á quienes convirtió Santo Domingo con ayuda de Simón de Monfort, habían caído en abominable heregía, porque se entregaban á los festines, elegancias y malas pasiones. Una pícara mujer que sedujo á Martín Lutero tuvo la culpa de que se hiciese protestante media Europa. Y la perversa Ana Bolena fué el medio de que se valió el diablo para apoderarse de los ingleses, que eran antes fervorosos católicos. La codicia había sido, sin embargo, peor que la lascivia, ya que, si bien toda revolución herética ó impía empezaba con deportes, amoríos y relajación de costumbres, siempre era la codicia la que lograba que triunfase, convirtiendo la revolución en cucaña en cuyo extremo superior se ponían los bienes de la Iglesia.

—Tal vez—añadía el padre— las personas honradas y pacíficas andarán ahora muy confiadas, imaginando que ya acabó la era de las revoluciones, porque la Iglesia es pobre y no tiene bienes que le quiten; pero, ¡ay, cuán lastimosamente se equivocan! A falta de bienes de la Iglesia se pondrán ó se ponen ya en lo alto de la cucaña los bienes de los particulares ricos. Y aun habrá menos escrúpulos

para incautarse de ellos, como ahora dicen, porque la incautación (socorrida palabra para no emplear otra muy dura que cuadraría mejor), no será sacrílega.

Entonces habló el padre del socialismo, refutándole y procurando demostrar que cada una de sus utopias es sueño y delirio insano. Según él, siempre habrá pobres y ricos, y figurándose ya la revolución social triunfante, dió por ineludible resultado que los que ahora son ricos queden pobres; que algunos de los pobres más listos y audaces se hagan ricos y que la muchedumbre de los pobres se aumente en número y padezca mayor miseria, porque gran porción de la riqueza se habrá consumido ó destruído con las huelgas, alborotos y guerras civiles. En cambio, si el orden establecido se conserva y si se cuida de que nadie se haga rico burlando el Código penal, todos trabajarán y se ingeniarán decentemente, por donde crecerán la riqueza y el bienestar; y los ricos serán más ricos y serán más; y los pobres serán menos pobres y menesterosos; y llegará día, allá en lo porvenir, en que los pobres estén mejor tratados que los ricos de ahora. Pero ahora y entonces habrá clases y jerarquías sociales, y será justo que se respeten porque las hay hasta en el cielo.

Aquí declamó mucho el padre contra el feroz empeño que muestran hoy tantas personas por salir de su clase y elevarse sin mérito suficiente: el tendero, sólo porque se enriquece, pretende ser marqués; el usurero, duque; el sargento, general, sin ir á la guerra; y las mozuelas desvergonzadas,

damas y grandes señoras. Contra todos estos abusos disertó con vehemencia ó más bien lanzó centellas y rayos, discurriendo más por extenso sobre el lujo femenino y encareciendo los males que de él proceden.

Al cuerpecito de una niña presumida y muy ataviada le llamó colmena de Lucifer, cuya miel endulza el veneno y de donde salen las abejas y los zánganos de punzantes aguijones, ó sea un maldito enjambre de vicios, pecados y sandeces.

Además de escandalizar con aquel lujo y de provocar á los hombres hasta en los lugares sagrados, turbando el sosiego de los espíritus é impidiendo su elevación, se gasta para sustentar dicho lujo más de lo que honradamente se gana; se aceptan regalos de los pretendientes y se les sonsaca el dinero. Dejándose ir, pues, por pendiente tan resbaladiza, las muchachas pobres que se ponen muy majas, dan con facilidad en busconas. Bien lo comprendió así, dijo el padre, la sabia y gloriosa reina doña Isabel la Católica, cuando se indignó al ver, en unas fiestas que hubo en Segovia, á ciertas aventureras vestidas de seda, y prohibió el uso de la seda á las que no fuesen hidalgas y ricas-hembras, lo cual fué providencia discretísima y moralizadora.

En suma, el padre Anselmo estuvo muy bien aquel día: censuró el vicio sin censurar al vicioso, y no designó ni aludió á nadie.

De esto se encargó la maliciosa envidia de las mujeres, excitada con disimulo por doña Inés. Todas hicieron á la emperegilada Juanita blanco de sus insolentes miradas. La consideración del

origen ilegítimo de la muchacha vino á corroborar la creencia de que era pecadora. Cada cual recordó, allá en sus adentros, alguna de las varias sentencias vulgares que sostienen como verdad la trasmisión de la culpa por medio de la sangre: de tal palo, tal astilla; la cabra tira al monte; quien lo hereda, no lo hurta; de casta le viene al galgo el ser rabilargo, y así la madre, así la hija y así la manta que las cobija.

No pecaban las dos Juanas por encogidas ni por medrosas, pero apenas pudieron resistir la muda y formidable tempestad que descargó sobre ellas. Aparentemente estaba más conmovida la madre. Juanita no mostró perder la serenidad y el reposo. Su orgullo y el convencimiento de que no había incurrido en grave falta la sostuvieron. El dolor, no obstante, y la cólera por la inmerecida afrenta bañaron sus mejillas en más encendido carmín. Y bajando ella la vista, veló con los párpados y las rizadas y largas pestañas la luz de sus ojos, que dos mal reprimidas lágrimas humedecieron.

Al terminar la función acertaron madre é hija á escabullirse sin ser muy notadas y á volver precipitadamente á su casa.

XVII

Juanita se dejó caer desmadejada en un sillón de brazos. Juana paseaba, yendo y volviendo á largos pasos en su salita, como leona en su jaula.

—¡Habráse visto—exclamaba—mayor descoco! ¡Vaya .. las mantesonas, las pu...ercas! Pues si durase aún la prohibición de la seda, ¿cuál de ellas la llevaría sin contrabando? Mejores hidalgas y ricas-hembras nos dé Dios. De seda y muy de seda iban las dos hijas del escribano, pero «aunque la mona se vista de seda, mona se queda». Son más feas que noche de truenos. ¿Y de dónde han sacado su hidalguía? Quizás no sabremos que son hijas de la Frasquita, á quien Dios haya perdonado. Era viuda del cagarrache del molino de don Andrés cuando la pretendió y la tomó por mujer el escribano. Y ¿por qué la tomó por mujer? Para remediarse, porque ella había allegado bastante dinero, con un gran corral de gallinas, y más aún, con su habilidad para aviar pollos. Aunque iba á la chita

callando y no gastaba pito, la llamaban la *gabacha*. ¡Qué tacto en aquellos dedos verdugos! Á escape entrecogía ella como con alicates lo que andaba buscando á tientas en los pobres animalitos, y los dejaba aviados por docenas, sin que se le desgraciase ninguno en la operación. Luego los cebaba y ponía gordísimos y los vendía muy caros. Yo preguntaría al padre Anselmo si oficio tan cruel es propio de las ricas hembras.

Juanita se recobró pronto de su momentáneo abatimiento, y dijo:

—Mira, mamá, no me hables de las hijas del escribano. No las quiero mal. Si me miraban con descaro y con susto, fué de puro tontas.

—Pues, hija mía, no sé de qué habían de asustarse. En la menor no se reparaba, porque es tan chiquituela y consumida que parece un guzarapo; pero la mayor bien llamativa estaba. Vestida de colorado y tan gorda, parecía un tomate enorme con patas. Y luego, ¡qué desvergüenza! Durante toda la misa estuvo su novio á la vera de ella, todavía de judío, como había figurado en la procesión. ¡Buena hidalguía está la de Pepito, el hijo del albardonero! En vez de mercarle traje tan costoso, su padre debió hacerle una albarda, que no le vendría mal. Aunque ha vuelto de Granada licenciado en leyes, sigue tan burro como se fué, salvo que rebuzna en latín y larga las coces ajustadas á derecho. Pero, en fin, tú tienes razón. No debemos quejarnos de ellos. Debemos despreciarlos. El arrastrado del padre Anselmo tiene la culpa de todo.

—No maldigas del padre—replicó Juanita—Es

un bendito espejo de santidad. Mucho de lo que dijo en el sermón era juicioso. Y si incurrió en exageraciones, bien sé yo por qué. La Reina Católica prohibiría sin duda la seda, porque en su tiempo se entenderían las cosas de muy otra manera que en el día, y además porque la seda costaría entonces un ojo de la cara y arruinaría al país. En fin, yo no sé por qué prohibió la Reina la seda. Acaso no sea verdad que la prohibiese. Pero si lo es ó no lo es, ¿á mí que me importa? Yo no me quejo de la Reina ni del cura. De quien me quejo es de aquella embustera gazmoña de doña Inés, que es la que ha armado contra mí todo este gatuperio. Ella me las pagará. ¡Voto á Cristo que me las pagará!

Y levantándose entonces de la silla, se dirigió hacia su madre con los ojos echando chispas; y haciendo la cruz como para persignarse, dijo solemnemente:

—Por esta cruz lo juro: yo me vengaré. Ella se acordará de mí durante toda su asquerosa vida, ó me han de borrar el nombre que tengo.

—Sí, hija mía—repuso Juana; véngate, véngate. Nada más natural y razonable, pero sin hacer ninguna barrabasada. Y sobre todo no jures, que es pecado mortal. Véngate sin juramento: con cachaza y mala intención.

—Pierde cuidado. No me faltará cachaza. He de disimular más y he de ser más hipocritona que esa indina. Mala intención es lo que no tengo: mi intención siempre será buena.

Al llegar á este punto de su interesante diálogo,

ambas interlocutoras oyeron en la calle terrible estruendo de voces, silbidos y carreras. Se asomaron á la ventana y miraron por la celosía. Apenas tuvieron tiempo de ver pasar atropellada muchedumbre de gente, y una vaca brava, atada á una larga y recia soga, de la que tiraban catorce ó quince mozos de los más robustos y ágiles. Otros mozos aguijoneaban y enfurecían la vaca, apaleándola con las chivatas y punzándola por detrás con pitacos ó bohordos de pita.

No siguieron mirando las Juanas lo que ocurría en la calle, porque más conmovedor espectáculo se ofreció de repente á sus ojos dentro de la sala misma. Apareció don Paco, á quien la criada había abierto la puerta, con una gran pelota colorada entre los brazos. Pronto reconocieron en aquella pelota á la hija mayor del escribano, que venía desmayada y con acardenalado y gordo chichón en la frente. Las mejillas y las narices las traía embadurnadas en una sustancia amarilla y pegajosa, á la que las moscas acudían. Al pronto dió no poco que sospechar la tal sustancia, pero luego se supo que eran yemas despachurradas.

En un cucurucho, que le había feriado el novio, las llevaba doña Nicolasita, y no se rompió las narices porque al caer dió con ellas sobre las yemas.

Embelesada con la conversación de su novio que iba á su lado, con la carátula en la cabeza como montera y casi tan majo como ella, y seguida de su padre y de su hermanita, habían estado todos en la plaza donde Pepito se había despilfarrado feriando los dulces. Allí se habían olvidado por com-

pleto de que formaba parte del programa de los regocijos y festejos con que se celebraba el día del Santo, un toro de cuerda, que entonces fué vaca, como hemos dicho.

Al pasar en grupo por la calle donde ambas Juanas vivían, oyeron de repente el alboroto y vieron el tropel de los que huían de la vaca, y hasta entonces no recordaron el peligro á que se habían expuesto.



El escribano, sin pensar en sus hijas, con frac y todo, se subió por los hierros de una reja y logró ponerse en salvo. La hermanita menor, que era muy ligera, tal vez por ser tan ruín y enjuta de carnes, se subió también á otra reja, donde parecía un mico.

El novio estuvo muy caballeroso y quiso imitar á Edgardo, el héroe de la novela de Walter Scott, *Lucía de Lammermoor,* que él había leído; pero la vaca no entendía de heroicidades y le derribó al suelo, dándole un empellón con el testuz. Por fortuna la vaca no le hizo daño ni caso, porque sólo llamaba su atención y la atraía poderosamente aquella masa redonda y colorada que corría delante de ella agitando mucho las faldas. Como la calle estaba cubierta de gayomba y de juncia y con muchas gotas de cera que habían caído al pasar la procesión, el piso se resbalaba demasiado. No es, pues,

de extrañar que resbalase doña Nicolasita y diese en el suelo de hocicos. Gracias á las dos libras de yemas que se interpusieron entre su cara y las piedras, no se despampanó la pobre. Sólo se hizo en la frente el chichón ya mencionado. Su terror fué inmenso y causa de su desmayo. Allá, en su fantasía febricitante, creyó sentir el cuerno que penetraba traidoramente en sus delicadísimas carnes, ya por un lado, ya por otro; y como con el terror, y antes de que sobreviniese el soponcio, le dió la pataleta, agitaba la falda roja y llamaba más al toro, ó digamos á la vaca, que se le venía encima.

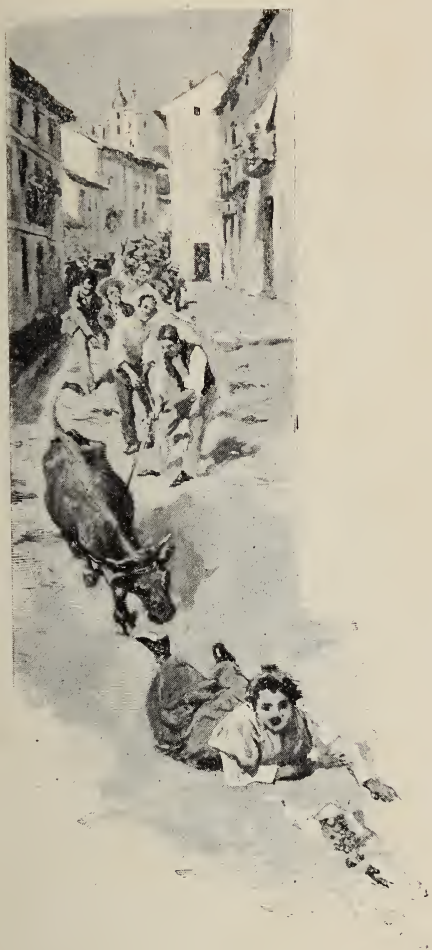
La fuerza de los mozos que la detuvieron tirando de la cuerda impidió que hubiese aquel día un desastre y que la función acabase en tragedia.

Don Paco, que venía por allí para visitar á sus amigas, al ver desmayada á doña Nicolasita, la levantó en sus brazos y se refugió en casa de ellas.

Cuando ambas se enteraron de lo sucedido, olvidado el enojo, cumplieron piadosamente con las leyes de la hospitalidad. Hicieron volver de su desmayo á la víctima de la vaca, aplicando á sus narices vinagre muy fuerte; con el mismo vinagre aguado le pusieron compresas en el chichón y se le vendaron con un pañuelo blanco, de suerte que doña Nicolasita parecía un Cupido. Y, por último, le lavaron la cara y le quitaron la costra y churretes de yemas.

Don Paco auxilió en todo esto á las dos caritativas mujeres.

El escribano, Pepito y la hermana menor, recobrados ya del susto, vinieron á la puerta á llamar



á doña Nicolasita, la cual, restablecida también, salió en busca de ellos, sin dar ocasión ni tiempo á que entrasen.

Tal vez pudo creerse que esta precipitación en la partida y el no entrar en la casa los otros, había sido de puro avergonzados; pero como doña Nicolasita no dió las gracias sino de un modo muy seco, y Juana y Juanita estaban escamadas, ambas lo atribuyeron á desdén y á estúpido recelo de rebajarse y contaminarse con el trato de ellas.

Más amostazada entonces que nunca Juana la Larga, aprovechándose de un momento en que Juanita había subido á su cuarto, habló á don Paco de esta manera:

—Señor don Paco, de sobra habrá visto usted la afrenta que nos han hecho hoy. Su hija de usted, mi señora doña Inés, tiene la culpa de todo. Se le figura que le tenemos á usted encantusado, y que le queremos chupar y le chupamos los parneses. Harto sabe usted que eso no es verdad. Mi niña aceptó el corte de vestido y algún que otro regalo; pero los hemos pagado, si no con creces, en lo justo. La levita que lleva usted puesta bien vale la seda que mi hija ha lucido hoy, y que tanto jaleo ha causado. Nosotras queremos mucho á usted, como buenas amigas, pero no le queremos tanto para que por usted nos sacrifiquemos; si seguimos recibiéndole, nos tendrán por unas perdidas, y hasta serán capaces de echarnos del lugar. Á Juanita le divierte mucho la conversación de usted, pero yo no quiero conversación que á nada conduce y que nos puede salir muy cara. Con que, con pena lo

digo, y sin pensamiento de ofenderle; trasponga usted, y no vuelva á parecer por esta casa, al menos hasta que cambien las circunstancias, si es que cambian algún día, y si no cambian, no parezca usted nunca.

Don Paco se compungió y se aturdió al oir este discurso y no acertó á dar contestación. Algo tartamudeaba; pero la resuelta Juana no le dejaba decir palabra. Le empujó hacia la puerta y le echó á la calle antes de que volviese su hija.

XVIII

Atolondrado don Paco con los sucesos de aquel día, y más aún con la expulsión de que acababa de ser objeto, no sabía qué camino tomar ni á qué carta quedarse, y maquinalmente se fué á su casa á meditar y á hacer examen de conciencia. Lo primero que notó fué que la tenía muy limpia. No era ningún delito, aunque pudiese pasar por extravagancia, el que estuviese él enamorado de aquella muchacha que podía ser su nieta. El haber ido á su casa todas las noches durante algunas semanas apenas le parecía imprudente y digno de censura. De Juanita formaba sucesiva y á veces simultáneamente, distintos conceptos, como si en el fondo del ser de ella hubiese algo de misterioso é indescifrable. De sobra reconocía él que Juanita, si no le había dado calabazas, era porque él no se había declarado en regla, pero con sus bromas de llamarle abuelo y con la maña que ella empleaba para que él no le hablase al oído y para esquivar el

estar á solas con él, harto claro se veía que no quería admitirle por novio ni por amante. Sin embargo, ¿sería esto cálculo ó ladino instinto de mujer para cautivarle mejor ó para entretenerle con esperanzas vagas? También recordaba don Paco los cuchicheos de Juanita con Antoñuelo y se ponía celoso.

¿Si estaría ella prendada de Antoñuelo, y considerando que como novio no le convenía, pensaría en plantarle y en decidirse al fin por don Paco, como mejor partido y conveniencia? ¿Si titubearía ella entre su propio gusto y lo que su madre sin duda le aconsejaba? Como quiera que fuese, don Paco tenía estampada en las telas del juicio la imagen de Juanita, y cada vez le parecía más hermosa y más deseable. Harto bien notaba que ni su madre ni ella habían tratado jamás de medrar á su costa de un modo pecaminoso é ilegítimo. La madre acaso le deseaba para yerno. Lo que es la hija, hasta entonces no había mostrado desearle ni menos buscarle para amante ni para marido. Él había hecho todos los avances. Culpa suya era todo aquel furor suscitado contra las dos mujeres, del cual no le cabía la menor duda de que doña Inés era promovedora. Consideraba luego don Paco, y esto le lisonjeaba y le ponía muy orondo, que Juanita, ya que no le amase, se deleitaba con su conversación, le reía los chistes, le aplaudía las discreciones, y oyéndole hablar se mostraba muy atenta y como pendiente de sus labios. En aquella casa, de donde le habían echado, no había recibido sino honestos y amistosos favores, en pago de los cuales, y fuese

por lo que fuese, acababan de recibir ambas mujeres un agravio sangriento, para el cual se creía él obligado de hallar satisfacción.

Exaltado por estas cavilaciones, se decidió don Paco á ir á ver á su hija; á explicarle con franqueza y lealtad lo que había pasado y á pedirle cuenta de su maligna conducta.

De mucho valor tenía que revestirse para atreverse á dar aquel paso. Doña Inés, con su severidad y su tiesura, casi le infundía miedo; pero le venció la vergüenza; hizo cuanto pudo para apartarle de sí, y se dirigió, con todos los bríos que pudo recoger y acumular en su ánimo, á casa de la señora doña Inés López de Roldán, á quien bien sabía él que hallaría sola á la hora de la siesta.

En casa de doña Inés se comía entonces á las dos de la tarde. Don Alvaro, cuando no estaba en el campo, se acostaba en seguida, y como comía bastante y bebía más del exquisito vino que se cría por allí, y que es mejor que el de Jerez, con perdón sea dicho, se tendía en su cama y estaba roncando hasta las cuatro ó las cinco de la tarde.

A los niños se los llevaban Serafina, el ama y Calvete al otro extremo de la casa, donde no molestaban con su ruido. Doña Inés se quedaba entonces sola en su estrado ó en su despacho, ya haciendo cuentas, ya entregada á sus oraciones, ya leyendo algún libro de devoción ó de historia.

El cacique don Andrés y otros personajes importantes del lugar no venían de visita ó de tertulia sino por la noche. Las malas lenguas pueden decir cuanto se les antoja; los mal pensados pueden

suponer las mayores diabluras, pero lo cierto es que doña Inés era recatadísima y, ó bien tenía razón el padre Anselmo y era una Lucrecia cristiana, ó bien sabía, con prodigioso artificio, practicar aquel famoso precepto que dice: si no eres casta sé cauta. De aquí que doña Inés pudiese erguir muy alta la frente y calificar de brutal y grosera calumnia la más leve insinuación que contra su honestidad se atreviese á hacer algún deslenguado.

Muy entretenida se hallaba entonces leyendo la vida de Santo Domingo, porque á causa de la función de iglesia no había leído aquel día muy de mañana el Año Cristiano (como tenía de costumbre), cuando entró Serafina á anunciar que don Paco llegaba á visitarla.

Don Paco tenía entrada franca en aquella casa, pero Serafina le anunció para tener prevenida á su ama. Apenas transcurrió un minuto entre el anuncio y la entrada de don Paco diciendo buenos días.

—Buenos días dé Dios á usted,—señor padre—dijo doña Inés levantándose de la silla, acudiendo respetuosamente á su padre para besarle la mano y convidándole á sentarse, como se sentó, en un sillón frente de ella.

—Dichosos los ojos que ven á usted—prosiguió doña Inés.—Hace no sé cuántas semanas que no pone usted los pies aquí. ¡Qué negocios le traen á usted tan ocupado? ¿Qué le ha caído á usted que hacer que no le deja siquiera una hora ó dos libres por la noche para venir á mi tertulia, verme y darme el gusto de que yo le vea, echar algunas manos de tresillo ó tener un rato de agradable

conversación con el padre Anselmo y con los demás señores que honran mi casa con su presencia?

Estas cariñosas quejas parecían dadas sin intención y como nacidas del filial afecto, pero, al mismo tiempo, eran un cruel interrogatorio, que turbó á don Paco y al que tuvo que hacer un esfuerzo para contestar. De nada valía el disimulo. Era menester contestar con franqueza, y don Paco, armándose de valor, contestó de esta suerte:

—Tienes razón en quejarte, hija mía. Hace tiempo que no vengo á tu tertulia, ¿qué quieres? acaso han sido chocheces, extravagancias de viejo; pero yo había tomado la maña de ir á otra tertulia más modesta y menos elegante que la tuya, y que sin embargo, lo confieso, tenía para mí singular atractivo.

—¡Válgame Dios, señor padre; lo había oído decir, pero no lo había querido creer hasta que lo oigo de su boca. Extraño me parece que una persona de la posición, de la gravedad y de los conocimientos de usted, se deleite rebajándose y dando conversación, durante horas enteras, á dos mujeres tan ordinarias y tan poco edificantes como las Juanas; pero más extraño es todavía que no sea la conversación de usted y su tertulia con ellas solas, sino que haya usted tenido casi siempre por contertuliano á Antoñuelo, el hijo del herrador, el más pillete y el más zafio de todos los mozos de este lugar. ¡Singular tertulia! ¡Buen par de parejas estaban ustedes! La verdad... yo no sabía qué decir cuando me hablaban de esto. Aseguraban unos que Antoñuelo es el novio ó sabe Dios qué de la Juanita y le endosaban á

usted á la Juana. Otros afirmaban que usted pretendía á Juanita, ¿pero entonces en qué se empleaba, qué papel hacía el celebérrimo Antoñuelo? ¿Eran ustedes rivales? Confiese usted que ha sido una locura, un disparate, lo que ha estado usted haciendo. No niego yo que la Juanita es guapa, aunque más que de honrada mocita, tiene trazas de desaforado marimacho, ó de desenfrenada potranca. Pero aunque fuese Juanita la propia diosa Venus, debía usted, (perdóneme, señor padre, si se lo digo, por el interés y el amor que me inspira) debía usted no avillanarse yendo de diario á su casa. Pecado y vicio sería ir allí solo, y como favorecido vencedor; pero el ir en competencia con Antoñuelo, francamente, yo no acierto á calificarlo. Lo mejor que se puede decir es que ha sido un delirio. Vuelva usted en su juicio: deje de visitar á esas mujeres y todos trataremos en el pueblo de hacer olvidar que usted las ha visitado pretendiendo á una de ellas, hasta ahora tal vez en balde. Si ha pecado sólo con la intención, no por eso es menor el pecado. Al contrario, ya que no para las personas piadosas y timoratas, para la gente vulgar y profana es pecado más feo. No se ofenda usted si me atrevo á decla-



rarlo, con harto dolor lo declaro, la ridiculez le acompaña.

Casi todo el valor de que se había armado don Paco á fin de hablar á su hija y de quejarse de su conducta, cayó derribado á los pies de la señora de Roldán. Sus contundentes razones abrumaban á su padre como una lluvia de acicalados chuzos, cuyas puntas se le clavaban en el corazón. Mirado todo



por el lado poético, se explicaba satisfactoriamente. Juanita era el recato, la virtud, el talento y la modestia en persona. Era además hermosa como una ideal virgen espartana, como la propia Diana Cazadora, rica en salud y gallardía; esbelta, fuerte y ágil; con todos los atractivos de la más casta, limpia y juvenil hermosura. Si Antoñuelo, que era un perdido, iba allí y trataba con la mayor familiaridad á Juanita, esto consistía en que Antoñuelo se había criado con ella desde la infancia; en que ella le miraba y candorosamente le quería como

á un hermano y en que procuraba evitar que se extraviase y cayese en el precipicio.

La propia madre de Juanita, aunque había tenido en su mocedad lo que llaman en aquellos lugares un tropiezo, estaba ya purificada por la vida ejemplar que había hecho después y por el honroso trabajo con que había logrado sustentarse y criar y conservar el fruto de sus desventurados amores. Todo esto y más podía valer como respuesta á las observaciones de doña Inés. Pero lo cierto era que despojado el caso de este tinte poético, y tal como el prosaico vulgo podía entenderle, doña Inés tenía razón que le sobraba. Para la generalidad de los habitantes de Villalegre, Juanita no era más que la mozuela del cántaro, la hija ilegítima de Juana la Larga, la chica que había corrido y jugado con los pilletes en medio de las calles hasta la edad de nueve ó diez años, y la que después había conservado una sospechosa é íntima amistad con Antoñuelo, el cual pasaba entre todos por un tunante de la peor especie.

De aquí el desairado y mal papel que una persona de los años, de la seriedad y de la importancia de don Paco, no podía menos de hacer en apariencia, ó bien siendo rival de Antoñuelo ó bien de acuerdo con él para cortejar á la madre el uno y á la hija el otro. Reponiéndose, no obstante, de la consternación que el tremendo discurso de doña Inés le había causado, y por lo mismo que ella con su feroz acometida le acorralaba, y como suele decirse le ponía entre la espada y la pared, don Paco habló al fin con energía, y dijo de esta suerte:

—La gente podrá decir lo que le dé la gana. Yo me río de la gente porque lo que dice es injusto. Tal vez me acusen las apariencias. En realidad no hay culpa, ni falta ni desdoro en lo que he hecho. Mi yerno será un señor muy noble, pero yo no lo soy, y al tratarme con los plebeyos me trato con mis iguales. Sólo se puede exigir de mí que sean decentes las personas que trato, y no hay el menor motivo para afirmar que las Juanas no lo sean. La vista y la conversación de Juanita me deleitaban, y por eso he estado yendo en casa de Juanita todas las noches. Soy mayor que tú en edad, saber y gobierno. Sé lo que me hago. No necesito de guía. No quiero ni debo aguantar tus sermones. Me basta con aguantar el que nos ha echado hoy el padre Anselmo, inocente tal vez, pero que tú y otras mujeres envidiosas habéis envenenado con vuestra malicia.

—¡Dios mío!—interrumpió doña Inés.—¡Esto sólo me faltaba: que llegue la ceguedad de usted hasta suponer que yo envidio á esa hija... de su madre! Lo ocurrido es muy natural, la desvergonzada mozuela se ha encajado en la iglesia, no vestida humildemente, según su clase, sino con el lujo escandaloso de las mujeres cortesanas que bullen en las grandes ciudades y que son la perdición de los hombres. ¿De dónde ha salido el traje que llevaba puesto? Aquí nadie lo ignora. Era regalo de usted.

—No he de negar yo que era regalo mío. Ella le aceptó por no desairarme, pero como me ha dado en cambio prenda de más valor, nadie puede decir que se viste á mi costa. Juanita se viste bien ó mal

con lo que gana trabajando de modo honrado y lícito, y no estando vigentes en el día la pragmática contra la seda ni ningunas otras leyes suntuarias, no sólo de seda sino de oro y de perlas puede vestirse Juanita si tiene dinero para comprar el vestido y si se le antoja engalanarse con él.

—Si el respeto que á usted debo no anudase mi lengua — replicó doña Inés — me atrevería á decir que está usted loco de atar. ¿Cómo defender el escándalo, la campanada que ha dado esa chica, transformada de repente en princesa, como en los cuentos de hadas? Tiene chiste el que le haya dado á usted la levita. Ya se la cobrará con usura. Las puntadas de ella y las morcillas y longanizas que sabe hacer su madre, no bastan para costear levitas á los caballeros, y para seguir emperegilándose con ricos trajes y mantillas de madroños como dicen que en Madrid van á los toros las damas de alto copete y las majas de rumbo. El día menos pensado, no sólo para ir tan pomposas, sino para comer, faltará dinero á las Juanas, y entonces acudirán á usted y á otros á fin de tenerle, y como no podrán dar en cambio levitas, harto sabe el diablo lo que darán, si ya no lo han dado.

—Ni han dado, ni darán lo que no debe darse— exclamó don Paco perdiendo ya los estribos. Lo que yo te aseguro es que si Juanita quiere darme su mano, yo la aceptaré gustoso, y tú tendrás que respetarla como madre.

—¡Jesús, María y José! respetar yo á ese arrapiezo... Se me caería la cara de vergüenza si hiciera usted semejante disparate.

—Pues sólo de Juanita depende que no le haga. Y como no es posible, sin que nos peleemos, continuar esta conversación, me voy y te dejo. Adiós, hija.

—Señor padre, vaya usted con Dios y Él le ilumine, para que no continúe usted desatinando tan lastimosamente.

Don Paco salió con precipitación y muy enojado de casa de su hija, y no quedó ella menos furiosa.

XIX

El sermón del padre Anselmo se comentó y se interpretó por todo el lugar en perjuicio de ambas Juanas. Nadie sacó la cara por ellas, salvo el maestro de escuela, aquella noche, en la Casilla.

La Casilla era y es todavía en algunos lugares el Casino y el Ateneo primitivos y castizos.

Por lo general, y así sucedía en Villalegre, la Casilla estaba en una sala relativamente cómoda y espaciosa, detrás de la botica. Allí se leían los periódicos, se fumaba, se charlaba y se jugaba á la

malilla, al tresillo, al truquiflor y al tute, y tal vez al ajedrez, al dominó y á las damas.

Don Policarpo, el boticario de Villalegre, hacía muy bien los honores del establecimiento, en donde concurrían casi todos los personajes del lugar, á despecho de las mujeres, que eran devotas y que abominaban del boticario, porque, lejos de estar en olor de santidad, alcanzaba la poco envidiable fama de descreído y materialista. Siempre había permanecido soltero; tenía una lengua como un hacha, con la que destrozaba las reputaciones; y en su maligno rostro, en sus ojos vivarachos y algo bizcos, en su nariz aguileña y en su boca sumida y burlona, se revelaba cierta diabólica y punzante travesura.

En el pueblo se referían estupendas singularidades sobre sus doctrinas y facultades científicas, sosteniendo muchos que no todo lo que él hacía y decía era natural, sino en gran parte por inspiración y con auxilio del demonio; por lo cual, al hablar de sí propio, declaraba él que, si hubiese Inquisición aún, ya no viviría, porque le hubieran quemado vivo. Era dogma suyo que todas las cosas son lo mismo y que la diferencia de ellas es más aparente que real y más somera que profunda. Produce la diferencia de las cosas una fuerza que vive y se agita en ellas, ocultando la raíz de su ser, y que, según sus varios efectos y operaciones, ya se llama calor, ya luz, ya electricidad, ya magnetismo; de donde transformaciones y mudanzas y vida y muerte. Esta fuerza era el Dios de don Policarpo. Por él se jactaba de estar poseído y de ser energúmeno.

Para hacer milagros por su medio y en su nombre, no tenía don Policarpo vara de virtudes; pero, en cambio, tenía una recia, puntiaguda y larguísima uña en el dedo meñique de la mano derecha, la cual uña le servía de ordinario como mondadientes. Las damas se llenaban de terror cuando la veían como si viesen la de Satanás en persona. Se decía que el boticario, ya magnetizaba, adormecía y sujetaba



á su voluntad á las gentes, despidiendo por dicha uña fluido magnético, ya se electrizaba todo, restregando con rapidez sus pies contra una piel de lobo, y lanzaba por dicha uña un chorro ó penacho de chispas azuladas y luminosas. Y no faltaba quien añadiese, jurando haberlo visto, que sólo con acercar la uña, cuando estaba él bien cargado y saturado de electricidad, encendía un candil ó disparaba un cañoncito muy cuco que usaba para esta experiencia.

Yo no respondo de que hubiese ó no algo de

exagerado en tales afirmaciones; pero, como quiera que fuese, el boticario, aunque aborrecido de las damas, á lo que debía de contribuir su fealdad nada común, era persona divertida y hospitalaria.

Ninguna noche faltaban en la tertulia de su casa ocho ó diez tertulianos. No iba el cura, por culpa de la impiedad con que allí se hablaba, pero iban el médico, dos ó tres concejales, el propio señor alcalde, varios de los mayores contribuyentes y don Pascual, el maestro de escuela.

Don Policarpo comentó el sermón de aquel día con maliciosa agudeza, sosteniendo irónicamente que el padre tenía razón.

—Sí, señores—dijo;—ya no hay bienes de la Iglesia que repartir. El reparto se ha hecho mal y entre pocas personas que se han enriquecido. La futura revolución tendrá, pues, por objeto apoderarse de otros bienes y repartirlos con mayor equidad entre todos los pobres.

El maestro de escuela, que era liberal é individualista, respondío de este modo:

—No es exacto que la revolución haya despojado inicuamente de sus bienes á la Iglesia. Si se los ha expropiado, bien la indemniza. El Estado puede expropiar, indemnizando, para utilidad pública. Sin embargo, aunque no hubiera tal indemnización, el caso no es idéntico. Ninguna asociación tiene por sí los derechos radicales é imprescriptibles de los individuos que la componen. El Estado es asociación suprema, á la cual están sometidas las otras, sin que puedan existir en contra suya. Y si el Estado es árbitro de la vida de ellas, ¿cómo no ha de serlo

de lo que poseen? Lejos de caminar hacia el socialismo, yo creo que la civilización propende á extender y afirmar más cada día los derechos individuales. ¿Quién se atreverá á decir hoy, si no está loco rematado, que el Gobierno ó el Rey, por respetado y poderoso que sea, es señor de vidas y haciendas?

—No nos venga usted con sofismas—interrumpió el boticario.—Si cada uno de los individuos que se asocian tienen singularmente derechos imprescriptibles, incluso el de asociarse, y si no hay Rey ni Roque que pueda despojar á nadie á su antojo de la hacienda y de la vida, ¿cómo se explica que no persista en la suma lo que preexistía aisladamente en cada uno de los sumandos?

Apuradillo se vió el maestro de escuela para impugnar el nuevo argumento del boticario; pero le impugnó al fin con razones, si no juiciosas, agudas.

Por dicha, los que estaban allí presentes eran propietarios más ó menos ricos, y varios de ellos habían comprado bienes de la Iglesia. Todos, por consiguiente, hallaron que don Pascual discurría mejor que Solón y que Licurgo; se pusieron de su lado, dejaron al boticario solo y trataron de sofocar su voz y de aturdirle á fuerza de gritos.

Don Policarpo no se dejaba convencer ni intimidar fácilmente; pero todos se cansaron de chillar y se pusieron roncos, terminando por cansancio una disputa en que los extremos se habían tocado y en que la impiedad atea había estado de acuerdo con el más fervoroso catolicismo. Hubo un entreacto: un rato no corto de sosiego. Después recayó de

nuevo la conversación sobre el sermón de aquel día, sobre el desenfrenado lujo de las mujeres y sobre las elegancias de Juanita la Larga.

En este punto, el maestro de escuela impugnó igualmente el sermón y defendió con más calor, ahinco y acierto á Juanita.

—Es—decía—una muchacha discreta, honrada y trabajadora. Dios la ha hecho hermosísima y casi estoy por decir que no sólo tiene derecho, sino que tiene el deber de acicalarse y de realzar y mostrar la hermosura que Dios le ha dado. Lo contrario sería ingratitud para con Dios y desdeñar lo que enseña la parábola de los cinco talentos. Y extraño mucho que ustedes, que han estado conmigo defendiendo la propiedad individual, se vuelvan ahora contra mí y se pongan del lado de don Policarpo para impugnar dicha propiedad. Pues qué, si Juanita tiene dinero, ¿por qué no ha de gastarle en cuanto se le antoje y vestirse como una reina? ¿Y qué le falta á ella para ser reina ó para ser emperatriz?

Movido el boticario por su espíritu malicioso, é impulsados los demás por el odio y envidia de sus mujeres, respondían, si no con buen discurso, con desvergüenzas y con burlas á cuanto don Pascual alegaba.

Juana la Larga fué declarada una lagartona de primera fuerza; Juanita, una moza extraviada que estaba ya pervirtiendo y corrompiendo las buenas costumbres; y don Paco, un viejo chifladísimo, á quien hija y madre ponían en ridículo é iban á chupar cuanto poseía.

En lo más recio de esta disputa, acertó á entrar en la botica el señor don Paco, y antes de llegar á la trastienda tuvo el disgusto de oir y de comprender los horrores que allí se propalaban.

Todos se callaron, porque cara á cara no querían ofenderle. La herida, con todo, estaba ya hecha. Se dió otro giro á la conversación. Se habló de cosas distintas. Y don Paco halló lo más prudente no dar á entender que había oído y no traer de nuevo la conversación á tema para él tan enojoso.

Á fin de disimular, trató de aparecer sereno y alegre; habló de las novedades políticas; se congratuló de que don Andrés Rubio acabase de obtener una gran cruz y fuese ya excelentísimo; y por último, echó unas cuantas manos de tute con el maestro de escuela.

Embromó al boticario diciéndole que no creía en la fuerza electrizadora de su uña; y el boticario, á fin de convencerle, le prometió que el día menos pensado, cuando estuviese él bien dispuesto, le llamaría, y haría delante de él la experiencia de encender el candil y de disparar el cañonazo.

Don Paco se había reportado, disimulando su pena y su enojo; pero no bien volvió á su casa, la pena le arrancó lágrimas y el enojo le hizo crispar los puños como si tuviese delante algún enemigo á quien dar de puñadas.

No podía, sin embargo, reñir con la población entera. Su hija era la más culpada, y él la había sufrido.

Por más que cavilaba, no veía otro modo de vengarse, de castigar á su hija y de adquirir el derecho é imponerse el deber de defender á Juanita

contra todos, que el de ofrecerle su mano y casarse con ella.

¡Ay de aquel que se atreviese entonces á decir nada ofensivo contra Juanita, aunque ella estrenase cada día otro vestido de seda!

Pensó bien en todo, interrogó su corazón, y su corazón le respondió que estaba perdidamente enamorado de la muchacha.

Entonces no se paró don Paco en más reflexiones; fué á su bufete y escribió á la señora doña Juana Gutiérrez (suprimiendo el alias de *la Larga)* una grave epístola pidiendo en forma la mano de su hija.

Llamó en seguida al alguacil y pregonero, que le servía al mismo tiempo de criado y ayuda de cámara, y le encargó que, al día siguiente, y muy de mañana, llevase aquel pliego cerrado á Juana la Larga y se le entregase en mano propia.

Hecho esto, se acostó y durmió con alguna tranquilidad, como quien ha cumplido un deber, y con alguna satisfacción, como quien ha puesto una pica en Flandes.





XX

Juana la Larga se llenó de júbilo cuando, á las siete de la mañana, recibió la carta y la deletreó con no poca fatiga, porque, si bien sabía leer, no leía de corrido y le estorbaba lo negro.

No era Juana muy reflexiva ni previsora y no pensó en las dificultades: sólo pensó en el triunfo que ella y su hija, en su sentir, habían alcanzado. Acudió, pues, á la sala baja, donde Juanita estaba cosiendo, y con el mayor alborozo le dió parte de lo que ocurría.

Como comentario, la madre no sabía sino exclamar:

—¡Qué victoria! Todas esas perras, cochinas, van á reventar cuando lo sepan.

—Pues oye, mamá—contestó Juanita con el

mayor reposo:—yo no quiero que nadie reviente: lo mejor es que no lo sepa nadie.

—¿Qué quieres decir con eso, muchacha?

—Lo que quiero decir es que nosotros, tú, él y yo, seríamos los reventados si hiciésemos tal desatino. No lo sufriría doña Inés; y el cura y el cacique, la Iglesia y el Estado, lo temporal y lo eterno, caerían sobre nosotros y nos aplastarían. Nos echarían del lugar á patadas. Y ¿quién sabe si en otro lugar lograríamos y cuánto tiempo tardaríamos en lograr, tú la reputación y clientela qne aquí tienes, yo tanta costura, y don Paco el poder que aquí alcanza y su mangoneo provechoso, debido en mucha parte á su capacidad, pero no menos aún á la sombra y al apoyo de don Andrés, con quien priva.

—¿Y de dónde sacas tú esos agüeros tan angustiosos?

—No es menester ser profeta ni adivino para sacarlos. Y además, ni yo estoy enamorada de don Paco, ni él quizás está enamorado de mí. ¿Para qué el casorio? ¿Qué vamos ganando en ello? ¿No comprendes que si me pide es por un extremo de delicadeza? Yo se lo agradezco; me lisonjea mucho la prueba de aprecio que me da; pero no paso de agradecida y de lisonjeada. Porque ha venido á casa de tertulia, y porque me ha regalado el traje y porque las malas lenguas murmuran, piensa él remediar el mal casándose conmigo. Pues entonces la misma razón hay para que contigo se case, porque también de él y de tí dijeron, ó para que me case yo con el hijo del herrador, ya que más y peor han hablado de mis relaciones con él que de mis

relaciones con don Paco. Nada, mamá, todo eso es una tontería, ó una prueba, si quieres, de que el bueno de don Paco es un caballero muy cabal, aunque no tenga los leones, los pajarracos y los otros chirimbolos que tiene su yerno en el escudo.

—Y si tú, hija mía, reconoces y confiesas que don Paco es todo un caballero, ¿por qué no le tomas por marido?

—Porque no quiero casarme por cálculo; porque, aunque quisiese casarme por cálculo, este cálculo de ahora estaría muy mal hecho, y sobre todo, porque yo por nada del mundo he de aprovecharme de la caballerosidad generosa de ese hombre para cogerle la palabra y satisfacer mi vanidad y mi ambición, ya que amor no le tengo. Su trato me deleita; celebro su discreción; le oigo hablar con gusto; pero desde esto á desear ser suya y á casarme con él hay todavía mucha distancia. No quiero salvarla de un brinco. Aquí, para entre nosotras, algunas veces he sentido inclinación á ir por esa senda, á andar ese camino, y sabe Dios si le hubiera andado sin estos tropezones que ha habido; pero, en fin, aún no le he andado.

—¡Ay, niña, con qué tiquis miquis y sutilezas te me descuelgas! ¡Cómo se conoce el saber de que don Pascual te ha atiborrado la mollera! Si parece cuanto dices tomado de esos libros que don Pascual te da á leer. Pero, en fin, ¿qué contestamos á la carta de don Paco? Yo haré lo que tú desees, porque el asunto más importa á tí que á mí y porque tú sabes más que Lepe.

—¿Pues qué hemos de contestar sino darle las gracias y decirle que nones?

—¿Y á quién le toca escribir eso? Creo que debo escribirlo yo... y dorar la píldora. Yo no lograré poner el oro con mi pluma. Tú le pondrás. Tú irás diciendo y yo iré escribiendo, aunque hago letras que parecen garrapatos. ¡Ay! y más en el día, porque mi escribir ha caído en desuso. Desde que murió tu padre en la guerra contra los carlistas, yo no escribo sino las cuentas.

—Con buena ó con mala letra, es menester que usted escriba la carta: yo se la iré dictando.

—Hoy todavía no. ¿Es acaso puñalada de pícaro? ¿Quién nos corre? Antes de dar un paso tan importante conviene que lo medites y consultes con la almohada. No es mucho veinticuatro horas de término. Hoy no escribo. Mañana, si te aferras en la opinión que ahora tienes, escribiré, aunque me pese, lo que tú me digas.

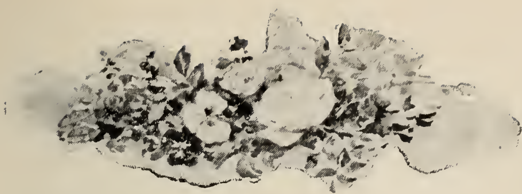
Juanita estaba segura de que no había de variar su resolución por mucho que lo meditase. Tuvo, no obstante, que ceder á los ruegos de Juana y aguardó hasta el día siguiente, en el cual, dividiéndose el trabajo, según queda dicho, fabricaron entre ambas la carta que, por su transcendencia é influjo en los ulteriores sucesos de esta sencilla y verdadera historia, hemos de consignar aquí.

La carta decía como sigue:

«Señor don Paco: Muy ufanas estamos mi hija y yo de la honra que usted nos hace en la carta que acabo de recibir. Se lo agradecemos con toda el alma. La niña le quiere á usted mucho y le estima

más; pero declara que no puede ni debe aceptar lo que usted propone. Cree ella que fué una imprudencia de su parte ir al sermón vestida como una princesa, para azuzar más en contra suya á la gente, que ya deseaba morderla. Todo el lugar está ahora sublevado. Mal remedio sería la boda. Aumentaría la sublevación y el motín. Su hija de usted se pondría á la cabeza. Nosotros no podríamos resistir. Los tres tendríamos que irnos con la música á otra parte. En fin, don Paco, Juanita sostiene que sería la boda una locura. Dice, por último, que ella no manda en su corazón; que la diferencia de edad es grande entre ustedes y que no quiere á usted de amor, aunque le profesa la amistad más fina. Sería, pues, muy feo, de parte de ella, abusar de la generosidad de usted para satisfacer su ambición ó su vanidad casándose por cálculo, y también sería muy tonto porque el cálculo estaría mal hecho. Lo mejor y lo más discreto es que ustedes no se casen y que nadie sepa que ha dado usted este paso. Doña Inés nos odiaría si aceptásemos la proposición de usted; pero también nos odiará y nos declarará más la guerra si averigua que no aceptamos, apareciendo como que desdeñamos á su padre con infundada soberbia. Importa, pues, ocultar todo esto. Ahí devuelvo á usted su carta. Rásguela y rasgue la mía, á fin de que no quede prueba escrita de lo ocurrido; y conserve usted en su memoria grato recuerdo de nosotras. Crea en nuestra profunda gratitud y mande á su afectísima amiga y constante servidora, q. b. s. m.,

JUANA GUTIÉRREZ.»



XXI

Don Paco se sintió lastimado y encantado á la vez con la lectura de la carta, que calificó de muy discreta y que miró como dictada por Juanita.

Si ella le hubiera aceptado por marido, el contento de don Paco hubiera sido grande, pero menor su estimación del valer de Juanita que el que era entonces al recibir las calabazas. Acaso una vaga sospecha de que Juanita aprovechaba la ocasión, hubiera aguado el contento de ver que ella le aceptaba. Si en extremo le dolía que ella declarase que no le amaba, no podía menos de aplaudir la lealtad de la declaración. Don Paco estaba conforme en lo tocante al aprecio de las circunstancias que se oponían á la boda, y que la hacían aparecer á toda juiciosa previsión como fuente de disgustos y de males.

De aquí que sus sentimientos al leer la carta fuesen de dolor y de mortificación de amor propio

por el desamor de Juanita; de admiración y aplauso por la prudente conducta de la muchacha, y de mayor cariño hacia ella, así por la noble franqueza con que exponía las causas que justificaban su desdén, como por las amistosas dulzuras con que procuraba suavizarle.

Conoció también don Paco que importaba mucho que su petición y la subsiguiente repulsa no llegaran á saberse, y, aunque no tuvo valor para rasgar ó quemar lo que él escribió y la contestación de Juana, guardó ambos documentos en el más secreto escondite de su escritorio.

Trató, además, de hacerse superior á su pena y de ver si olvidaba á Juanita, ó al menos si seguía queriéndola con calma y con cierta tibieza, á fin de esperar sin impacientarse que Dios mejorase las horas, ya que la esperanza es lo último que se pierde en esta vida.

Y por lo pronto, ó bien para conseguir el olvido ó bien para enfriar ó entibiar su fervorosa pasión, resolvió no volver á poner los pies en casa de Juanita y evitar su encuentro en la iglesia, en las calles y en la plaza.

Juanita, entretanto, como era poco amiga de la soledad y gustaba mucho de la conversación de don Paco, se afligía del aislamiento y deploraba el sacrificio que había tenido que hacer. Allá, en el fondo de su alma, cuando estaba á solas con su conciencia, y con el notabilísimo despejo y la serenidad imparcial con que ella lo miraba todo, hacía, repetidas veces, las sutiles reflexiones que trataremos de expresar aquí en el siguiente soliloquio:—

Me lo tengo bien merecido. He vivido hasta el día desgobernada y muy á tontas y á locas. Mi madre, Dios me perdone si la ofendo, tiene poco juicio, aunque bien puede ser que le pierda por el entrañable amor que me tiene. Lo cierto es que entre las dos hemos hecho una infinidad de tonterías. Justo es que las paguemos. No debo quejarme. En primer lugar, siendo yo una mocita casadera, y, si no ocupando cierta posición, aspirando á ocuparla, debí dejar de ir por agua á la fuente y á lavar al albercón. Debí darme más tono. Y ya que no me le dí, aún fué mayor disparate el querer de repente trasformarme en dama y eclipsar y aturdir y excitar la envidia y la rabia del señorío mujeril de este lugar. Todavía mi súbita transformación hubiera podido tener buen éxito si atino á ganarme antes la buena voluntad de la muy poderosa é ilustre señora doña Inés López de Roldán. Pero, lejos de eso, lo que hice fué provocar su enojo. Si el trato de don Paco me agradaba y me divertía, jamás he pensado yo en casarme con él, y aquí viene bien que yo lamente otra locura mía, otra completísima falta de cautela en mi madre y en mí. ¿A qué fin recibir de tertulia todas las noches á don Paco, solo á veces y á veces en compañía de Antoñuelo, lo que



es casi peor? Lo hacíamos porque nos daba la real gana, sin atender á que somos pobres y á que la gana de los pobres no es real, sino súbdita que necesita someterse y hasta morir sin hallar satisfacción, á fin de no exponerse á muy crueles castigos. Nuestra tertulia era muy inocente; bien puedo sostener que más inocente que la de doña Inés. ¿Cómo evitar, no obstante, que doña Inés supiese y hasta creyese de buena fe mil abominaciones, excitada por esa chismosa de Crispina que todo lo huele y cuando no lo huele lo inventa? Ella sin duda le diría primero que Antoñuelo era mi amigo y don Paco el de mamá, y después que yo me había apoderado de los dos, del uno para el gusto y del otro para el gasto, y que yo me estaba comiendo las mil chucherías que él me traía de regalo y hasta el exquisito y sin par chocolate que se fabrica en casa de ella. Comprendo lo furiosa que doña Inés se pondría y más aún al sospechar que don Paco pudiera casarse conmigo: porque doña Inés quiere heredar ó que hereden sus hijos los ahorros y las finquillas que don Paco va reuniendo, para lo cual importa que don Paco no se case, ó bien que se case con una hidalga viuda que yo me sé y que le daría cierto lustre aristocrático, y de seguro no le daría hijos porque está ya pasada y huera y el caso de Abraham y de Sara no se repite.

Así, y si no en los términos de que me valgo, en términos muy parecidos, discurría Juanita á sus solas. Luego continuaba:

—Es indispensable que yo me enmiende y que ajuste mi conducta á la razón y á la conveniencia.

Debo tener doble juicio por mi madre y por mí. Y ya que (esto no puede negarse) soy cándida como la paloma, no está bien que me olvide de la otra mitad de la sentencia evangélica que he oído decir tantas veces al padre Anselmo en sus sermones. Por lo tanto, en lo sucesivo me propongo ser astuta y prudente como la serpiente. La vida de zagalona rústica no hay que pensar en hacerla de nuevo. Dios me libre también de recaer en la mala tentación de presumir de princesa. Nada de volver con la cabeza al aire y con el cántaro por esos andurriales; y nada tampoco de ponerme el magnífico vestido de seda mientras no gane posición, autoridad y título duradero, suficiente y legítimo, para tamaña audacia. Ahora me conviene seguir por un justo término medio: salir poco de casa, coser y bordar mucho, é ir con frecuencia á la iglesia, á misa y á mis devociones, muy humilde, con vestidito de percal y cobijada con un mantón modesto y oscuro. Ya veremos si logro así borrar la mala impresión que necia ó inocentemente he causado, y hasta llegar á adquirir reputación de santa.

Aquí no podía menos de sonreirse Juanita, á pesar de lo fastidiada que estaba, y luego proseguía:

—Cierto que yo no soy mala y que amo á Dios sobre todas las cosas y que me complazco en darle adoración y culto; pero también ¡qué diantres! ¿por qué no confesarlo? también me amo y me doy culto á mí misma. Quizás será pecado, pero es un pecadillo tan natural, que casi no es pecado. Lo que debo hacer es que este segundo culto, para no

escandalizar á nadie, no sea público, sino misterioso. En lo exterior he de parecer como una beata pobre; ¿mas por qué he de privarme del placer de cuidar, de asear y de pulir con el mayor esmero este cuerpecito que Dios me ha dado? Sin que nadie lo sospeche he de cuidarle y he de lavarle como si fuera el de una infanta de España. ¡Qué horror, cielos santos! Si llegase á saberlo, por ejemplo, Julián el arriero. Yo le oí contar en la fuente mientras daba agua á sus mulos, y haciéndose cruces, la indignación que le causó, cuando servía en Córdoba á una marquesa, el averiguar, estando él en la cocina, que llevaban á dicha señora un enorme lebrillo y dos grandes jarros de agua á su cuarto. ¿Qué harías tú—le preguntó una chica—si tu mujer emplease también un lebrillo por el estilo?—Pues yo—contestó él—agarraría una vara y la pondría negra á varazos, por indecente y por mantesona. Necesario es que yo haga un misterio de mi limpieza, si no quiero que me excomulge Julián y la mayoría de mis compatricios que discurren como él. Mas no por eso he de dejar de ser limpia. Además, quiero ser cuidadosa y muy regalada en mi ropa blanca interior. En los ratos de ocio, con mis ahorrillos y cuando no cosa para la calle, he de hacerme camisas finas y enaguas bordadas como no las use mejores una archiduquesa de Austria. Tapado todo ello con el mezquino traje exterior, me pareceré á la violeta, que escondida entre las verdes hojas y tal vez entre feos yerbajos, no deja conocer que existe como no sea al que tenga la nariz muy fina y por su delicado olor la descubra. Seré como aquel personaje de cierto romance, que

recita don Pascual, el cual personaje vestía de peregrino y llevaba una esclavina

> que non valía un reale;
> debajo llevaba otra
> que valía una ciudade.

Juanita, al citar estos versos y al aplicárselos, se olvidaba de sus melancolías y soltaba una carcajada.

—¿De qué te ríes, niña?—le dijo una vez su madre.—Pues no es cosa de risa lo que nos está sucediendo.

—Sí, mamá; es cosa de risa. Mejor es reir que rabiar. Cuando las cosas se toman á risa las penas que causan se mitigan ó se consuelan.

Juanita no se contentó con pensar y con proponerse cuanto queda dicho, sino que lo cumplió todo con la mayor exactitud y perseverancia.

Pasaron muchos meses.

El cambio de Juanita empezó á notarse y á celebrarse entre las personas más devotas del lugar. El padre Anselmo, singularmente y sin poderlo remediar, á despecho de su humildad cristiana y del menosprecio de sí mismo, sintió un noble orgullo y se dió á entender que había hecho la más repentina y milagrosa conversión, deteniendo á aquella joven y simpática pecadora al borde del abismo en que iba ya á precipitarse.



XXII

Su rehabilitación costó á Juanita largo tiempo y además no pocos sacrificios, trabajos y esfuerzos de voluntad.

Fué lo más duro para ella el tener que vivir, sobre todo al principio, en soledad completa.

Se aburría y á menudo recelaba que iba á enfermar de icertericia.

No podía ni quería retroceder y charlar de nuevo y reanudar amistades con las mozuelas que antes había tratado, las cuales, ofendidas ya, le darían acaso mil sofiones: ni menos podía intimar, aunque lo desease, con las hidalgas y con las hijas de los labradores ricos, que se preciaban de señoritas y que huirían de ella, así por la humilde posición de su madre, como por su ilegítimo nacimiento y por la mala fama que le habían dado en el lugar y que entre todos sus habitantes cundía.

Juanita tuvo que perder hasta la amistad y el trato de Antoñuelo. Y esto, no sólo para no seguir dando pábulo á la maledicencia, sino también porque Antoñuelo estuvo muy tonto y ella se vió en la precisión de despedirle con cajas destempladas y para siempre.

Dos días después de haber predicado el padre Anselmo su famoso sermón, Antoñuelo volvió de



sus correrías. Entonces no se hablaba en el lugar sino del escándalo que Juanita había dado y de la severa y merecida lección que del padre Anselmo había recibido.

Ya en la plaza, ya á la sombra de algunos álamos que están en el altozano, cerca de la iglesia, y donde se reune y platica la gente moza, varios amigos y conocidos embromaron pesadamente á Antoñuelo, por el papel desairado y ridículo que suponían que había hecho, reverenciando, sirviendo

y adorando casi como deidad á una mozuela que le desdeñaba y que aceptaba, quién sabe hasta qué punto, los regalos y el amor de un rival dichoso.

Las relaciones entre Juanita y Antoñuelo tal vez parecerán inverosímiles á quien piense someramente en ello; pero yo creo que son más naturales y frecuentes de lo que se imagina.

Desde la infancia habían vivido en la mayor intimidad Antoñuelo y Juanita. Con cortísima diferencia tenían la misma edad, y podía asegurarse que se habían criado juntos. Él era zafio, mal educado, travieso y atrevido; tenía pocos alcances y una voluntad tan realenga que ni á su padre se sometía; pero en estos mismos defectos se fundaba la amistad de Juanita hacia él. Juanita había adquirido y conservaba tal imperio sobre aquel muchacho, que lograba que la respetase, la temiese y la obedeciese como un perro á su amo.

Á ella no le pasó jamás por la imaginación el querer á Antoñuelo como una mujer quiere á un hombre. Y él, como por una parte la tenía por un sér superior, y por otra parte sus instintos amorosos eran vulgarísimos, procuraba emplearlos y satisfacerlos en más fáciles objetos, y sin darse cuenta de ello, é ignorando su esencia y su nombre, consagraba á Juanita un afecto puro, ideal y platónico. Sentimientos tales, si bien se recapacita, no son extraños al alma de los más vulgares sujetos. Todos ó casi todos los hombres tienen sed, tienen necesidad de venerar y de adorar algo. El espiritual, el sabio, el discreto, comprende con facilidad y adora á una entidad metafísica: á Dios, á la virtud

ó á la ciencia. Pero el rudo, el que apenas sabe sino confusamente lo que es ciencia, lo que es virtud y lo que es Dios, consagra sin reflexionar ese afecto, en él casi instintivo, á un ídolo visible, corpóreo, de bulto.

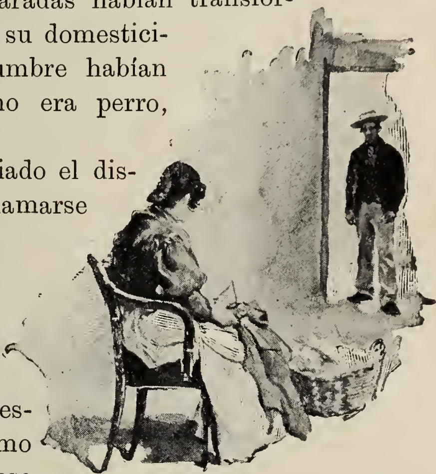
Juanita era este ídolo para Antoñuelo. Juanita era también su oráculo. Él oía con religioso respeto sus advertencias y amonestaciones, y de buena fe se prometía y prometía al pronto tomarlas para pauta de su conducta. Siempre que Antoñuelo se hallaba en la presencia de Juanita se sentía avasallado por su influjo, deslumbrado por su superior inteligencia y ligado á la voluntad de ella. Por desgracia, no bien Antoñuelo se hallaba ausente de Juanita, el influjo bienhechor desaparecía, y los instintos brutales y las malas pasiones acudían en tropel y desataban ó rompían las ligaduras y arrojaban al olvido los buenos consejos y preceptos que Juanita había dado. Antoñuelo, lejos de la fascinación y del encanto que casi milagrosamente le habían conservado como sér racional, se convertía en un estúpido y en un perdido.

Á pesar de la ineficacia, por falta de duración, de su poder purificante sobre el alma de Antoñuelo, Juanita le quería, se interesaba por él y sentía halagado su orgullo al dominarle, aunque fuera momentáneamente.

Para dar una idea exacta de la inclinación de Juanita hacia aquel mozo, diré que se parecía á la que yo he visto que tienen ciertas grandes señoras, ya por un alano, ya por un mastín corpulento y poderoso, que hay en casa de ellas, que inspira

terror á las visitas, que parece capaz de derribar á un hombre de un manotazo y de destrozarle de un mordisco, y que, sin embargo, se echa con la mayor humildad á las plantas de su ama, y siente inexplicable placer si ella con su blanca mano le toca la cabeza ó con el pie le sacude ó le pisa.

En la ocasión de que vamos hablando, las feroces burlas de sus camaradas habían transformado á Antoñuelo; su domesticidad y su mansedumbre habían desaparecido; ya no era perro, sino lobo.



Traía muy estudiado el discurso, si puede llamarse discurso lo que iba á decir; y á fin de que no se le borrara de la memoria ó se le enmarañara en el caletre, deseaba descargarse de él como quien suelta un peso y decirle sin preámbulos. La ocasión se presentó propicia á su deseo.

Juana estaba en la cocina, y Antoñuelo halló sola á Juanita cosiendo en la sala.

Venía él con el entrecejo fruncido y con marcadas señales en toda la cara de muy terrible enojo.

Apenas se saludaron él y ella, Antoñuelo dijo:

—Vengo á quejarme de tí; á decirte que me has engañado. Por culpa tuya he estado haciendo el tonto, y no quiero hacerlo más.

—Pues, hijo mío—dijo ella riendo,—yo no sé como te las compondrás para no seguir haciendo el tonto. Lo que yo sé es que no tengo la culpa de que lo hayas sido hasta ahora, y menos sé aún en qué y cuando te he engañado.

—Me has engañado fingiéndote santa, para que yo, embaucado, te adorase, cuando no eres santa, sino una mala mujer. Por todo el lugar no se habla de otra cosa sino de tus relaciones con don Paco, y de que te mantiene y te viste.

—¿Y has creído tú esas calumnias? ¿Y en vez de defenderme y de enfurecerte contra los calumniadores te enfureces contra mí?

Juanita dejó escapar irreflexivamente estas últimas frases. Luego se reprimió y procuró enmendarlas. Creía bruto á Antoñuelo, pero no lo creía cobarde.

Si dejó de defenderla fué, no por cobardía, sino por maliciosa necedad que acepta lo malo como cierto. De todos modos, más valía así. Mucho hubiera contrariado á Juanita que por sacar la cara por ella hubiera reñido Antoñuelo, resultando tal vez de la riña heridas ó mayores desgracias, que hubieran empeorado la situación.

Juanita añadió entonces:

—Bien pensado, hiciste bien en no defenderme. He sido imprudentísima. Los que no me conocen tienen algún fundamento para acusarme. Las apariencias me condenan. Yo me resigno y perdono á los que me acusan. Perdónalos tú también, pero no los creas. Tú que me conoces de toda la vida, tú que sabes con qué pureza de afecto, con qué

ternura de hermana te he querido y te quiero aún, no debes, no puedes creer esas infamias; pues que, ¿no comprendes que yo soy capaz de querer á don Paco por el mismo estilo que á tí te quiero?

—Esa es grilla, esa es grilla—replicó Antoñuelo.—Tú, con tus sutilezas y mentiras, quieres volverme tarumba; pero no lo conseguirás. Te burlas de mí porque me crees bobo. No quiero callar. Aunque me pongas el dedo en la boca, te morderé y no me callaré. En adelante no quiero ser tu juguete. Quien te conozca que te compre. Me han abierto los ojos. Ya te conozco. Eres una tramoyana y una perdida. Y tu madre es peor que tú.

La última frase la decía Antoñuelo para desafiar también la cólera de Juana, que entraba en la sala de vuelta de la cocina.

—¡Ay, niña, niña!--dijo Juana—¿Qué paciencia es la tuya? ¿Por qué aguantas los insultos de este animal de bellota, las coces de este mulo resabiado?

—Señora—replicó Antoñuelo—mire usted lo que dice y no se desvergüence conmigo, si no quiere que me olvide yo de que es mujer y le ponga las peras á cuarto, ó la emplume, como merece.

Al oir esto Juana, ya no contestó palabra, pero se precipitó sobre el que tan atrozmente la ofendía. Juanita se interpuso entre su madre y el mozo, á fin de evitar la lucha.

—Vete, vete al punto de esta casa y no vuelvas más en tu vida. Para mí has muerto. Quiero olvidar hasta el santo de tu nombre. No tengo que darte cuenta de mi conducta. Nada me importa ni me

aflige el ruin concepto que formes de mí. Vete.

Y diciendo y haciendo, interpuesta siempre entre su madre y el mozo, recelosa de que se empeñasen en un combate tragi-cómico, fué empujando con suavidad á Antoñuelo hasta la puerta de la calle. Ella misma levantó el picaporte, abrió la puerta y echó de su casa al amigo de toda la vida. Al hacer esto, en el rostro de Juanita se mostraba más bien la tristeza que la cólera; y Antoñuelo, al mirarla tan digna, amainó en su furor, no persistió en sus improperios y se fué cabizbajo y silencioso.

XXIII

Al disgusto de vivir aisladas ambas Juanas se añadía otro no menor y más positivo.

Al principio se difundió tanto la idea de que Juana había llevado su complacencia inmoral hasta ser tercera de su hija, que la llamaban menos para trabajar en las casas principales por el temor de que fuese ella la propia Celestina resucitada y tratara de pervertir á las Melibeas de dichas casas. No obstante, y como ya he dicho, aquella malísima situación se fué poco á poco suavizando. Además, eran tan notorios y tan irreemplazables el arte y la inspiración de Juana, para dirigir una matanza, para hacer arrope, piñonate, empanadas y tortas, y para preparar festines, que las personas de gusto y de medios desecharon los recelosos escrúpulos, y poniéndoles el correctivo de estar á la mira y ojo avizor para que Juana no ejerciese sus presuntas artes *proxenéticas*, siguieron llamándola á trabajar en sus casas; y los ingresos y rentas de Juana, que

habían disminuído, volvieron á su estado normal, aunque no se aumentaron.

El recogimiento y la austeridad de Juana al fin surtieron efecto. La idea que el padre Anselmo concibió de que había logrado convertir á aquella pecadora incipiente y de atraer al aprisco á la ovejita descarriada antes de que cayese entre las uñas y la boca del lobo, fué adquiriendo resonancia y eco entre el vulgo. Juanita fué, pues, mirada, si no como paloma sin mancilla, como Magdalena arrepentida y penitente, no de la culpa, sino del conato.

Transcurrió más de un año antes de que Juanita, á fuerza de ingenio y de fatigas, lograse resultado tan brillante.

La rígida doña Inés era la más difícil de ablandar. No quería creer en la virtud de la muchacha, y sospechaba que era todo hipocresía.

Cuando llegaban á oídos de Juanita noticias de la terca incredulidad de doña Inés y de que la sospechaba de hipócrita, Juanita decía para sí: no es mal sastre el que conoce el paño; y sin arredrarse seguía por el camino que se había trazado.

Llegó en esto el invierno, y doña Inés quiso vestir á todos sus niños con buena ropa de abrigo. Juanita alcanzaba ya alta reputación de costurera. Todo lo que pudiesen hacer Serafina y otras del lugar era una chapucería cursi, si se comparaba con las confecciones de nuestra heroína, que estaba al corriente de las últimas modas de París, que recibía los figurines, y que, ajustándose á ellos, sin encadenar servilmente su fantasía á una imitación minuciosa, ideaba, trazaba, cortaba y hacía trajes

para las mujeres dignos de figurar en los salones de la corte y de ser descritos por Montecristo ó por Asmodeo, y para los niños y niñas, no inferiores por su gracia y por su *chic* á aquellos con que la prole de un milord opulento ó de un banquero inglés se engalana.



Ruego al lector que me dé entero crédito y que no imagine que son ponderaciones andaluzas ó que mis simpatías hacia Juanita me ciegan. Lo que digo es la verdad exacta, pura y no exagerada. Yo he estado en Villalegre; he visto algunos trajes hechos por Juanita, y me he quedado estupefacto. Y cuenta que yo tengo buen gusto. Todo el mundo lo sabe.

En fin, doña Inés se dió á pensar y á repensar en lo muy preciosos que estarían sus niños con los trajes que Juanita les hiciese; venció la repugnancia que sentía contra ella, la llamó á su casa y le encomendó trajes para todos, según la edad y sexo de cada uno.

Fué Juanita en casa de doña Inés tan pobre y modestamente vestida como si saliese de un beaterio, y tan modosita en el habla, en la voz y en los modales, que parecía, sin visos ni asomos de afectación, una criatura seráfica.

Esto, sin duda, hubo ya de entreabrirle ó de ponerle entornadas las puertas del corazón de doña Inés, la cual sabía mucho y pensaría y diría en su interior:

—Si no lo finge, en verdad que es muy buena esta muchacha; y si lo finge, sabe más que Cardona: es admirable su fingimiento.

Así doña Inés se predispuso ya favorablemente.

Su favor valía mucho, y doña Inés acertó á cobrársele por instinto. También hay su poco de gorronería en los grandes y poderosos de la tierra. Viene á propósito esta sentencia, porque doña Inés pagó el trabajo de Juanita en la tercera parte de lo que valía, aun en aquel lugar donde se trabaja barato, y pagó las otras dos terceras partes en el favor tan deseado y apetecido que empezó desde entonces á alcanzar la linda costurera.

Los niños, con los trajes hechos por Juanita, salieron tan bien vestidos el primero de Noviembre, día de todos los Santos, que daba gloria verlos, y la gente los admiraba y los seguía en la calle. La vanidad maternal de doña Inés quedó muy satisfecha. Ni la propia Cornelia se ufanó más cuando enseñaba á sus Gracos. Pero doña Inés fué más allá de Cornelia: no se contentó con lucir á sus hijos, sino que se propuso competir con ellos y aun

superarlos en indumentaria, y decidió que Juanita también la vistiese.

Juanita se prestó á todo con el mejor talante y prodigioso acierto é hizo á doña Inés corsés y varios trajes.

Nacieron de aquí la confianza y alguna familiaridad, hasta donde es lícito y decoroso que la familiaridad se entable entre una dama principal y una trabajadora plebeya; pero al fin, como doña Inés tenía que mostrarse á Juanita en paños menores para probarse corsés y vestidos, ¿qué mucho que la confianza naciese y creciese?

Juanita supo después, con lentitud y por sus pasos contados, darse tal maña, que doña Inés que ya le había confiado su cuerpo para que le vistiese, empezó á confiarle también y á descubrirle su espíritu, aunque sólo hasta cierto punto, porque el espíritu de doña Inés, según pensaba Juanita, acaso con malicia sobrada, tenía más conchas que un galápago, y jamás se desnudaba y se descubría por completo.

Juanita tenía una voz melodiosa y clara y sabía leer muy bien, lo cual es bastante raro, dando á lo que leía entonación y sentido. Pronto atinó á mostrar á doña Inés que ella poseía habilidad tan útil, y no tardó doña Inés, que se fatigaba algo leyendo, en tomar á Juanita para lectora.

Claro está que doña Inés, que era mística, muy elevada en sus pensamientos y un tanto cuanto asceta, aunque más en lo especulativo que en lo práctico, hacía que Juanita le leyese vidas de santos y libros devotos y morales como *Monte Calvario*,

Gracias de la gracia, *Gritos del infierno*, *Espejo de religiosos*, *Casos raros de vicios y virtudes* y *Estragos de la lujuria*.

Era doña Inés aficionadísima á disertar y á convencer á sus oyentes y contradictores cuando disertaba. Si por algo se dolía de haber nacido mujer era por no poder transformarse en predicador ó en catedrático.

Juanita supo con tanto pulso seguirle el humor,



que no se callaba ni lo aceptaba todo desde luego, sino que impugnaba algo sus tesis y discursos para darle ocasión de que hablase más y desplegase su elocuencia, á la cual acababa por ceder, reconociéndose vencida. De esta suerte se alegraba y se exaltaba el ánimo de doña Inés, corroborando la creencia que ella tenía en su virtud persuasiva y en su saber y talento, y haciéndole creer además que después de ella, aunque á muy razonable distancia, no había en toda Villalegre, salvo quizás el padre

Anselmo, persona más talentosa ni más sabia que Juanita.

La privanza de ésta con doña Inés llegó al fin á su colmo.

En presencia de cualquiera persona, Juanita seguía atendiéndola con el mayor respeto y dándole el tratamiento de *su merced*, pero en momentos de expansión, una vez que Juanita la oyó atentísimamente, impugnó sus razones y terminó por ceder á ellas, doña Inés, entusiasmada, se allanó hasta el extremo de mandarle que cuando estuviesen las dos solitas la tutease.

Estas prodigiosas conquistas de la paciente y despejada muchacha le prestaron desde luego confianza en sí misma, y pudieron darle mucha honra, si ella entendiese que la necesitaba, mas apenas le dieron material provecho, que era de lo que más necesidad tenía.

Pensaba doña Inés que no había mejor ni más espléndida paga que su afecto. Suponía tal la elevación de alma de Juanita, que hubiera sido injuriarla ofrecerle dinero. Un ochavo más que doña Inés le hubiese dado sobre el jornal que de ordinario ganaba, hubiera parecido una limosna. No era delicado socorrer á Juanita como á una pordiosera.

Y después de estos razonamientos tan juiciosos, como doña Inés no pagaba á Juanita sino lo que cosía, y no le pagaba, para no humillarla, ni las horas que empleaba leyéndole libros, ni el tiempo que perdía escuchando sus disertaciones, resultaba que doña Inés, por obra y gracia de lo mirada que era tenía lectora y auditorio y acompañanta de balde.



XXIV

La gloriosa servidumbre en que Juanita había llegado á ponerse, si no era útil, era molesta en extremo, porque la amistad de doña Inés no podía ser más exigente ni más imperativa. Y mientras más rebosaba en entusiasmo y en ternura, más se recrudecía también en exigencia y en imperio.

Había días en que no le quedaba á Juanita ni hora libre ni momento de sosiego. Doña Inés la llamaba y se valía de ella para todo.

En los lugares, al menos hace algunos años, pues no sé si habrán variado las costumbres, nunca salía una señora principal de visita ó de paseo sin llevar á una acompañanta. Juanita tuvo, por consiguiente, á más de leer y de escuchar disertaciones, que acompañar á doña Inés en sus visitas y en sus

paseos. Y cuando á ésta se le antojaba de súbito visitar ó pasear, y no tenía á Juanita en casa, iba á buscarla á la suya, haciéndose acompañar hasta allí por Serafina.

En los paseos rara vez leía ó hacía leer doña Inés, pero, convertida en filósofa peripatética, disertaba de lo lindo, y siempre sobre religión, moral, menosprecio del mundo, alabanza del recogimiento y de la conversación interior, y aspiraciones á lo sobrenatural y divino.

Conviene que se sepa que doña Inés tenía un carácter tan dominante, que no se aquietaba ni se satisfacía como no decidiese y gobernase cuanto hay que decidir y gobernar.

Ella designaba el nombre que había de recibir en la pila bautismal cada villalegrino que naciese; ella decretaba, después de estudiar aptitudes, capacidades y recursos, el oficio que cada cual había de aprender y ejercer; y ella escogía marido para cuantas niñas casaderas vivían en el pueblo y pertenecían á familias merecedoras por algún título de su atención y cuidado.

El concepto que formaba doña Inés del universo visible y de cuantas cosas hay en él y en él se sustentan, era concepto más pesimista que el del propio Schopenhauer; pero el de doña Inés estaba dulcificado por dos potencias benéficas y fecundas que había en su alma. Ella podría ser, ó era más ó menos pecadora. Yo no he llegado á ponerlo bien en claro, de suerte que al ir escribiendo esta historia lo probable es que lo deje turbio ó nebuloso. De cualquier modo que fuese, y sin escudriñar los

secretos de doña Inés en lo tocante á la conducta, aseguro con evidencia que ella, en lo teórico, sin afectación ni mentira, tenía la más acendrada fe religiosa. Con esta fe, y con las otras dos consoladoras y divinas virtudes que de ella nacen, doña Inés iluminaba el mundo, hermoseándole con celestiales resplandores.

Toda deformidad moral, todo vicio, toda dolencia, la fealdad física, las enfermedades, la miseria, el dolor y la muerte, se despojaban en su pensamiento de horror y de amargura al considerar que deben sufrirse por el amor de Dios, y desvanecerse y disiparse, como la obscuridad de la noche cuando aparece la aurora, ante la esperanza de lo transcendente y ultramundano. Para doña Inés este mundo en que vivimos era un valle de lágrimas y un transitorio lugar de prueba, indispensable camino para otra vida mejor. La presente, pues, aunque fuese muy mala, no era nunca mala, ya que en ella, si se padecía con resignación, mientras más se padeciese, mejor y más abundante cosecha se recogía y se atesoraba de frutos que no se corrompen y de riquezas que nadie roba. Y como doña Inés no gustaba de quedarse atrás en nada, sino de adelantarse en todo, y ser también importante cosechera de los mencionados frutos y riquezas, muy candorosamente estaba persuadida de que padecía ó había padecido mucho, ejercitando y luciendo su paciencia, compitiendo un poquito con Job y granjeándose los medios de ir al cielo derecha, sin tropezar en rama, ya se entiende que contando con la misericordia de Dios, que le per-

donaría sus pecados, si los tenía, pues, según ya he dicho, no lo sabemos.

La otra potencia de que se valía doña Inés, sin estudio, espontánea y sencillamente, para blanquear y hasta para dorar la tenebrosa negrura de su concepto *schopenhauerino* del mundo, era el sentimiento vivísimo y atinado, fuente inexhausta de puros deleites, con que percibía su alma toda belleza, tanto espiritual cuanto corpórea. Llamar á esto buen gusto me parece poco. El buen gusto, por lo general, es pasivo y estéril. En doña Inés alcanzaba actividad creadora. La visión de la belleza, concebida por doña Inés, relucía en las profundidades de su alma y creaba allí otro universo ideal, semejante al exterior universo, salvo que de él todo mal y toda mengua habían sido expulsados.

Como se ve, no era doña Inés mujer adocenada, sino persona memorable, ó dígase digna de la historia, por lo cual me complazco yo en ponerla en la mía.

Doña Inés, y perdone el pío lector si me repito, á pesar de sus ocho vástagos, estaba aún muy guapa; en lo mejor de su edad, bien cuidada, alimentada y vestida.

El asomo de rivalidad que brotó en su alma el día de la intempestiva y pomposa aparición de Juanita en la iglesia, había desaparecido enteramente, merced á la humildad de la muchacha y á la sumisión con que la acataba y servía. Desechados así los celos, la mente y el corazón de doña Inés dieron entrada franca al afecto y á la admira-

ción de la bondad, del talento y de la hermosura de que Juanita estaba dotada.

No había primor en Juanita que doña Inés no advirtiese, celebrase y ponderase. Llegó á notar, á pesar del pobre pañolito con que se cubría la chica espalda y pecho, la admirable perfección de toda aquella sana y virginal estructura. De su rostro no quiero ni puedo decir más sino que le parecía el de un ángel. Y por último, ponía en Juanita casi casi tanta discreción, ingenio y bondad como en ella misma. En suma, doña Inés miraba y estudiaba á Juanita como el sabio crítico, buen gramático y mejor estético, mira y estudia un bello poema, ó como el gran conocedor y perito en las artes plásticas mira y estudia una obra maestra de escultura.

Cualquiera imaginará que, llegadas las cosas á este punto, Juanita podría apoderarse de la voluntad de doña Inés y hacer de ella lo que le diese la gana; pero sucedió lo contrario. Frecuentemente recelaba Juanita que se le iba á acabar la paciencia y allá en sus adentros decía: peor está que estaba. A fin de que se comprenda el fundamento que tenía Juanita para decir *que estaba peor*, pondré aquí uno de los discursos que doña Inés con frecuencia le dirigía:

—Hija mía—exclamaba,—hay en las condiciones y circunstancias que han de influir en tu destino cierta contradicción que puede ser causa de mil desventuras. Por tu belleza, por tu talento y por la elevación moral de tu alma mereces casarte con un príncipe, dechado de todas las perfecciones. Por tu desventurado nacimiento, por la clase humilde á

que perteneces y por la pobreza que te obliga á residir en este lugar, tendrás que quedarte soltera ó tendrás que casarte con un labrador rudo y zafio. Si te quedas soltera, de continuo te verás expuesta á los tiros de la envidia y á las emponzoñadas mordeduras de la calumnia, y te rodearán además groseras seducciones, á alguna de las cuales quién sabe si cederás en un momento de flaqueza, porque todas somos débiles y ninguna puede estar segura de no tropezar y de no caer si en un solo momento la deja Dios de su mano y no la sostiene con su gracia. Pues no digo nada si movida por la vanidad ó por pasiones más tiernas y propias de tus verdes años y cegada por ellas hasta desconocer la ruindad del sujeto que te enamore, te casas al fin con un hombre de tu clase, con algún palurdo de esta tierra. ¡Qué desgracia la tuya entonces! ¡Pronto llegaría el desengaño! Vaya... me horrorizo de pensar en ello. Sería una profanación. Sería un sacrilegio nefando. ¿Cómo entregar tanto tesoro á quien sería incapaz de comprenderle y de saber lo que vale? En mi sentir, sería locura semejante á la de echar ramilletes de flores en vez de paja y cebada en el pesebre del mulo ó á la de derramar perlas en la pocilga del marrano en vez de un celemín de bellotas. Por otra parte, hija mía, ¿cuántos disgustos, desvelos y cuidados no vendrían sobre tí con el matrimonio? Quiero prescindir de que tu marido acaso sería pobre; y si era también torpe y holgazán, tendrías que matarte trabajando para mantenerle; y quiero prescindir de los sobresaltos y penas que te darían tus hijos si los tenías. Lo más espantoso...

aunque no lo sé por experiencia, me horripilo de imaginarlo... es si descubrías en tu consorte vicios y miserias que te le hiciesen aborrecido y que hasta asco te causasen. Acudiría entonces á tu espíritu, ¡obsesión diabólica! un pensamiento pertinaz que puede conducir á los mayores pecados. Figúrate tú que pensase y discurriese como ser racional y filantrópico la turquesa en que se forman las balas, ¡qué desesperación no tendría de que la empleasen tan en perjuicio de la humanidad! Pues no es menor la rabia de la esposa que, cuando va á ser madre, recela que ha de dar al mundo copias exactas de la ruindad ó de la perversidad de su marido. Tan horrible pensamiento la inclinará á ser infiel ó la arrastrará á la locura.

Esto, con adornos y variantes, era lo que decía doña Inés casi de diario á su amiga y acompañanta, sentando premisas; pero sin sacar por lo pronto consecuencia ninguna.

Otras veces le describía con viveza y con sombríos colores la corrupción de nuestro siglo, el bajo nivel en que estaban las almas, las mezquindades y maldades del mundo y lo agradable y lo conveniente que sería retirarse de él, en vista de que no puede satisfacer ninguna de nuestras nobles aspiraciones.

Afirmaba doña Inés que ella había deseado y deseaba siempre buscar un santo retiro; pero que ya no podía ser por las mil obligaciones que había contraído y que le era indispensable cumplir, por enojosas que fuesen; porque tenía hijos que criar y educar, marido de que cuidar y hacienda que ir con-

servando y mejorando, á fin de trasmitirla á los que habían de heredar un nombre ilustre, que deslustrarían al quedar huérfanos y abatidos por la villana pobreza.

En resolución, doña Inés quiso persuadir á Juanita, y me parece que hasta logró persuadirse ella misma, de que deseaba ser monja, de que por imposibilidad no lo era y de que hacía un sacrificio en no serlo.

De todo ello acabó por deducir y por declarar, como lógica solución, que Juanita debía huir de los peligros, miserias y adversidades de esta sociedad corrompida, la cual no merecía gozar de su presencia, y que debía refugiarse en el claustro mientras permaneciese en la tierra, ya que la tierra no la merecía y ya que por su valer para el cielo sin duda estaba predestinada.

A pesar de las vehementes y sabias exhortaciones de doña Inés, Juanita distaba más cada día de hallar peligroso el mundo (maldito el miedo que le tenía ella), y no lograba persuadirse de que la sociedad fuese tan viciosa y tan mala ni de que el enamorarse y el casarse pudiera acarrear tamañas desventuras. De aquí que no tuviese la menor inclinación ni vocación á la vida monástica. Pero como á doña Inés se le había puesto en la cabeza que ella fuese monja, y cuando formaba un plan era punto menos que imposible hacerla desistir, la pobre Juanita se veía muy apurada.

Á cada momento sentía el conato de echarlo todo á rodar y de declarar á doña Inés que Dios no la llamaba por el camino por donde ella quería

que fuese. Se contenía, no obstante á fin de no armar la de Dios es Cristo, de no perder en un minuto cuanto había conseguido trabajando más de un año y de no verse de nuevo en guerra con los poderes constituídos y con toda la población que respetaba y obedecía á dichos poderes.

Juanita no dijo que sí: no aceptó lo del monjío, pero no dijo que no; pronunció frases vagas ó se calló y bajó la cabeza.

Tomando doña Inés para regla de interpretación el refrán de *quien calla otorga,* dió por sentado que Juanita estaba decidida á entrar en un convento, y ya, en su fantasía entusiasta, se la representaba santa, cuya vida se intercalaría en las ediciones futuras del *Año Cristiano.* Doña Inés dió parte de este triunfo al padre Anselmo, quien se llenó de piadoso júbilo y aun se sintió lisonjeado al prever que él figuraría en la vida de la nueva santa como el instrumento de que se valía el cielo para convertirla y glorificarla.



XXV

Por dicha no se apresuraba doña Inés para que el plan del monjío de Juanita se realizase, y así le daba tiempo de apercibirse á la rebelión con fuerza bastante para sacudir el yugo sin menoscabo de sus intereses y proyectos. Si bien doña Inés sentía y confesaba que iba á hacer un inmenso sacrificio al desprenderse de Juanita, única mujer que la comprendía en el mundo y que podía ser su compañera, en manera alguna quería prescindir de este sacrificio que le daría honra entre los mortales, y que Dios le tendría en cuenta para pagársele en el cielo. Persistía, pues, con firmeza en su plan, pero le retardaba, y mientras le retardaba le iba completando en sus pormenores, consultándolo todo con el padre Anselmo.

Decidió doña Inés pagar ella el dote de Juanita. Sobre lo que vacilaba aún era sobre el convento en

que debía ponerla. Después de haber desechado muchos, pensó en uno que hay en Écija, con cuya abadesa se carteaba, porque era allí donde se hacían los célebres bizcochos de yema imitados por Juana la Larga. Afirmaba doña Inés que toda persona que tenía buen paladar reconocía al punto la imitación de Juana, porque carecía del *quid divinum* que hay en los legítimos, prestándoles tan soberano sabor, que, si con grosero y material supuesto pudiésemos imaginar que los querubines, cuando bajan á la tierra con algún mensaje de arriba, tienen el capricho ó se allanan á comer algo, sin duda que no comerían otra cosa que los tales bizcochos de yema hechos por las mencionadas monjas.

Á despecho de tan importantes motivos, no sabemos por qué doña Inés desistió de que Juanita fuera al convento de Écija y hubo de fijarse al fin en las Comendadoras de Santiago, en Granada, donde, si no se hacen aquellos peregrinos é inimitables bizcochos, se hacen los mejores almíbares de toda Andalucía.

Mientras trazaba y preparaba doña Inés todo esto en favor de Juanita, de quien se había declarado protectora y directora, su cariño hacia la protegida y la discípula iba creciendo más y más, dando de sí raras muestras y combinándose en él lo sagrado y lo profano.

Un día estuvo doña Inés tan sentimental, que deshizo el peinado de Juanita, admiró su abundante, undosa y suave mata de pelo, la besó varias veces, calificó de horrible desacato el que las manos

rudas é impuras de un campesino lograsen tocarla y enredar los dedos en ella, y se la figuró ya como cortada al pie del altar el día en que Juanita profesase, rogándole que para entonces se la legase á ella porque ella la conservaría como reliquia del más subido precio.

Juanita agradeció mucho esta lisonjera petición de doña Inés, y, casi con lágrimas de gratitud en los ojos, prometió á doña Inés que la mata de pelo sería suya cuando ella se la cortase.

Merced á tantas entrevistas y confidencias de las dos amigas, Juanita estaba casi todas las tardes en casa de doña Inés, no yéndose de su lado ó de su casa hasta pasada la hora en que solían venir los señores de la tertulia.

Algunos de éstos veían á Juanita en la antesala, y como allí estaba ella sin cubrirse la cabeza y sin ocultar y dar sombra á la cara con el mantón muy echado hacia adelante según el recato y el beaterio lo exigen, Juanita, sin poderlo evitar, no les parecía saco de paja y á menudo la miraban por estilo pecaminoso.

Quien más se adelantó en esto fué el propio amo de la casa, el señor don Álvaro Roldán, que era muy tentado de la risa. En varias ocasiones, hallando á Juanita sola, la requebró con más fervor que chiste y finura, y Juanita, que veía en aquel caballero sujeto á propósito para descargar su mal humor, le respondía siempre con feroz desabrimiento ó con sangrienta burla. Y como don Álvaro ni por esas se desengañase y se atreviese un día á dar á la muchacha una palmadita en la cara, ella le dijo

mirándole de arriba abajo con desprecio y enojo:

—Las manos quietas, señor don Álvaro. Conténtese usted con tocar el violón, y á mí no me toque. ¡Pues no faltaba más! ¿Será menester que me queje yo á doña Inés de la insolencia de usted? ¿Para que una mocita decente esté tranquila en esta casa necesitará la señora atar á usted con una cadena al lado del mono?

Don Álvaro, que era tímido, blandengue, y avezado á la servidumbre, receló que Juanita armase un alboroto, le cobró miedo y desistió de su amorosa empresa.

Había al mismo tiempo, ya se entiende que en otras ocasiones y apartes, otro personaje más emprendedor y menos asustadizo. Fué éste el propio y respetado cacique de Villalegre: el excelentísimo señor don Andrés Rubio.

También don Andrés, que no faltaba nunca á la tertulia, encontró no pocas veces á Juanita, ya en la antesala, ya en los corredores, ya en la escalera, ya en el zaguán cuando ella se iba.

Don Andrés había admirado mucho á Juanita el día en que ella se mostró imprudentemente tan engalanada en la iglesia, y había conservado de ella muy buena impresión. No la defendió en la tertulia por no contradecir á doña Inés y por no censurar indirectamente la excesiva severidad del padre Anselmo contra el lujo de las mujeres; pero, allá en su interior, no vió nunca malicia en lo que Juanita había hecho, y se limitó á calificarlo de inoportuna ligereza, de que la madre era más culpada que la hija. De poco ó de nada tenía Juanita que arre-

pentirse, de suerte que don Andrés no creyó en su arrepentimiento. Menos creyó aún en su milagrosa conversión y en su deseo de ser monja.

Don Andrés conocía el carácter de doña Inés y daba por evidente que doña Inés, así como en un principio había hecho víctima á Juanita de su enojo, imaginándosela, aunque en ciernes, una desaforada pecadora, después, trocado el enojo en estimación, admiración y cariño, se proponía, con el mejor intento y por su manía de gobernarlo y de arreglarlo todo, hacer víctima á Juanita, empujándola á la santidad por un camino que ella no tenía gana de seguir.

Así predispuesto, don Andrés empezó por mirar á Juanita con cierta benigna curiosidad cuando casualmente pasaba cerca de ella y la hallaba sola. Después, sin reflexionar en lo que hacía, don Andrés, y quien sabe si la muchacha misma, ya que hasta la más inocente suele dejarse guiar por endiablados instintos, prestaron auxilio á la casualidad y la convirtieron en providencia, hallándose casi todos los días y pasando tan cerca él de ella, que casi tropezaban ó se tocaban.

Era natural que Juanita no se escondiese ni huyese, porque ni ella era medrosa, ni don Andrés era el bú ni una fiera.

Don Andrés era un caballero muy bien educado, pulcro y finísimo, soltero, que no había cumplido aún cuarenta años y verdadero amo y señor de Villalegre, donde hacía ya ocho que reinaba con lo que podemos calificar de despotismo ilustrado.

No me incumbe aprobar ni reprobar aquí el des-

potismo, aunque sea con ilustración, ni mostrarme partidario ó adversario del cacicazgo. Yo tomo y empleo el vocablo en cierta acepción como generalmente se emplea, aunque siento que contenga implícita una injuria para las poblaciones en que hay cacique, porque es suponerlas salvajes y no quiero calificar de tales á los de Villalegre. Desecho, pues, la suposición implícita y acepto y empleo los vocablos de *cacique* y *cacicazgo* como los más usados y adecuados para expresar la condición de don Andrés y el poder que en Villalegre ejercía. Él había heredado este poder de su padre y luego le había mejorado y engrandecido mucho, ayudado por la actividad y variadas aptitudes de don Paco y aun por los consejos é inspiraciones de doña Inés, quien, según se decía, ya con malicia, ya con sencillo aplauso, era la ninfa Egeria de aquel Numa.

Él, antes de retirarse al lugar después de la muerte de su padre para cuidar de la hacienda y hacer vida de labriego, desengañado y harto del estruendo de las grandes ciudades y de sus pompas vanas, había pasado mucho tiempo en Madrid, en cuya Universidad había hecho sus estudios, y hasta había viajado algo por Francia, Italia é Inglaterra.

Era, por lo tanto, don Andrés un cacique archiculto y como hay pocos. Y conviniendo yo en esto, con mi entusiasta amigo el diputado novel, afirmo que, si todos los caciques fueran como don Andrés, sería gran ventura que cada pueblo tuviese su cacique: todo en cada pueblo estaría bien aseado y mejor cuidado; daría gusto andar por sus paseos y por sus caminos, el maestro de escuela no se mo-

riría de hambre, y se gozaría de tan ordenada libertad que el boticario podría ser impunemente, como D. Policarpo, brujo y ateo, sin que por eso se suprimiesen ni dejasen de ser celebradas con devoción, entusiasmo y regocijo, hasta las más candorosas procesiones, aunque hubiese en ellas judíos, soldados romanos, Longinos con lanza y lazarillo, después de quedarse ciego, paso de Abraham y apóstoles y profetas.

Todas estas tradicionales, artísticas y pintorescas manifestaciones de la piedad religiosa encantaban más á don Andrés que al más sencillo y devoto de todos los habitantes de Villalegre, y por su gusto no se suprimía nada, sino que se aumentaba y se mejoraba bastante.

Tal era el cacique don Andrés Rubio, inclinado á admirar todo lo bello y candoroso. ¿Cómo, pues, no había de admirar también á Juanita, dejándose llevar de su irreflexiva admiración á modo de quien se desliza y cae sin sentir por un suave declive?

XXVI

Era ya á mediados del mes de Enero, y hacía todo el frío que puede hacer en aquel clima tan benigno.

La tertulia de doña Inés estaba más animada y concurrida que nunca, sobre todo los jueves, días de gran recepción. En la sala había una hermosa chimenea de campana, sobre la cual, así como en la puerta de la casa, relucía el escudo de armas de la familia. En el hogar saliente, y no empotrado en la pared, alegraban la vista con sus llamas y daban grato calor la pasta de orujo, los secos sarmientos y la leña de encina y de olivo.

Abundaban allí los muebles cómodos, y nunca faltaba, por lo menos, una mesa de tresillo.

De diario eran tertulianos constantes el padre Anselmo y don Andrés. Y lo era asimismo el médico, ya bastante viejo y chapado á la antigua, hombre de pocas palabras, pero sapientísimo tresillista, que solía hacer el cuarto en la mesa cuando doña Inés

jugaba. A fin de tener esta satisfacción honrosa, y tal vez para ganar algunos reales, porque se jugaba á diez por cada cien tantos, y él ganaba casi siempre, se violentaba el médico hasta el extremo de afeitarse un día sí y otro no, y de dejar en la antesala la capa y el sombrero, sin entrar con la capa sobre los hombros, cuando no embozado y con el sombrero encasquetado hasta las cejas, según solía entrar en las demás casas donde iba de visita. ¡Tan profundo era el respeto que la de doña Inés le inspiraba!

Los jueves la concurrencia era mucho mayor y solía haber dos y aun tres mesas de tresillo. Venían el alcalde, cuatro ó cinco de los mayores contribuyentes, y el tendero murciano don Ramón, que era la persona más acaudalada del lugar después de don Andrés. Venían, por último, don Pascual el maestro de escuela y don Policarpo el boticario.

Doña Inés había mostrado cierta repugnancia á que el boticario viniese, pero don Andrés había conseguido vencerla, no sin prometer antes leer al boticario la cartilla para que no se desmandase ni dejase escapar alguna barbaridad impía ó librepensadora. Don Andrés le dijo que él respetaba como nadie la libertad de conciencia y de enseñanza, pero que, si quería gozar de la tertulia de los señores de Roldán, debía ser como los catedráticos pagados por el gobierno, que, si son prudentes y juiciosos, se guardan sus impiedades para mejor ocasión, y en la cátedra, que es su tertulia de doña Inés, son muy comedidos y procuran no decir nada que ofenda las creencias de quien los paga ó de quien los recibe.

El boticario, que tenía mucha gana de ir á la tertulia, aceptó las condiciones, y siempre que fué, se dejó el librepensamiento en su casa, aunque no pudo dejarse ni quiso cortarse su endiablada y taumatúrgica uña.

Durante mucho tiempo fué doña Inés la única señora que en la tertulia había. Parecía aquello un club de caballeros con una señora presidenta.

Hacía poco tiempo, no obstante, que se había introducido una sorprendente novedad.



A la tertulia de los jueves primero, y más tarde á las de diario, asistía otra señora. Era ésta la noble viuda doña Agustina Solís y Montes de Allende el Agua, matrona de treinta y pico de años, aunque lozana, fresca, graciosa, de buenas carnes y mejor parecer y con veintiocho ó treinta mil reales de renta, sobre poco más ó menos.

No era menester ser un lince para comprender que doña Inés, cuando consentía que hubiese otra dama en su tertulia, y aun gustaba de ello, era porque había decidido y decretado casarla con su padre don Paco.

Doña Agustina estaba tan satisfecha de aquella inusitada distinción y tan agradecida y sumisa á

doña Inés, que sin dificultad recibiría en su corazón, como la blanda cera recibe el sello, el nombre, la imagen y el afecto de la persona que doña Inés quisiese grabar en él. Y era tanto más fácil este grabado cuanto que don Paco, no sólo estaba muy de recibo, sino que tenía hermosa presencia y la merecida reputación de ser el hombre más entendido y discreto de Villalegre. Además, doña Agustina (y doña Inés lo sabía de buena tinta) estaba harta de viudez y de tener el corazón vacío ó como tabla rasa y lisa, y deseaba hallar algo digno de que en él se grabase.

Tal vez para buscarlo se componía y se atildaba con esmero y hasta había ido á varias ferias y romerías en otras poblaciones; pero todo había sido en balde y no había hallado hasta entonces sujeto que le petara.

Doña Inés esperaba con fundamento que le petaría don Paco. Y como necesitaba para esto que don Paco la viese, hablase con ella y estuviese muy fino, doña Inés, que antes de concebir este proyecto de boda no se empeñaba mucho en que viniese su padre á la tertulia, le excitaba ahora y casi le mandaba, con el desenfado imperatorio tan propio de ella, que no dejase de venir ninguna noche.

Don Paco obedecía y venía, de suerte que de diario Juanita le veía entrar, cuando ella estaba en la antesala, si bien don Paco, desdeñado y despedido, no se detenía á hablar con ella y pasaba de largo, limitándose á decir buenas noches.

Juanita contestaba al saludo con fingida indiferencia, pero á hurtadillas miraba á su antiguo

pretendiente, y cada vez que le miraba le encontraba mejor. El tinte de melancolía que se mostraba en su semblante le hacía parecer más digno y más hermoso. Juanita imaginaba, ufanándose, que el amor de él, aunque mal pagado, había ennoblecido y hermoseado su alma y sus facciones, desterrando de ellas aquella vulgar expresión que solían tener antes, cuando él, exento de amor sublime y poco venturoso, lucía su ingenio diciendo chuscadas á menudo chocarreras.

Así, y no muy poco á poco sino de priesa, reconoció Juanita que el aprecio y la amistad que siempre le había inspirado don Paco se convertían en amor, y que el amor aumentaba á pesar de tener más de medio siglo su objeto.

Influía muchísimo en este aumento el recelo que Juanita tenía de perder á su desdeñado adorador, de que éste acabase por sanar de su pasión desgraciada y de que al fin cediese á las insinuaciones ó casi mandatos de su hija.

Dice un precepto vulgar: lo que no quieras comer, déjalo cocer; pero apenas hay hembra que cumpla con tal precepto cuando se aplica á cosa de amores. Juanita no lo hubiera cumplido aunque no hubiera amado ya á don Paco. La consolaba y la hechizaba el tener aquella víctima constante y ver arder aquel corazón, cual perpetuo holocausto, en aras de su hermosura. Aun cuando ella no hubiese aceptado el sacrificio, se hubiese afligido mucho de que viniese doña Agustina y le robase el corazón sacrificado. Mayor era aún la aflicción de Juanita al notar que el sacrificio de don Paco le era cada día

más agradable. Tentaciones tenía á menudo de detener á don Paco cuando pasaba por la antesala, de decirle que se arrepentía de haberle escrito la carta despidiéndole y de encomendarle que no entregase á doña Agustina el corazón, porque ella le quería para sí y le cuidaría con más regalo y mimo que ninguna otra mujer de la tierra.

Cuando Juanita veía pasar por la antesala á doña Agustina, que iba muy pomposa á la tertulia, la sangre del valiente oficial de caballería que circulaba en sus venas se alborotaba toda y necesitaba ella del dominio que tenía sobre sí para contener sus ímpetus y no arañar á doña Agustina. Otras veces, recordando ciertas mañas, usos y costumbres que había tenido en su venturosa y libre niñez, sentía el prurito de agarrar á aquella señora, y según solía hacer *in illo tèmpore* con otras niñas de su edad y aun mayores, alzarle las faldas y darle una buena mano de azotes.

Pero si Juanita era brava, también era discretísima: y firme en sus propósitos de ser prudente, se refrenaba y se vencía. Por coincidencia, y aunque ella no hubiese leído el soneto de Lope, concebía imágenes pastoriles y acaso se figuraba á doña Agustina como á una *mayorala* ó *rabadana* que llevaba ya en pos de sí, atado con un cordón, el manso que ella, la zagala Juanita, había cuidado con esmero, dándole de su sal á puñados. Y entonces se le antojaba decir á doña Agustina: suelta el manso, que es mío; déjale en libertad, y verás como viene á mí:

«Que aún tienen sal las manos de su dueño.»

Sin embargo, Juanita se limitaba á cavilar y á recelar, permaneciendo inactiva. Todo lo que entonces hubiese hecho en contradicción con los dos proyectos de doña Inés del casamiento de su padre y del monjío de ella, hubiera sido la más audaz rebelión contra la tiranía de la reina absoluta de Villalegre, y á don Paco y á ella los hubiera puesto en peligro de tener que emigrar, como Adán y Eva, expulsados del Paraíso.

Por otra parte, Juanita era tan orgullosa, que por más que le doliese el recelo de que doña Agustina le quitase á don Paco, no quería, llamándole á sí, acudir al punto á evitarlo y quedarse con la duda de que él, no llamado, hubiese podido ceder y entregarse á otro dueño.

XXVII



Como en el lugar entendía todo el mundo que cualquier decreto de doña Inés infaliblemente había de cumplirse, y como se divulgó que estaba decretado el casamiento de don Paco y de doña Agustina, apenas quedó persona que no lo diese ya por cosa hecha.

No sé encarecer cuán fieramente solevantaba esto y enojaba á Juanita.

Todavía, sin embargo, disculpaba á don Paco recordando que ella le había despedido y que él no tenía que guardarle fidelidad. Pensaba en que él observaba quizás un prudente disimulo parecido al que ella observaba; y de esta

suerte, se avenía á perdonarle que no se rebelase contra doña Inés; que fuese tan obediente que de diario viniese á la tertulia; que no pocas noches, según Juanita averiguó, cumpliendo don Paco con el mandato de su hija, acompañase á doña Agustina hasta su domicilio, para que no se fuese sola con la criada que venía en su busca; y que, tal vez se mostrase cortés y galante con doña Agustina para que doña Inés no rabiara.

Con tal moderación discurría á veces Juanita; pero con más frecuencia, perdía la moderación y se ponía hecha un veneno.

Entonces calificaba á don Paco de inconsecuente, de voluble y de interesado; procuraba aborrecerle ó despreciarle y se sentía predispuesta, tentada y ansiosa de tomar represalias.

Don Andrés Rubio, entretanto, seguía viniendo todas las noches en casa de doña Inés, y Juanita, con no aprendida coquetería, le echaba miradas extrañas, miradas de aquellas que parecen escritura misteriosa, donde la misma persona que ha escrito ignora ó tiene idea confusa de la revelación que hace y donde el que lee cree leer la revelación y concibe dulces esperanzas.

De las miradas se pasa á las palabras con suma facilidad, y don Andrés, procurando hallar siempre sola á Juanita, se acercaba á ella, al ir á entrar en la tertulia, y le disparaba, á boca de jarro, como si fuera su boca la ametralladora del dios Cupido, un diluvio de flores y una descarga cerrada de piropos ardientes.

Ella, más cauta en el hablar que en el mirar, ya

bajaba los ojos y se esquivaba sin responder, ya respondía con desvío, si bien templado y dulcificado por el respeto y por la afectuosa consideración que personaje de tantas campanillas no podía menos de inspirarle. Tampoco atinaba Juanita á disimular el contento consolador que tamaña lisonja y tales halagos ponían en su pecho.

—Repórtese V. E.—decía,—y no se burle de una



pobrecita muchacha. ¿Cómo he de creer yo que guste V. E. de mi ordinariez, cuando V. E. está acostumbrado á tantas delicadezasy á tantas finuras? V. E. ha dado pruebas de tan buen gusto que... vamos, yo no quiero creer que tenga ahora estragado el paladar. Déjeme, señor, sosegada, y no trate de sacarme de mis casillas. ¡Jesús! bonita se pondría doña Inés si llegase á entender que V. E. andaba requebrándome, y que yo le oía faltando

al decoro que se debe á esta casa tan respetable.

Y con estas palabras ó con otras por el estilo se apartaba Juanita de don Andrés y se iba á otro extremo de la antesala.

Cuando don Andrés la perseguía, Juanita se fugaba por los corredores.

Don Andrés cesaba en su persecución para evitar que le viesen.

Deplorando lo poco ó nada que adelantaba en la campaña en que se había empeñado y no queriendo ser otro Fabius Cunctator, apeló á más eficaz estrategia y se apercibió para emboscadas y asaltos.

En vez de buscar á Juanita en la antesala, la aguardó en el zaguán, sin entrar en la casa hasta que saliese Juanita para irse á dormir á la suya.

Juanita no temía á nadie ni nadie se le atrevía, y se iba sola aunque las calles estuviesen oscuras. Su casa además, no estaba lejos.

Don Andrés no quiso hacerse el encontradizo, confesó con franqueza que la estaba aguardando y la acompañó varias noches seguidas, aunque ella siempre lo repugnaba.

Pasmosos fueron el arte que empleó Juanita y el ingenio y la energía de voluntad que supo desplegar para tener á raya á don Andrés y conseguir, sin romper con él por completo, que no se viniese á las manos. El genio de ella, de ordinario alegre y burlón, y la facilidad que tenía para echarlo todo á broma, le valieron de mucho en aquellas circunstancias difíciles. Porque á la verdad, ella no quería que don Andrés se extralimitase, pero no quería tampoco que se le fuese y era árduo problema y

cuestión de milagroso equilibrio el mantenerse sin caer ni á un lado ni á otro, yendo sin balancín como por una maroma ó cuerda tirante.

Á cada requiebro, á cada proposición que don Andrés le hacía, Juanita contestaba con un chiste ó con un tan incoherente disparate, que don Andrés, aunque mortificado y chafado, no podía tomarlo á mal y tenía que reirse.

Juanita, al verse acompañada por don Andrés, apresuraba el paso, y en cuatro brincos se plantaba en la puerta de su casa. Don Andrés pugnaba entonces por entrar.

—¡Huy! ¡Huy!—exclamaba Juanita.—¿Está dejado V. E. de la mano de Dios? Pues sería curioso que entrase á jugar al tute con mi mamá, que aún está despierta, y se privase de jugar con doña Inés, que le espera con ansia. ¿Cómo puede querer V. E., en lugar de hacer con doña Inés una partida de tresillo, hacerle conmigo una partida serrana? ¡Válgame Santo Domingo, nuestro patrono! Yo no me lo perdonaría.

—Por Dios, no seas retrechera; déjame entrar, déjame entrar, encanto de mis ojos.

—¡Cielo santo y qué cosas dice V. E.! ¡Qué lenguaje emplea! Ese debe ser *el mal lenguaje del demonio,* del que tanto habla el venerable padre maestro fray Juan de Ávila, en un libro que me hace leer mi señora doña Inés para prepararme á ser monja.

—¿Y tú quieres serlo?

—Allá lo veremos. Á menudo se me antoja que la vocación me acude, sobre todo al ver los peligros que rodean á una infeliz criatura, desvalida y tonta

como yo. Pero en fin, aunque tonta, yo no quiero ser ingrata con doña Inés, que me guía por el mejor camino y que me va á pagar el dote para entrar en el claustro.

—¿Y qué ingratitud sería la tuya? ¿En qué ofenderías á doña Inés si me quisieses?

—Le parece á V. E. que sería la ofensa chica si yo desconcertase su plan de hacer de mí una santa y si me transformase... Vamos, váyase V. E. á la tertulia de doña Inés y no sea pesado.

Juanita repiqueteaba entonces estrepitosamente el aldabón de su puerta, y no bien la entreabría ó su madre ó la criada, se colaba ella, cerraba de golpe y casi daba á don Andrés con la puerta en los hocicos.

Con estos lances, tratos y conversaciones, don Andrés se emberrenchinaba más cada día y su circunspección iba desapareciendo.

Fuerza es confesar, aunque no redunde en alabanza de Juanita, que ésta no desengañaba ni zapeaba á don Andrés por completo y que se deleitaba en retenerle y en provocarle con sus retrecherías.

Es cierto que, reconociendo Juanita que era peligroso dejarse acompañar por don Andrés todas las noches, espió con maña el momento en que don Andrés no la aguardaba en el zaguán, y en lo sucesivo logró escaparse siempre á su casa sin ser por don Andrés acompañada.

Cuando pasaron muchas noches escapándose siempre ella, apesadumbrado don Andrés, exaltado y como fuera de sí, le dió las más sentidas quejas,

hallándola sola en la antesala. La vehemencia de los sentimientos del cacique se revelaban en su precipitado discurso, en su gesto, en su ademán y en su acento conmovido. Sin reparar en nada levantó la voz.

—¡Por las ánimas benditas!—dijo la moza;—témplese V. E. y mire por sí, ya que no mire por mí, y no promueva aquí un alboroto ridículo y se convierta en la fábula del lugar y sea la comidilla de todos los maldicientes.

—Nada me importan los maldicientes si tú me bendices como yo te bendigo. Bendita seas mil y mil veces y bendita sea la madre que te parió.

Y diciendo esto, sin atender á más razones, se echó como loco sobre ella, y tan de repente, que ella no pudo sustraerse á sus brazos y á sus besos. Cinco ó seis, que en el número no están de acuerdo los historiadores, le plantó en las frescas mejillas, que se pusieron rojas como la grana.

Y no contento, le buscó la boca para besársela y se la halló y se la besó.

No estuvieron sus labios junto á los de ella el tiempo que los de don Tristán de Leonís y la reina Iseo, de los que dice el antiguo romance:

«Tanto estuvieron unidos
Cuanto una misa rezada.»

Al contrario, no bien se recobró Juanita del susto y de la sorpresa, puso una cara tan feroz que daba miedo, á pesar de ser tan hermosa, y agarrando con ambas manos por los hombros á don Andrés, le sacudió lejos de sí con tal fuerza, que vaciló como

ébrio, y faltó poco para que cayese por tierra. Poco antes había entrado don Paco en la antesala, de suerte que, si vió el empujón, vió también los besos que le habían motivado.

¿Qué había de hacer don Paco? Hizo como si nada hubiera visto. Y él y don Andrés entraron en la tertulia según costumbre.



XXVIII

AL día siguiente ocurrió en Villalegre un caso que sorprendió y dió mucho que hablar.

Ni por el Ayuntamiento, ni por casa del alcalde, ni por la escribanía, ni por parte alguna pareció don Paco, que de diario acudía á todas para desempeñar sus varias funciones. Fueron á casa de él y tampoco le hallaron allí. El alguacil y su mujer, que le servían y cuidaban, no sabían cómo ni cuándo se había ido y no daban razón de su paradero.

Pasó todo el día sin que don Paco volviese y sin que se averiguase dónde estaba, y creció el asombro.

Nadie acertaba á explicar la causa de aquella desaparición.

Mucho tiempo hacía que por aquella comarca, merced al bienestar y prosperidad que reinaban y á la benemérita Guardia civil, no se hablaba de bandidos y secuestradores.

¿Dónde, pues, estaba metido don Paco?

14

La gente se lo preguntaba y no se daba contestación satisfactoria.

Los amigos, y singularmente don Andrés Rubio, se mostraban inquietos. Sólo no se alteraba doña Inés. Su carácter estóico y su resignada y cristiana conformidad con la voluntad del Altísimo conservaban casi siempre inalterable la tranquilidad de su alma. Doña Inés, además, no veía nada alarmante en el suceso, y á ella misma y á sus amigos don Andrés y el padre Anselmo se le explicaba del modo más natural. Suponía y decía con sigilo que su señor padre, aunque estaba sano y bueno y tenía más facha de mozo que de anciano, había empezado á envejecer, claudicar y flaquear por el meollo; culpa quizás de lo mucho que con él trabajaba y estudiaba. Ello era que, según doña Inés, su padre, desde hacía tiempo, daba frecuentes aunque ligeros indicios de extravagancia, y de chochez, prematura. Tal era la causa que hallaba doña Inés para la desaparición de don Paco. Y afirmando que, sin más razón que su capricho, se había ido paseando y tal vez vagaba por los desiertos y cercanos cerros, pronosticaba que cuando se cansase de vagar volvería á la población como si tal cosa.

Ni en toda aquella noche, ni durante el día inmediato se cumplió, sin embargo, el pronóstico de doña Inés.

Cuando volvió Juanita á su casa entre nueve y diez de la noche, don Paco aún no había parecido.

Juanita, que no era estóica ni tan buena cristiana como doña Inés, estaba angustiadísima y

llena de inquietud y de zozobra, por más que hasta entonces lo había disimulado.

Cuando se vió á solas con su madre, no pudo contenerse más y le abrió el corazón buscando consuelo.

—Don Paco no ha parecido—le dijo.—Mi corazón presiente mil desventuras.



—No te atormentes—contestó la madre—don Paco parecerá. ¿Qué puede haberle sucedido?

—¿Qué se yo? Nada te he dicho, mamá: hasta hoy me lo he callado todo. Ahora necesito desahogarme y voy á confesártelo. Soy una mujer miserable, indigna, necia. Pude tenerle por mío y le desdeñé. Ya que le pierdo, y quizás para siempre, conozco cuánto vale, y le amo: perdidamente le amo. Y para que veas mi indignidad y mi vileza, amándole le he faltado: he atravesado su corazón con el puñal venenoso de los celos. Yo tengo la

culpa y don Andrés está disculpado. Yo le atraje, yo le provoqué, yo le trastorné el juicio, y si me faltó al respeto, hizo lo que yo merecía.

—Niña, no comprendo bien lo que dices. Ó es que no estoy en autos, ó es que tú disparatas.

—No disparato ahora, pero he disparatado antes. Repito que he provocado á don Andrés para vengarme de doña Inés y para dar picón á don Paco. Yo estaba celosa. Temí que él se rindiese á doña Agustina. No comprendí cuanto me quería él. Ahora lo comprendo. Y ve tú ahí lo que son las mujeres: me halaga, me lisonjea creer que me ama tanto, y esta creencia es al mismo tiempo causa de mi pena y del remordimiento que me destroza el alma. Nada sé de fijo; pero en mi cabeza me lo imagino todo. Sin duda él me espiaba, y en la obscuridad de las calles me vió y me reconoció, ó me oyó charlar y reir con don Andrés, que me acompañó varias noches. Y él, lleno de sospechas y apesadumbrado de creerme liviana, siguió espiándome, y anteanoche, en la misma antesala de doña Inés, me sorprendió cuando don Andrés me abrazaba y me cubría de besos la cara y hasta la boca. Yo le rechacé con furia; pero don Paco pudo suponer y de seguro supuso que mi furia era fingida porque él había entrado y porque yo le había visto y trataba de aparentar inocencia. ¿Sabes tú lo que yo temo? Pues temo que don Paco, juzgando una perdida á la mujer que era objeto de su adoración, se ha ido desesperado, sabe Dios dónde.

—De todo eso tiene la culpa—interpuso Juana—esa perra de doña Inés: esa degollante, que no

pagaría sino quemada viva ó frita en aceite.

—Te aseguro, mamá, que no sé cómo la aguanto aún; pero si esto no para en bien y ocurre algún estropicio, quién la va á quemar y á freir soy yo con estas manos. No; no soy manca todavía. La desollaré, la mataré, la descuartizaré. No creas tú que va á quedarse riendo.

Juana, al ver tan exaltada á su hija, temió la posibilidad de un delito, y exclamó como persona precavida y juiciosa:

—Prudencia, niña, prudencia; no te aconsejaré yo que la perdones. Bueno es ganar el cielo, pero gánale por otro medio y no con el perdón de quien te injuria. Dios es tan misericordioso que nos abre mil caminos para llegar á él. Toma, pues, otro, y no sigas el de la mansedumbre. Conviene hacerse respetar y temer. Conviene que sepan quién eres. Lo que yo te aconsejo es que tengas mucho cuidado con lo que haces, porque si tú castigas á doña Inés sin precaución, la justicia te empapelaría, como un ochavo de especias, y hasta te podría meter en la cárcel ó enviarte á presidio.

—No pretendas asustarme. Si ocurre una desgracia, yo no me paro en pelillos: la pincho como á una rata, la araño y le retuerzo el pescuezo. Lo haría yo en un arrebato de locura y no sería responsable.

—No lo serías—replicó Juana;—pero te tendrían por loca y te encerrarían en el *manoscomio, monomomio* ó como se llame, y yo me moriría de pena de verte allí.

—¿Pues qué he de hacer, mamá, para castigar

bien á doña Inés sin que tú te mueras de pena?

—Lo que debes hacer, ya que tienes con ella tanta satisfacción y trato íntimo, es cogerla sin testigos y entre cuatro paredes; darle allí tus quejas, leerle la sentencia y ejecutarla en seguida.

—¿Y qué quieres que ejecute?

—Acuérdate de tu destreza de cuando niña, de cuando con la cólera hervía ya en tus venas la sangre belicosa de tu heroico padre; agarra á doña Inés, descorre el telón y ármale tal solfeo en el *nobilísimo traspontín,* que se le pongas como un nobilísimo tomate. Ya verás cómo lo sufre, se calla y no acude á los tribunales. Una señorona de tantos dengues y de tantos pelendengues no ha de tener la sinvergüencería de enseñar el cuerpo del delito al jurado ni á los oidores.

Al oir los sabios consejos de su mamá, Juanita mitigó su cólera, y á pesar del dolor que tenía no pudo menos de reirse, figurándose á doña Inés con toda su majestad y entono, azotada é inulta. Luego dijo:

—Aun sin propasarme hasta el extremo de la azotaina, y aun sin cometer ningún crimen, he de castigarla, valiéndome de la lengua, que ha de lanzar contra ella palabras que le abrasen el pecho. Ha de lanzar mi lengua más rayos de fuego que la uña del boticario. Cada una de las palabras que yo le diga ha de ser como uña ponzoñosa de alacrán que le desgarre y envenene las entrañas.

La iracunda exaltación de Juanita no podía sostenerse y se trocó pronto en abatimiento y desconsuelo.

—¡Ay, Dios mío!—exclamó.—¡Ay, María Santísima de mi alma! ¿Qué va á ser de mí si hace él alguna tontería muy gorda: se tira por un tajo ó se mete fraile? Entonces sí que tendré yo que meterme monja. Pero yo no quiero meterme monja. Yo no quiero cortarme el pelo y regalárselo á doña Inés. Un esportón de basura será lo que yo le regale.

Y diciendo esto, rompió Juanita en el más desesperado llanto. Abundantes lágrimas brotaban de sus ojos y corrían por su hermosa cara; parecía que iban á ahogarla los sollozos, y se echó por el suelo cubriéndose el rostro con ambas manos y exhalando profundos gemidos.

La madre, que estaba acostumbrada á los furores de Juanita, no había tenido muy dolorosa inquietud al verla furiosa; pero como Juanita era muy dura para llorar, y como su madre no la había visto verter una sola lágrima desde que ella tomaba, cuando niña, alguna que otra perrera, su llanto de entonces conmovió y afligió sobremanera á Juana.

—No llores—le dijo.—Dios hará que parezca don Paco, y ni él será fraile ni tú serás monja, como no entréis en el mismo convento y celda.

En suma, Juana, llorando ella también á pesar suyo, hizo prodigiosos esfuerzos para calmar á su hija, levantarla del suelo y llevarla á que se acostase en su cama. Al fin lo consiguió, la besó con mucho cariño en la frente, y dejándola bien arropada y acurrucada, se salió de la alcoba diciendo: Amanecerá Dios y medraremos.

XXIX

No quiero tener por más tiempo suspenso y sobresaltado al lector y en incertidumbre sobre la suerte de don Paco.

Nuestro héroe, en efecto, había tenido el más cruel desengaño al ver primero á Juanita, acompañada por don Andrés, atravesar á oscuras las calles, charlando y riendo, y después al presenciar la última parte del coloquio de la antesala y el animadísimo fin que tuvo en los abrazos y en los besos.

No quería conceder en su espíritu que Juanita fuese una pirujilla, y no obstante tenía que dar crédito á sus ojos.

Muy triste y muy callado y taciturno estuvo toda aquella noche en la tertulia de su hija. Jugó al tresillo, para no tener que hablar, hizo malas jugadas y hasta renuncios, por lo embargado que le traían sus melancólicas cavilaciones; apenas jugó una vez sin hacer puesta ó recibir codillo y perdió quinientos tantos, equivalentes á cincuenta reales.

De mal humor, se volvió á su casa antes de que nadie se fuese.

En balde procuró dormir. No pudo en toda la noche pegar los ojos. Los más negros pensamientos caían sobre su alma como se abate sobre un cadáver famélica bandada de grajos y á picotazos le destrozan y le comen.

Por lo mismo que él, durante toda la vida, había sido tan formal, tan sereno y tan poco apasionado, extrañaba y deploraba ahora el verse presa de una pasión vehemente y sin ventura. Se enfurecía, y discurriéndolo bien no hallaba á nadie contra quien descargar su furor con algún fundamento. Juanita le había despedido: no era ni su mujer, ni su querida, ni su novia. Bien podía hacer de su capa un sayo sin ofenderle. Y menos le ofendía aún don Andrés, el cual sospecharía acaso que él había tenido, hacía más de un año, relaciones con la muchacha; pero en aquel momento le creía, según los informes que le daba doña Inés, decidido pretendiente y casi futuro esposo de la fresca viuda doña Agustina Solis y Montes de Allende el Agua.

Don Paco se consideraba obligado á echar la absolución á Juanita y á don Andrés. Y sin embargo, contra toda razón y contra toda justicia, sentía el prurito de buscar á Juanita, ponerla como hoja de perejil y darle una soba, ó bien de armar disputa á su valedor y protector el cacique y con un pretexto cualquiera romperle la crisma.

Todo esto, según la pasión se lo iba sugiriendo y según iba pasando y volviendo á pasar por su cerebro como un tropel de diablos que giran en danza

frenética, no consentía que lograse un instante de reposo. En vez de dormir se revolcaba en la cama, y sus nervios excitados le hacían dar brincos.

A pesar de todo se encontraba más cómico que trágico, y se echaba á reir, aunque con la risa que apellidan sardónica, no por una hierba, sino porque (según hemos oído contar) entre los antiguos sardos se reían así los que eran atormentados y quemados de feroz y sardesca manera en honor de los ídolos.



Juanita era el ídolo ante el cual el amor y los celos, sacerdotes y ministros del altar de ella, atormentaban y quemaban á don Paco.

Como no podía sufrirse pensó con insistencia en matarse, y luego sus doctrinas y sus sentimientos religiosos y morales acudían á impedirlo. Y no bien lo impedían, don Paco se burlaba de sí mismo y se despreciaba, presumiendo que lo que llamaba él religión y moral fuese cobardía acaso.

Después de aquel tempestuoso insomnio, que convirtió en siglos las horas, don Paco se levantó del lecho y se vistió antes de que llegase la del alba.

Abrió la ventana de su cuarto y vió amanecer. La frescura del aire matutino entibió, á su

parecer, aquella á modo de fiebre que en sus venas ardía. Y como no se hallaba bien en tan estrecho recinto, y anhelaba ancho espacio por donde correr, horizonte por donde tender la mirada, y para techumbre toda la bóveda del cielo, determinó salir, no sólo de la casa, sino también de la población, é irse sin rumbo ni propósito, á la ventura, pero lejos de los hombres y por los sitios más esquivos y solitarios.

Se fué sin que despertasen ni le viesen el alguacil y su mujer.

Tuvo, no obstante, serenidad y calma relativa. No huyó como un loco, y tomó su sombrero y su bastón, ó más bien el garrote que de bastón le servía.

Además, como se preparaba para larga peregrinación, aunque sin saber adónde, y como á pesar de que pensaba á menudo en el suicidio, no pensó en que fuese por hambre, ya que en medio de sus mayores pesares y quebrantos nunca había perdido el apetito, tomó sus alforjas, colocó en ellas alguna ropa blanca y los víveres que pudo hallar, se las echó al hombro y se puso en camino, á paso redoblado, casi corriendo, como si enemigos invisibles le persiguieran.

Pronto recorrió algunas sendas de las que dividen las huertas que hay en torno de la villa. La primavera, con todas sus galas, mostraba allí entonces su hermosura y sus atractivos. En el borde de las acequias, por donde corría con grato murmullo al lado de la senda el agua fresca y clara, había violetas y mil silvestres y tempranas flores que daban

olor delicioso. Los manzanos y otros frutales estaban también en flor. Y la hierba nueva en el suelo y los tiernos renuevos en los álamos y en otros árboles lo esmaltaban todo de alegre y brillante verdura. Los pajarillos cantaban; el sol naciente doraba ya con vivo resplandor los más altos picos de los montes y un ligero vientecillo doblegaba la hierba y agitaba con leve susurro el alto follaje.

Don Paco caminaba tan embebecido en sus malos y negros pensamientos, que en nada de esto reparaba.

No tardó en salir de las huertas y en encontrarse entre olivares y viñedos; pero él huía de los hombres; no quería ver á nadie ni que nadie le viese, y tomó por las menos frecuentadas veredas, dirigiéndose hacia la sierra peñascosa, donde la escasez de capa vegetal no permite el cultivo, donde no hay gente y donde está pelada la tierra ó sólo cubierta á trechos de malezas y ásperas jaras, de amarga retama, de tomillo oloroso y de ruines acebuches, chaparros y quejigos.

Aunque le fatigó algo su precipitada carrera, don Paco no se detuvo á reposar, sentándose en una peña, hasta que dió por seguro que se hallaba en completa soledad, casi en el yermo, sin que nadie le viese, le oyese y le perturbase.

Apenas se sentó, se diría que los horribles recuerdos que le habían arrojado de la villa, que venían persiguiéndole y que se habían quedado algo atrás, le dieron alcance y empezaron á picarle y á morderle otra vez. Recordaba con rabia la dependencia servil con que el interés y la gratitud

le tenían ligado al cacique, el yugo antinatural que le había impuesto su hija, los desdenes que Juanita le había prodigado y los favores con que á don Andrés regalaba. Pensó después en la burla de que sería objeto por parte de todos sus compatricios cuando se enterasen de lo que pasaba en su alma, y se levantó con precipitación para huir más lejos y á más esquivos lugares.

Casi corriendo bajó por una cuesta muy pendiente y vino á encontrarse, después de media hora de marcha, en una estrecha cañada quc se extendía



entre dos cerros formando declive. Iba saltando por él un arroyuelo y sonando al chocar en las piedras. El arroyuelo, al llegar á sitio llano y más hondo, se dilataba en remanso circundado de espadaña y de verdes juncos. Algunos alerces y gran abundancia de mimbrones daban sombra á aquel lugar y le hermoseaban frondosas adelfas, cubiertas de sus flores rojas, y no pocos espinos, escaramujos y rosales silvestres, llenos de blancas y encarnadas mosquetas.

Sitio tan apacible convidaba al reposo, y convidaba á beber el agua limpia del remanso, cuya haz tranquila, rizándose un poco, delataba la mansa

corriente ó que el agua no estaba estancada y sin renovarse.

El sol, que se había elevado ya sobre el horizonte y se acercaba al cenit, difundía mucho calor y luz sobre la tierra; y don Paco, buscando sombra, vino á sentarse en un ribazo y se puso á contemplar el agua antes de beberla.

En medio de su contemplación sintió cierta angustia y escarabajeo en su estómago, porque hacía cerca de veinte horas que no había comido, había andado mucho y no había dormido nada. En suma, fuerza es confesarlo, don Paco tuvo hambre.

Miró á todos lados, como si fuese á cometer un crimen, muy receloso de que alguien pudiera verle, y convencido ya de que su soledad no podía ser mayor, metió la mano en las alforjas, y sacó de allí una blanca rosquilla y un bulto envuelto, bien envuelto en un antiguo número de *El Imparcial*.

¿Qué había en este envoltorio? El historiador no debe ocultar nada. En el envoltorio, que desplegó don Paco, había media docena de hermosos pedazos de lomo de cerdo, gruesos como el puño, de los que Juana la Larga había adobado y frito; de los que con el aliño de orégano, pimiento molido, comino y qué sé yo qué otras especias, ya recalentados en la propia manteca entre la que se conservan en orzas, ya extraídos de la manteca y fiambres, seducen á las criaturas más desesperadas y afligidas y les dicen ¡comedme!

Don Paco se preparó á obedecer el irresistible mandato; pero, pensando en aquel mismo instante en que Juana la Larga, la madre de quien causaba

su tormento, era quien había guisado aquel lomo, las más tristes memorias se le recrudecieron, y con una magra entre los dedos, al ir ya á tirar un bocado, se le atragantaron en la garganta los dos tan sabidos versos de Garcilaso, que dicen:

¡Oh dulces prendas por mí mal halladas,
dulces y alegres cuando Dios quería!

No quiso Dios, á pesar de todo, que don Paco las hallase por su mal. Aunque se le saltaron las lágrimas, pudo más el apetito. Ganas tuvo también, en su desesperación, de que las magras se le volviesen veneno; pero en fin, él se comió dos y también la rosquilla.

Hubo un momento en que echó de menos el vino y deploró no haber traído la bota. Luego se resignó y bebió agua, bajando la boca hasta la superficie del remanso.

Por último, como estaba molido de tanto andar, velar y rabiar, y sentía en lo exterior el calor del sol y en lo interior el calor del lomo y de la rosquilla, á pesar de su enorme pesadumbre, fué vencido por el sueño y se confortó durmiendo profundamente la siesta, durante la cual sus desventuras y sus penas se diría que se habían sumergido en aquel arroyo como si fuese el Leteo.



XXX

Cuando despertó don Paco de su prolongado sueño, el sol se inclinaba ya hacia el Occidente: el día estaba expirando.

Las vacilaciones que habían atormentado á don Paco volvieron á atormentarle, con mayor fuerza mientras que más tiempo pasaba.

Su fuga del lugar le parecía, y no sin razón, que debía haber sido notada por todos y mirada con extrañeza. Á él, que ejercía tantos oficios, le habrían echado de menos en muchos puntos.

Se le figuraba que, como no había pedido licencia á nadie, y como su inusitada desaparición carecía de causa confesada por él, todos sus compatricios se esforzarían por hallar esta causa y acabarían por suponerla un acto de desesperación ó de despecho.

Nadie dejaría de lamentar su fuga si él no volvía al lugar; pero si volvía, la compasión se transformaría inevitablemente en burla y rechifla.

No quedaría un solo sujeto que no le preguntase con sorna qué había ido á hacer al yermo y por qué le dejaba tan pronto, arrepentido de ser anacoreta. Y los que sospechasen, y no dudaba él de que algunos sospecharían que había querido suicidarse, tomarían á risa lo del suicidio y atribuirían á miedo el que no se hubiese realizado.

Imaginaba él que, vuelto al lugar, no podría sufrir su nueva situación, porque se le figuraría que se mofaban de él cuantos le mirasen á la cara.

Si se fué, dirían, porque había aquí algo que no podía aguantar, ¿por qué vuelve ahora, se resigna y lo aguanta?

Don Andrés, sobre todo, le despreciaría y le escarnecería, allá en sus adentros, calculando que la fuga había sido por lo de los besos á Juanita y que ahora volvía muy resignado á llevarlos con paciencia y hasta á verlos dar de nuevo.

A Juanita misma se la representaba muy afligida por lo pronto, llena de remordimientos porque era ó iba á ser motivo ú ocasión de su muerte y muy inclinada á derramar lágrimas á la memoria de él ó sobre su ignorada tumba, si es que le enterraban y ella sabía dónde y no estaba lejos; pero si Juanita le veía otra vez tan campante, ya en las calles de Villalegre acudiendo á sus ordinarios quehaceres, ya en la tertulia de doña Inés haciendo la corte á doña Agustina, Juanita le tendría por la persona

más ruín y cuitada del orbe; Juanita se mofaría de él, y don Paco se estremecía al pensar sólo en la posibilidad de semejante vilipendio.

Era, sin embargo, muy duro matarse sin gana, y sólo para que la gente tome á uno en serio, le compadezca y no le embrome.

Hubo momentos en que si don Paco hubiera tenido un revólver, acaso en contravención de todos sus preceptos religiosos y de todas sus sanas filosofías, se hubiera pegado un tiro, pero afortunadamente don Paco no gastaba armas de fuego y no llevaba ni pistola ni escopeta en aquella disparatada excursión que estaba haciendo, perseguido por los celos como por las Furias Orestes. Una vez se le ocurrió encaramarse en la cima de un escarpado peñasco, precipitarse desde allí de cabeza y hacerse una tortilla. Pero, si no quedaba muerto al punto y sólo se rompía un brazo, una pierna ó las dos ¿no le dolería mucho, y quedándose vivo añadiría los dolores físicos á los dolores morales de que había querido libertarse?

Rumiando con amargura todo lo dicho, anduvo don Paco sin reparar el camino que llevaba, hasta que le sorprendió la noche, oscura como boca de lobo. Ni luna ni estrellas se veían en el cielo, cubierto de densas nubes. Llovía recio y relampagueaba y tronaba.

Nuestro peregrino advirtió con pena que estaba hecho una sopa, y temió que la muerte, que anhelaba y repugnaba al mismo tiempo, pudiera sobrevenirle por la humedad, esgrimiendo en lugar de guadaña reumas y pulmonías.

A la luz de los relámpagos descubrió que había llegado á una extensa nava, entre las cumbres de dos cercanos cerros. Había en la nava mucho heno, grama abundante y á trechos intrincados matorrales en que tropezaba ó alta hierba que subía hasta sus muslos, porque no había senda ó porque la había perdido.

De pronto oyó mujidos, y al resplandor fugaz de los relámpagos creyó entrever un gran tinglado ó cobertizo, debajo del cual se movían bultos mujidores que eran sin duda toros bravos, cabestros, becerros y vacas.

—Hombre del demonio—dijo una bronca voz.—¿Qué viene usted á hacer por aquí á estas horas y con esta tormenta tan fuerte?

Don Paco, ocultando el lugar de donde era y sin declarar su nombre, dijo que, yendo de camino, se había extraviado, no sabía dónde estaba y buscaba albergue en que pasar la noche.

El boyero, que era piadoso, movido á compasión por la lamentable voz de don Paco, salió de debajo del cobertizo, vino á él, le tomó de la mano y le sirvió de guía.

Así dieron ambos buen rodeo y llegaron á una choza bastante capaz, donde, al amor de la lumbre y en torno de una gran chimenea que tenía poco que envidiar á la de doña Inés, aunque carecía de escudo de armas, había otros dos pastores, viejos ya, y un chiquillo de diez á doce años que debía de ser hijo del guía de don Paco.

En el hogar ardía un monte de leña, con cuyo calor pudo don Paco secarse los vestidos, porque le

ofrecieron y el aceptó un banquillo para que se sentase cerca del fuego.

Apartada de él, sobre un poco de rescoldo y en unas trébedes se parecía una olla, exhalando á través de la rota y agujereada tapadera espesos y olorosos vapores, con no sé qué de restaurante, lo cual produjo en las narices de don Paco sensación muy grata, porque con tanto andar se le había bajado á los pies el almuerzo. Era lo que había en la olla un guiso de habas gordas y tiernas, con lonjas de tocino y cornetillas picantes que habían de hacerle suculento y sabroso.

Los pastores, así como le habían dado techo amigo donde abrigarse de la lluvia y pasar la noche, le ofrecieron también su rústica cena.

El rubor tiñó las mejillas de don Paco al ir á aceptarla, pero no fué tan descortés ni tan abstinente que no la aceptase, la agradeciese y aun se aprovechase de ella, compitiendo en apetito con los boyeros.

Sin querer le avergonzaron también por otro estilo: con su leal franqueza. A él, que se ocultaba y mentía, le contaron cuanto había que contar de la vida de ellos y de sus lances de fortuna, y de los sucesos de la pequeña cortijada, no muy lejos de allí, de que eran naturales. Ponderaron también la ferocidad de los toros que ellos cuidaban, se quejaron de la poca reputación que tenían aún y pronosticaron que al fin habían de abrirse camino hasta la magnífica plaza de Madrid, donde competirían con los de Veragua y los de Miura matando caballos á porrillo y metiendo en un puño los animosos corazones de Lagartijo y de Frascuelo.

Terminadas la cena y la conversación, todos se acostaron sobre sendos montones de hierba seca y durmieron como unos patriarcas.

Don Paco se despertó y levantó al rayar el día, imitando á los que le albergaban. Supuso para salir del paso que iba á Córdoba, y en este supuesto los boyeros le indicaron el camino que debía seguir.

Se despidió don Paco mostrándose agradecidísimo, y pronto se alejó de la nava, marchando deprisa por la senda que le habían indicado.

Á solas otra vez consigo mismo, los negros pensamientos resurgieron de las profundidades de su alma y volvieron á atormentarle.

Como él reflexionaba mucho, se estudiaba y se sumía en el abismo de su propia conciencia, procuró explicarse el singular fenómeno que en ella se estaba presentando. Entonces creyó percibir que él hasta muy tarde, hasta ya viejo, había empleado y gastado la vida en ganarse la vida, y había carecido, acaso por dicha, de desahogo y de vagar para fingirse primores ideales y ponérselos ante los ojos del alma como atractivo de su deseo. Toda aspiración suya había sido hasta entonces modesta, prosaica y pacíficamente asequible; pero Juanita había venido en mal hora á turbar su calma y á aguijonear su fantasía para que remontase el vuelo á muy altas regiones, donde, si bien había más luz, había también tempestades que su alma pacífica y sólo acostumbrada al sosiego apenas podía sufrir.

En resolución, don Paco vino á creer que la aparición tardía de lo ideal, casi muerta ya su juventud, y el nacimiento póstumo de aspiraciones

que sólo por ella deben ser fomentadas, era lo que le traía tan desatinado, tan infeliz y tan loco. Volver al lugar en aquel estado de ánimo, con menos pretexto para volverse que el que había tenido para irse, le haría sin duda objeto del escarnio de todos sus amigos y conocidos, como no hiciese la atrocidad de matar á dos ó tres, y él, que era blando de condición, se consideraba incapaz de ello. Por otra parte, y mientras en Villalegre permaneciese, juzgaba él que sería ya inútil para todo y que no valdría ni para secretario del Ayuntamiento, ni para consejero de don Andrés, ni para colaborador del escribano, ni para pasante de los abogados Peperris.

En consecuencia de estos no articulados discursos decidió algo al cabo: decidió desterrarse para siempre de su patria é ir á otras villas ó ciudades en busca de reposo y de mejor fortuna.

Sólo así lograría curarse de su amor por la pícara é indigna Juanita, hacer pie y caminar por lo firme, en vez de ir por las nubes ó de nadar por el éter, y sin matarse y sin matar á nadie, sino siendo útil al prójimo, ser de nuevo respetado y querido de las gentes.

Ya que los boyeros le habían indicado el camino para ir hacia Córdoba, don Paco, menos alborotado que el día antes, siguió en aquella dirección, pues camino no había. Las estrechas sendas eran muchas, y él á la ventura las tomaba, sólo procurando huir de la vista de todo sér humano porque aún tenía vergüenza de que le viesen.

Ora andando, ora parándose á reposar, se le pasó todo el día y llegó su segunda noche de vagabundo.

No sabía dónde se hallaba, pero creyó que se despertaba en él una vaga reminiscencia de aquellos sitios. Era una dilatada dehesa ó coto, donde había de haber abundancia de conejos y liebres. El terreno era quebrado y cubierto de matas ó monte bajo. Sólo á trechos descollaban algunos pinos, hayas y encinas.

Pronto la obscuridad lo envolvió todo. Aunque no llovía, estaba muy nublado, y él distinguía confusamente los objetos. El silencio era profundo. Le rompía sólo, de vez en cuando, tal cual ráfaga de viento suave que agitaba las hojas, ó alguna liebre que brincaba ó atravesaba corriendo por entre las matas.

No sé cómo reconoció ó creyó reconocer don Paco que se hallaba en aquel momento más cerca de Villalegre; que se hallaba á menos de dos leguas de distancia, en un coto, propiedad de don Andrés y donde don Andrés solía venir á cazar.

Se confirmó más en esta idea al ver de pronto una lucecita que á cierta distancia brillaba en las tinieblas, según sucede á menudo á los niños cuando en los cuentos de hadas se extravían en un bosque.

Don Paco era valeroso y no propendía, sin ser incrédulo, á recelar frecuentes y medrosas apariciones de vestiglos, de almas del otro mundo ó de otros seres sobrenaturales. En aquella ocasión, sin embargo, tuvo su poquito de miedo, pero le venció y caminó resuelto y derecho hacia la luz para ver lo que era.

Se había fundado su miedo en que reconoció que la luz salía de la casilla del viejo guarda del coto,

el cual había muerto la víspera de la salida de don Paco de Villalegre, y era muy poco probable que don Andrés hubiese nombrado en seguida á otro guarda para donde apenas había cosa que guardar. La casilla, en opinión de D. Paco, tenía que estar desierta. ¿Quién había encendido luz y estaba en la casilla? ¿Sería el alma en pena del viejo guarda, que tenía fama de haber sido más que travieso en sus mocedades y hasta bandolero acogido á indulto?

Don Paco se armó de valor y se dirigió á averiguarlo, contento de tropezar con una aventura que de sus desventuras le distrajese.



XXXI

SIN hacer ruido, llegó don Paco á la casilla y vió que la puerta estaba cerrada con cerrojo que había por dentro. La luz salía por un ventanucho pequeño, donde, en vez de vidrios, había estirado un trapo sucio para resguardo contra la lluvia y el frío. Con el estorbo del trapo no se podían ver los objetos de dentro; pero don Paco se aproximó y reparó en el trapo tres ó cuatro agujeros. Aplicó el ojo al más cercano, que era bastante capaz, y lo que vió por allí, antes de reflexionar y de explicárselo, le llenó de susto. Imaginó que veía á Lucifer en persona, aunque vestido de campesino andaluz, con sombrero calañés, chaquetón, zahones y polainas. La cara del así vestido era casi negra, inmóvil, con espantosa y ancha boca y con colosales narices llenas de verrugas y en forma de pico de loro. Don Paco se tranquilizó, no obstante, al

reconocer que aquello era una carátula de las que se ponen los judíos en las procesiones de Villalegre.

El enmascarado guardaba silencio y estaba sentado en una silla, apoyados los codos en una vieja y mugrienta mesa de pino.

En otra silla estaba enfrente otra persona en quien reconoció al punto don Paco á don Ramón, el tendero murciano de su lugar, el hombre más rico después de don Andrés y el más desaforado hablador que por entonces existía en nuestro planeta.



Don Ramón era pequeñuelo, viejo y flaco, pero tenía mucho espíritu y agallas y no se acoquinaba por poco.

Notó don Paco que tenía las manos atadas con un cordel á las espaldas, y dedujo que le habían llevado allí y que le retenían por violencia. Pronto las mismas palabras del tendero murciano, tan pródigo de ellas, confirmaron la deducción de don Paco.

—Hombre ó demonio—decía,—quien quiera que seas, apiádate de mí y no me atormentes sin fruto. ¿Cómo había yo de imaginar, al volver esta tarde desde mi casería al pueblo, que no dista más de un cuarto de legua, que había de topar contigo y con tu compañero, emboscados entre las mimbreras del arroyo del Hondón, y que me habíais de traer por fuerza á este lugar? Yo no sospechaba que hubiese secuestradores en el día, y caminaba muy seguro.

Convéncete, hombre, la ganancia que habíais de hacer ya la habéis hecho. No tratéis ahora de lograr más ganancia. La codicia rompe el saco. Á mí me mataréis, pero también á vosotros os darán garrote.

El enmascarado persistió en su silencio, y á lo del garrote sólo respondió con un ronquido, especie de interjección que en aquella tierra se usa. Don Ramón continuó:

—No acierto á explicarme por dónde llegásteis á averiguar que acababa yo de vender mi mejor vino á los jerezanos y que llevaba 12.000 reales en el bolsillo. Pero, en fin, ya tenéis los 12.000 reales. ¿Por qué no os contentáis? Valiéndoos de ese tintero de cuerno que traíais preparado me habéis hecho escribir á mi mujer para que entregue 2.000 duros si no quiere que me ahorquen.

—Y te ahorcaremos y te descuartizaremos como no los entregues—dijo el enmascarado con voz disimulada y extraña.

—Pues bien podéis ahorcarme y descuartizarme ya, sin seguir moliéndome, porque mi mujer, ¡y vaya si la conozco! antes que entregar los dineros entregará mi vida y la de todos sus parientes, aunque nos quiera y nos llore después á moco tendido. Oye, ¿has visto tú la tragedia de Guzmán el Bueno?

El enmascarado no dijo que sí ni que no; se limitó á dar otro ronquido. Don Ramón continuó:

—Pues Guzmán el Bueno para no entregar á Tarifa envió á los moros un cuchillo con que degollasen á su hijo muy amado. Los dineros son

la Tarifa de mi mujer y no los entregará aunque me degolléis. Lo que no hará tampoco, echando con esto la zancadilla á Guzmán el Bueno, es el gasto inútil de enviaros el cuchillo, aunque sea el peor de la cocina. Ya le tendréis vosotros, sin que ella le envíe, para abrirme una gatera en las tripas. Pero seamos razonables: ¿qué vais á conseguir con eso? Compadécete de mí. Mira también por tí y no seas imprudente. Hará ya dos horas que mi mujer me habrá echado de menos, y aun antes de recibir la carta que lleva tu compañero, y no sé cómo ni quién pondrá en sus manos, habrá armado ella una revolución en el lugar, habrá tocado á rebato, y la pareja de Guardia civil y muchos criados míos andarán ya buscándome. No tientes más á Dios. Ponme en libertad. Déjame ir en mi mulita, y yo te lo pagaré si no quieres aguardar á que Dios te lo pague.

El enmascarado siguió sin contestar, aunque dando más ronquidos.

—¿No oyes que yo te lo pagaré? Sobre los doce mil reales que tú y tu compañero os habéis repartido, yo puedo darte hasta otros ocho mil si me dejas libre.

—¿Y cómo?—dijo entonces el enmascarado.—¿Dónde llevas escondidos esos ocho mil reales?

—No seas tonto, hijo mío, no seas tonto. ¿Dónde quieres que los lleve? Yo no tenía más que lo que ya habéis tomado, pero tengo un medio seguro de recompensar tu buena acción.

—¿Y cuál?

Don Ramón titubeó entonces. El deseo de sedu-

cir al de la carátula y salir pronto de aquel mal paso, satisfaciendo su afán de hablar, de contarlo todo y aun de lucirse, porque era muy jactancioso, luchaba en su alma con el temor de empeorar la situación en que se hallaba, sobrexcitando la codicia del bandido.

La manía de hablar pudo más al fin que toda otra consideración juiciosa, y don Ramón explicó que había un ingenioso procedimiento por cuya vírtud tenía él y ponía dinero donde le daba la gana. Bastaba para ello que él escribiese en un papelito determinada cantidad, diciendo *páguese* y firmando. Cualquiera persona que llevase este papelito en la faltriquera, bien podía estar segura de que era como si llevase la cantidad expresada.

Don Ramón impulsado por su locuacidad y su fachenda, no supo lo que se dijo... Su explicación de lo que era *check* ó libranza al portador entusiasmó al bandido, el cual le mandó al punto con amenazas que allí mismo, y en el acto, por valor de dos mil duros, le escribiese y le firmase un *check*.

El tendero murciano conoció la tontería que había hecho, pero conoció igualmente que tenía fácil enmienda, y explicó al de la carátula que los papelitos que allí escribiese y firmase ningún valor tendrían, porque habían de ir, para que valiesen, en hojas dispuestas de cierto modo y arrancadas de un librejo que él se había dejado en casa.

Nada le valió, con todo, para apaciguar al de la carátula. O por poner en duda que fuesen indispensables tales hojas ó por despecho de que se las

hubiese dejado en casa y no las trajese allí, el bandido, sin atender á razones, y diciendo repetidas veces, escríbeme el papelito, se puso á maltratar á pescozones al infeliz maniatado.

Don Paco no pudo sufrir más, fué corriendo á la puerta de la casilla, por fortuna vieja y desvencijada, y descargando sobre ella con todos sus bríos, un diluvio de patadas, de puñetazos y garrotazos, consiguió en pocos segundos arrancarla de los goznes y derribarla por el suelo con estrepitoso sacudimiento que hizo retemblar las paredes.

El bandido se sobrecogió de terror porque imaginó al principio que el viejo guarda, ó lleno de envidia por la ventura que otros iban á lograr, ó enojado porque le profanaban su mansión donde el día antes había estado todavía de cuerpo presente, venía ahora capitaneando una legión de demonios para llevársele al infierno. ¿Qué criatura mortal podía aparecerse á aquellas horas y en tan apartado sitio?

El bandido, no obstante, se recobró del susto y acudió á la defensa.

Echó mano del trabuco, que tenía en un rincón de la estancia, y fué al cuarto contiguo donde había caído la puerta y estaba la entrada. Allí apenas se veía, porque la única luz era la de un candil atado en la otra estancia á una tomiza que pendía de una viga del techo; pero el de la carátula vió el bulto de un hombre que se precipitaba sobre él, y le dijo:—¡Ténte ó mueres!—y le apuntó con el trabuco.

Todo ello fué con rapidez maravillosa.

Don Paco estaba ya casi encima del bandido, y

al mismo tiempo que éste disparaba, le sacudió tan tremendo garrotazo en el brazo izquierdo, que le hizo soltar el arma y dar con ella en el suelo.

El tiro salió antes, pero, torcida ya la dirección, las postas, sin tocar á don Paco, fueron á agujerear el muro.

El de la carátula retrocedió para evitar nuevo golpe; y, aunque magullado por el que había recibido, sacó de la faja que rodeaba su cintura una truculenta navaja de Albacete, de las de virola y golpetillo, de las que llevan la inscripción

Si esta víbora te pica
no hay remedio en la botica,

la abrió con el temeroso ruido que produce la rodaja al encajar en el muelle, y se lanzó otra vez sobre su adversario, pero el bandido estaba ya falto de serenidad y quebrantado por el dolor del primer golpe. No supo ser certero y en balde abanicó el ambiente con su mortífero instrumento.

Don Paco, sereno y decidido, se apartó á un lado, brincó y salvó el bulto y sacudió otra vez tan fiero garrotazo en los lomos del de la carátula que le hizo caer en el suelo boca abajo. Tendido ya en el suelo el bandido, don Paco se ensañó algo, y sin compasión le dió cuatro ó cinco palos más.

Como no se quejaba ni rebullía, don Paco le creyó muerto. Se agachó, no obstante, con precaución y le quitó de la mano la navaja.

En seguida llegó don Paco á donde estaba don Ramón, que le reconoció y con viva efusión le dió las gracias.

Don Paco desató el cordel que tenía á don Ramón amarrado.

—Alúmbreme usted con el candil—le dijo.—Voy á ver si ha muerto ese hombre.

Á la luz del candil se llegó don Paco al que estaba boca abajo tendido por el suelo y le puso boca arriba. La carátula se le había caído.

Don Paco y don Ramón se quedaron absortos al reconocer á Antoñuelo.



XXXII

Por dicha no había recibido ningún garrotazo en la cabeza; pero estaba derrengado, molido y lleno de contusiones.

Seguro ya de que vivía, y por instigación del tendero murciano, que no se aquietaba hasta recobrar, en parte al menos, el dinero robado, don Paco registró á Antoñuelo y le encontró cuatro mil reales, que devolvió á su dueño.

Los otros ocho mil se los había llevado el compañero de Antoñuelo, el cual, por director y maestro en el arte, había tomado doble porción de botín.

Antoñuelo sentía agudos dolores; no formulaba palabra alguna, pero lanzaba gemidos lastimeros.

Don Paco se apresuró á salir de allí, volviendo cuanto antes al lugar con el libertado y el vencido.

La poderosa mula de don Ramón, aparejada aún con muy cómoda y ancha albarda, se hallaba en un corralejo ó pequeño cercado contiguo á la casilla.

Sacó don Paco la mula, hizo que montase en ella su dueño, y levantando después á Antoñuelo, que apenas se podía mover, y llevándole en peso con alguna dificultad, le plantó á las ancas. Él cargó luego con el trabuco y la navaja, trofeos de su victoria, y echando delante la mula y su doble carga, se dirigió hacia el lugar.

Al ir caminando daba infinitas gracias á Dios porque le había puesto en ocasión de castigar un delito y de evitar otros mayores y porque le había proporcionado un medio de volver á la patria con justo motivo y sin ningún sonrojo.

Aunque caminaron despacio, llegaron al lugar entre una y dos de la noche, sin hallar á nadie en el camino.

Inquieto don Andrés por la suerte de don Paco, había enviado en balde á muchas personas para que le buscasen. También la tendera había enviado gente en busca de su marido. Todos con mal éxito se habían vuelto al lugar antes de media noche.

Cuando mucho más tarde entraron en él don Paco y su comitiva, los villalegrinos estaban durmiendo.

Don Paco, procurando y logrando no llamar la atención, dejó á Antoñuelo á la puerta del herrador, su padre. Libre ya don Ramón del poco agradable socio de montura, se despidió de don Paco con nuevas y fervorosas manifestaciones de gratitud y se largó á su casa.

Don Paco se fué á reposar á la suya.

Como el médico estaba viejo y averiado y tenía no poco que hacer, don Policarpo ejercía también,

con consentimiento del médico, la medicina y la cirugía. El herrador le llamó al punto para que curase á su hijo.

Don Policarpo le atendió muy bien y pronosticó que le curaría pronto, porque sus contusiones, si bien en extremo dolorosas, no eran de peligro ni daban que temer por su vida.

Apenas amaneció, don Policarpo, sabedor de que don Andrés estaba inquietísimo por la suerte de su amigo ó como si dijéramos de su ministro, fué á casa del cacique, que se despertaba con el alba, y le pidió albricias y le dió la buena nueva de que don Paco había parecido. Como el boticario sólo había visto al magullado Antoñuelo y no sabía bien lo ocurrido, hizo su composición de lugar, y fantaseó y dijo á don Andrés que entre don Paco y Antoñuelo había habido una muy reñida pelea, sin duda por los bellos ojos de Juanita; que la pelea había sido en mitad del campo, durante la noche; que don Paco había quedado ileso y que el pobre Antoñuelo estaba tal, que se le podían comer con cuchara, pero que él, con su ciencia y sus cuidados, le sanaría muy pronto.

Don Andrés holgó mucho de que hubiese vuelto sano y salvo el secretario del Ayuntamiento, que le era utilísimo y á quien profesaba más amistad que á nadie.

No por eso quiso llamar á don Paco ni ir á verle en seguida, turbando el reposo de que sin duda había menester; pero no creyó en el duelo ó pendencia que don Policarpo había supuesto y contado.

Don Andrés, aunque muy estimulado por la

curiosidad, se armó de paciencia y de calma y aguardó dos ó tres horas, antes de dar un paso para descubrir lo cierto.

Bien sabía él que el mayor amigo y confidente de don Paco era el maestro de escuela, y á eso de las ocho, cuando ya la escuela había empezado y don Pascual debía de estar en ella, don Andrés le envió á llamar á su casa.

El mozo que llevó el recado volvió diciendo que don Pascual había salido al rayar el alba, que no había vuelto aún, que los niños estaban dando lección con el ayudante, y que no bien volviese don Pascual y supiese que don Andrés le llamaba, iría á verle al punto.

XXXIII

Don Paco, después de vagar en la soledad por espacio de dos días y después de tantas penas, emociones y lances, anheló para desahogo confiarse por completo con alguien. ¿Y con quién mejor que con el maestro de escuela, hombre de bien, sigiloso y tan excelente y desinteresado amigo, primero de Juanita y de él más tarde?

La mujer del alguacil fué, pues, á llamar á don Pascual de parte de don Paco.

Don Pascual vino y don Paco se lo contó todo. No le dió ninguna comisión ni embajada para Juanita; pero don Pascual, por una benévola usurpación de atribuciones y de empleo, se declaró él mismo y se nombró embajador, se fué á ver á Juanita que, desvelada y triste, se acababa de levantar, y le refirió con fidelidad minuciosa los furores y penas de don Paco, sus celos, su desesperación, sus propósitos de suicidio ó de extrañamiento perpetuo, y por último el combate de la casilla, el

delito de Antoñuelo, los golpes que éste había recibido y su vuelta y la de don Paco á Villalegre.

Contó también que el tendero murciano, y su mujer con más impaciente furia, no se conformaban con callarse sin delatar á Antoñuelo y sin enviarle á presidio, si no se les devolvían en el término de tres días los ocho mil reales que no habían recobrado y que el cómplice de Antoñuelo se había llevado consigo.

Según informes adquiridos y comunicados por don Paco, Antoñuelo por nada del mundo diría el nombre y la condición del forastero que había cometido con él el delito. Por otra parte, aunque Antoñuelo le delatase, de nada valdría esto para recobrar los ocho mil reales por medio de la justicia, sin envolver en el proceso al hijo del herrador y condenarle y perderle.

El afecto profundo y extraño, como de madre ó como de hermana, que Juanita había sentido por Antoñuelo toda su vida, renació entonces con vehemencia en su corazón, olvidándose de los groseros agravios con que la había ofendido aquel mozo.

Juanita se prcpuso salvarle, lograr que se echase tierra al asunto, y evitar su deshonra y su ida á presidio, aunque para ello fuese menester buscar los ocho mil reales en el mismo infierno.

A esta penosa agitación de Juanita se contraponía en su alma otra agitación dulcísima, otro sentir, en vez de aflictivo, delicioso y beatificante, que aumentaba y enardecía su amor al saberlé tan bien pagado, y que lisonjeaba su orgullo. A pesar del dolor y del sobresalto, que la conducta criminal de

Antoñuelo y sus consecuencias le causaban, Juanita se juzgó venturosa, y sin duda lo era.

Sólo faltaba ya, y urgía y no daba un instante de espera, el desengañar á don Paco, el persuadirle de que ella era inocente y el convencerle de que ella le amaba.

Ya don Pascual en su largo coloquio con don Paco, había hecho esfuerzos para convencerle de la inocencia de Juanita. Don Pascual le aseguró que él conocía muy bien el noble y leal carácter de ella y cuán virtuosa y honrada había sido siempre en medio de la completa libertad en que había vivido, sin que su madre la vigilase y la tuviese siempre á su lado. Su madre había tenido que ir á las casas á donde la llamaban á trabajar, dejando á Juanita, ó con una criada ó completamente sola cuando ni criada tenía. Juanita, además, sin que nadie la acompañase ni mirase por ella, había pasado de la niñez á la mocedad en medio de las calles y en trato y conversación con toda clase de personas. Nadie, sin embargo, se le había atrevido, porque ella sabía hacerse respetar, y ni las personas más maldicientes habían formulado nunca contra ella una acusación fundada que pudiera en lo más mínimo deslustrar su decoro.

Lo que don Paco había visto, lo que había causado su enojo y su desesperación, no era, por consiguiente, culpa de Juanita, sino inmotivado atrevimiento de don Andrés, quien si algo logró por sorpresa, fué rechazado violentamente en seguida.

Don Pascual sostenía además que Juanita no había provocado la audaz acometida de don Andrés, á la

que daba por única causa el engreimiento del cacique y su convicción de que todo había de rendirse á su voluntad y ser propicio á su deseo.

No bien se enteró Juanita de todo esto oyendo hablar al maestro de escuela, procuró que terminase la visita y que éste se fuese.

Cuando se vió sola, sin hablar á su madre para no perder tiempo, tomó el pañolón, se le echó de cualquier modo en la cabeza y se fué á casa de don Paco escapada.



XXXIV

LLEGÓ Juanita á la casa, llamó á la puerta y salió á abrirle la mujer del alguacil. Juanita le dijo:

—¿Está don Paco en casa? ¿Está levantado y solo? Necesito verle y hablarle sin tardanza.

—Solo y levantado está en la sala de arriba—dijo la mujer del alguacil.

Sin aguardar más contestación ni más permiso, Juanita apartó á un lado á su interlocutora, echó á correr, subió las escaleras, dejó el mantón en un banco de la antesalita y entró destocada en la sala donde estaba don Paco.

La sorpresa y el júbilo de éste fueron indescriptibles, por más que estuviese receloso aún de que en los atrevimientos de don Andrés la coquetería de Juanita había entrado por algo.

Agradecido á la visita no esperada, don Paco se mostró muy fino, pero disimuló su alegría y procuró poner el rostro lo más grave y severo que pudo.

—No estés enfurruñado conmigo—dijo Juanita tuteándole por primera vez.—Yo estaba celosa de doña Agustina y enojada contra tí con tan poca razón como tú estás ahora enojado; yo quería darte picón. Soy leal. Confieso mi culpa y me arrepiento de ella. Es cierto; provoqué á don Andrés sin reflexionar lo que hacía. Perdónamelo. Me besó por sorpresa, pero le rechacé con furia. Te lo juro, créeme; te lo juro por la salvación de mi alma: no le rechacé porque tú entraste, y más duramente le hubiera rechazado yo si tú no entras. Vengo á decírtelo para que me perdones, porque te amo. Quiero que lo sepas; estoy arrepentida de haberte despedido, y me muero por tí y no puedo vivir sin tí.

¿Qué había de hacer don Paco sino ufanarse, enternecerse, derretirse y perdonarlo todo al oir tan dulces y apasionadas frases en tan linda y fresca boca? No sabía, sin embargo, qué decir ni qué hacer, y como generalmente ocurre en tales ocasiones, dijo no pocas tonterías.

—Apenas puedo creer—dijo,— que no repares ya en mi vejez, que no pienses en que puedo ser tu abuelo y que me quieras como aseguras. ¿Pretendes acaso burlarte de mí y trastornarme el juicio? ¿Te propones halagarme con la esperanza de una felicidad que no me atrevía ya á concebir ni en sueños, para matarme luego desvaneciéndola?

—No, vida mía: yo no quiero desvanecer tu esperanza, sino realizarla. Yo quiero darte la felicidad, si juzgas felicidad el que yo sea tuya. Si no me desprecias, si me perdonas, si no me crees indigna,

nos casaremos, aunque rabie doña Inés de que yo no sea monja, aunque don Andrés te retire su favor, aunque se nos haga imposible la permanencia en este pueblo, y aunque tengamos que irnos por ahí, acaso á vivir miserablemente. No lo dudes; si fuese posible que don Andrés se prendase de mí hasta el extremo de querer casarse conmigo, yo le despreciaría por amor tuyo aunque fueses tú mil veces más pobre de lo que eres: yo le cantaría la copla que dice:

«Más vale un jaleo probe
y unos pimientos asaos,
que no tener un usía
esaborío á su lao.»

Don Paco, al oir esto, apenas pudo ya contener y ocultar su emoción.

Un estremecimiento delicioso agitó sus venas como si por ellas corriesen luz y fuego en vez de sangre. Estuvo á punto de echarse á los pies de Juanita y besárselos, pero aún se reportó y dijo:

—Quiero creer, creo en tu sinceridad de este momento. Mi modestia, con todo, me induce á temer que tal vez te alucinas, que tal vez tú misma te engañas, que tal vez te arrepientas del paso que das ahora. Eres tan hermosa que puedes ambicionar cuanto se te antoje. Y don Andrés no es un usía desaborido como el de la copla; es una persona inteligente, estimada y respetada por todos; mejor y mucho más joven que yo.

—Será todo lo que tú quieras, mas para mí tú eres el más inteligente, el más joven y el más guapo.

Todavía, escudado por su humildad, trató don Paco de ocultar que estaba ya satisfecho, que había depuesto su enojo y que sus recelos se habían disipado. Con menos seriedad, sonriendo y entre veras y burlas, dijo:

—Me fío de tí: conozco que hablas con el corazón. No, no piensas en engañarme; pero sin duda tú misma te engañas.

Y para poner más á prueba la vehemencia y la firmeza del amor de Juanita, añadió luego:

—Es inverosímil que tú, si don Andrés, como parece evidente, está enamoradísimo de tí, le desdeñes y me prefieras y me ames ahora, cuando antes, que no tenías á don Andrés, era á mí á quien despreciabas. Pues qué, ¿ignoras que yo soy un pobre diablo, dependiente de él, y que él es poderoso, rico, respetado y temido aquí, estimado y favorecido por el Gobierno, y caballero Gran Cruz, con excelencia y todo?

—¿Y qué me importa á mí su excelencia? A tí y no á él debió el Gobierno dar la Gran Cruz, ya que todo lo bueno que se hace en este lugar eres tú quien lo hace.

Calló un momento y prosiguió con dulce risa como quien de súbito tiene una idea que le agrada.

—Esta injusticia quiero remediarla yo; pero necesito antes que tú me proclames y me jures por tu reina. Sé mi súbdito fiel. Sométete. Júrame por tu reina y tu reina te premiará. Júrame.

Don Paco se sometió sin más resistencia. Se hincó de rodillas á los pies de ella y exclamó entusiasmado:

—¡Te juro!

Juanita, impulsada irresistiblemente por la idea rara que había concebido, apartó con gran rapidez el pañolillo que llevaba al pecho, prendido con alfileres, sacó sus tijeras del bolsillo del delantal y se desabrochó dos ó tres corchetas del vestido.



Don Paco, siempre de hinojos, la contemplaba embelesado y curioso. Ella introdujo los dedos por bajo del vestido y desató un listoncillo de seda azul que le ceñía al pecho la limpia camisa. Tiró de él y le sacó de la jareta, calada y bordada, trabajo primoroso de su diestra mano. Cortó, por último, con las tijeras un buen pedazo del listoncillo y se le puso á don Paco en el ojal del chaquetón, afirmándole con una lazada.

—Yo te concedo, en atención á tus altos méritos y servicios—dijo con solemnidad—esta bonita condecoración, que vale mil veces más que la que tiene don Andrés, y te declaro mi caballero y Gran Cruz de la orden de los celos disipados. Por eso es azul el listoncillo como las flores del romero.

Don Paco se levantó, sin pizca ya de celos, porque todo se convirtió en amor, y dijo:

—Tú me citaste una copla: no quiero ser menos; voy á citar otra, aunque tenga que llamarte en ella, no por tu nombre, sino como se llama la madre de tu santo.

Las flores del romero
niña Isabel,
hoy son flores azules
mañana serán miel.

—Y si han de ser miel mañana, ¿no es mejor que lo sean en este mismo instante?

Don Paco se acercó á Juanita para besarla.

Ella le separó con suavidad y se esquivó, poniéndose muy seria y exclamando:

—Déjame. No te llegues á mí. Respétame como á tu reina y como mi caballero que eres. Las flores del romero serán miel en su día; ahora no. Ve mañana á mi casa, á las diez y media de la noche. Allí hablaremos con mi madre. Adiós.

Juanita se dirigió para salir hacia la puerta de la sala. Ya en la puerta, volvió la cara, miró á don Paco, se dió á escape más de treinta besos en la palma de la mano, sopló en ellos y se los envió á su amigo por el aire.

—De cerca y sin alas los quiero yo.

—Ya les cortaremos las alas. En cuantito no sea pecado mortal los tendrás de cerca hasta que te hartes; y dicho esto, recogió el mantón en la antesalita, bajó brincando por la escalera y se puso en la calle.

XXXV

En medio de su alegría por haberse reconciliado con don Paco, por estar segura de su amor y resuelta á casarse con él aunque doña Inés y el cacique se opusiesen y tuvieran ella, su novio y su madre que ser víctimas de la cólera de tan poderosos señores, Juanita sentía profunda pena por la suerte de Antoñuelo. Su delito le daba horror y no quería volver á verle ni hablarle en la vida, pero le amaba aún con cariño de hermana y presentía que ella acibararía con algo como remordimiento las mayores venturas que pudiera alcanzar si no evitaba que Antoñuelo fuese procesado, deshonrado públicamente y condenado á presidio. Con egoísmo amoroso, sólo del amor mutuo que don Paco y ella se tenían había ella hablado con don Paco. Ya en la calle y separada de él, Juanita volvió á pensar en Antoñuelo y á cavilar en un medio de salvarle sin que nadie le diese auxilio y siendo ella su única salvadora.

Con este propósito se presentó en casa del tendero murciano, que la recibió estando con su mujer doña Encarnación solos en la trastienda.

No lloró Juanita, porque tenía muy hondas las lágrimas y rara vez lloraba, pero con acento conmovedor y apasionado les rogó que se callasen sobre lo ocurrido, prometiéndoles que en el término de seis meses ella les daría los ocho mil reales que el forastero se había llevado. Contaba para esto con la voluntad de su madre, de la cual estaba cierta de disponer como de su propia voluntad. Su madre tenía dado á premio dinero bastante para salir de aquel compromiso, y en el término marcado de los seis meses podía cobrar dicho dinero. Su madre además era propietaria de la casa en que vivían, y si bien la casa estaba fuertemente gravada con un censo, todavía podría producir, vendiéndola, muy cerca de los mencionados ocho mil reales.

Doña Encarnación habló antes que su marido, y dijo al oir aquellas proposiciones:

—Tú estás loca, hija mía, y yo supongo que ni tu locura será contagiosa ni se la pegarás á tu madre. Imperdonable estupidez sería que ambas os arruináseis por salvar á un pillastre. Anda, déjale que vaya á presidio. Aquel es su término natural é inevitable. Si ahora le salváseis, en seguida volvería á hacer de las suyas y á dar nuevo motivo para que le apretasen el pescuezo. Vuestro sacrificio no sólo sería inútil, sino también perjudicial.

—Los consejos de usted—contestó Juanita,—y perdone usted que se lo diga, son aquí los inútiles. Contra mi firme resolución no hay consejo que

valga. No son consejos sino dinero ó crédito lo que yo necesito. Si tuviera yo en mi arca los ocho mil reales, los hubiera traído y se los hubiera dado á ustedes en cambio de un papel, firmado por ustedes, donde declarasen que Antoñuelo nada les debía y que no tenían contra él la menor queja. No tengo el dinero, pero estoy segura de poder reunirle antes de



seis meses. ¿Quiéren ustedes firmar el documento de que he hablado desistiendo de toda queja contra Antoñuelo y recibir en cambio otro documento en que yo me comprometa á pagar los ocho mil reales? Este es el asunto, y no hay para qué andarse por las ramas. Conteste usted, don Ramón, y diga que sí ó que no.

—Pues mira, Juanita—contestó el interpelado:—yo digo que no, porque no quiero ser cómplice de tu locura y porque un pagaré firmado por tí, que eres menor de edad, no vale un pitoche.

—El pagaré, aunque apenas tengo aún veinte años, valdría tanto como si yo tuviese treinta. Nunca he faltado á mi palabra hablada: menos faltaré á mi palabra escrita. Para cumplir el compromiso que contrajese, me vendería yo si no tuviese dinero.

Á don Ramón se le encandilaron algo los ojos, á pesar de que doña Encarnación estaba presente, y dejó escapar estas palabras:

—Si tú te vendieses, aunque en el lugar son casi todos pobres, yo no dudo de que tendrías los ocho mil reales; pero yo no quiero que tú te vendas.

—Ni yo tampoco—replicó la muchacha.—Lo dije por decir. Fué una ponderación. Los bienes de mi madre son míos: ella me quiere con toda su alma y hará por mí los mayores sacrificios. No dude usted, pues, de que dentro de seis meses tendrá los ocho mil reales que ahora me preste, sin necesidad de que yo me venda para pagárselos.

Doña Encarnación la interrumpió entonces diciendo:

—Juanita, nosotros tenemos tan buena opinión de tí, que estamos seguros de la sinceridad y de la firmeza con que prometes pagar; pero si dentro de seis meses no allegas los dineros ó porque tu madre, queriéndote mucho, no quiere darlos, ó porque no os pagan vuestros deudores y no logréis vender la casa, tu sinceridad y tu firmeza nada valdrán pecuniariamente, aunque moralmente valgan mucho. Tu misma moralidad para este asunto de los dineros, en vez de ser una garantía es un indicio claro del peligro que corremos, si te los prestamos, de no volverlos á ver nunca.

—Sí, hija mía—interpuso don Ramón;—si en este caso me hipotecases tu inmoralidad, en vez de hipotecarme tu moralidad, estaría yo más seguro de cobrar el dinero. Sería una prenda pretoria que daría ricos productos, por mal que se administrase.

Juanita advirtió que el tendero murciano trataba de tomarle el pelo, valiéndonos de una expresión que ahora se emplea en estilo chusco; y como era poco sufrida, empezo á perder la paciencia y dijo bajando la voz, pero aguzando cada una de sus palabras como si fuese una lanceta:

—Ea, déjese usted de bromas insolentes, tío marrano. Piense usted bien en mi proposición y verá que le tiene cuenta. Si acude á la justicia quizás tendrá el gusto de ver en presidio á Antoñuelo, pero de fijo que no verá nunca los ocho mil reales. En cambio, si los da ahora por recibidos y acepta el pagaré que yo le firme, dentro de medio año ó antes, y esto es tan claro como el sol que nos alumbra, recuperará sus ocho mil reales y además los intereses que me ponga por ellos, porque yo no quiero que me los adelante por mi linda cara.

—Aunque me insultes llamándome tío marrano, me permitirás que al menos por tu linda cara te perdone el insulto. También me mueve tu linda cara, y no las mezquinas reflexiones que has hecho por mí, á prestarte los ocho mil reales si me prometes que tu madre ha de conformarse con el contrato. De todos modos, ya comprenderás tú, porque tienes sobrado talento, aunque eres inexperta, que yo corro mucho peligro al hacer el préstamo; que el daño emergente no es flojo, y que, por lo tanto,

tampoco pueden ser flojos los intereses. No obstante, yo aspiro á que, en vez de llamarme marrano, me llames generoso y espléndido. Asómbrate...

Doña encarnación, que hasta entonces había reprimido su cólera, sufriendo el insulto hecho al enclenque de su marido, por temor de andar á la greña con Juanita y aun de quedar vencida y aporreada, no pudo ya contenerse al ver y al oir á su marido tan melífluo y tan predispuesto á ser dadivoso, y le interrumpió exclamando:

—No te derritas, hombre; no te vuelvas una jalea; no me obligues á que sea yo quien te llame tío marrano. Atiende á lo que haces, y ya que te expones tanto prestando los dineros, que sea con algún fruto.

—Yo no me derrito, yo atiendo á lo que hago—contestó don Ramón;—pero en vez de responder á las injurias con otras injurias, quiero ser magnánimo y responder con favores y beneficios. Juanita, yo doy por recibidos los ocho mil reales que me robaron con tal que tú me firmes un pagaré, que vencerá dentro de seis meses, por la expresada cantidad, más un pequeño tanto por ciento.

—Mil gracias, señor don Ramón—dijo Juanita. —Escriba usted los dos documentos. Yo me llevaré, firmado por usted, el que me asegure que Antoñuelo quedará libre, y firmaré y dejaré en poder de usted el que declare que le soy deudora.

—Está bien. No hay más que hablar—dijo don Ramón.

Y yendo á su escritorio, redactó los dos documentos en un periquete. En el pagaré se comprometía

Juanita á pagar, en el término de seis meses, la cantidad de diez mil reales.

—Ya ves mi moderación—dijo el tendero murciano al presentar á la muchacha el documento para que le firmase.—Me limito á cobrarte sólo un 25 por 100, á pesar del peligro que corro de quedarme sin mi dinero, porque á despecho de todos tus buenos propósitos no tengas un ochavo dentro de los seis meses y tengamos que renovar el pagaré, lo cual me traería grandísimos perjuicios.

—Ya lo creo—dijo doña Encarnación;—como que ahora andamos engolfados en negocios tan productivos, que ganamos un ciento por ciento al año. Créeme Juanita; prestándote los ocho mil reales nos exponemos á quedarnos sin ellos y además á perder otros veinticinco por ciento, ó sea otros dos mil reales, que hubiéramos ganado dando á los ocho mil más lucrativo empleo; pero en fin, ¿qué se ha de hacer? Mi señor esposo pierde la chabeta cuando ve un palmito como el tuyo.

—Sea como sea—dijo Juanita,—yo agradezco á ustedes mucho el favor que me hacen.

Y guardándose en la faltriquera el otro documento después de haberle leído y estimado que estaba bien, se despidió de los mercaderes y se fué á su casa.

XXXVI

Arrebatado yo por la corriente de los sucesos, por la importancia que les doy y por la rapidez con que quiero narrarlos, he descuidado la cronología. Está vaga y confusa y conviene fijarla un poco.

Nada más fácil. Basta decir para ello que el día de la fuga de don Paco acertó á ser Domingo de Ramos.

Como don Paco vagó todo aquel día y el siguiente, resulta que volvió á Villalegre al empezar el Martes Santo.

Son tales la preocupación y el embeleso de todos los habitantes de Villalegre durante aquella semana, que nadie hubiera notado ni la desaparición ni la vuelta de don Paco si no hubiera sido él personaje tan notable, tan activo y que por lo común andaba siempre en todo.

Lo que no se hubiera sabido, ni aun en tiempos normales, eran las causas de su ida y de su vuelta.

Los celos siguieron sepultados en el más profundo silencio por los que los causaron y los padecieron: por don Andrés, Juanita y don Paco. Y los delitos de Antoñuelo y los medios que don Paco empleó para remediar unos y frustrar otros hubo interés en callarlos y se logró que los callaran el tendero y su mujer, únicas personas á quien interesaba decirlos.

Sólo se sabía que Antoñuelo había vuelto apaleado; pero, á pesar de los comentarios que se hacían, nadie atinaba con el motivo y pocos sospechaban quién había sido el autor del apaleo.

El tiempo aquel era el menos á propósito para que en Villalegre fijase el vulgo su atención en lance alguno, por extraordinario que fuese, de la vida real contemporánea. La atención general estaba embelesada y suspensa por la pasmosa representación simbólico-dramática que iba á verificarse durante cuatro días consecutivos, teniendo por teatro todo el lugar, con templos, plazas y calles, y teniendo por actores á la mitad ó quizás á más de la mitad de los hombres, y por espectadores á la otra mitad de ellos, á todas las mujeres y niños y á no pocos forasteros.

Las procesiones de Semana Santa empiezan el miércoles y terminan el sábado. Yo, que las he visto en mi niñez, en otra población donde son muy parecidas á las de Villalegre, conservo de ellas el más poético recuerdo, por donde imagino que las personas que las censuran carecen de facultades estéticas ó las tienen embotadas. Hasta la rudeza campesina de algunos accidentes presta á la representación de que hablo candoroso hechizo.

Acaso había accidentes ó episodios en dicha representación en que lo sagrado y lo profano, lo serio y lo chistoso y lo trágico y lo cómico desentonaban algo. Celosos y discretos obispos han hecho sin duda muy bien en suprimir estas discordancias ó salidas de tono; pero lo esencial de la representación, que consta de procesiones y de pasos, sigue todavía y hubiera sido lástima suprimirlo; hubiera sido un crimen de lesa poesía popular.

Á mi ver, hasta en corregir, atildar y perfeccionar lo que se hace, aunque no niego que se presta al atildamiento y á la mejora, es menester andarse con tiento. Puede ocurrir, si es lícito que yo me valga de un símil literario, lo que ocurre con un escrito en verso ó prosa cuando el autor, por el prurito de acicalar el estilo, manosea, soba y marchita lo que escribió y lo deja mustio, lamido y sin espontaneidad ni gracia.

Conviene además, para ver aquello con fruto y penetrar su hondo sentido, prescindir de refinamientos y de ideas de lujo y de exactitud indumentaria, adquiridas en ciudades más ricas y populosas. Sólo así y reflexionándolo bien se percibe lo sublime y lo bello de la verdad dogmática que bajo el velo del símbolo resplandece.

Menester es que no se arredre por lo áspero de la corteza el que anhele gozar del dulce alimento que para el espíritu ella cela y contiene.

La representación no se limita á ofrecer al pueblo un trasunto de la pasión y muerte de Cristo y de la redención del mundo, sino que en cierto modo abarca todo el plan divino y providencial

de la historia, como el famoso discurso de Bossuet.

Los seres humanos sin duda no se juzgan dignos de representar á los seres divinos ni se creen idóneos para ello y temen profanar la acción interviniendo en ella inmediatamente. De aquí que todos los momentos del alto misterio de la redención se figuren por medio de imágenes que se llevan en andas y cuyos movimientos silenciosos y solemnes va explicando un predicador desde un púlpito erigido en medio de la plaza y que la muchedumbre rodea. Sólo hablan los seres humanos. Los sobrehumanos callan, salvo algunos ángeles, que cantan lo que dicen.

Así, por ejemplo, el pregonero desde el balcón de las Casas Consistoriales lee en alta voz la sentencia que condena á Jesús á muerte afrentosa en una cruz y entre dos ladrones por enemigo del César y por otros muchos delitos.

El predicador exclama entonces:

—Calla, falso pregonero; calla, viperina lengua, y oye la voz del ángel, que dice...

En seguida aparece, en otro balcón de la casa mejor que está enfrente del Ayuntamiento, el niño de seis ó siete años más bonito, más inteligente y de más dulce voz que en el lugar hay; y primorosamente vestido de ángel, con tonelete de raso blanco bordado de estrellitas de oro, con refulgentes y extendidas alas y con corona de flores, canta una sencilla y sublime contrasentencia, que comienza diciendo: *Esta es la justicia que manda hacer el Eterno Padre...*

Luego explica, con enérgica concisión que no se

opone á la claridad, los misterios de la encarnación y de la redención, cuando en la plenitud de los tiempos se une el Verbo increado con la humana naturaleza, glorificándola y haciéndola digna del cielo, y padeciendo en ella y por ella, á fin de lavar sus culpas.

Sólo hechos meramente naturales, en que intervienen personajes secundarios, son representados por hombres.

Hay uno, no obstante, que es muy transcendental, y que también los hombres representan. Es la prefiguración, el reflejo profético del sacrificio del Hijo por el Padre: es el sacrificio de Isaac por Abraham en la cumbre del monte Mória, y que otro ángel impide. El monte está representado en medio de la plaza por un tablado cubierto de verdura. Abraham é Isaac no hablan: sólo accionan. Cuando Abraham tiene ya levantada la cuchilla para sacrificar á su hijo, el ángel le detiene cantando un romance. Isaac recibe entonces la palma del martirio, que ostenta en las procesiones de los días siguientes. Abraham sacrifica un cordero, según los antiguos ritos.

Los principales personajes del Antiguo Testamento discurren en la procesión silenciosos y solemnes, como si la Historia Sagrada tomase cuerpo y apareciese ante nuestros ojos en visión ideal. ¿Qué daña á la mente infantil y á la rústica buena fe que no se ajuste con exactitud esta visión á la verdad arqueológica, y que en ella no se desplieguen el lujo y la pompa, si la imaginación del vulgo los pone allí con creces? Á su vista aparecen,

y van pasando, Elías, Ezequiel, Daniel, Isaías, Amós y los demás profetas, así como los reyes, jueces y príncipes; Melquicedec, David, Moisés, Salomón, y qué sé yo cuántos más. Todos llevan el rostro inmóvil de la carátula; y en las potencias, aureola ó nimbo que coronan sus cabezas, inscrito el nombre de cada uno. Distínguense además, por los atributos que en sus manos tienen: David lleva el arpa, Salomón un modelo del templo y Moisés las Tablas de la Ley.

Como los profetas hicieron vida áspera y penitente, y no se cuidaron mucho del primor y de la elegancia en el vestir, se llaman los *ensabanados,* porque sus túnicas y mantos están hechos con sábanas. Y por el contrario, los monarcas y grandes señores se engalanan con todo el lujo que pueden, llevando por túnicas los mejores vestidos de sus mujeres ó de sus novias, y por mantos las colchas más ricas de las camas, por lo cual se llaman los *encolchados.*

Conforme va pasando cada procesión, que suele permanecer tres ó cuatro horas en la calle, se ejecutan pasillos, que casi siempre explica un nazareno cantando una *saeta.* Para prevenir y llamar la atención del público hacia cada pasillo, otros dos ó tres nazarenos hacen resonar las trompetas con melancólico y prolongado acento. Así, pongo por caso, cuando los evangelistas van escribiendo en unas tablillas lo que pasa y unos judíos tunantes vienen por detrás haciendo muchas muecas y contorsiones y les roban los estilos. Los evangelistas, resignados y tristes, abren entonces los brazos

y se ponen en cruz. Las trompetas resuenan otra vez para dar el pasillo por terminado.

Cosas hay de cierto primor artístico y de bien inspirada delicadeza. Asi la cruz que llevan en andas, grande y negra como de ébano bruñido con remates primorosos de plata, sin Cristo en ella, que ya se supone resucitado y en el cielo, de la que penden siete anchas cintas verdes, blancas y rojas, de los tres colores de las virtudes teologales. Del extremo de cada cinta va asido un niño ó un grupo de niños, representando todos en su conjunto y muy lindamente los siete sacramentos de la santa Iglesia.

Otros niños con vestiduras talares y con alas de querubines llevan en sus hombros el arca de la alianza, como recuerdo de la ley antigua, anterior á la Buena Nueva y á la ley de gracia.

En fin, para mi gusto todo está tan bien, que si no fuera por el temor de que me tildasen de impertinente y de extenderme demasiado en descripciones impropias de este lugar, seguiría relatando sin cansarme y con deleite artístico cuanto se representa en Villalegre en aquellos cuatro días.

Baste indicar aquí que el Viernes Santo al anochecer, se celebra el santo entierro, en el que no parecen ya las figuras simbólicas de los personajes de la Antigua Ley; sólo hay nazarenos, hermanos de Cruz, llevando cada cual á cuestas la suya y haciendo gala de que sea pesada y grande, y soldados romanos y no pocos judíos, convertidos ya, en prueba de lo cual llevan en las manos sendos rosarios y van rezando devotamente. Hay, por

último, muchos hombres y niños piadosos que alumbran el entierro con velas.

Pero la procesión más solemne y conmovedora es la que se verifica el Sábado Santo desde las nueve de la mañana hasta medio día.

En ella sale únicamente la imagen de María Santísima de la Soledad, que es como el paladión de la villa y que se custodia y venera en el templo más antiguo que existe allí, al otro extremo de la nueva parroquia, en la cumbre del cerro que domina la población, en la Acrópolis, como si dijéramos, y al lado del abandonado castillo del duque, desde donde éste salía con su mesnada á combatir á los moros fronterizos y á entrar en algarada por las tierras granadinas.

Aquella imagen es una obra maestra del arte cristiano en la época de su mayor florecimiento en España. Es cierto que se puede decir que el escultor no hizo más que la cabeza y las manos: el pensamiento puro y celestial y el medio por cuya virtud puede convertirse en acción el pensamiento. Pero aquellas manos y aquel rostro son de admirable belleza. Aquel rostro parece divino, combinándose en él la expresión del dolor más profundo y la humilde conformidad con la voluntad del Altísimo. Los ojos de la Virgen son hermosos y dulces; el llanto los humedece. En las mejillas de la imagen hay dos ó tres lágrimas como el rocío en las rosas.

En el resto de la imagen no se advierte forma ni dibujo de cuerpo de mujer. Todo está cubierto de un riquísimo y extenso manto de terciopelo bordado de oro.



El artista, al representar el *Eterno femenino,* la fusión en el dolor de las dos excelencias de la mujer, como virgen y madre, se diría que huyó de lo corpóreo y sólo quiso prestar forma visible al espíritu.

Sobre los adornos y bordados de la túnica de la Virgen se ven las empuñaduras de las siete espadas que le traspasan el pecho.

En la procesión del Sábado Santo, todos los personajes del Antiguo Testamento y los judíos y los soldados romanos se desvanecen y se eclipsan ante la divina imagen de la Virgen. Sólo la acompañan el clero y la muchedumbre piadosa con innumerables velas y cirios encendidos.

Con devoción y recogimiento anda la procesión el camino marcado; pero apenas vuelve y entra de nuevo en su iglesia, todas las campanas de la villa tocan á gloria con estruendoso repique; un toro de cuerda muy bravo sale á la calle y los aficionados le lidian y capean; en la cárcel se da libertad á un preso que hace de Barrabás, y en varios sitios á propósito, donde hay poco peligro de matar á nadie, se ahorcan sendos Judas, ó sea grandes muñecos de trapo, rellenos de estopa y de triquitraques, contra los cuales disparan tiros los mozos que tienen escopeta, hasta que los Judas arden dando muchos triquitracazos y tronidos.

De esta suerte terminan con el regocijo de la resurrección del Señor las interesantes fiestas de Semana Santa.

XXXVII



TODO andaba revuelto aquel día en la parte baja de la casa del cacique. Se entregaba la gente á diversos trabajos, para preparar una gran fiesta que había de realizarse al otro día, Miércoles Santo. La procesión, preámbulo de las otras, y que debía ser en dicho miércoles por la tarde, era dirigida y costeada todos los años por el señor D. Andrés Rubio, hermano mayor de la más importante cofradía.

Habían de salir en esta procesión tres obras maestras de escultura, tan pesada cualquiera de ellas que para llevarlas en andas por las calles era menester un ejército de nazarenos.

La primera escultura representa al Señor de la

Pollinita. Jesús cabalga sobre el humilde animal, y entra triunfante en Jerusalén.

El pueblo, compuesto de gran número de nazarenos, de soldados romanos y de judíos, debía marchar delante de la referida imagen con palmas y con grandes y frondosas ramas de olivo.

Después, precedida de todos los *ensabanados*, *encolchados* y *jumeones* que se pudiese, tenía que salir la Cena, cuyo peso es enorme, pues consta la imagen completa de trece figuras de tamaño natural y de la mesa, que algo pesa también y que va cubierta y adornada de flores, de las más exquisitas frutas que desde el otoño han podido conservarse hasta aquel día con el mayor esmero, y de un elevado y complicadísimo ramillete de dulces, donde echa el resto el más listo é ingenioso de los confiteros.

En pos de la *Cena*, y precedida también de mucha gente, había de salir la *Oración del Huerto*, donde Cristo ora de rodillas; un ángel, que quiere estar en el aire, pero que se apoya en el ramaje de un olivo, ofrece á Cristo el cáliz de la amargura, y los discípulos yacen por tierra dormidos.

Terminada la procesión, el señor don Andrés tenía que echar el bodegón por la ventana y dar de cenar á los apóstoles, á los profetas, á los antiguos personajes bíblicos, á la plebe de Jerusalén, á los nazarenos y á la guarnición romana.

Las tres obras de escultura de que hemos hablado estaban ya expuestas al público el martes, no en las iglesias, sino en una inmensa sala baja entapizada de rojo damasco, adornada de cornucopias,

flores y verdura, é iluminada por la noche con profusión de velas de cera.

Para cuidar de todo esto había elegido don Andrés á Juana la Larga, quien en los dos días del martes y del miércoles apenas podía salir de casa de don Andrés é ir á la suya, á no ser á la hora de recogerse para dormir.

El miércoles, singularmente, el trabajo de Juana era atroz. Ella debía condimentar para toda aquella tropa la espléndida cena de vigilia. Habría potaje de garbanzos con espinacas; como principal plato de resistencia, bacalao en sobrehusa; y como plato ligero ó de chanza delicada, una exquisita alboronia, que pudiese celebrar, si resucitase, el mismo famoso cocinero de Bagdad, que la inventó, dándole el nombre de la bella Alborán, sultana favorita del califa Harun Alraschid, héroe de las *Mil y una noches*, princesa á quien dicho cocinero tuvo la honra de dedicarla.

Claro está que para postre no habían de faltar los ineludibles pestiños y que había de abundar el vino para apagar la sed que causan la sal, conservada en el bacalao á pesar del remojo, y el picante de las mil ristras de guindillas y de cornetas que en tal día se consumen.

Se esperaba además que llegase á tiempo de Málaga mucho cazón fresco que Juana guisaría y haría servir á todos, ó bien solamente á los apóstoles, profetas y reyes, si no llegaba cazón suficiente para el vulgo.

Por último, Juana había prometido hacer un plato de su invención, con el que la gente menuda

se chupa por allí los dedos de gusto; plato que tiene la singularidad de remedar, en cuanto cabe en lo humano, el milagro de pan y peces, pues con dos docenas de huevos y media hogaza para pan rallado, se hartan cien hombres, gracias al sabroso ajilimójili en que ella rehogaba las livianas tortillas, después de haberlas frito, y en cuyo caldo se remoja el pan y se convierte en sopas que se engullen con deleite. Á este plato de su invención, Juana dió el nombre de *hartabellacos*.

Prometía la cena del miércoles ser muy divertida, amenizándola con sus chistes un criado muy gracioso que tenía don Andrés y que hacía en todas las procesiones el papel de Longino, soldado fanfarrón y galante antes de dar la sacrílega lanzada, y ciego después, que persigue al lazarillo, el cual se le escapa y le hace en las procesiones mil burlas y perrerías.

Lamentan algunas personas, pero yo no puedo menos de aplaudirlo en vez de lamentarlo, que el señor obispo haya prohibido, desde hace mucho tiempo, que salga en las procesiones otro personaje que salía antes, mil veces más cómico que Longino. Era este personaje José, el hijo de Jacob, porque, según decía el vulgo, no era ni fú ni fá. No era *ensabanado*, porque como primer ministro y favorito que había sido de Faraón, no podía vestirse pobremente con sábanas. Y no era tampoco *encolchado*, porque iba sólo con la túnica y no llevaba colcha ó sea manto ó capa, á fin de indicar que la mujer de Putifar se había quedado con ella. El que hacía de José solía ser el más chusco de los

campesinos, que aparentaba asustarse al ver muchachas bonitas en los balcones, y ya se tapaba los ojos para no verlas, y ya huía, haciendo contorsiones y dando chillidos.

Menester es confesar que hizo muy bien el señor obispo en prohibir la aparición de esta figura, dado que sea exacto lo que se cuenta y que no se exageren los melindres y chistes del fingido casto José. Como quiera que ello sea, el punto se puede pasar por alto, porque no es de los esenciales en esta historia.

Lo esencial es que Juanita tuvo que pasarse sola y sin su madre casi los dos días enteros y tuvo que esperar hasta las diez de la noche del Miércoles Santo para poder hablar á su madre con reposo.

Por eso Juanita había citado á don Paco en casa de ella para media hora después: para las diez y media.

Ahora me incumbe referir aquí, sin más digresiones, los casos memorables en que intervino Juanita hasta que llegó dicha hora.





XXXVIII

Don Andrés Rubio, en medio del jaleo y trastorno que había en su casa, estaba tranquilo sin mezclarse en cosa alguna. Sus dependientes y criados, con la hacendosísima Juana á la cabeza, cuidaban de todo y se esforzaban á porfía para que saliese con el mayor lucimiento.

Como la casa era tan espaciosa, que á no ser por su sencilla rustiquez y carencia de adornos arquitectónicos pudiera pasar por palacio, don Andrés, refugiado en sus habitaciones del piso principal, se sustraía al bullicio, y, según he indicado ya, estaba tranquilo.

Entiéndase, con todo, que esta tranquilidad no era mental, sino corpórea. Mentalmente el cacique estaba agitadísimo.

Por medio del maestro de escuela, á quien había hecho venir y con quien había hablado, sabía ya cuanto el maestro de escuela sabía.

Don Pascual, creyendo hacer un bien á sus amigos, había revelado á don Andrés los celos y la desesperación de don Paco, causa de su fuga; lo que á don Paco había ocurrido en sus dos días de campo; el amor de Juanita, tan enamorada de él como él de ella, y el sentimentalismo de Juanita en favor de Antoñuelo y su deseo vehemente de salvarle, hallando los ocho mil reales para tapar la boca del tendero murciano.

Hasta aquí sabía don Pascual, y hasta aquí supo don Andrés, sin llegar á saber lo del pagaré ni la visita de Juanita á don Paco, que fueron sucesos posteriores y que don Pascual ignoraba.

Don Andrés, por experiencia propia, no era muy inclinado á creer en la virtud de las mujeres. No tenía tampoco motivo alguno para hacer de Juanita una excepción honrosa. Al contrario, la juzgaba desenvuelta, provocativa y educada en plena libertad por una madre ordinariota é ignorante, de la clase más baja de la sociedad y antigua pecadora más ó menos arrepentida.

Como hombre á quien la elevada posición no venía de abolengo porque su padre y él se habían levantado por saber y esfuerzos sobre la plebe á que pertenecían, don Andrés, sin poderlo remediar, y más bien á causa que á pesar de su mucho entendimiento, tenía peor opinión de la gente menuda que aquellos que desde tiempo inmemorial, ó después de una larga serie de antepasados ilustres,

descuellan entre el vulgo. Suelen éstos atribuir la superioridad que tienen y el acatamiento que se les da á circunstancias dichosas; á haber nacido donde han nacido; á una ficción social y legal de que en lo íntimo de su alma no pueden jactarse. De aquí que sean modestos en el fondo y que por naturaleza consideren igual ó superior á ellos á la más ínfima y cuitada criatura humana. Por el contrario, don Andrés, como no pocas otras personas que por ellas mismas se encumbran, se sentía muy superior á cuantos prójimos le rodeaban. Y como él era además inteligente escrutador del valer propio, y se encontraba, aunque apenas osaba confesárselo, con no pocos defectos y vicios, no podía menos de atribuir ó de conceder muchísimos más á cuantas personas miraba en torno de él, dominándolas y humillándolas.

Así predispuesto, y valiéndose de los datos que ya tenía, trazó don Andrés en su mente el carácter de Juanita y compuso á su manera la historia de la muchacha.

Para explicarse el empeño que ella formaba en salvar al hijo del herrador, dió por cierto que había sido muy prematuramente su amiga. Y en el amor de Juanita á don Paco no vió más que el plan de casarse con el hombre más importante que después de él había en la villa.

Ambos planes repugnaban extraordinariamente al cacique. Querer salvar á Antoñuelo, aunque Antoñuelo fuese su pariente más ó menos lejano, le parecía detestable y absurda aberración. Lo que convenía era la condenación de Antoñuelo para

escarmiento de otros pícaros y para seguridad y descanso de las personas pacíficas y honradas. Don Andrés había censurado siempre la compasión malsana que los criminales suelen inspirar en nuestro país y había aplaudido la impaciente severidad con que los yankees *lynchan* sin escrúpulo á quien la justicia anda rehacia en dar el merecido castigo.

El casamiento de don Paco con Juanita le parecía aún mayor monstruosidad. Acaso en un principio Juanita gustaría de don Paco, pero pronto sentiría la desproporción de edad, porque la de don Paco era triple que la de ella, de suerte que don Andrés preveía y deploraba proféticamente que Juanita acabaría por poner en ridículo al ilustre secretario del Ayuntamiento y por hacerle muy desgraciado. Por otra parte, don Andrés temblaba al pensar en el furor de doña Inés cuando descubriese que Juanita, con su hipocresía y sus embustes, la había estado engañando, y que, en vez de meterse monja, se casaba con don Paco, y daba por madrastra, á ella, enlazada ya con la familia más noble de toda aquella comarca, después de la familia del duque, á la hija ilegítima de una mondonguera.

Doña Inés, si tal cosa se realizase, sería capaz de tener un ataque de rabia ó de estallar como una bomba.

Calculaba don Andrés que él podía prestar dos muy importantes servicios: uno á doña Inés, impidiendo que su padre la avergonzara casándose con una muchacha de tan ruin y humilde clase, y otro á don Paco abriéndole los ojos para que al fin

comprendiese que Juanita no le quería sino por interés, y que él no debía casarse con ella por ser indigna de su cariño.

El desengaño sería cruel para don Paco, pero don Andrés se disculpaba la crueldad, recordando aquello de *quien bien te quiere te hará llorar* y lo otro de *la letra con sangre entra.*

Al prestar estos dos servicios no se le ocultaba á don Andrés lo mucho que él se exponía. Se exponía por una parte á que doña Inés llegase á saber que él quería seducir ó había seducido á Juanita, lo cual enfurecería á doña Inés por dos razones: porque contrariaba sus planes místicos de que Juanita fuese monja y porque deslucía ó manchaba el amor (sin duda platónico) con que el propio don Andrés la estaba, hacía más de siete años, complaciendo, tal vez poetizándole la vida, y consolándola de tener un marido tan perdulario. Y se exponía además á que don Paco no quisiese aguantar la lección, prescindiese de todos los favores que le debía y le buscase camorra.

Don Andrés no se arredraba ante la previsión de un duelo. Manejaba bien la espada y la pistola, y don Paco no sabía de esgrima y jamás había tomado una pistola en la mano; pero bien podía don Paco, como lugareño que era y nada acostumbrado á perfiles y á ceremonias, perder un día la cabeza y rompérsela á él, porque tenía la mano pesada y manejaba bien el garrote, de lo cual, aunque pacífico, había dado ya diversas pruebas, además de la que salió tan cara á Antoñuelo.

La primera vez, huyó don Paco porque se juz-

gaba desdeñado de Juanita y razonablemente no podía darse por ofendido ni de que ella favoreciese á otro ni tampoco del amante favorecido.

El caso era ya muy diferente, don Andrés, aunque no lo sabía, sospechaba que Juanita y don Paco se verían ó se habrían visto y estarían de acuerdo. Cualquier favor, por consiguiente, que á él hiciera Juanita, sería una infidelidad de ésta, y para don Paco un agravio que probablemente no se resignaría á sufrir y del que resolvería tomar venganza.

Á pesar de tales inconvenientes, don Andrés no se arredraba. Se sentía picado de que á él, omnipotente en Villalegre, se le desdeñase de aquel modo. El mismo desdén estimulaba más su deseo. Hasta por amor propio quería á toda costa triunfar de Juanita. Ardua era la empresa, pero él no se la figuraba tan ardua. Juanita había coqueteado con él y le había provocado. Era cierto que, cuando la besó en la antesala, ella le rechazó con furia. ¿pero no fué acaso furia fingida porque entró don Paco y le vió entrar ella? Don Andrés dió por seguro que fué furia fingida.

—Ya veremos—decía para sí—si me rechaza donde y cuando esté ella segura de que no entra don Paco á interrumpirnos.

Á pesar de su momentánea rivalidad, don Andrés quería de corazón á don Paco, reconocía todo su mérito, apreciaba todos sus servicios y distaba mucho de querer hacerle el menor daño. Lejos de eso lo que anhelaba era desengañarle en sazón y oponerse á su absurda boda.

De todos modos, á fin de precaverse contra el peligro de que don Paco no gustase de ser desengañado, y de que, en un instante de celosa locura, llegase al extremo de apelar al garrote, don Andrés, que de ordinario no llevaba armas, tomó un pequeño revólver de seis tiros y se le guardó en la faltriquera.

Antes de salir de casa, á eso de las diez de la mañana, habló don Andrés con el criado de mayor confianza y más listo que tenía. Era su secretario, su ayuda de cámara, su confidente favorito y al mismo tiempo su bufón, porque tenía mucho chiste: baste decir que hacía de Longino en las procesiones.

Don Andrés recomendándole el más profundo sigilo y la mayor cautela, hubo de hablarle así:

—Deseo y necesito tener una entrevista á solas con cierta persona que de seguro no querrá venir á mi casa, al menos la vez primera, aunque después aprenda el camino y venga con gusto. Posible es también que dicha persona se niegue á recibirme si yo directamente ó valiéndome de tí pido á ella que me reciba. Importa, pues, que tú te dirijas á la criada de dicha persona y ganes su voluntad, con presentes ó como quiera que sea, para que ella hable con su ama y la convenza y la incline á darme la cita. Quiero que esto sea en todo el día de hoy ó en el de mañana, hasta las nueve de la noche. Durante este tiempo la ocasión es propicia y conviene no perderla. Acaso ocurra que la persona que yo pretendo me cite no se preste á confesar que accede á la cita y guste de aparentar que yo, por traición de su criada, entro á pesar suyo en su

casa y la sorprendo. Para que nadie se entere, porque no quiero disgustar ni ofender á nadie, debe ser la cita y debo yo ir á ella después de anochecido.

—¿Y quién es la persona que ha de citar á V. E. y que gasta tanto melindre?—se atrevió á preguntar Longino.

—Pues la persona—contestó don Andrés bajando más la voz—es Juanita la Larga.

Muy sorprendido se mostró Longino al oir esto, lo cual agradó sobremanera á don Andrés, porque era prueba evidente del misterio y del disimulo con que él hasta entonces había perseguido á la muchacha. Cuando Longino no había sospechado lo más leve era indudable que nadie en el lugar lo sospechaba y que el secreto, hasta entonces, se había guardado entre don Paco, él y ella.

Muy satisfecho Longino del encargo delicadísimo que su señor acababa de confiarle, prometió hacer prodigios de destreza para que nada se divulgase y para que todo se lograse. Informó además á su amo de que Rafaela, la criada de ambas Juanas, á quien él conocía, era muy callada, muy lista y muy experimentada, porque frisaba ya en los cincuenta años y la había corrido en su mocedad, y si bien la fortuna siempre le había sido adversa, ella sabía dónde le apretaba el zapato.

—Otro gallo le cantara—dijo Longino—y no estaría de fregona si la fortuna no fuese tan caprichosa y tan ciega.

Terminado este coloquio, todavía antes de salir de casa tuvo don Andrés otra conversación interesante.

Quien habló con él fué una mujer que entraba á verle con frecuencia y que le traía y le llevaba recados de la señora doña Inés López de Roldán, sin duda para los negocios y obras de caridad que ellos trataban y hacían juntos.

La interlocutora de don Andrés ya comprenderá el lector que fué Serafina.

Venía á decirle que su ama quería hablar con él y que le rogaba que fuese á su casa á la hora de la siesta.

Tan preocupado estaba don Andrés que, por más que el menor deseo de doña Inés fuese para él soberano mandato, se excusó de ir por la multitud de quehaceres que le agobiaban y sólo prometió ir á la tertulia por la noche.

Para que doña Inés se entretuviese en su soledad ó en compañía de Juanita la Larga dió don Andrés á Serafina dos bellísimos libros devotos que acababan de reimprimirse en Madrid, y que el librero Fé le enviaba, sabedor de las inclinaciones ascéticas y místicas de la señora principal de Villalegre. Eran estos dos libros el *Tratado de la Tribulación*, de Fray Pedro de Rivadeneira, y *La Conquista del reino de Dios*, de Fray Juan de los Angeles.

Serafina dió á entender á don Andrés que su ama tenía grandísima curiosidad de saber quién había apaleado á Antoñuelo y por qué motivo. Y juzgando don Andrés que la verdad era el mejor disimulo en este caso, contó á Serafina, para que se lo refiriese á su ama, que don Paco, después de haber vagado por extravagancia y capricho descubrió el secuestro del tendero murciano, y que para libertarle y aun

para defender la propia vida tuvo que apalear al hijo del herrador, sin conocerle hasta después, porque llevaba carátula. Todo se explicaba así con la misma verdad y don Andrés alejaba de la mente de doña Inés hasta la menor sospecha.

XXXIX

Juanita, después de haber declarado su amor á don Paco y después de tener por seguro que no procesarían á Antoñuelo, se puso tan contenta y se aquietó de tal suerte, que desistió de todo propósito de venganza contra doña Inés, á pesar de lo mucho que doña Inés la había molido. Se arrepintió también de su prolongado disimulo y se propuso, sin retardarlo ya más que hasta el día siguiente miércoles, entre diez y once de la noche, hacer público su noviazgo y su futuro casamiento con don Paco.

Hasta entonces tenía ella una vaga esperanza de poder preparar el ánimo de doña Inés, á fin de evitar su enojo; pero si esto no se lograba, Juanita estaba decidida, contando con la decisión de don Paco, á arrostrar el enojo de doña Inés y el de todo el mundo y á hacer su gusto casándose, aunque ella, su futuro y su madre tuvieran que abandonar por insufrible el pueblo de Villalegre, perdiendo la posición de que en él gozaban.

A Juana la había visto un breve instante, pero confiaba tan poco en su circunspección y en la serenidad de su juicio, que no se atrevió á decirle nada ni á informarla de sus proyectos, de repente y sin preámbulo alguno. Aguardó, pues, hasta el día siguiente, cuando su madre volviese ya de casa de don Andrés después de concluído su trabajo, á la hora en que había citado á don Paco, para que él también hablase á su madre y los tres se pusiesen de acuerdo.

Entre tanto Juanita creyó prudente y decoroso no ver á don Paco, y violentándose le impuso la condición de que no la buscase ni tratase de verla. Juanita tenía tantos negocios que arreglar y tantas cosas en que pensar y que hacer, que no quería que por lo pronto la distrajesen de ello sus amores.

Era Juanita devotísima de la Virgen de la Soledad y subió á la iglesia que está cerca del castillo y donde se venera su imagen, á darle gracias por los beneficios ya recibidos y á rogarle fervorosamente para que la fortaleciese en sus propósitos, que ella creía santos y buenos.

Casi toda la gente estaba en la parte baja y llana de la villa. La parte alta, donde están el castillo y la antigua iglesia, se hallaba aquel día muy solitaria.

Juanita oró largo rato en el templo, casi desierto. Al salir de él tuvo la desagradable sorpresa de encontrarse con don Andrés, que la había espiado, que la había visto subir, que la había seguido y que la aguardaba á la puerta.

Grandes fueron la desazón y el sobresalto de la muchacha. Aunque ella creía haber disipado todos

los recelos de don Paco y haberle inspirado confianza bastante para que no la vigilara, todavía temió que don Paco ó la viese en compañía de don Andrés ó supiese por alguien que iba en su compañía, y aunque contra ella no formase queja, acabase por ofenderse de la obstinación con que don Andrés la perseguía y rompiese con él de una manera estruendosa.

Su desazón y sus temores se acrecentaron al ver que don Andrés se acercó á ella; la acompañó mientras bajaba la cuesta, la requebró con más fervor que respeto, le recordó los besos de la antesala y le hizo las más atrevidas proposiciones. Como don Andrés ignoraba el concierto de Juanita con el tendero murciano, venció su repugnancia á dejar impunes ciertos delitos, y entre otras ofertas hizo á Juanita la de dar él los ocho mil reales para que no fuese acusado Antoñuelo.

—Ya no necesito el dinero, señor don Andrés—dijo Juanita.—Don Ramón ha recuperado lo que se le debía y ha prometido callarse. Ahora yo suplico á V. E. que me deje y no me persiga, y que no me ofenda proponiéndome lo que no puede ser. Y si V.E. no se retrae de seguirme por mi respeto, porque yo se lo suplico con humildad, retráigase por el temor de ofender á personas que le son queridas.

—Yo no temo que esas personas se ofendan.

—Pues yo sí lo temo. Temo que se ofenda mi señora doña Inés, á quien bien quiero y á quien debo mil favores. Y temo más aún que se ofenda don Paco, quien... fuera disimulo, ya es tiempo de que lo sepa V. E. si no lo sabe... es mi novio.

—¿Y cómo—dijo don Andrés—recelas tú que don Paco se escape otra vez y se vaya á vagar por esos andurriales?

—Mucho me pesaría — replicó Juanita — de que hiciese tal cosa; pero en esta nueva ocasión no sería eso lo que él haría, sino algo que yo lamentaría mil veces más. Yo quiero que él y que V. E., á quien debe él tantos favores, sigan siendo buenos amigos. Para ello es indispensable que se reporte V. E. y no me falte.



—Al contrario—dijo don Andrés sonriendo con sonrisa algo forzada. — Quien me falta eres tú. Dame una cita para verte en tu casa á solas y ya verás como no te falto. Todo será con recato y sigilo. Nada sabrán ni don Paco ni doña Inés, y no tendrán de qué quejarse ni de tí ni de mí.

Llegaban en esto á la plaza, después de haber bajado la cuesta. Juanita, sin hacer atención á las últimas palabras de don Andrés y temerosa de que la vieran con él porque allí había mucha gente, exclamó con cierta angustia:

—Por amor de Dios, señor don Andrés: déjeme V. E. en paz, y no se comprometa ni me comprometa.

Don Andrés conoció sin duda que tenía razón la muchacha; cedió á su súplica y se apartó de ella. Juanita volvió sola á su casa, afligidísima, descorazonada y humillada al ver cuán poco respeto infundía.

Era mayor su humillación al considerar que en aquellos días últimos hasta el idiota de don Alvaro, á pesar de los sofiones de que había sido objeto, había vuelto á las andadas, mostrándose con ella insolente y atrevido.

Luego que entró Juanita en su cuarto, cerró los puños con cólera, se echó boca abajo en la cama y sollozó con amargura.



XL

Era doña Inés López de Roldán personaje de carácter tan enrevesado y complejo que á menudo me arrepiento de haberla sacado á relucir como una de las dos heroínas de esta historia, porque hallo difícil describirla bien y trasmitir á mis lectores concepto igual al que tengo formado de ella, investigando y dilucidando con claridad el móvil de sus pasiones y de sus actos.

Ella misma, como era reflexiva y pensadora, y como en sus ratos de ocio, que no eran pocos, había leído y aprendido bastante, se afanaba por lograr el propio conocimiento y le encontraba harto obscuro.

Las doctrinas de esto que llaman teosofía, novísimas en Europa, aunque antiquísimas en la India, no habían aportado aún por Villalegre, y doña Inés no podía, fundándose en ellas, suponer que su sér íntimo constaba de siete diversos principios: pero doña Inés sabía que Platón daba, sobre poco más ó menos, tres almas á todo sér humano. Haciéndo-

se, pues, platónica, se puso á sospechar que ella tenía tres almas.

Confirmó su sospecha y casi la convirtió en certidumbre el ver que, lejos de tener algo de herético aquel pensamiento, concordaba en cierto modo con la más sana y católica filosofía.

Uno de los libros que con frecuencia y gusto leía doña Inés era el que escribió el iluminado y extático varón Fray Miguel de la Fuente acerca de *Las tres vidas del hombre*. De aquí que no titubease doña Inés en imaginar que tenía tres vidas. Yo también lo imagino, y casi me atrevo á darlo por seguro. Sólo de esta suerte atino á entrever el tenebroso enigma de su figura moral y de su extraña condición y naturaleza.

Había en doña Inés tres energías ó poderes distintos, escalonados y sobrepuestos, ora de acuerdo los tres, ora independientes y en guerra, aunque formando, durante esta vida mortal, la unidad inseparable de su singular individuo.

Para cada uno de estos poderes se había buscado doña Inés un ministro, ó si se quiere, una ministra. Para su alma sensual, que entendía y se empleaba en las cosas y negocios corpóreos y vulgares, tenía á Crispina, que la ponía al corriente de todos los sucesos del lugar sin elevación ni trascendencia. Para su alma sentimental, concupiscible, irascible y discursiva; para su facultad y aptitud de aborrecer, amar y calcular, sobre todo en relación con lo temporal y visible, tenía á la discreta criada Serafina. Y para el alma pura ó ápice del alma, para la suprema porción del entendimiento y del afecto,

porción toda espiritual y divina, simple inteligencia ó mente, había estado doña Inés sin ministra durante largos años, hasta que por último la había hallado ó la había creído hallar en Juanita la Larga, á quien tan injustamente despreció y odió de oídas y al verla por vez primera.

Fué como perla que se descubre en un muladar y que se estima más cuando el que la descubre se persuade de que es fina. Fué como flor hallada en tierra inculta, fuera de la cerca del huerto que se cultiva, y que por eso mismo sorprende y enamora más, celándola quien la posee por el temor de que la huelle y pisotee, á su paso, algún animal inmundo.

Así se comprende, en mi sentir, el amor y el celoso cuidado con que doña Inés miraba á Juanita, que era ya para ella lo más ideal de cuanto podía concebir en lo humano.

Tal vez doña Inés reconocía con dolor que su propia alma suprema se había inficionado é impurificado un tanto por culpa de circunstancias exteriores que habían hecho prevalecer y triunfar en varios puntos las otras dos almas, inferior y media. Y á fin de que no se le inficionase también el alma pura y superior de la amiga y ministra que había encontrado y que era su regalo y consuelo, quería doña Inés que Juanita fuese monja ó sea trasplantar la flor del campo abierto y sin defensa al huerto cerrado y defendido; pero como al propio tiempo se complacía y deleitaba con tener á Juanita cerca de sí, vacilaba aún y retardaba el día en que pensaba obligar á Juanita á retirarse al claustro.

En el momento presente de nuestra historia, prevalecía en doña Inés el empeño de empujar á Juanita hacia el monjío. Preveía para ella peligros inminentes y ansiaba salvarla, aun á costa de privarse de su agradable presencia y de su dulce trato.

Se comprenderá qué clase de peligros temía la señora de Roldán, si echamos una ligera ojeada retrospectiva y ponemos al lector en antecedentes.

Dios me libre de ser calumniador y de pecar de malicioso. Quizás fuesen ponzoñosas hablillas de la malvada lengua del boticario, á lo que parece, acérrimo enemigo de Serafina.

Serafina, que era también burlona y maldiciente, murmurando y haciendo mucha befa, había referido por todas partes que la hija menor del escribano, de cuya mala salud y ruin catadura se ha dado ya cuenta, estaba prendada del boticario y le deseaba como marido, aunque sólo fuese para no ser menos que su hermana mayor doña Nicolasita, la cual iba pronto á casarse con Pepito, el hijo del albardonero, famoso doctor en leyes. Sólo se aguardaba para celebrar la boda que el diputado sacase al novio un empleo de diez ó doce mil reales que le habían pedido hacía más de un año. Doña Nicolasita estaba más impaciente que nadie; echaba mil maldiciones al diputado, decía que no servía de nada y conspiraba para que en las próximas elecciones eligiesen á otro que sacase empleos con más facilidad y prontitud.

Entre tanto, ó de veras ó fingiéndolo, había enfermado su hermana menor, y el boticario, que con permiso del médico, visitaba también y tenía bas-

tantes igualas, era quien asistía á la enfermita, y tenía que visitarla dos veces al día ó por lo menos de diario. Don Policarpo no se daba por entendido de la verdadera enfermedad y distaba mucho de querer aplicarle el conveniente remedio. La iguala que tenía con el escribano era de las más cuantiosas del lugar: cada año cincuenta reales. Esto, no obstante, le parecía muy poco para pagar tanta visita; por lo cual, según Serafina, el boticario buscaba compensación recetando mucho y obligando al escribano á gastar su dinero en potingues de los que él elaboraba en su casa.

Yo me inclino á presumir que, ofendido el boticario por las burlas de Serafina sobre el mencionado negocio, divulgó contra ella lo que voy á contar como me lo han contado, sin responder de que sea verdad, exageración ó mentira.

A lo que parece, don Álvaro Roldán, que andaba antes extraviadísimo, lejos de su casa, muy á menudo en otras poblaciones, entregado á mil liviandades y francachelas, y gastándose los dineros con doncellitas andantes que hospedaba en sus caserías, se había vuelto sedentario, casero, morigerado y mucho más económico. El pícaro del boticario colgaba á Serafina el milagro de esta conversión, y aun se atrevía á sostener que la señora doña Inés hacía la vista gorda y no se percataba del tal milagro, cuya comodidad y baratura no podía menos de celebrar en el fondo del alma.

Como quiera que fuese, la verdad es que Serafina, que jamás notó que don Andrés persiguiese á Juanita, aunque si lo hubiera notado no lo hubiera

dicho, porque no le convenía decirlo, notó muy bien los atrevimientos de don Álvaro y sus persecuciones á Juanita, y enojada y temerosa de una usurpación de atribuciones, acudió á doña Inés con el soplo.

Al principio no dió doña Inés grande importancia á la acusación; pero en aquellos últimos días la renovó Serafina con tal vehemencia é insistencia que doña Inés se puso sobre ascuas. Se puso como se pondría apasionada jardinera si viese que un sapo ú otro bicho feo y vicioso trataba de deshojar ó marchitar la planta florida que más la deleitase.

Doña Inés estaba furiosa contra el sapo y llena de miedo también de que, interviniendo el diablo, que todo lo añasca, pudiese conseguir el sapo su detestable propósito. La misma inocencia de Juanita y la libertad y el abandono en que vivía, sin el arrimo y el consejo que suele prestar la prudencia de una madre, aumentaban el sobresalto de doña Inés. De aquí que ahora estuviera impaciente por consumar su sacrificio de separarse de la muchacha enviándola á un convento cuanto antes mejor.

XLI

De harto mal talante, y á fin de no faltar á la costumbre convertida ya en deber, Juanita acudió á casa de doña Inés para las lecturas y coloquios que ambas tenían á solas.

Aquella tarde no hubo lectura, á pesar de los nuevos libros devotos que doña Inés había recibido. La agitación de la ilustre señora no le consentía leer ni tratar de nada que no estuviese en inmediata relacion con el punto ó que no fuese el punto mismo que la traía tan inquieta y azorada.

Lo que hizo doña Inés fué extremarse con Juanita en demostraciones de cariño. Ella misma se calificó de pastora y apellidó á Juanita inocente cordera, dándole á entender, casi con lágrimas y con entrecortados suspiros, el fundado temor que la afligía de verla entre las uñas y los dientes del lobo. Persistiendo en su metáfora pastoril, exclamó:

—Sí, hija mía; mi dolor sería inmenso si por

imprevisión y descuido te dejase yo caer entre las garras de la infame bestia que anhela devorarte y viese el cándido vellón de la cordera teñido en sangre y manchado con la impura baba del monstruo. Es menester que yo te defienda y te ponga en salvo. Por mí sola no puedo vigilarte. Lo que puedo hacer y haré es conducirte pronto al redil, donde irás dócil y estarás segura. No acierto á encarecer, ni tú acertarás á figurarte cuán inmenso será mi sacrificio al separarme de tí, porque eres mi consuelo y mi encanto. Pero Dios quiere que nos separemos, y tendré que conformarme con su voluntad.

Juanita, más sorprendida que asustada, abría mucho los ojos y no sabía qué responder ni qué pensar de todo aquello. Seguía silenciosa y sólo decía para sí:

—¿Qué monstruo será este que según doña Inés trata de devorarme? ¿Sabrá ella que don Andrés me persigue y me solicita, y le llamará por eso monstruo é infame bestia? Como quiera que ello sea, yo no me atrevo aún á decirle que no me da la gana de ir al redil y que fuera de él, y sin pastora ni nada, ya cuidaré que no me coma el lobo. Lo mejor, por lo pronto, es callarme y aguantar sus majaderías. El redil está lejos aún y ya tendré ocasión de sublevarme, de arrancar el cayado de manos de la pastora, y hasta de sacudirle con él si se obstina en guiarme y en disponer de mí á su antojo.

Con esta bien meditada resolución, Juanita no respondía sino con gruñiditos dulces y con términos

vagos á los apasionados discursos de su bella amiga y protectora.

La paciencia de Juanita iba, sin embargo, agotándose. Bien podríamos asegurar que á Juanita no le quedaba ya paciencia ni para veinticuatro horas. Mucho le dolía no sacar al fin la menor ventaja de su sufrimiento y de su disimulo durante año y medio, y tener que retroceder al estado de guerra y á la situación en que después del sermón del padre Anselmo se había colocado. Por esto determinó sufrir aún y esperar hasta el siguiente día.

Después de despedirse de doña Inés, á las siete de la noche, para volver á su casa, Juanita se encontró en la antesala con el señor don Álvaro, el cual vino hacia ella con suma galantería y le dijo:

—Ingrata, cruel hechizo de mi vida, ¿por qué eres tan tonta y tan terca? Quiéreme y amánsate. No sabes lo que te pierdes con no quererme.

—¿Qué he de perder yo, so peal?—contestó Juanita dándole un bufido, porque allí no había la menor razón para que ella refrenase su cólera.

Bajó las escaleras, y antes de salir á la calle se encontró en el zaguán con don Andrés, que estaba aguardándola en acecho y que intentó retenerla asiendo su cintura.

Con ligereza se escapó Juanita sin que don Andrés la tocara, y se puso en la calle de un brinco. Don Andrés la siguió.

—Déjeme en paz V. E.—dijo ella;—no sea pesado, no sea imprudente. Mire que puede salirle mal este juego.

—¡Hola, hola! ¿Te me vienes con amenazas?

—No son amenazas: son advertencias amistosas, señor don Andrés. Yo no pretendo asustarle, sino persuadirle de que tiene ya dueño lo que V. E. pretende poseer por un liviano capricho ó por el antojo de un momento.



—No quiero yo —replicó don Andrés con insolencia—privar al dueño de su propiedad. Imagínatela como un hermoso jardín. ¿Dejará de ser suyo y perderá el jardín su lozanía y sus primores porque un forastero de buen gusto y sigiloso entre en él por algunos momentos ó de vez en cuando y goce de sus flores, de su verdura y de sus galas?

—Señor don Andrés, el jardín de que aquí se trata no tiene verduras, ni flores, sino para su amo. Para los demás, sin excluir á V. E., sólo tiene ortigas, aulagas, cadillos y cardos ajonjeros. Con que así no sueñe V. E. con entrar en él para deleitarse, porque se expone á quedar preso y pegado

con el ajonje, y á salir respingando, picado por las ortigas y todo cubierto de pinchos y de púas.

Mientras hablaba así y mortificaba á don Andrés, Juanita apretaba el paso, y cuando estuvo ya cerca de su casa dió una carrerita, llegó á ella, abrió á escape con la llave que guardaba en el bolsillo y cerró la puerta de golpe.

Tratando de distraer su mal humor, Juanita se puso á coser con precipitación, como si tuviese que terminar una tarea.

Rafaela, la vieja criada, entraba y salía con frecuencia en la sala baja donde se hallaba Juanita; y abandonando la cocina dejaba ver que tenía mucha gana de enredar conversación con la joven. Le habló varias veces, pero distraída Juanita por sus pensamientos, sólo respondía con monosílabos, sin dar pábulo á la conversación, y la conversación espiraba.

Rafaela se quedó una vez mirando en silencio la costura de la joven, y luego dijo:

—Ay, niña, qué pena me da de verte tan afanada trabajando siempre! Tu madre también trabaja mucho. ¿Y qué ganan ustedes con esto? Muy poco. El trabajo de las mujeres está muy mal pagado. Es casi imposible el ahorro. Lo comido por lo servido. Vienen las enfermedades y la vejez y traen consigo la miseria. Entonces solemos arrepentirnos de no haber sabido aprovechar la juventud y de haber desperdiciado las buenas ocasiones.

—Veo que estás muy sentenciosa, Rafaela,—interpuso Juanita.—¿Qué quieres indicarme con eso?

—Pues quiero indicar que tú vives con mil

apuros, te cansas la vista y te estropeas las manos trabajando, y dejas que tu madre trabaje también como un azacán. Y todo, ¿para qué? Para vivir pobremente, comer mal y andar por esas calles hecha un guiñapo, cubierta la cabeza con un mantoncillo de mala muerte, cuando, si tú quisieras, podrías ir vestida como una reina y ser la envidia de las más encopetadas y ricas señoritas de este lugar, sin que la propia doña Inés dejara de contarse en el número de las envidiosas.

—¿Y cómo he de hacer yo ese milagro?—preguntó Juanita.

— Nada hay más fácil — contestó Rafaela. — Estamos solas, y te hablaré sin rodeos. Hay un hombre, el más poderoso del lugar, que se pirra por tus pedazos. Con tu sandunga le tienes embobado y con tu desdén le tienes frito. Todo depende de tí. Deja de ser arisca, pronuncia una sola palabra, y tendrás cuanto quieras.

Disimulando su enojo con una sonrisa, dijo entonces la muchacha:

—¿Y qué palabra es esa que he de pronunciar? ¿Qué conjuro es ese que ha de poner en mis manos por arte mágica tan pasmosas riquezas? ¿Quién es el hechicero que acudirá á mi evocación y que será tan generoso conmigo?

—Pues, quién ha ser niña—contestó Rafaela, animada al ver ó al imaginar que se recibían sin enojo sus insinuaciones.—Quién ha de ser sino el propio excelentísimo señor don Andrés Rubio?

—¿Y por dónde lo sabes tú? ¿Quién te encomendó que me vinieses con ese recado?

—Me lo encomendó... nada más natural... el confidente de don Andrés. Me lo encomendó Longino.

—Ahora lo comprendo: como Longino es tan bromista ha querido darnos una broma; porque supongo que no me tomará por Cristo ni pensará en darme una lanzada.

—Ni lanzada ni broma. Longino te mira con el mayor respeto porque eres el ídolo de su señor y pretende con toda seriedad que recibas á su señor en tu santuario.

—Pues mira, Rafaela—contestó Juanita—dí á Longino con toda seriedad también, que es un galopín sin vergüenza, y que él y su amo se vayan á escardar cebollinos.

—No te alteres hija; no te subas á la parra—dijo Rafaela al ver enojada á Juanita.—¿Qué se pierde ni qué ofensa se te hace en tentar el vado?

—Mejor será que tiente usted al diablo, tía bruja. Arre, fuera de aquí: móntese usted en el escobón y trasponga al aquelarre.

—No es para tanto furor. Yo te lo proponía por tu bien y sin interés alguno. De desagradecidos está el infierno lleno.

Rafaela se fué á la cocina refunfuñando.

Juana volvió poco después de casa del cacique. Juanita siguió guardando silencio sin decirle nada de lo ocurrido.

Aquella noche estuvo Juanita inquieta y desvelada. Su orgullo, en su sentir humillado, le hería el corazón y no la dejaba dormir. ¿Con que no podría ella, por sí misma y libre, hacerse respetar? ¿Sería menester acudir á don Paco para que la

defendiera comprometiéndose? ¿Tendría razón doña Inés en aconsejarle que fuese monja? ¿Eran tan viles sus antecedentes que no podría ella ser estimada y acatada sino bajo la protección y tutela de un hombre generoso que le tendiese la mano y la sacase del fango en que al parecer había vivido?

Estas y otras semejantes reflexiones atormentaban horriblemente á la muchacha y espoleaban su soberbia.

Triste y ojerosa se levantó apenas fué de día.

Dos ó tres horas estuvo cavilando, rabiando y formando distintos proyectos.

Varias veces pensó en ir á ver á don Paco, á quien había prohibido venir á verla hasta las diez y media de la noche, y á quien se había propuesto no ver antes. Pensó contarle la insolente pretensión de don Andrés para que don Paco le tuviese á raya; pero pronto desistió de tan cobarde propósito.

Al fin, como Juanita era muy devota, tomó su mantón y se fué á rezar á la iglesia, esperando encontrar allí inspiración y consuelo.

Juana se había ido ya de nuevo en casa de don Andrés á continuar en sus ocupaciones culinarias y en sus preparativos de la gran cena.

No ya esta vez en la iglesia de la Soledad, que está en lo alto del cerro, sino en la nueva parroquia, antiguo convento de Santo Domingo, donde fué tan maltratada por el sermón, Juanita estuvo rezando fervorosamente, durante mucho tiempo.

Al salir de la iglesia para volver á su casa, se encontró con Longino de manos á boca. Longino

se acercó á ella, la saludó con socarrona finura y le dijo en voz baja, casi al oído:

—No sea usted tan dura y tan sin entrañas. No deje morir á quien se muere por usted de mal de amores. Déle la cita que humildemente le pide.

Juanita dió un paso atrás como quien se aparta de objeto que le inspira asco y lanzó á Longino una mirada de soberano desprecio.

Longino no la comprendió.

Después, con todo el sosiego y con toda la frescura de quien ha tomado una resolución firme y sabe lo que dice y lo que hace, Juanita contestó:

—Diga usted á su amo que le aguardo esta noche, en mi casa á las ocho en punto. Rafaela abrirá la puerta. Yo estaré sola en la sala alta.

XLII

Don Paco pasó varias veces aquel día por la puerta de la casa de Juanita; pero no se atrevió á entrar en ella antes de la hora convenida.

Aunque Juanita le vió, no quiso llamarle, ni hablarle, tal vez por temor de revelar involuntariamente cosas que quería tener calladas.

Hasta las cuatro de la tarde estuvo sin salir de casa, cosiendo con la mayor tranquilidad.

Entonces llamó á Rafaela y le dijo:

—Oye, Rafaela: he mudado de opinión. Tus razones me han convencido. Esta noche recibiré al señor don Andrés. Ya está avisado, y creo que no faltará. Está á la mira tú; ábrele, si es posible, antes de que llame, y dile que suba á la sala alta, donde yo le aguardo. Tú no subirás ni acudirás, suceda lo que suceda. Hasta que no vuelva mi madre ha de parecer como si no hubiese nadie en esta casa sino yo y el señor don Andrés. ¿Me has comprendido?

—Te he comprendido y haré como lo dices—contestó Rafaela.

En seguida se marchó Juanita á pasar la tarde con doña Inés, según tenía de costumbre.

Con gran devoción y serenidad leyó á su madrina no pocas devociones y rezos propios de la Semana Santa en que estaban.

Quiso en seguida doña Inés preparar y adoctrinar á Juanita para el monjío, y echando mano á las obras del padre maestro Juan de Avila, á que ella era muy aficionada, le leyó, con comentarios y anotaciones de su cosecha, párrafos y aun capítulos enteros del muy edificante tratado que el mencionado padre escribió para una monja, explanando profusamente aquellas palabras del santo rey David, que dicen: *Oye, hija, é inclina tu oreja y olvida tu pueblo y la casa de tu madre* (aquí ponía doña Inés *madre* en vez de *padre* para que viniese mejor á cuento) *y codiciará el rey tu hermosura*. Claro está que este rey era Cristo, con quien quería doña Inés que Juanita se desposase.

En extremo alabó y ponderó doña Inés los elevados pensamientos de Juanita; pero añadió que á pesar de esos pensamientos elevados, podían brotar en su alma imaginaciones feas de cuyas importunidades y peligros debía defenderse.

El engreimiento y la soberbia son muy malos, enojan mucho al cielo, y tal vez hacen que el cielo, para castigarnos, para humillarnos ó para probarnos mejor, permita que los enemigos del alma le den feroces ataques en la parte baja, mientras que su porción elevadísima se cree punto menos que

glorificada y en íntimos coloquios y en unión estrecha con lo divino. Así Moisés, para ejemplo de esto, se hallaba en la cumbre del Sinaí conversando con el Altísimo, y la plebe entre tanto se le alborotó allá abajo y se puso á adorar los ídolos y se entregó á liviandades y torpezas. En vista de lo cual, doña Inés aconsejó á Juanita que desconfiase de sus bríos, y que no se juzgase muy aprovechada y segura de su poder sobre la plebe sediciosa, ni muy adelantada en el camino de la perfección, pues aunque siguiese el camino, bien podían estar emboscados cerca de él y salirle al encuentro ladrones, que intentasen robarle la joya de la castidad. Para la custodia de esta joya, tanto ó más que la fortaleza, importan la modestia y el constante cuidado.

Conviene no desechar el temor de perderla, y conviene huir del peligro, porque quien ama el peligro en él perece.

Como doña Inés era muy elocuente y los puntos susodichos se prestan á variadas amplificaciones, el discurso de doña Inés, interrumpido á trechos por Juanita, más que para cortarle para avivarle, duró hasta después de las siete, que era lo que Juanita deseaba.

Cercana ya la hora en que había citado á don Andrés, Juanita consideró indispensable hacer á su amiga gravísimas revelaciones.

—He oído con la debida atención—dijo la muchacha— todo lo que acabas de decirme, y te confieso que estoy atribulada y amedrentada.

—¿Y cuál es la causa, hija mía, de tu tribulación y de tu susto?

—Pues... fuera vergüenza... á tí, que eres mi guía, debo confesártelo todo. Tus consejos y advertencias de hoy vienen ya tarde. El engreimiento y la soberbia se han apoderado de mí y me han hecho pecar acaso mortalmente.

—¿Y cómo es eso?—interrumpió doña Inés, sorprendida y sobresaltada.

—Te diré la verdad—contestó Juanita—Yo no he querido huir del peligro, sino buscarle y arrostrarle para triunfar de él. No he querido siquiera considerarle peligro y le he despreciado. Es más, la necia y constante amenaza me ha hecho perder la paciencia, y yo misma, para acabar de una vez, he emplazado, citado y llamado á singular combate al enemigo, que me tiene ya frita y harta de oir sus bravatas y provocaciones.

—No te entiendo, explícate bien; ¿de qué bravatas hablas? ¿Quién es el enemigo que te provoca?

—Es el enemigo un caballero principal, tan audaz como rico, el cual entiende que no debe haber obstáculo que se le oponga ni voluntad que se le resista.

Muy poética y elevada idea daban las palabras de la muchacha del caballero su enemigo; pero doña Inés supuso que la elevación y la poesía eran obra de la imaginación de la muchacha; y despojando el concepto de las mencionadas cualidades, pensó reconocer en él, sin la menor duda, á su marido don Alvaro, de cuyas pretensiones estaba ya informada por Serafina, y de cuyos atrevimientos andaba recelosa. Por algo á modo de pudor no excitó á Juanita á que pronunciase el nombre del atrevido.

Ella creía saberlo sin que Juanita le pronunciara.

Inquieta doña Inés, procuró investigar lo que más le importaba y dijo:

—¿Pero qué cita es esa á que aludes? ¿Á qué duelo, á qué singular combate te preparas?

—Haré un esfuerzo—replicó la muchacha;—todo, todo lo sabrás, aunque me condenes por audaz ó me tengas por loca. El hombre de que te he hablado me asedia, me acosa, y viene á mí en la calle, en la iglesia y en tu misma casa, y me hace las más insolentes proposiciones. Espera deslumbrarme y seducirme y que le rinda mi albedrío. La fatuidad con que él presume y se jacta de lograr todo esto me ha humillado, me ha vejado y me ha ofendido. Quiero vengarme, y me vengaré. Quiero desengañar á ese hombre, y le desengañaré con el más duro desengaño. Por sí mismo y por medio de viles terceros se obstina en que yo le reciba á solas en mi casa y me pide una cita. Cansada yo de negársela, sin conseguir que desista, que me respete, que forme de mí la opinión que debe y que me trate como se trata á una mujer honrada, he accedido á la cita para que venga y vea y sepa quien soy, y para tratarle como merece.

—¡Ánimas benditas!—exclamó doña Inés poniéndose las manos en la cabeza.—Tú no sabes lo que has hecho. Eso es aventuradísimo. Aunque sepas resistir, aunque no caigas en la tentación ni peques, ¿no ves que te expones á echar tu reputación por los suelos y á que ese malvado seductor te venza, y si no te vence, se vengue de tí deshonrándote y suponiendo que logró lo que deseaba?

¿No adviertes cuán indecoroso es para una doncella conceder esas citas aun cuando sea con el fin de quedar en ellas triunfante? ¿Qué horrores no estará él pensando de tí desde el momento en que le concediste la cita? Es indispensable que le envíes á decir que te arrepientes y que la cita ya no tendrá lugar.

Juanita conoció que el momento era llegado en que tenía que echar á rodar su humildad y obediencia, declarándose independiente de su maestra y amiga y manifestando lo enérgico é indómito de su voluntad, que á nada ni á nadie se doblegaba.

Puesta en pie y yendo hacia doña Inés, le dijo:

—Tú no me conoces todavía. Yo no me arrepiento ni cejo. Bueno fuera que creyese el tal señor que yo había tenido un momento de debilidad y que luego me había arrepentido. ¿No adviertes que de ese modo me confesaba yo culpada, si no del delito, del conato. No, yo no soy débil. Tú te has empeñado en creerme cordera y soy leona. Por el extraño afecto que me has cobrado, me requiebras y crees lisonjearme comparándome á la Sulamita y llamándome suave y graciosa como Jerusalén. Ya verás tú que también soy terrible como un escuadrón de caballería que carga á galope sobre el enemigo.

Juanita, cerca ya de doña Inés, la fascinaba, mirándola con ojos felinos, cuya luz roja parecía mezcla de fuego y de sangre.

Luego prosiguió:

—¿Y qué decoro es ese al que me recomiendas que no falte? ¿Quién reconoce ese decoro en la mal

nacida como yo, en la hija de una mujer que lava mondongos y hace morcillas para ganar su sustento? Todos me menosprecian, me tratan mal y piensan peor de mí. Hasta ahora lo he sufrido, pero ya se me agotó el sufrimiento. He de ser atroz, si es necesario. En los mismos libros que tú me has hecho leer no se ensalza sólo la servil mansedumbre de Ruth, sino más, si cabe, la ferocidad de Judith, que degüella al capitán de los asirios, y la espantosa hazaña de Jahel, que atraviesa con martillo y clavo las sienes de Sisara.

Notando Juanita que doña Inés se asustaba un poco al verla y al oirla tan bárbaramente bíblica, prosiguió sonriendo:

—Pero no te apures ni te sobrecojas. No será menester tocar en tales extremos: no llegará la sangre al río. Aunque será severa la lección que yo dé, no pasará á ser tragedia, y quedará en sainete.

—Pero ¿qué piensas hacer, hija mía? ¿Qué frenesí es el tuyo?—preguntó doña Inés muy conmovida y cariñosa.

Ya lo verás si quieres—contestó Juanita.—Todo lo tengo pensado: mas no has de saberlo como no lo veas.

—¿Y cómo? ¿Y dónde?

—Ven conmigo á mi casa. Sólo faltan algunos minutos para que llegue la hora de la cita. Con tu presencia me infundirás valor.

—Eso ya es otra cosa—respondió doña Inés.

Doña Inés pensó, sin duda, en el rato de gusto que iba á tener contribuyendo á chasquear á don

Alvaro, que acudiría muy ufano á la cita y se encontraría en ella á su austera consorte.

En efecto; si el lance pasaba así, más que tragedia sería sainete.

Doña Inés perdió el miedo y sintió la irresistible tentación de ver el sainete y aun de hacer en él uno de los principales papeles.

—Está bien, Juanita—dijo.—Iré en tu compañía y te prestaré mi auxilio. Muy fina prueba de mi amistad te daré con esto, porque yo también puedo comprometerme.

— Entendámonos — repuso Juanita — Yo no quiero tu auxilio. ¿Qué mérito tendrá entonces mi victoria? Tú no te comprometerás, porque te quedarás escondida y nadie sabrá que has estado en mi casa. Y tampoco te expondrás á ningún percance porque verás los toros desde el andamio.

—Sí..., pero explícate... no me hagas ir á ciegas... explícate.

—Se va á pasar la hora. Urge ir á mi casa. No hay tiempo para darte explicaciones ni tú las necesitas. Ea, despáchate. Toma un mantón; échatele bien á la cara para que no te la vean. La gente anda embelesada con la procesión que probablemente termina en este momento y no reparará ni en tí ni en mí.

Y hablando de esta suerte, la misma Juanita buscó un mantón, se le puso á doña Inés en la cabeza y llevándola por delante de sí, la empujó y la hizo andar.

Dominada doña Inés por aquella imperiosa criatura, se dejó llevar por ella.

Ambas llegaron á casa de Juanita. Ésta, para que Rafaela no viese que entraba en su casa acompañada de otra persona, abrió la puerta con la llave que tenía en el bolsillo.



Las dos mujeres, calladas y de puntillas, subieron á la sala alta.

Faltaban ya pocos minutos para dar las ocho.

La alcoba en que dormía Juanita no tenía más luz que la que entraba por un ventanillo redondo, abierto sobre la puerta de la alcoba que daba salida á la sala. En ésta, y no en la alcoba, donde no había espacio bastante, se lavaba, se peinaba y se

vestía Juanita todas las mañanas. En la alcoba apenas había más muebles que la cama, una mesita de noche, un armario para vestidos y tres sillas.

Juanita llevó á doña Inés á la alcoba.

—Tú, subida en una silla, verás por ese ventanucho todo lo que pase. Acaso tengas no poco de que admirarte y de que reirte.

Dicho esto, salió Juanita de la alcoba, y dejó en ella á doña Inés como presa, cerrando de súbito la puerta y echando por fuera la llave.

—¿Qué haces?—exclamó doña Inés.—¿Qué necedad es la tuya? ¿Por qué me encierras?

Juanita contestó riendo:

—Te encierro para estar segura de tu neutralidad. No te quiero por aliada, sino por testigo. Cállate y mira.

Doña Inés, bastante enojada, replicó todavía:

—Ábreme. ¿Tendré que arrepentirme de haberme fiado de tí? ¿Qué burlas son estas?

—Perdóname, perdóname—dijo Juanita con voz suplicante y dulce.—Tú eres mi madrina, mi protectora, y yo no quiero ni debo burlarme de tí. No dudes que conviene lo que hago. Cállate por Dios. Ten prudencia. Mira y observa sin hablar. Cállate. Oigo ruido. Nuestro hombre ha entrado en casa. Ya sube por la escalera. Chitón. Si él sospecha que hay alguien ahí, darás un escándalo y harás una tontería.

Doña Inés se resignó y se calló.

Pocos segundos después entró D. Andrés Rubio en la sala.



XLIII

Juanita no se arrepentía nunca de lo que había hecho, después de haberlo reflexionado bien ó mal; pero si su voluntad era firme y hasta terca, su entendimiento vacilaba y cambiaba á menudo, porque sucesivamente, cuando no al mismo tiempo, veía el pro y el contra de todas las cosas.

Al hallarse en presencia de don Andrés, la asaltaron dudas y sintió algo como remordimiento.

—¿Hasta qué punto, pensó, me puedo permitir la burla que quiero hacer á este hombre, y hasta qué punto se la tiene merecida? ¿He sido suficientemente acosada para llegar á este extremo?

Como si ella misma se contestase, y sin dar tiempo á que don Andrés dijese palabra, Juanita habló de esta suerte:

—Perdóneme V. E. señor don Andrés, si le he atraído á mi casa con algo que puede calificarse de engaño. Me pidió V. E. una cita amorosa y yo se la he concedido...

—Pues entonces, dijo don Andrés, no es mi perdón sino infinitas gracias lo que tengo que darte.

—Así sería, dijo la muchacha, si yo, desmintiendo la lealtad de mi carácter, no hubiese en esta ocasión engañado á V. E.

Don Andrés era hombre de mucha calma y de bastante mundo. Presumió que la muchacha quería hacerse valer, ir cediendo poco á poco y no declararse desde luego vencida. Tomó, pues, una silla y se sentó con mucho reposo apercibiéndose á oir lo que la muchacha dijese y hasta á contestarle discutiendo tranquilamente con ella. Aunque la discusión y el coloquio durasen media hora, serían el *andante* de un dúo y harían más vivo y más grato el *allegro* que vendría después.

Echados estos cálculos y ajustando á ellos su conducta, don Andrés dijo:

—Veo con sorpresa que he venido á hacer aquí el extraño papel de tu confesor. Te me confiesas desleal y engañosa. ¿Qué quieres? Feos pecados son esos, pero la pecadora es tan bonita que yo la perdonaré y la absolveré si se arrepiente.

—De nada tengo que arrepentirme. Lo que he hecho, lo he hecho porque no podía por menos. V. E. me perseguía, me comprometía, me exponía

y se exponía á sí mismo á tener un lance con mi novio. He sido leal y no he ocultado á V. E. que tengo novio y que le quiero y que por nada y por nadie del mundo le faltaré nunca. V. E. ha sabido por mi boca que ese novio mío es su amigo de toda la vida. Si él debe á V. E. muchos favores, también V. E. se los debe. Y si esto no le arredra y si no desiste de perseguirme y de solicitarme ¿quién es aquí el desleal y el engañoso: V. E. ó yo?

—No hay de mi parte, contestó don Andrés, ni deslealtad ni engaño. El lazo reciente que á don Paco te une, bien puede desatarse con la misma prontitud con que se ha atado. Ni á él ní á tí os conviene. A él y á tí os sirvo y os valgo interviniendo para que el lazo se rompa. Quizás le dolería á él por lo pronto, pero más tarde me lo agradecería. Más tarde sentiría la satisfacción de verse libre de un absurdo compromiso.

—El compromiso, exclamó Juanita enojada, no es ni absurdo ni repentino. Hace ya cerca de dos años que él me ama de amor; que me respeta cuando todos me desdeñaban; que me trata como á una señora y como á una santa cuando todos me juzgaban una perdida; que no ha sentido vergüenza ni ha vacilado en ofrecerme su mano y en darme su nombre; que aun viéndose desdeñado por mí, ha seguido amándome y que me ha celado, y, creyéndome pocos días há prendada de otro hombre ó harto liviana para concederle favores, ha faltado poco para que se muera de pena. ¿Qué hay pues de absurdo ni de repentino en este compromiso? Yo le quiero y sería la más ingrata de las mujeres si

no le quisiese. Yo le amo desde hace tiempo aunque hasta ayer no se lo he declarado y no le he dicho que soy suya. Suya soy ahora, y lo seré siempre, y sería yo muy vil si sólo con el pensamiento y si sólo por un leve instante quebrantase la fe que le tengo prometida.

—Todo eso estará muy bien. No vengo aquí á discutirlo contigo. Ni para que tú me lo digas ni para que yo lo discuta, te he pedido yo y tú me has concedido la cita. Yo no soy un personaje ridículo y tú no tienes derecho para querer hacerme objeto de una necia burla.

—Yo estaba exasperada señor don Andrés y si alguna falta hubo en mí, harta disculpa tiene. Por mi humilde cuna, por mi baja condición social, todos me despreciaban, incluso V. E. Confieso que he querido vengarme de este desprecio, y aun convertirle en aprecio, haciendo sentir á V. E. que valgo más de lo que imagina.

—Ahí está tu equivocación, Juanita; dijo don Andrés. Yo no he creído que te menospreciaba y que te humillaba al requebrarte. Sobre poco más ó menos tan plebeyo soy yo como tú y tan humilde es mi cuna como la tuya. Si tu madre se emplea en adobar cerdos, mi padre, antes de hacerse rico, como arriero y como labrador, guardó los cerdos en sus primeros años, porque fué porquerizo. Con que ya ves que nada nos debemos. Ya ves que es una tontería imaginar que yo te he solicitado por la bajeza de tu extracción. Lo mismo te hubiera solicitado y te hubiera perseguido, porque me enamoras, aunque fueses una reina extraviada por es-

tos andurriales ó la princesa heredera del mayor imperio del mundo. Además tú eres libre y yo también lo soy. ¿Á qué juramentos, á qué deberes hubiéramos faltado queriéndonos? ¿Me habías tú dado seriamente parte de tu compromiso con don Paco? No podría yo suponer que era una coquetería sin formalidad ni consecuencia? Desengáñate, tú has querido mofarte de mí sin motivo alguno, tú has querido vengar en mí agravios, imaginados ó reales, que otros y no yo te han hecho. A decir verdad tú debiste enamorar al padre Anselmo y atraerle á esta cita si es que la cita sigue siendo de burla. Él y no yo fué quien reprobó que te vistieses de seda. Lo que es yo aprobé y aplaudí el verte tan bien vestida. Y por mi gusto cada día estrenarías tú trajes mejores y más lujosos.

Juanita se aturdió un poco con esta no esperada salida del señor don Andrés.

Casi receló que él tenía razón y que ella se había conducido irreflexiva y arrebatadamente.

Al fin habló así:

—Yo no voy á sostener ahora que he procedido contra V. E. con motivo bastante. Lo que digo es que estaba y aún estoy fuera de mí. Nada me importaría que me considerasen con la obligación de no vestirme ni de seda, ni de lana, ni de algodón siquiera, sino de esparto. Lo que me importa es que me respeten. ¿Qué segundo pecado original es el mío, que no hay bautismo que lave? ¿Qué mancha indeleble ha caído sobre mí, que no hay nada que limpie? ¿Qué vicio innato hay en mi sangre del que yo no puedo purificarla? ¿Por qué

se supone tal mi flaqueza, que necesite yo refugiarme en un convento para resistir las seducciones y los peligros del mundo? Crea V. E., señor don Andrés, que aunque yo tuviera vocación de monja, la perdería si imaginase que era para huir de peligros que desprecio y que me siento capaz de arrostrar con el mayor denuedo.

Don Andrés se sonrió, halló graciosa y algo disparatada á Juanita al oirla quejarse y lamentarse de aquel modo, y le dijo con dulzura:

—Pero, hija mía, con todo eso que dices sólo me pruebas que estás quejosa de doña Inés. Quéjate en hora buena y no me hagas á mí responsable. Ni yo quiero que te metas monja, sino todo lo contrario, ni por más que miro alrededor de tí descubro los peligros que te cercan. Yo no deseo que te vengues de doña Inés ni de nadie; pero en todo caso, de ella y no de mí tendrías razón para vengarte. Y perdona, además, que sea franco contigo y que te acuse de un pecado constante y aun prolijo en tí: tu hipocresía tenaz. Ha tiempo que debiste tener el valor de no fingirte mística y devota si no lo eras, y de decírselo á doña Inés y no seguir engañándola. En tu franqueza pudo haber peligro, aunque tú le exagerabas; pero, ya que te jactas de valiente, debiste hacer cara á ese peligro sin apartarle de tí por medio de una falsía.

Juanita se mordió los labios, se compungió un poco y empezó á sospechar que en vez de dar una lección era ella quien iba á recibirla. Pronto, no obstante, se repuso. La misma dureza de la acusación le hizo ver más clara su injusticia.

Juanita no había tomado asiento como don Andrés. De pie se agitaba, hablaba é iba de un lado á otro.

Parándose y encarándose con don Andrés, le dijo:

—¡Cuán injustamente me acusa V. E. de hipócrita y de falsa! ¿Qué había de hacer yo? La aprobación y el aplauso que V. E. dice que me daba, eran tan ocultos como inútiles; eran la carabina de Ambrosio. La reprobación general cayó sobre mí y sobre mi madre, y V. E. no protestó ni volvió por nosotras. Se supuso que yo era una perdida. Huyó la gente de mí para evitar el contagio como si yo tuviera la peste. Hasta ese desventurado de Antoñuelo me insultó y me abandonó. Sólo don Paco fué constante en amarme y en respetarme. Pero, repito, ¿qué había yo de hacer? Si yo apreciaba todo el valer de don Paco, aún no le amaba de amor. ¿Podía yo abusar entonces de su caballerosidad y tomarle por marido y por escudo, arrastrándole conmigo al basurero en que todos los del lugar me habían echado? ¿Si yo fuese en realidad una perdida ó tuviese inclinación á serlo, me cree V. E. tan estúpida que ignore lo que valdría y lo que alcanzaría si á tal oficio me dedicase? Al verme en aquel humillante aislamiento, por haber querido lucir entre patanes la gallardía de mi persona, en vez de quedarme aquí y de ser hipócrita y falsa como V. E. dice, me hubiera ido á Madrid, á Barcelona, quien sabe si á París, donde se entiende lo que es hermoso y elegante y se paga bien cuando se pone á la venta,

y hace tiempo que viviría yo en un palacio y andaría en coche y gastaría en una semana más de lo que vale todo el caudal de V. E. bien vendido. ¿Pues qué ventaja he sacado yo de la hipocresía de que V. E. me acusa? Vivir con más apuros y con más miseria que antes; emplear mi tiempo en oir discursos de doña Inés y en leer con ella libros devotos, y no haber logrado hasta ahora con todo ello, sino la amistad de doña Inés que yo apreciaría infinito si ella me la diese incondicionalmente y sin sujetarme á sus tiránicos caprichos. También he logrado con mi hipocresía llamar hacia mí la tardía atención de V. E., que ahora, y no antes, me aprueba y me aplaude, pero de un modo según el cual no quiero yo ser aprobada ni aplaudida.

—Juanita,—dijo don Andrés,—yo no he venido aquí á disputar contigo. Tendrás razón en estar quejosa de todo el género humano, pero de mí debes estar menos quejosa que de nadie. Mi pecado, si le hubo, fué de tardanza. No volví por tí á tiempo: ahora estoy dispuesto á enmendarme, pero quiéreme. ¿No gustas tú de que te respeten? Pues yo también gusto de ser respetado. No debo sufrir que de mí hagas tu juguete.

—Yo soy una chica de tan buen humor, que por fortuna huyo de lo trágico y todo lo tomo á risa. Y más vale así, porque mis compatricios me han desesperado tanto, que si yo lo hubiese tomado más por lo serio, hubiera sido cosa de armarme de una caja de fósforos y de una lata de petróleo y de pegar fuego al lugar. Con que así, mejor es que yo tome á V. E. por juguete, que no que le pegue fuego.

—Prefiero el fuego á la burla que ahora quieres hacer de mí.

—Cuanto yerra al decir eso el señor don Andrés—dijo Juanita casi cariñosamente. ¿Por qué ha de tenerse por burlado un hombre de noble corazón, si en vez de lograr los fáciles favores y de gozar de las compradas caricias de una mujer sin vergüenza, se halla con una mujer digna y honrada que anhela merecer y obtener su estimación, que le brinda con su más fervorosa amistad y que le tiende confiadamente las manos?

Al hablar así, con verdadera efusión, Juanita tendió en efecto las manos á don Andrés. Don Andrés las tomó entre las suyas.

Juanita apareció entonces tan confiada y tan hermosa á los ojos del cacique, que éste le dijo:

—¿Por qué tu amistad solamente? ¿Por qué no tu amor? Ambos somos libres. Amándonos no tendremos que engañar á nadie. No tendremos que disimular ni que ocultar nuestro amor como un delito, como un robo.

—Eso no puede ser, yo no amo á V. E. de amor;—contestó Juanita. Yo amo de amor á otro hombre; y desprendió sus manos de las de don Andrés que aún las retenían.

Durante todo este coloquio doña Inés miraba por la claraboya y á menudo sentía la comezón de tomar parte en él hablando desde allí, pero el temor de lo ridículo enfrenaba su lengua.



XLIV

Don Andrés perdió entonces su circunspección y su calma. No pudo contenerse más.

—Ámame, dijo.

Y se abalanzó á Juanita y la ciñó con fuerza entre sus brazos.

Juanita recordó en aquel trance toda su antigua destreza en la lucha, cuando se peleaba con los muchachos á brazo partido y los tumbaba en medio del arroyo. Ella también se abrazó á don Andrés, le puso la barba en el pecho, le empujó al mismo tiempo en sus espaldas con las manos de ella y le echó una zancadilla tan hábil que le derribó al suelo.

Con maravillosa rapidez apartó Juanita sus manos y su cuerpo del cuerpo del enemigo derribado, y quedó erguida sobre él con la rodilla derecha en tierra y con la rodilla izquierda sobre el estó-

mago y el pecho de don Andrés, donde pesaba y oprimía como pujante prensa de hierro.

Con la mano izquierda había Juanita agarrado á don Andrés por el pescuezo para que no levantase la cabeza y con la mano derecha tenía asido su siniestro brazo.

Juanita estaba así tan guapa que se parecía, aunque sin alas, al propio arcángel San Miguel dando una soba al diablo.

Don Andrés la contemplaba con tal embeleso que apenas sentía enojo de verse vencido. Y como era hombre muy versado en fábulas y en narraciones verídicas, trajo á su pensamiento, para que quedasen eclipsadas por Juanita, á Pentesilea, á Clorinda y á Bradamante, y á otras mujeres heroicas que han florecido en el mundo, desde el Ebro, glorioso por las zaragozanas, hasta el claro Termodonte, en cuyas fértiles orillas reinaron las amazonas.

Por acaso se tocó don Andrés, con la diestra que tenía libre, en el bolsillo del chaquetón, y notó con amargura los dos medios inútiles, que en él traía, de conquista, de ofensa y de defensa. Traía allí un cartucho con veinticinco onzas peluconas de Fernando VI y de Carlos III, dignas hoy por su rareza de figurar en el más rico gabinete de numismática. Y traía asimismo el revólver de seis tiros, bien preparado y cargado; pero como hubiera sido felonía villana emplearle contra una mujer, le dejó allí reposar tranquilo para mejor ocasión.

Entre tanto, y todo esto fué en menos tiempo que el que yo empleo en decirlo, la mencionada mano libre se hizo atrevida; pero contra todo atre-

vimiento son valladar y estorbo los bríos del alma, y éstos valieron bien á la gallarda vencedora.

Al sentir el insolente conato, el rubor tiñó sus mejillas; brillaron como áscuas sus ojos; la ira trocó en espantosa su linda cara.

Aterrorizada doña Inés, sacó la cabeza fuera del ventanucho y empezó á gritar; pero nadie podía oirla, y menos aún don Andrés que no estaba para oir ni ver cosa alguna.

Juanita le apretaba el cuello con ambas manos haciéndole sacar tres pulgadas de lengua fuera de la boca, como perro jadeante.

Harto le pesaba tener que matarle. No había previsto Juanita que pudiese llegar aquel extremo; pero, puesta en él, estaba resuelta á todo por más que le pesase.

Apeando á don Andrés el ya inoportuno tratamiento de V. E., le dijo:

—¡Ríndete ó mueres!

Nada contestó don Andrés, porque no podía contestar. Lo que hizo fué retirar la diestra atrevida.

Aflojó entonces Juanita el dogal que tenía echado al cuello del cacique y le dijo:

—¿Te rindes á discreción? ¿Te declaras vencido?

—Me declaro vencido: haz de mí lo que quieras.

—¿Aprobarás y aplaudirás ahora que yo me case con don Paco y serás en la boda su padrino?

—Aprobaré, aplaudiré y seré padrino en la boda.

—¿Serás además constante y bondadoso amigo mío, sin guardarme rencor, y pagándome, como debes, la amistad pura que yo te profeso y la estimación con que te miro?

—Seré tu mejor amigo como lo mereces.

Juanita entonces se levantó de un brinco, dejando libre á don Andrés, que se levantó también algo maltrecho, mohino y humillado por la derrota.

Trocada así en piedad la cólera, Juanita hizo esfuerzos de imaginación, y, entre cándida y maliciosa, inventó desatinos para disimular ó explicar su triunfo.

—No te aflijas, dijo. Lo que te pasa le hubiera pasado á un jayán: al propio Goliat. No soy yo quien te ha vencido sino el demonio que ahogaba á los impuros novios ó amantes de la que fué luego mujer de Tobías, á fin de guardarla entera para él. Sin duda, don Paco, que es muy devoto de San Rafael, Patrono de Córdoba, halló al tal demonio, en el desierto en que ha estado, y con el auxilio del arcángel, le desató y le envió á esta casa para que me defendiese. Por él estuviste, poco há, y volverías á estar, si de nuevo te desmandaras, muy á punto de morir ahorcado como un zorzal entre mis dedos convertidos en percha. Pero no pienses más en eso. ¡Qué lástima si hubiera dado yo, sin querer, un día de luto á la ya entonces mal llamada Villalegre! Ahora no debemos pensar sino en el gran placer que hay en renovar amistades después de una brava batalla. Aquí no ha habido ni vencido ni vencedor. Digamos ambos á la vez, tú á mí y yo á tí:

Valiente eres, capitán,
y cortés como valiente;
con tu espada y con tu trato
me has cautivado dos veces.

—Tú eres mi cautivo y yo quiero ser tu cautiva, es decir, más amiga tuya que antes.

Y diciendo así, tendió de nuevo ambas manos á don Andres, más cariñosamente y con mayor confianza que la vez primera. Luego añadió:

—Ahora vete con Dios y vuelve por aquí dentro de poco, á las diez y media, para que, en presencia de mi madre y de varios amigos, se celebren con don Paco mis esponsales.

—Volveré como deseas. Antes de irme te dejaré aquí para el rescate de mi pariente Antoñuelo, á quien tanto ó más que tú tengo obligación de proteger, los ocho mil reales que hay que dar al tendero murciano.

—Ya está arreglado eso. No necesito los ocho mil reales.

—Pues aunque no los necesites quédate con ellos, y tú y don Paco contad con otros ocho mil más que os daré como regalo de boda.

Dicho esto se fué don Andrés á la calle, no sin besar galantemente al despedirse la linda mano que había estado á punto de estrangularle.

Apenas salió don Andrés, Juanita abrió la puerta de su alcoba, donde, como en chiquero, había estado doña Inés encerrada. Salió ésta de allí algo atontada y muda de espanto. Salió igualmente muy mansa y muy benigna, y aunque perdidas sus ilusiones respecto al misticismo de Juanita, casi tan prendada ahora de su patente bizarría como antes de su misticismo, ya convertido en humo.

De todos modos, doña Inés siguió admirando la virtud de Juanita, y aun formó desde allí en ade-

lante sobre su casta entereza un concepto muy superior al que tenemos de las antiguas heroínas que nos ponen por modelo las historias sagradas y profanas. Doña Inés, discurriendo sobre esto, pensó que al fin y al cabo Susana sólo tuvo que defenderse de dos viejos petates y no de un hombre guapo, rico y joven aún como el cacique. Lucrecia, á lo que doña Inés entendía, sucumbió aunque se mató después. Y en cuanto á Timoclea, tan ensalzada por Plutarco y á la que el macedón Alejandro concedió su admiración, todavía doña Inés tenía más que criticar, porque Timoclea, durante el saco de Tebas, no acertó á defenderse del capitán de los tracios, y sólo después le mató arrojándole á un pozo, porque aquel bárbaro le pidió dinero; de suerte que, si se le hubiera dado en vez de pedírsele, él hubiera quedado vivo y la anterior violencia impune.

Razón tenía, pues, doña Inés, en seguir admirando á Juanita; en decirle, como le dijo, que se alegraría de tenerla por madre política; en desistir con gusto de que Juanita se hiciese monja para que no eclipsase á la Monja Alférez y fuese la Monja Generala, y en ofrecerle para el regalo de su boda la cantidad que pensaba dar para la dote de su monjío.

Llamada por Juanita acudió Rafaela, que se quedó estupefacta y boquiabierta al ver allí á doña Inés, á quien acompañó á su casa.

Doña Inés prometió volver con don Alvaro á las diez y media.



XLV

Cuando Juanita se quedó sola, se lavó la cara y las manos, se alisó el pelo y sacó del armario el famoso vestido de seda, regalo de don Paco.

Ella había tenido cuidado de refrescarle y de modificarle, dejándole á la moda del día. Con tela que tenía de sobra el corte y que ella había guardado, se había hecho un nuevo corpiño de medio escote, á propósito para recepciones y tertulias. Se puso este vestido, se miró al espejo y quedó muy satisfecha encontrándose bien.

Al volver Rafaela y al ver á Juanita vestida de gala, tuvo nuevo motivo de admiración.

Juanita y la criada encendieron después los tres velones que tenían, cada uno con cuatro mecheros.

Encendieron además veinte ó veintidós velas de cera y lo iluminaron todo tan ricamente, que la

casa parecía aderezada para una solemne fiesta.

A poco llegó Juana la Larga, no trastornada porque era sobria y prudente, pero algo sobreexcitada y de buen humor por haber presidido la opípara cena en casa de don Andrés Rubio, cenando ella entre el rey David y San Pedro.

Al ver Juana la Larga la iluminación que en su casa había y cuyo fin ignoraba, receló por un instante que se había excedido en beber vino y que á causa de aquel exceso veía tantas luces.

Pronto la tranquilizó Juanita explicándoselo todo.

Juana se puso más contenta que unas pascuas.

No bien dieron las diez y media, entraron casi á la vez todos los convidados. Eran éstos doña Inés y don Alvaro, don Andrés Rubio, el maestro de escuela don Pascual, el tendero murciano y doña Encarnación su mujer, el padre Anselmo y don Paco, personaje principal de la fiesta. Venía éste hecho un brinquillo, muy bien afeitado y peinado, con la levita nueva, regalo y obra de Juanita, y en el ojal con la condecoración azul que ella le había concedido.

Todos estaban ya informados de lo que iba á suceder, unos directamente por Juanita, según ya hemos visto, y otros por medio del maestro de escuela, á quien Juanita había dado el encargo de convidarlos. No fueron, pues, indispensables, ni discursos, ni explicaciones. Reinó allí muy cordial alegría.

Rafaela, auxiliada por Calvete, á quien llamó para este fin, sirvió un delicado piscolabis. Para los que no habían cenado ó tenían suficiente capacidad

estomacal, hubo chocolate con hojaldres y con tortas de aceite; y para todos, mostachones, roscos y bizcochos de espumilla con mistela y dos ó tres clases de rosolis.

Cuando cundió el regocijo y se aumentó la animación de todos, Juanita los formó en círculo, asidos de las manos, y se puso á cantar con mucha gracia y con muy afinada y buena voz, aunque no había estudiado música, el célebre cantar del Conde de Cabra.

Yo no quiero al Conde de Cabra,
Conde de Cabra, ¡triste de mí!
que á quien quiero solamente,
solamente, es ¡ay! á tí.

Al cantar *es ¡ay! á tí*, Juanita miró con ojos muy dulces á don Paco. Luego siguió cantando:

Arroz con leche,
me quiero casar
con un guapo mozo
de porte real.

Y tocando con sus manos en los hombros de cuantos había en el corro, sin excluir al cura, que la miraba complacido, Juanita fué diciendo:

—Ni con éste, ni con éste, ni con éste.

Al llegar á don Paco, que dejó Juanita para lo último, dijo *sino con éste*, y le dió un abrazo muy apretado.

Don Paco la tomó por la cintura, la chilló, la aupó y la levantó á pulso dos ó tres veces en el aire.

Todos aplaudieron y gritaron:

—¡Que vivan los novios!

Anunciada ya la boda para lo más pronto posible, los futuros esposos fueron felicitados.

El padre Anselmo, viendo que don Andrés y los señores de Roldán hacían regalos muy lucidos, no quiso ser menos, hasta donde sus recursos lo consintiesen. Y con el fin de que su regalo tuviese el significado de retractación y palinodia, prometió hacer venir de Madrid un lujoso corte para un vestido de seda.

El maestro don Pascual estaba harto mal de dineros, pero tenía buenos libros, y quiso dar inmediatamente, para regalo á Juanita, algunos tomos de la Biblioteca de Rivadeneira; entre ellos *El Romancero General* y las *Comedias de Tirso*, á cuyas heroínas era Juanita muy semejante por lo desenfadada y traviesa.

Don Ramón, que traía en cartera el pagaré para que Juana le refrendase y pusiese en él su visto bueno, en vez de dar ó de prometer, recibió por lo pronto las veinticinco onzas peluconas, ó sean los ocho mil reales. Pero don Ramón se sintió estimulado á competir y hasta á vencer en generosidad á los otros. Dijo al oído á su mujer el prurito que sentía de ser generoso, y doña Encarnación tuvo que dominarse para no arañarle. La generosidad triunfó, á pesar de todo, en el corazón del tendero murciano.

—Juanita, dijo: yo te doy dos mil reales para que te merques un hermoso brazalete de oro, diamantes y perlas.

Al hablar así, don Ramón devolvió á Juanita el pagaré que ella había firmado. En seguida añadió:

—Según el pagaré, tú me eres deudora de diez mil reales, y como me has dado ocho mil, me debes dos mil aún. Yo te los perdono.

La generosidad de don Ramón fué solemnizada por toda la concurrencia con los más ruidosos aplausos.

Veinte días después de lo que acabamos de contar se celebraron las bodas de Juanita y don Paco.

Los mozos del lugar no prescindieron de la cencerrada que debía darse á don Paco como viudo.

Él y Juanita la oyeron cómoda y alegremente desde la casa y alcoba de don Paco, donde Juanita estaba ya, sin que hasta la una de la noche les molestase el desvelo que podía causar aquel ruido. Cesó éste al fin convirtiéndose en vivas y aclamaciones, merced á la simpatía que inspiraban los novios y á una arroba de vino generoso y á bastantes hornazos y bollos que el alguacil y su mujer repartieron entre los tocadores de los cencerros.

Así don Paco se durmió al fin con reposo y merced al silencio, y también se durmió Juanita, á la vera suya, como mansa cordera y no como fiera leona; suave y graciosa como Jerusalén y no terrible como un escuadrón de caballería.



EPILOGO

DESPUÉS de los sucesos referidos han pasado seis ó siete años.

Posible es, por más que á mí me apesadumbre, que los personajes principales que en esta historia figuran á nadie interesen; pero, como yo he tenido que tratar de ellos y que describir sus caracteres, les he cobrado bastante afición, despertando en mi alma curioso interés la situación y término en que hoy se hallan.

Interrogado por mí el diputado novel á quien debo todo el relato, me ha comunicado las noticias que voy á transcribir como contera ó remate, aunque los críticos lo tachen de supérfluo.

Don Paco sigue gozando de la privanza del cacique y gobernando en su nombre cuanto hay que gobernar en la villa. Juanita, casada con él, le adora, le mima y le ha dado dos hermosísimos pimpollos: una niña que se llama también Juanita la Larga, tercera de este nombre y apellido, y que

promete valer tanto como su madre, porque ya es muy linda, picotera y graciosa; y un Ricardito, como su abuelo materno, que es un diablejo, ágil, robusto y bullicioso, por lo que sus padres le destinan á que sea, también como su abuelo, oficial de caballería.

Juanita no ha embarnecido. Está gallarda y bonita como siempre. Se viste de seda sin que el padre Anselmo la censure en sus sermones, y parece una princesa encantada, pues no pasan días por ella. Tampoco envejece don Paco, porque la felicidad mantiene, conserva y hasta remoza, y él es feliz de veras.

El pobre don Álvaro Roldán es el que está muy averiado. Hace ya tiempo que se quedó lelo, paralítico y con los dedos engarabatados. No se sabe si es falta de la lengua ó de algún otro órgano del aparato vocal, pero es lo cierto que ya no puede decir ni dice sino:

—Ta, ta, ta, ta, ta.

Doña Inés le cuida con esmero y cariño de esposa; pero como es tan moralizadora y tan concionante, le reprende á menudo con suavidad.

Cuando, á pesar de su deplorable situación, á Serafina, que le cuida, la mira con ojos encandilados, y lo ve doña Inés, ésta le dice:

—¿Es posible, Alvarito, que no te abandone el demonio que te posee? ¡El vicio que huye de todo tu cuerpo se te mete en la cabeza y no te deja! ¡Da asco y vergüenza!

—Ta, ta, ta, ta, ta,—contesta don Álvaro.

Si por señas se queja del estómago ó del vientre

que le muge como si tuviera allí, no una borrega, sino dos ó tres becerras, doña Inés exclama:

—Si te lo tengo dicho mil y mil veces, siempre has sido un glotón de siete suelas, pero ya, hijo mío, no estás para eso. Tus fuerzas digestivas son muy pocas. Menester es que te moderes y que seas sobrio si no quieres reventar el día menos pensado.

Y don Álvaro responde:

—Ta, ta, ta, ta, ta.

Calvete, que ha pasado de zagalón á ser un mozo muy gentil y brioso, y que es al mismo tiempo travieso y más malo que la quina, viendo que don Álvaro no puede quejarse de sus travesuras, ya que ni habla ni escribe, se deleita á menudo en ponerle furioso.

Para ello acude á Serafina, que está muy frescachona y floreciente y que sigue tan regocijada como en su primera juventud. En las barbas de don Álvaro se pone el bellaco de Calvete á retozar amorosamente con Serafina; y don Álvaro, fuera de sí, con espumarajos en la boca, grita como un energúmeno:

—Ta, ta, ta, ta, ta.

Y cada ta, por el tono con que don Álvaro le suelta, parece un centón de blasfemias y una letanía de maldiciones.

Doña Inés suele acudir entonces y dice:

—¿Por qué chillas tanto, diantre de hombre? Lo que tú padeces nada vale en comparación de la hiel y vinagre que dieron á Cristo. ¿Piensas tú que chilló nunca Job en el muladar tanto como tú chillas ahora? ¡Sufre y ganarás el cielo!

¡Ta, ta, ta, ta, ta!,—dice don Álvaro algo resignado.

Doña Inés suele también moverse á compasión y dice á Calvete:

—¡Muchacho!, haz alguna de tus chuscadas para que el señor se distraiga y regocije.

Y contesta Calvete:

—Pues si las hago á manta y el señor rabia y chilla más. Como está tan jaquecoso...

Y exclama don Álvaro:

—¡Ta, ta, ta, ta, ta.

Se cuenta en el lugar (casi no queremos creerlo) que cuando está don Álvaro muy mal y siente físicamente muchos dolores, arma tan incesante y fatigosa retahila de ta, ta, ta, que aburre á todo el mundo, alborota la casa, y hace que doña Inés pierda la circunspección y la paciencia que ella suele recomendar, llegando una ó dos veces hasta á decir á su marido:

—Cállate, hombre indigno, y padece por el amor de Dios, que no sin justo motivo te castiga. No te verías así si no hubieras tenido una vida tan depravada. Y al fin yo creo que te quejas un poco de vicio. Tú tienes miedo porque piensas te vas á morir. Ya, ya; bien pesado has sido para todo y me parece que vas á serlo también para morirte.

Y como don Álvaro contesta con acento muy triste:

—Ta, ta, ta, ta, ta;—el noble corazón de su esposa se enternece; y arrepentida ella de las frases duras que se le han escapado, se acerca á don Álvaro con cariño, y para función de desagravios,

le da un blando cogotacito, le pasa la blanca mano por la papada ó le pega en las narices un amoroso capirotazo.

Don Álvaro sonríe consolado, y beatificado exclama:

—Ta, ta, ta, ta, ta.

Así va tirando aún el ilustre descendiente, según pretende su ejecutoria, del más heroico de los doce pares.

En cuanto á doña Inés, afirma mi amigo el diputado, que está hermosa y fresca todavía y que pudiera hacer el papel de Angélica, aunque algo metida en carnes. Conserva todas sus virtudes, incluso la prolífica, y en estos últimos años ha conseguido que los vástagos de su ilustre casa lleguen á la docena.

El cacique permanece soltero é imperando en el lugar con la sabiduría y la moderación de los Antoninos en Roma.

La señora doña Agustina Solís y Montes de Allende el Agua ha sufrido con resignación algunos reveses de fortuna. Entre otros ha perdido un pleito de importancia. Sus rentas han quedado reducidas á menos de la mitad. Apenas tendrá ahora doce mil reales al año. La disminución de sus rentas, en vez de disminuir, ha aumentado sus ganas de casarse. Ha buscado compañía doméstica que la consuele. Y tal vez por no encontrar partido mejor, ha apechugado con el boticario don Policarpo, el cual, si bien es feo, es inteligente y tan gracioso que nadie debe maravillarse de que seduzca y enamore con su labia á una mujer de talento. Doña

Agustina, además, se manifiesta muy ufana de haber vencido la repugnancia al matrimonio de tan pertinaz solterón, y, lo que es más transcendental, de haber traído al gremio de los fieles â aquel impío extraviado que ahora va á misa y cumple con todos los preceptos.

Á lo que se presume, desde que doña Agustina empezó á mostrársele propicia, don Policarpo discurrió sobre poco más ó menos de esta suerte:

—No se comprende ni se explica cómo, por el proceso evolutivo del ser, aunque haya durado millones de años, por el concurso fortuito de los átomos, y por su fatal y ciego prurito y constante tendencia á la perfección, ha podido aparecer sobre nuestro planeta, después de prolongadísima serie de transformaciones, un mamífero tan primoroso y apetecible como doña Agustina, dotado además de claro entendimiento y de voluntad benigna, y con el portentoso dón de la palabra, que le sirve para transmitir las ideas más agradables en contestación á las que salen de mi cabeza y á las voliciones de mi corazón. Acrecienta lo inexplicable de este prodigio, si no presuponemos una Providencia personal y sapientísima que todo lo dirige, el que posea aún el mencionado mamífero doce mil reales de renta y el que se vista y calce con sumo primor, elegancia y decoro, lo cual implica, por un lado, el desenvolvimiento de la sociedad, á través de los siglos, para crear las leyes, para sostener la paz, para fomentar la agricultura y para hacer que haya herencia y propiedades individuales; é implica, por otro lado, según se comprende muy bien cuando se estudia

la economía política, la multitud de milagros del comercio, de la industria, de las artes textiles, indumentarias y de curtido de cueros, y otras mil agudas invenciones, como la división del trabajo y como el objeto que vale por sí y representa además y mide con exactitud lo que valen los otros objetos, facilitando la circulación y los cambios, sobre todo si se le añade cierto descubrimiento más sutil aún, ó sea la virtud representativa de todo lo que vale por algo que por sí vale poco ó nada y que se llama crédito, difícil de adquirir no obstante, pues yo carezco de él aunque le deseo. La primera causa de todo lo cual es absurdo que sea el acaso sino una potencia suprema y anterior á todo, la cual dió el impulso inicial al linaje humano, le marcó el camino y guió con orden su marcha por la interminable senda del progreso.

Esto ó algo por el estilo pensaba don Policarpo, y era creyente.

En aras de su amor á doña Agustina y de su renaciente fe, se cortó aquella uña maldita del dedo meñique, vara de virtudes de Satanás, y no volvió á electrizar, ni á magnetizar, ni á encender candiles, ni á tirar cañonazos con ella.

Se cortó la uña como se cortan los toreros la coleta cuando dejan de torear y se retiran á la vida privada.

Se cortó la uña, despojándose de sus fuerzas taumatúrgicas y teratológicas, por obra y gracia de las tijeras de doña Agustina, que fué la piadosa Dalila de este Sansón de nuevo cuño.

Doña Agustina, sobre un fondo de raso color de

púrpura, para que resaltase mejor, colocó y guardó la uña, como trofeo de su victoria, en un *passepartout* muy bonito que colgó en su alcoba.

Por bajo de la uña quiso poner un letrero explicatorio, y rogó á don Andrés que le pusiese. Don Andrés que, como ya sabemos, era muy erudito y que asimismo era algo guasón, recordó el cambio glorioso de Napoleón I, en los últimos años de su vida, y no creyendo menos glorioso el cambio del boticario, le aplicó los versos de Manzoni, y escribió de buena letra por bajo de la uña y defendido todo por un cristal:

«Bella, inmortal, benéfica
Fede ai trionfi avezza,
Scrivi ancor questo.»

Juana la Larga es dichosísima al ver la felicidad de su hija y de su yerno: adora á sus nietecillos, los consiente, los mima y les ríe todas las gracias, hasta las más pesadas y olorosas.

Para que se críen robustos, después que los ha amamantado Juanita, Juana los desteta con chorizo, longaniza y asadura de cerdo.

Su actividad culinaria no decae, á pesar de su edad. Sigue haciendo la matanza, la carne de membrillo, el arrope y las frutas de sartén, en las casas más principales. Ha importado nuevos guisos en la cocina local y hasta inventado dos ó tres con sorpresa y general aplauso de los gastrónomos.

El padre Anselmo está achacosillo y muy viejo, pero alegre y sereno con la esperanza de su tránsito á mejor vida. Ya no le pesa, antes se regocija, de

que Juanita no sea monja, porque la quiere mucho y se le cae la baba cuando la ve tan hermosa y cuando oye su dulce voz y sus discretas razones.

Doña Inés, no obstante, sigue siendo su preferida, por lo mística que es y por la mucha teología que sabe.

Por último, el diputado novel ha pedido y recibido con frecuencia las noticias que de Antoñuelo se tienen en el lugar. Allá en el Río de la Plata, á donde el cacique le obligó á que emigrase, se dedicó al comercio y prosperó mucho. Aunque nunca quiso inscribirse en el consulado, para ahorrarse tres ó cuatro duros, acudió con frecuencia á la legación pidiendo que España reclamase diplomáticamente en su favor contra mil agravios y daños que del Gobierno argentino había recibido, y que exigiese con amenazas de bombardeo que dicho Gobierno le diera una indemnización muy cuantiosa. Pero ni le indemnizaron de nada, ni por amor suyo hubo bombardeo, y él adquirió tan mala reputación y crédito que consideró prudente irse â Cuba. Ya en la Habana, como es mozo gentil y de rostro blanco y sonrosado, logró cautivar el sensible corazón de una rica heredera, muy subidita de color. Casado con ella, vivió con tanta pompa y decoro, dando comidas y saraos y paseando en quitrín, acompañado de su mujer, tan ricamente vestida que parecía la reina de Saba, que se empeñó, hipotecó los predios urbanos y rústicos y acabó por tener más deudas que pelos en la cabeza. Á lo que parece, á fin de consolarse y de remediarse, se ha hecho ahora partidario de la indepen-

dencia de la perla de las Antillas, y ya sueña con ser en Cuba libre un dictador como el doctor Francia en el Paraguay ó como Rosas en Buenos Aires, ó un emperador, como Faustino I en Haiti, aunque tenga que tiznarse con hollín; ya, con más modestia, forma un plan que muchas personas creen desatino, aunque tal vez no lo sea. Espera que por filibustero y laborante, le secuestren los bienes, porque entonces, según dice, se irá á Nueva-York, se hará ciudadano de la Gran República, y, nuevo Coriolano español, obligará á su ingrata patria á darle una indemnización *di primo cartello.* Aunque tenga que ceder á los Fabricios, Cincinatos y Catones de escalera abajo y de quinta clase, que acaso haya en las orillas del Potomac, las cuatro quintas partes de lo que se extraiga á la paciente y semiforzosa longanimidad de España, siempre le quedará otra quinta parte, con la cual podrá vivir como un príncipe en una magnífica casa de la Quinta Avenida. Allí brillará su morena consorte, que habla ya el idioma de Shakespeare y de Milton, como la más ilustrada *talkative* y *funny* inglesita

De la fecunda zona,
Que al sol enamorado circunscribe
El vago curso, y cuanto sér se anima,
En cada vario clima,
Acariciada de su luz, concibe.

FIN

361



363

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Pepita Jiménez; un vol. en 8.º, Ptas. 3.
Doña Luz; un vol. en 8.º, 3.
El comendador Mendoza; un vol. en 8.º, 3.
Algo de todo; un vol. en 12.º, 2,50.
Las ilusiones del doctor Faustino; dos vols. en 12.º, 5.
Pasarse de listo; un vol. en 12.º, 2,50.
La buena fama; un vol. en 16.º con grabados, 2,50.
El hechicero. El bermejino prehistórico. Las salamandras azules; un vol. en 16.º con grabados, 2,50.
Dafnis y Cloe (traducción del griego); un vol. en 12.º, 3.
Estudios críticos; tres vols. en 12.º, 9.
Disertaciones y juicios literarios; dos vols. en 12.º, 6.
Cuentos y diálogos; un vol. en 12.º, 2,50.
Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia; tres vols. en 12.º, 9.
Tentativas dramáticas; un vol. en 12.º, 2,50.
Canciones, romances y poemas; un vol. en 12.º, 5.
Cuentos, diálogos y fantasías; un vol. en 12.º, 5.
Nuevos estudios críticos; un vol. en 12.º, 5.
Cartas americanas (primera serie); un vol. en 12.º, 1.
Nuevas cartas americanas (segunda serie); un vol. en 8.º, 3.
Pequeñeces... Currita Albornoz al P. Luis Coloma; un folleto en 8.º, 1.
Las mujeres y las Academias, cuestión social inocente; un folleto en 8.º, 1.
Ventura de la Vega, biografía y estudio crítico; un vol. en 8.º con el retrato del biografiado, 1.
Juanita la larga; un vol. en 8.º, 3,50.
A vuela pluma, artículos literarios y artísticos; un vol. en 8.º, 4.
Genio y figura; un vol. en 8.º, 3.
De varios colores; un vol. en 8.º, 3.
Morsamor; un vol. en 8.º, 4.

